Antología mayor de la literatura dominicana (SIGLOS XIX-XX) PROSA I

Selección, prólogo y notas
José Alcántara Almánzar

Fundación Corripio, Inc.

ANTOLOGÍA MAYOR
DE LA LITERATURA DOMINICANA
(SIGLOS XIX y XX)

PROSA I

Colección Prisma

Director fundador:
Manuel Rueda (1921-1999)

Director ejecutivo:
Jacinto Gimbernard

Asesores:
Dr. Jorge Tena Reyes
Lic. José Alcántara Almánzar

Colección Prisma
Volumen III

ANTOLOGÍA MAYOR DE LA LITERATURA DOMINICANA (SIGLOS XIX y XX)

PROSA I

Selección, prólogo y notas:
José Alcántara Almánzar

EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.
Santo Domingo
2006

Edición al cuidado de
Andrés Blanco Díaz
Diagramación:
Puro Fajardo Tejada

ISBN 99934-54-02-8

Impreso por
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

PRÓLOGO A LA ANTOLOGÍA MAYOR DE LA LITERATURA DOMINICANA. SIGLOS XIX Y XX. PROSA

La publicación, en 1996, de la antología *Dos siglos de literatura dominicana (S. XIX y XX). Poesía y prosa*, vino a llenar un vacío en nuestro país, donde la última obra de esta índole, con auspicio oficial, había aparecido en 1944, año del Centenario de la República, realizada por un equipo de notables escritores e intelectuales. Manuel Rueda, a cargo de la selección poética de 1996, y quien esto escribe, responsable de los tomos de prosa, éramos conscientes de que todas las antologías derivan de largos procesos de reflexión y análisis, pero aun así son siempre limitadas y, por tanto, perfectibles.

A mediados de los noventa, Rueda y yo pasamos mucho tiempo, en forma independiente, tratando de escoger las voces más representativas de nuestras letras. Como ya he dicho en otra parte, fueron meses de intensa labor, entusiasmos y desalientos, y hubo momentos en que creíamos que la fatiga nos vencería. Quien haya trabajado en un proyecto de esta naturaleza sabe bien que la muestra de un conjunto de autores proviene de lecturas, criterios y ponderaciones sobre el quehacer literario en diferentes épocas y géneros, pero no está exenta de errores y omisiones, a veces lamentables, o valoraciones subjetivas e incluso arbitrarias. Por otro lado, la antología de 1996 tuvo una circulación restringida, porque se imprimieron apenas mil ejemplares, que se agotaron rápidamente, y quedó siempre en nuestro ánimo revisarla para una reedición.

En ésta, titulada *Antología mayor de la literatura dominicana (Siglos XIX y XX). Poesía y prosa*, la Fundación Corripio, Inc., bajo el sello de su Colección Prisma, procedió a lanzar primero los dos tomos de poesía a principios del año 2000, pero ambos habían sido impresos mucho tiempo antes y nunca fueron puestos en manos del público lector en vida de Rueda, fallecido el 20 de diciembre de 1999. En los meses que precedieron a su deceso, era obvio que él ya no tenía deseos ni fuerzas para examinar su selección antológica original y ésta fue reeditada tal y como apareció en 1996, sin modificaciones de ninguna índole. A mí, en cambio, la vida me ha dado la oportunidad de repensar el contenido de los tomos de prosa, flexibilizar ciertos criterios y reconsiderar algunas decisiones de aquel momento. La verdad es que a lo largo de estos últimos años he ido escogiendo los textos de más de treinta autores incluidos en esta edición, casi todos nacidos en el siglo XX, que es el lapso en el que se concentran las figuras más sobresalientes de las letras nacionales.

Como podrá advertir el lector, una de las variaciones significativas respecto de la edición anterior es la presencia de valiosos representantes de nuestra crítica literaria, que poseen sólida formación lingüística adquirida en universidades europeas, como Diógenes Céspedes, autor de varios estudios fundamentales sobre poesía, lenguaje y cultura en Santo Domingo, de quien escogí un texto sobre el problema de la ideología en la literatura dominicana. Bruno Rosario Candelier, incansable trabajador de la crítica literaria, a través de la cátedra, la prensa y la animación cultural impulsada por su Movimiento Interiorista, está representado por un ensayo sobre el arte y la cultura. Manuel Núñez, académico, crítico y editor, aborda el problema de la literatura ante los desafíos de la globalización. De Manuel García Cartagena, que une a su trabajo de investigación literaria una interesante reflexión sobre la cultura dominicana, se incluye un fragmento de su novela corta premiada por Siboney en 1986. Y de León David, que en los años setenta fue una voz estimulante en la crítica y el periodismo literarios, dos breves artículos que tipifican su estilo ensayístico.

Otro grupo de escritores relevantes ha contribuido a enriquecer el ensayo y el artículo breve, distinguiéndose por su capacidad para explicar los componentes culturales de la dominicani-

dad, así como sus raíces históricas, políticas y sociales, en una prosa variada que oscila entre la erudición y el periodismo cotidiano, el neobarroquismo y la depurada impronta académica. Entre ellos se encuentra Mariano Lebrón Saviñón, uno de los fundadores de La Poesía Sorprendida, actual Presidente de la Academia Dominicana de la Lengua, correspondiente de la Española, quien continúa su labor literaria con proyecciones hacia la historia de la cultura. De una reciente obra suya, se incluye un ensayo acerca de la relación entre patología y literatura en nuestro país. De Bernardo Vega, historiador, economista y arqueólogo que ha realizado las investigaciones documentales más ambiciosas sobre el régimen de Trujillo, fue seleccionado un ensayo sobre indigenismo y mestizaje en el arte dominicano, tema que es otra de sus especialidades. Pedro Delgado Malagón, autor de incisivas reflexiones sobre nuestra idiosincrasia, nos deleita con dos ingeniosos ensayos. José del Castillo, sociólogo de amplia formación, un auténtico memorioso de nuestra ciudad, figura también con dos textos. De José Rafael Lantigua, inquieto periodista y animador cultural, se incluye un capítulo de su libro sobre la sociedad dominicana del siglo XX. Guillermo Piña Contreras, que ha investigado como nadie sobre la vida y la obra de Juan Bosch, aparece aquí con un fragmento de su novela corta acerca del trujillato. Y de Miguel Reyes Sánchez, infatigable y sistemático en lo que se refiere a publicaciones, se recogen dos muestras de sus colaboraciones periodísticas.

Algunos autores incluidos en esta edición son, ante todo, poetas, pero se han distinguido también como narradores, ensayistas y críticos literarios indispensables. De Héctor Pérez Reyes, por ejemplo, que muchos recuerdan por sus ejecutorias de hombre público, se reúnen dos atractivos perfiles biográficos de carácter literario. De Enriquillo Sánchez, autor de innumerables artículos sobre la modernidad, en los que muestra una aguda percepción de los elementos espirituales e ideológicos que configuran su generación literaria, se incluyen dos breves ensayos. De José Enrique García, importante miembro de una promoción de poetas surgida en los años setenta, quien también ha cultivado con éxito la novela, el cuento y el ensayo, se ha escogido un breve texto narrativo. José Mármol, sin dudas el más sobresaliente de los poetas de su generación, también diestro ensayista, ha sido anto-

logado con un texto acerca de la poesía. Y Fernando Cabrera, que a pesar de su juventud muestra en sus artículos periodísticos una madurez analítica encomiable, figura aquí con un breve trabajo en prosa, extraído de una reciente obra antológica.

Del ámbito de la poesía, la crítica de arte, la historia literaria y la música han sido escogidas para esta edición varias escritoras que también han descollado en narrativa y ensayo. La primera, en orden cronológico, es Abigaíl Mejía, nacida a fines del siglo XIX, formada intelectualmente en España, con una presencia importante en la educación y las letras dominicanas, de quien se recoge un fragmento de la novela *Sueña Pilarín*. Le sigue Aída Bonnelly de Díaz, autora de una importante obra didáctica en el área de la música y la cultura en general, que se ha visto enriquecida en los últimos años por sus contribuciones a la narrativa infantil. De ella he tomado unos fragmentos de sus *Variaciones*. De Jeannette Miller, cuyos decisivos aportes a la poesía y la crítica de arte se amplían ahora con su incursión en el cuento, doy a conocer una primicia que la identifica como una vigorosa narradora. Soledad Álvarez, dueña de una voz propia en poesía y ensayo, con trabajos importantes sobre Pedro Henríquez Ureña, la escritura y las expresiones culturales de la sociedad contemporánea, figura aquí con dos textos breves. Chiqui Vicioso, que combina su labor poética con el ensayo crítico, el artículo de combate y el teatro, se halla representada por una semblanza sobre Salomé Ureña. De Ida Hernández Caamaño, autora de textos en prosa de aliento poético, elaborados a partir de fotografías, he tomado un par de muestras de sus colaboraciones en las páginas de *Oh Magazine*. Y Martha Rivera, narradora y ensayista, ganadora de un premio internacional de novela, no podía menos que figurar con un capítulo de *He olvidado tu nombre*. Todas ellas, cada una con su acento y su personalidad, vienen a enriquecer la presencia femenina en esta obra.

Me parece necesario precisar que la ausencia, en esta *Antología mayor de la literatura dominicana*, de nuestra gran novelista Julia Álvarez, no ha sido por ignorancia de su imponente obra literaria publicada en los Estados Unidos de América, donde ha conquistado un lugar de primer orden entre las escritoras de origen latinoamericano, sino precisamente porque sus novelas han sido escritas en inglés, idioma en el que se expresa literariamente. Las

obras de Julia Álvarez que todos hemos leído llenos de admiración son traducciones al español realizadas en España o Argentina, es decir, versiones de las obras originales. Sus temas, entrañablemente dominicanos, cobran vida en el idioma de su patria de adopción. Este caso es aplicable a otros escritores que se encuentran en su misma situación, como Junot Díaz, para sólo mencionar a un narrador que ha impresionado a numerosos lectores, tanto en los Estados Unidos como en nuestro país.

El grupo de prosistas incluidos en esta edición se completa con la presencia de Carlos Federico Pérez, también crítico literario e historiador de la diplomacia dominicana; de él aparece un capítulo de una de sus novelas de carácter urbano. De Manuel Salvador Gautier, arquitecto urbanista y narrador, incluyo algunos fragmentos del primer tomo de su ambiciosa tetralogía sobre la Era de Trujillo. Efraim Castillo, crítico, dramaturgo, publicista y autor de cuentos y novelas, quien posee penetrante visión de nuestra realidad sociocultural, figura aquí con un cuento. De Ricardo Rivera Aybar, narrador de prosa depurada, autor de una importante novela sobre nuestro sincretismo cultural, se incluye un cuento. De Viriato Sención, representante de la diáspora dominicana en esta antología, he seleccionado un capítulo de su segunda novela, *Los ojos de la montaña*. De Rafael Castillo, que rescata manifestaciones de tierra adentro, se ha escogido un cuento.

Además, un nuevo grupo de jóvenes narradores que aparece en esta edición puede considerarse como parte de los más activos cuentistas y novelistas nacionales de la actualidad, todos ellos galardonados en concursos locales y casi todos con una obra ya extensa, como son Avelino Stanley, Rafael García Romero, Juan Manuel Prida Busto, Luis Arambilet y Pedro Antonio Valdez, que revelan las direcciones actuales de la narrativa dominicana.

La revisión y actualización de esta *Antología mayor de la literatura dominicana* ha sido posible gracias al concurso de amigos a quienes deseo agradecer su empeño para que los dos tomos de prosa salieran cuanto antes y con el menor número posible de errores y desaciertos. A Jacinto Gimbernard, Jorge Tena Reyes, Director Ejecutivo y Asesor de la Fundación Corripio, respectivamente, y Pilar Albiac, Subadministradora de Publicaciones Ahora, quienes me instaron a continuar el trabajo hasta el final, les expreso mi más sincera gratitud. Y siempre serán pocas las pala-

bras de agradecimiento a Andrés Blanco, por su paciente e invaluable ayuda en la localización de datos para la puesta al día y corrección de las fichas bibliográficas de algunos autores. De más está decir que soy yo, y no ellos, el único responsable de los dislates, omisiones y limitaciones de esta antología.

Finalmente, sólo me resta agradecer a la Fundación Corripio, Inc., en la persona de su presidente, don Manuel Corripio García, y en la de su hijo don José Corripio Estrada, vicepresidente, por el apoyo que vienen ofreciendo al desarrollo de la cultura y las artes en la República Dominicana, y por hacer posible la aparición de esta *Antología mayor de la literatura dominicana*.

DOS SIGLOS DE PROSA DOMINICANA (SIGLOS XIX Y XX)

INTRODUCCIÓN

Estamos casi en los albores del tercer milenio y a medida que nos aproximamos al encuentro de un nuevo siglo, se advierte la necesidad de pasar balance a una etapa que concluye, no sólo con el propósito de tener una panorámica de las letras nacionales, sino también para diseñar un perfil de las mismas que nos permita apreciar sus caracteres y ciclos de desarrollo. Esa visión de conjunto obligaría a reunir las imágenes dispersas que poseemos y poner en circulación esas tablas de valores de que hablaba Pedro Henríquez Ureña en su célebre ensayo, estableciendo nombres centrales y libros de lectura indispensables.

Hay obras dominicanas que tuvieron una primera edición de modesta tirada y que hoy son prácticamente desconocidas por el público lector. Esa dificultad en localizar libros agotados se hace insalvable si pensamos en el escaso fondo editorial de nuestras bibliotecas públicas y, pese a los esfuerzos realizados en los últimos años para mejorar la situación, la escasez de reediciones que familiaricen a las nuevas generaciones con sus clásicos antiguos y modernos.

En cierto modo participamos de una cultura de fuerte presencia oral. Somos usuarios de una literatura fantasma que nunca hemos leído y que sólo conocemos por breves referencias en los manuales de historia literaria, citas en monografías sobre un tema, o simples menciones en tesis universitarias. Muchos ignoran

cuáles son las novelas y ensayos capitales que se han escrito en el país. Otros tienen conocimientos fragmentarios y superficiales que se limitan a repetir lo que oyen, o lo que vienen diciendo los especialistas acerca de esto y aquello.

De ahí que haya una imperiosa necesidad de reeditar obras importantes agotadas y entregarlas al público lector cuanto antes, para poner fin a ese saber referencial que nos ha llevado unas veces a ignorar el aporte de figuras esenciales desfavorecidas por la crítica en determinados momentos, y otras veces a levantar altares a escritores cuyas obras no resistirían el menor análisis, pero que disfrutan de un renombre de procedencia extraliteraria, ya sea por razones de condición social, signo político, o relevancia pública.

En ausencia de novelas y libros de ensayo completos, las antologías literarias llenan un vacío, suplen los requerimientos de algunos cursos de literatura, y, a partir de un fragmento capaz de suscitar interés, impulsan a los lectores a buscar las obras originales. La creciente popularidad de toda clase de antologías en el país, más que una moda pasajera dictada por el vertiginoso ritmo de la vida, responde a la necesidad de subsanar las limitaciones bibliográficas ya señaladas y, por qué dudarlo, a la madurez de nuestras letras y a la enorme demanda de textos que ofrezcan, en un solo volumen, una sustanciosa selección de autores y obras.

Al conmemorarse el Sesquicentenario de la Independencia de la República, la Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, ha querido auspiciar la preparación de una antología de la literatura dominicana, en las vertientes de verso y prosa, que ofrezca un extenso panorama de nuestras letras de los siglos XIX y XX, a través de una selección de autores fallecidos cuya obra podemos ahora evaluar con serena objetividad, y de autores vivos y en pleno proceso de desarrollo, que por su contribución a la literatura dominicana, completen ese grueso, múltiple y heterogéneo haz de hombres y mujeres que han dedicado su talento a la creación literaria.

El trabajo de estructuración de esta antología ha requerido de una cuidadosa revisión bibliográfica y consultas a lo largo de un año de ardua labor, y condujo a la selección preliminar de autores y textos luego de varios meses de estudio. Después, afinando criterios y a través de una paciente lectura llegamos a una segun-

da selección, mucho más depurada que la primera —cuyas proporciones eran no sólo gigantescas sino imposibles de reunir en un solo volumen—, hasta arribar a lo que constituye nuestra selección final.

Escogimos textos de ochenta y ocho autores para integrar esta antología. Treinta y seis —es decir, aproximadamente el cuarenta por ciento de la muestra— corresponden al siglo XIX, y cincuenta y dos —alrededor de un sesenta por ciento— al presente siglo. De más está decir que las cifras confirman por sí solas la intención de otorgar una importancia de primer orden a los últimos cincuenta años, por considerar que en ese lapso se ha publicado gran parte de nuestra mejor literatura de todos los tiempos.

La mayoría de los autores está representada con un solo texto, pues hemos querido abarcar el mayor número posible de escritores y tuvimos que reducir la extensión de las muestras individuales. Somos conscientes de que, al obrar así, ofreceríamos un corte sincrónico en la obra de cada autor, más que una progresión diacrónica que hubiera permitido ver los cambios y comparar distintas etapas en la evolución de los autores.

La tarea más delicada fue la de fijar criterios de selección que permitieran estructurar, con ecuanimidad, una antología de la prosa en la que figuren nuestros prosistas esenciales, no sólo los grandes novelistas, cuentistas y ensayistas que nos han colocado en el mapa de las letras continentales, sino también de algunos autores injustamente olvidados o desconocidos. Reconocemos que la responsabilidad asumida es enorme y que no estamos exentos de subjetividad y juicios de valor que sin duda se reflejarán en la propia muestra. Más que guiados por unas preferencias inevitables, tratamos de fundamentar, con argumentos válidos, la inclusión de cada autor seleccionado, o lo que es mucho más doloroso, la exclusión de autores que no carecen de méritos pero cuya inserción aquí habría desbordado las dimensiones del proyecto.

Hemos puesto todo nuestro empeño para que los autores y textos incluidos sean representativos de una época, corriente, movimiento, género, estilo, y que tengan relevancia por su calidad literaria, su importancia histórica y cultural, y su aporte en la definición de los rasgos de nuestra idiosincrasia.

Esta antología de la prosa dominicana fue concebida para agrupar, fundamentalmente, novelas, cuentos y ensayos, y algu-

nos textos afines. Debido a las restricciones que imponía este criterio, quedaron fuera las manifestaciones de las ciencias sociales, la crítica literaria y la lingüística, disciplinas que operan en un campo de elevada especialización académica. Los contados filólogos, críticos literarios e historiadores que aquí figuran —como Pedro Henríquez Ureña, Manuel Arturo Peña Batlle o Emilio Rodríguez Demorizi, para sólo citar tres casos ilustres—, lo están en su condición de ensayistas de una prosa ejemplar. De manera, pues, que se han excluido las monografías históricas, los análisis literarios, lingüísticos, políticos o económicos, por considerar que desbordan los propósitos de este volumen.

La presente no es una antología crítica de la prosa dominicana, por lo que, en lugar de un extenso análisis de los textos seleccionados, nos ceñimos a breves comentarios que los lectores encontrarán en este prólogo. Los autores están ubicados según una ordenación estrictamente cronológica —en vez de alfabética, genérica o temática—, que hace más rápida su localización. Cada texto está precedido de una ficha bio-bibliográfica que consigna los datos más relevantes de la vida de su autor, y una lista de sus obras, que fue la parte más compleja de las fichas, por la escasez de información disponible. En muchos casos, las listas no son exhaustivas, aunque nos esforzamos para que fuesen lo más completas y precisas posible.

LA NOVELA

Durante mucho tiempo se ha discutido entre nosotros si existe o no una tradición novelística en la República Dominicana. Algunos críticos opinan que dicha tradición existe y se remontan a los años de la primera república para explicar, con ejemplos de aquella época, la emergencia de una novela en la que confluyen la leyenda, el poema épico y la descripción naturalista.

Otros niegan esa tradición, diciendo que la novela ha sido, para muchos escritores, un quehacer ocasional al que se han dedicado con mayor o menor constancia. Aunque este no es precisamente el espacio para discutir la validez de ambas posturas, conviene precisar que una revisión de la lista de novelas publicadas evidencia que esa área de la narrativa no sólo ha sido abundante

en cada una de las vertientes de la tradición hispanoamericana (histórica, costumbrista, criollista, social, entre otras), sino también continua, y que podemos trazar una línea de conexión a través de la cual veríamos las afinidades temáticas, las rupturas, los saltos, y los procedimientos formales comunes.

Como ocurrió en el resto de Hispanoamérica, la novela dominicana se inició bajo la égida del romanticismo. Es cierto que fue un romanticismo tardío, cuyos ejemplos cimeros corresponden al último cuarto de la pasada centuria, pero poseedor de todos los rasgos que caracterizan a ese movimiento. *El montero*, de Pedro Francisco Bonó, es la primera muestra significativa de la novela dominicana. En esa obra se compendian las costumbres y modos de vida de los buscadores de ganado salvaje en tierras cibaeñas. Como buen observador de su sociedad y su tiempo, el autor no se limita a la descripción de la naturaleza o la montería, sino que establece contrastes entre la abundancia de la naturaleza y las precarias condiciones de existencia de los habitantes de aquella región.

Enriquillo, de Manuel de Jesús Galván, ha sido considerada como la novela dominicana por antonomasia. Su autor, digno representante de la novela indigenista en Hispanoamérica, escribió ese libro único tomando como base la historia colonial de la época de la conquista. Las hazañas del cacique forman una pequeña parte del extenso libro, ya que en sus páginas desfilan acontecimientos como la matanza de Jaragua, los amores de Diego Velázquez y María de Cuéllar, y numerosas aventuras protagonizadas por soldados, encomenderos y frailes.

De Francisco Gregorio Billini hemos escogido un capítulo de su conocida novela *Baní o Engracia y Antoñita*, en la que describe las costumbres provincianas de los banilejos —de los que ofrece numerosos perfiles—, así como las insurrecciones y divisiones del siglo pasado. Engracia y Antoñita, dos muchachas enamoradas del mismo hombre, protagonizan una historia llena de sentimentalismo romántico.

Federico García Godoy está representado con un fragmento de *Guanuma*, novela que forma parte de su trilogía patriótica, y que es, a nuestro juicio, la culminación de su obra narrativa. *Guanuma* posee una estructuración más acabada que *Rufinito* o *Alma dominicana*; el autor se muestra mucho más seguro y da rienda suel-

ta a su imaginación, insertando personajes ficticios que enriquecen el relato.

Como un exótico paréntesis en medio de la narrativa decimonónica dominicana podemos considerar el capítulo inicial de la obra de Ulises Heureaux hijo, *En la copa del árbol*, titulado «En pleno París». El autor, que vivió en Europa durante muchos años, elabora una historia ambientada en el París de principios de siglo: dos amigos, Gerónimo y Marcelo, asisten a la gran *soirée* de disfraces que ofrece la señora de T., con motivo del onomástico de su hija Blanca.

Tulio M. Cestero nos llega a través de su novela *La sangre*, cuyo protagonista, Antonio Portocarrero, es una víctima del sistema político bajo la dictadura de Lilís. Época terrible, de espionaje, persecución y muerte; arrastró a muchos hacia el servilismo y la complicidad, mientras a otros los condujo a la cárcel. La biografía de Portocarrero, contada por él mismo a través de un extenso monólogo interior, muestra las complejidades del personaje y de la época.

La cacica, obra de Rafael Damirón ganadora de un premio en 1944, nos plantea el poder del cacique local en tierras del Este, dueño de hatos, comercio y gentes, sus rudas costumbres y creencias religiosas. La narración, como se advierte en el primer capítulo que escogimos para esta antología, es de corte tradicional, y ofrece una panorámica de la vida criolla a fines del siglo pasado.

Max Henríquez Ureña concibió sus *Episodios Dominicanos* con el propósito de divulgar e interpretar la historia dominicana, inspirándose en los *Episodios Nacionales* de Benito Pérez Galdós. Pero mientras el novelista español incorporó a sus libros muchos elementos imaginarios, puramente ficticios, el escritor dominicano, siempre riguroso, se propuso una interpretación histórica que fuese fiel a los documentos existentes y se tomó muy pocas libertades como narrador. De él presentamos un capítulo de *La Independencia Efímera*, el más conocido de sus episodios.

Ligio Vizardi, pseudónimo de Virgilio Díaz Ordóñez, aporta a esta antología un fragmento de *Archipiélago. Una novela del Caribe*, obra que ha sido injustamente relegada a un segundo plano entre todas sus obras, como a veces ocurre cuando el escritor es también un importante poeta. Escrita con gran plasticidad del lenguaje, lo

que cuenta no es tanto la acción como la belleza de la prosa, o la sensualidad marina que respiran las páginas de Vizardi.

De la novela realista de intención social hemos reunido varias muestras representativas. La primera de ellas, *Cañas y bueyes*, de Francisco E. Moscoso Puello, tiene como marco geográfico a San Pedro de Macorís, provincia donde primero tuvo lugar el más esplendoroso desarrollo de la industria azucarera dominicana. El autor describe la región sureste del país, tal y como fue antes, durante y después del auge de los ingenios azucareros que proliferaron a partir de la Ocupación Norteamericana. La novela carece, en sentido estricto, de un argumento; más bien presenta un conjunto de cuadros sobre la vida en los bateyes, salpicado por historias de personajes a quienes une el trabajo del ingenio.

El procedimiento que emplea Manuel Antonio Amiama en *El terrateniente* resulta novedoso, pues en vez de enfocar el tema de la explotación agraria desde el punto de vista de las clases oprimidas, lo aborda desde el ámbito de la clase alta, y con ello aporta una visión distinta, se adentra en un mundo poco tratado por los escritores nativos en general, siempre más propensos a identificarse con los desheredados que con los ricos. En la novela de Amiama refulge el brillo de San Pedro de Macorís de principios de siglo, cuando la «danza de los millones» creó una opulencia artificial.

Escrita en primera persona, *Over*, de Ramón Marrero Aristy, es una novela patética. Lo social y lo político, la protesta y la denuncia no desintegran el profundo drama humano que se desarrolla página a página. Marrero Aristy llegó al fondo de la condición humana, planteó la situación del trabajador agrícola, escogió a un empleado de mediano rango y lo rodeó de elementos que le permitieron cuestionar el orden social vigente. Daniel Comprés, el protagonista, es un hombre a mitad de camino entre la explotación más severa y los privilegios. La novela es una indagación sobre la capacidad de resistencia del ser humano ante la humillación, y un sondeo a la conciencia del hombre aplastado por las circunstancias.

Andrés Francisco Requena, en *Los enemigos de la tierra*, aborda el problema de la emigración rural, tomando como modelo la vida de un campesino que abandona su pueblo en el remoto Sur del país, en busca de mejores condiciones de vida; pero su sueño

se desvanece, viéndose forzado a trabajar en los ingenios azucareros del Este.

En *Jengibre*, Pedro Andrés Pérez Cabral centra su atención en los problemas del ingenio, la explotación extranjera y las condiciones de vida del proletariado en formación que, rebelándose contra las iniquidades del central, organiza una huelga. Quedan al desnudo los mecanismos económicos y sociales que hacían posible la opresión social y la injusticia.

Con un enfoque realista, pero apartándose de la temática tratada por los novelistas de la caña, Juan Bosch, en *La mañosa*, retrocede a la época de las revueltas montoneras estimuladas por la contienda interminable entre caudillos, antes de la primera ocupación norteamericana. El autor, con un estilo que ya evidenciaba su proyección como narrador, señala los efectos nocivos del caos provocado por las constantes insurrecciones armadas.

Freddy Prestol Castillo, autor de varias novelas de carácter histórico, ofrece, en *El Masacre se pasa a pie*, un testimonio del genocidio perpetrado contra los haitianos durante el régimen de Trujillo. La obra, de índole autobiográfica, permaneció inédita durante muchos años, a causa de la terrible denuncia de su contenido. Cuando fue publicada en 1973, no sólo causó un enorme revuelo en el mundillo literario dominicano, sino que reveló la presencia de un narrador con enorme capacidad para la novela testimonial.

La historia también sirve de marco a Georgilio Mella Chavier, autor de *Vicente y la soledad*, novela que ficcionaliza las actuaciones de una serie de personajes reales, como Vicente Celestino Duarte, el general Pedro Santana y su hermano Ramón, en un esfuerzo de reinterpretación que tiene ilustres antecedentes en nuestra literatura.

La novela de Alfredo Fernández Simó, *Guazábara*, también trilla los caminos del criollismo. La obra se inicia con diálogos en los que se habla de enfrentamientos entre criollos y españoles durante la guerra restauradora. A través de un lenguaje coloquial, se relatan hechos heroicos de aquella gesta nacional, exaltando el valor de tantos hombres de uno y otro bando, que durante años combatieron en nuestros montes.

Emilio Rodríguez Demorizi, monumento de la historiografía dominicana, concurre a esta antología con un trozo de *La tertulia*

de los solterones, obra llena de erudición y frescura que, según declaraciones del autor, fue escrita «para divertirme», «para aprovechamiento de recuerdos y lecturas, de horas y días que me parecieron ociosos y perdidos». El tema y la estructura dialogada de la obra dificultan su ubicación en una corriente específica, aunque es notoria la intención didáctica del autor.

Con impronta de novela policíaca, *El extraño caso de Camelia Torres*, una de las últimas obras de Ramón Lacay Polanco, se inicia cuando el narrador lee en el periódico la noticia de la muerte de Camelia, mujer con la que parece haber tenido una íntima relación afectiva, a juzgar por la descripción de sus rasgos físicos, sus manos, su perfume. En el fragmento antologado se advierten las condiciones literarias de este narrador casi desconocido para el gran público lector.

La nueva narrativa dominicana se inicia después de la caída de Trujillo. La década de 1960 abrió las puertas políticas, sociales y culturales del país, favoreciendo enormemente el trabajo de los narradores, que asimilaron numerosos procedimientos y técnicas, sobre todo los puestos en boga por los representantes del *boom* latinoamericano. Un grupo de talentosos narradores hizo su aparición en el ámbito literario, al que se unieron algunos escritores establecidos —como Pedro Mir y Aída Cartagena Portalatín— que incursionaron también en el relato y la novela.

De Mir escogimos un fragmento de su obra *Cuando amaban las tierras comuneras*, que pese a su osada propuesta formal —el texto está escrito íntegramente sin signos de puntuación—, aborda los problemas de los terrenos comuneros durante los siglos XVII y XVIII, condicionando, según la tesis del autor, la personalidad colectiva de los criollos.

De Cartagena Portalatín incluimos un capítulo de su *Escalera para Electra*, en la que la autora interpola la cruda realidad de su país en tiempos de guerra y ocupación norteamericana, con la Grecia antigua y moderna, valiéndose de un experimentalismo atrevido en el que se suceden monólogos interiores, diálogos teatrales, mensajes y dibujos.

Manuel Mora Serrano figura aquí con un fragmento de *Goeíza*, su novela más acabada, en la cual fabula acerca de nuestras tradiciones folklóricas, configurando un universo mítico que sólo él, luego de largas investigaciones personales sobre el tema de la

ciguapa y otras creencias populares, podía ofrecer en forma novelada.

Las devastaciones, de Carlos Esteban Deive, recrea las despoblaciones de la banda noroeste de la isla, ordenadas por la corona española en 1605 y 1606. La obra es un fresco sobre una época y recoge las palpitaciones humanas de un siglo de persecución y miseria. El autor, con su veteranía de historiador y prosista de larga experiencia, ha logrado un tono único, con sabor de crónica, gracias al empleo de un discurso cuya parentela remota hay que buscarla en los memoriales y discursos del período colonial.

Marcio Veloz Maggiolo, un narrador esencial de las últimas promociones, está representado con un fragmento de *Los ángeles de hueso*, que no es su mejor novela pero que tiene el mérito de abrir una nueva etapa en la narrativa nacional, por el empleo de recursos experimentales variados. Era la primera vez que un escritor dominicano, consciente de sus posibilidades y al tanto de lo que ocurría en otros ámbitos, presentaba una novela cuyo experimentalismo, lejos de ser gratuito, respondía a una necesidad creativa. A través del discurso aparentemente caótico del personaje central, el autor, más que un retrato de la locura, presenta los excesos demenciales de una etapa crucial de nuestra historia reciente.

Un capítulo de *Sólo cenizas hallarás* (bolero), de Pedro Vergés, ilustra otro ejemplo de la nueva narrativa dominicana. El autor, que es todo un profesional de las letras, ha conquistado un puesto importante en la novela dominicana contemporánea, con la publicación de esta sola obra. El bolero funciona como *leit-motiv* de la vida política dominicana entre la caída de Trujillo y el triunfo de Bosch en las elecciones de 1962, a través de una serie de personajes que tipifican la composición social del país en aquellos días de efervescencia.

Pisar los dedos de Dios es el título de la noveleta de Andrés L. Mateo que escogimos para esta antología. La realidad dominicana de los últimos años de la dictadura de Trujillo figura en el texto de Mateo como una presencia amenazante. La transgresión de las normas colegiales cometida por los personajes hay que verla en conexión con las ansias de libertad del pueblo, en una sociedad oprimida y sujeta a rígidos cánones que no lograban ocultar la perversión del régimen.

LA NARRATIVA BREVE

Después de la poesía, la narrativa breve ha sido una de las más cultivadas en el país a lo largo de ciento cincuenta años de historia republicana. En este apartado reunimos textos que van del realismo costumbrista decimonónico a las audaces versiones fantásticas que bordean la literatura del absurdo, formando un conjunto heterogéneo cuyas conexiones hay que buscarlas en la parentela epocal, los vínculos temáticos y los procedimientos escriturales.

Este volumen recoge una amplia muestra de escritores dominicanos de los siglos XIX y XX que se han distinguido en el campo de la narrativa breve. Entre los del siglo pasado prevalecen las tradiciones basadas en creencias o sucesos históricos, la estampa folklórica o costumbrista, y el cuento romántico, de corte amoroso o sentimental.

A principios de este siglo comenzó a desarrollarse una corriente de fuerte arraigo criollista que luego desembocaría en una vigorosa cuentística rural. Posteriormente surgieron narradores con especial aptitud para el relato fantástico y el cuento psicológico. En las últimas tres décadas se ha producido una verdadera renovación del cuento en nuestro país, no sólo por el desplazamiento de los focos de interés, relegando la preocupación por la vida rural para concentrarse en los complejos problemas urbanos del mundo contemporáneo, sino por la riqueza y multiplicidad de técnicas y el perfeccionamiento que han alcanzado los autores en años recientes.

Francisco Javier Angulo Guridi, César Nicolás Penson y Rafael Alfredo Deligne abren la muestra con tres conocidas tradiciones. De Angulo Guridi, «La ciguapa», narración de estirpe romántica sobre los tiernos amores de Jacinto y Marcelina, malogrados por la aparición de la ciguapa —figura de la mitología criolla—, cuya presencia provoca la enajenación y muerte de Marcelina.

«El santo y la colmena», de Penson, nos traslada a los tiempos de la Ocupación Haitiana. Se trata de una tradición en la que el dato histórico sirve de base a lo anecdótico y al detalle pintoresco. El invasor haitiano, a diferencia de lo que ocurre en otras cosas añejas del autor, es reducido aquí a una simple caricatura tragicómica.

Deligne evoca la figura de su maestra en «Seña Altagracia», símbolo de una época caracterizada por la rutina, las rigideces de la disciplina escolar y las virtudes de la fe como aspiración suprema de la moral cristiana.

De nuestro popular Fabio Fiallo hemos antologado uno de sus cuentos representativos. En alguna parte de «Esquiva» el autor confiesa: «Cuento lo que he visto, lo que he vivido, no lo que las experiencias de los demás me han enseñado». Esta declaración confiere un sello de autenticidad a la vida galante de los clubes sociales de primera y las fiestas de arrabal que condimentan las obsesiones del protagonista.

El puertoplateño José Ramón López está representado con «La revelación de la tumba», cuento de sutil penetración psicológica y social, cuyo protagonista, Augusto, es el epítome de la desconfianza y la inutilidad de las prevenciones ante la traición conyugal.

De su libro *Risas y lágrimas,* publicado por Virginia Elena Ortea a principios de siglo, seleccionamos «Estrellas y flores». Adviértase la tónica edificante del cuento (la piedad, el amor, la generosidad, la gratitud) y el uso de los diminutivos, que la autora emplea profusamente para idealizar las situaciones, enternecer al lector o sumergirnos en la fragilidad del mundo infantil encarnado por Conchita, una niña rica, inmersa en la tristeza que le causa la muerte de su única hermana.

Vigil Díaz —considerado como un renovador de la poesía y la prosa en nuestro país—, se presenta con «Saramagullón», texto que, más que cuento, es una estampa criollista sobre un personaje de principios de siglo: el sinvergüenza político del campo, dispuesto a cambiar su piel de camaleón según lo requieran las circunstancias. Con una descripción de carácter satírico, el autor nos ofrece un cuadro de aquellos tiempos. Los diálogos, llenos de picardía cibaeña, ilustran no sólo el habla regional, sino los matices de la mentalidad popular.

De Sócrates Nolasco escogimos «El diablo ronda en los guayacanes», cuyo telón de fondo es el árido Sur del país, con su paisaje agreste y caluroso, entre guayacanes, copeyes y bejucos. En este cuento, como en tantos otros del autor, se advierten las supersticiones y conocimientos prácticos del campesino, los intríngulis de la política local, y el diestro manejo del habla coloquial, todo en un contexto de marcadas esencias criollas.

Cuatro personajes sirven a Tomás Hernández Franco para estructurar, en «Anselma y Malena», una historia de pasiones sepultadas por las capas del deber conyugal, la fidelidad, la entrega, el honor y el silencio. Anselma y Malena -dos caras de una misma moneda, como sus nombres indican- llegan a convivir, ya muy ancianas, cobijadas por un silencio rotundo que hace más lentos sus días de vejez. El destino las une y juntas, cada vez más diminutas y flacas, se hacen eternas. Es una hermosa narración, escrita sin efectismos, a través de la cual se percibe la sumisión femenina frente al hombre, y, paralelamente, su reciedumbre, su dignidad, su resignación.

Juan Bosch construye un mundo de presentimientos confirmados por la dura realidad del deshonor familiar en «La desgracia». Con esa intensidad inigualable que sólo un maestro de su estatura puede crear, el autor va tejiendo los hilos de una trama que conduce a la revelación de la desgracia: el honor mancillado por la infidelidad conyugal. El diálogo final entre Nicasio y Magina es una cruda manifestación de la tragedia. «Saber es peor», dice el viejo Nicasio lacónicamente, resumiendo en tres palabras toda la intensidad de su dolor.

El medio rural es también escenario de la penosa existencia de Floreo, perro doméstico convertido en cimarrón a golpe de puntapiés y hambre en una casa de Pedernales. «Floreo» es un cuento de enorme fuerza descriptiva e intensidad. Con pulso seguro y un lenguaje preciso, José Rijo nos introduce hábilmente en un drama que recuerda aquel otro drama de un negro esclavo y su perro, creado por la maestría de Alejo Carpentier en «Los fugitivos», uno de los mejores relatos de su obra *Guerra del tiempo*.

Las precarias condiciones de vida del campesino explotado se ponen de manifiesto en «Cielo Negro», de Néstor Caro. Un paisaje agreste enmarca las penurias del carretero Marcial y muchos otros que naufragan en el cañaveral, sin tregua ni esperanza. Se advierten los contrastes sociales entre el cacique, dueño de la tierra, y los picadores que se someten a los designios del todopoderoso. Cielo Negro, el buey uncido al yugo de la carreta de Marcial, constituye un emblema de la resistencia de los oprimidos.

Delia Weber, apartándose del realismo de nuestra narrativa crea, en «Dora», una atmósfera envolvente hecha de misterio y vagas premoniciones. La insatisfacción existencial de Dora —quien

carece de las compensaciones que proporcionan el amor o la plenitud espiritual— es perceptible en sus comentarios y dudas. Su belleza física es un artefacto inútil, y la joven, entre densos perfumes y palpitaciones, se consume recluida en su alcoba.

Mucho más osada en su planteamiento de los problemas de la mujer, Hilma Contreras, en «La espera», logra descender a los abismos del deseo y atisbar allí, mediante una incisiva mirada, las complejidades de la sexualidad humana en el encuentro nocturno entre Josefina y Lucía. La autora es una cuentista que conoce su oficio, sabe provocar efectos perdurables, crear un clima muy personal con gran economía de recursos, y penetrar en la sordidez de las pasiones sin abandonar un solo instante la contención de su prosa.

Ángel Rafael Lamarche y J. M. Sanz Lajara, autores que conocieron otras latitudes y literaturas, nos traen sendas muestras de su talento narrativo. Lamarche, en «Pero él era así», logra un cuento bien elaborado, con una adecuada dosificación de emociones y recio perfil de los personajes. Rupert Lowell y su esposa Catherine, abatidos por la muerte de su hijo Sim durante la guerra, hacen catarsis y dan rienda suelta a su dolor a través de la violencia conyugal.

El viajero incansable que fue Sanz Lajara demuestra en «El candado» su condición de hábil cuentista. Con un telón de fondo sudamericano, en tierra de indios y volcanes, el autor dibuja un cuadro conmovedor donde hay celos, machismo y degradación causada por el alcohol. El cuento, sin ser espectacular, atrapa por su fuerza narrativa y autenticidad humana.

La vertiente fantástica de nuestra selección está representada por textos de Julio Vega Batlle y Manuel del Cabral. Del primero, «El tren no expreso», cuento de impronta surrealista cuya ambientación fantástica, obviamente absurda desde el principio, prefigura la ocurrencia de extraños sucesos. Los personajes —incluido el propio narrador— son seres innominados cuyo incierto destino se revela en los frenazos y súbitas paradas del tren. Pese a los golpes y heridas de los pasajeros y los momentos de desesperación, todos viajan hacia ninguna parte, atrapados en una resignada fatalidad.

Manuel del Cabral configura, en «Galo», un mundo de símbolos. La enfermedad de Galo es una especie de pesadilla: se le des-

prenden las manos cuando duerme, y Simón, el hindú, se apodera de ellas para cometer robos, violaciones y crímenes atroces que le dan poder y riquezas. Pero, como ocurre en los cuentos con moraleja, el mal no queda impune. La fantasía, pues, no está exenta de cierto simbolismo aleccionador.

A medio camino entre la fantasía, el absurdo y la intención psicológica se halla «Este muerto no tiene credenciales», de Ángel Hernández Acosta. El cabo Pedro Rosales recuerda, mientras se afeita, a su hermano Agustín. Su pensamiento vuela lejos cuando observa aquel lunar en la cara, réplica del lunar de su hermano mellizo, hasta perderse en una de sus duras experiencias de soldado: la muerte de individuos desconocidos. Es un cuento sobre la dualidad de las identidades y las crueles jugadas del destino.

«Círculo», de Virgilio Díaz Grullón, considerado por la crítica como uno de los mejores cuentos de intención psicológica y fantástica, enriquece la muestra reunida de esta antología. Un hombre extremadamente ordenado inicia su diario ritual mañanero con una serie de actos que lo sumergirán en una espantosa pesadilla. El personaje creado por Díaz Grullón entra de súbito en un mundo ilógico, fuera del tiempo. Frente a la insoportable soledad que le rodea, la habitación constituye un ámbito seguro. Sus actos ordenados le infunden paz, pero la inesperada pesadilla kafkiana lo saca momentáneamente de su refugio, lanzándolo al vacío. Después, sin que recuerde nada de lo ocurrido, vuelve a su rutina de siempre.

Freddy Gatón Arce, a petición nuestra, escogió personalmente los fragmentos de *La guerrillera Sila Cuásar* que aparecen en esta antología. El poeta retorna a nuestros héroes anónimos y desgracias de principios de siglo, para exaltar la memoria de tantos luchadores desconocidos que forman una galería de valientes nacionalistas. Sila es la terneza misma oculta en la bravura, ejemplo de honor a toda prueba. Sin desvirtuar el sustrato histórico que le sirve de base, el autor fabula y hace poesía; una prosa poética de ritmo seguro que nos sumerge en un mundo de guerras y amores.

Dos textos de Manuel Rueda figuran en este apartado: un fragmento de «Papeles de Sara» y el cuento «Una artista del pueblo». El primero nos pone en contacto con el drama de Sara, muchacha

inválida condenada a una silla de ruedas. Entre Sara y la realidad hay un vínculo estrecho y conflictivo. El deseo es su peor enemigo. Sus impulsos la ponen en situaciones difíciles e irreversibles, pero ella no evade su realidad y decide romper las ataduras humillándose, poniéndose en manos de alguien que ella considera inferior. Como ocurre con algunos personajes de Tennessee Williams, Sara se rebaja para alcanzar su propia realización como ser humano, para hallarse a sí misma en medio de la soledad y el abandono a que la tiene sometida su madre.

«Una artista del pueblo» es una hermosa evocación de una mujer humilde que, en sus quehaceres de limpieza, trajina cada día en el antiguo Conservatorio de Música, asombrada ante las maravillas de un mundo poblado por instrumentos desconocidos para ella, pero a los que, tal vez por su misterio, admira en secreto.

Marcio Veloz Maggiolo, en «La fértil agonía del amor» —que da título a uno de sus libros— fabula sobre la mutua transformación física de Gabriel y Emilia, el traspaso de los rasgos de uno hacia la otra y viceversa, y las decisivas implicaciones del caso en la existencia de ambos. Este intercambio de identidades es asumido por los dos en la complejidad del silencio. Estamos en presencia de un texto admirable, en el que, a través de la imaginación creadora su autor ha conseguido ofrecernos una novedosa faceta de las dualidades humanas.

La ciudad ha sido una verdadera obsesión para los narradores de distintas promociones que han publicado en los últimos decenios: la nostalgia de la infancia y juventud perdidas o la búsqueda de alguien amado; la guerra civil y sus terribles espectros; la violencia en sus diferentes manifestaciones; el crecimiento urbano y los cambios en los estilos de vida; todo aquello, en fin, que ha tenido a la ciudad como escenario.

En «Mambrú no fue a la guerra», Aída Cartagena Portalatín presenta la historia de Claudio, quien se encuentra en París después de haber huido de Santo Domingo durante la guerra de abril de 1965. Una abigarrada sucesión de escenas de la Ciudad Luz —las persecuciones de la policía, el aborto de Lilá— sirven de contrapunto a la realidad dominicana del protagonista.

Del libro testimonial *La guerra no es para nosotros*, de Iván García, extrajimos «El muerto dieciocho», relato que es un trozo de

vida en los aciagos meses de abril. Y para completar la visión de aquella experiencia colectiva, ofrecemos, de Antonio Lockward Artiles, su cuento «Hotel Cosmos», en el que desfilan los huéspedes de un hotel en la zona colonial de Santo Domingo, visiblemente sacudidos por los efectos del conflicto.

La praxis política, con su saldo de violencia, represión y muerte, se encuentra representada en los cuentos de Diógenes Valdez, Roberto Marcallé Abreu y Pedro Peix. En «El silencio del caracol», Valdez, lejos de todo maniqueísmo, propone una aproximación a las relaciones entre militante revolucionario y policía. Es uno de los cuentos más logrados del autor en el libro del mismo título, por su intensidad y verismo.

Roberto Marcallé Abreu, en «Las pesadillas del verano», construye una desgarradora metáfora de la muerte de una estudiante en un tiroteo en la universidad estatal. Aunque basado en un hecho verídico, el texto posee suficiente autonomía narrativa y desborda el testimonio periodístico para situarse en los dominios de la ficción.

Basado en los complots y emboscadas contra varios presidentes de la República en las postrimerías del siglo XIX y los albores del XX, Pedro Peix, en «Los hitos», elabora una ficción de estructura novedosa —una cuenta regresiva que conduce a la muerte—, a través de las voces del Presidente y su cochero Tapia Luzbel. El cuento es una fabulación alucinante en la que imperan traiciones y falsas lealtades, consignas frustradas y conjuras exitosas.

Diferentes facetas de la vida urbana encuentran amplio tratamiento entre los narradores que comenzaron a publicar en la década de los sesenta, animados por la apertura cultural y los concursos literarios. En «Límite», Armando Almánzar, tomando como escenario la ciudad, presenta un típico personaje suyo: el individuo de escasos recursos económicos y baja instrucción, que sueña con las comodidades que no puede alcanzar. La muerte de Martín es una solución cruel, de dolorosa ironía, pero demasiado plausible en la vida de muchos hombres que pululan en los cuentos de Almánzar.

De Miguel Alfonseca hemos escogido «Delicatessen», posiblemente uno de sus cuentos más logrados. La historia de Violeta, contada por ella sin pizca de remordimiento ni aflicción, es la provocadora biografía de una mujer prostituida a su pesar. Du-

rante algún tiempo, el amor de Frank parece redimirla, pero al final las cosas vuelven a su sitio, y a Violeta sólo le queda, como desquite, el recurso del escándalo. El cuento, escrito con cierto desenfado coloquial, convence por su mezcla de agresiva sinceridad y ternura.

«El zurdo», de José Alcántara Almánzar, es un cuento en el que se dan la mano experiencia e imaginación, conjugándose para producir un efecto que no por anticlimático —no hay final sorpresivo— se desvanece al concluir la lectura. El protagonista encarna al muchacho estigmatizado, víctima del escarnio de los demás, que encuentra una salida a través de la literatura y el arte.

En «La mujer de papel», Arturo Rodríguez Fernández, valiéndose de una truculencia macabra, formula una ácida crítica a los convencionalismos sociales. La intención satírica se evidencia en el ataque al matrimonio como fundamento de la moral y las buenas costumbres. La infidelidad conyugal opera aquí como vía de escape a la rutina, mientras que la locura es el resultado de la vida conyugal.

Tres variantes de la nostalgia completan esta muestra de narrativa breve: «Ahora que vuelvo, Ton», de René Del Risco Bermúdez; «Su nombre, Julia», de René Rodríguez Soriano; y «Masticar una rosa», de Ángela Hernández Núñez.

La nostalgia inunda las páginas del conocido cuento de Del Risco Bermúdez. Nostalgia de la adolescencia perdida, del barrio, de juegos compartidos, y del amigo Ton, que permaneció «puro e incorruptible» a través de los años, con su humildad a cuestas, contrariamente al narrador, que marchó a Europa, se hizo médico y ahora es un pequeño burgués próspero, con el alma surcada de vacíos. Todo un registro de emociones, lugares y recuerdos de una generación de dominicanos, ha hecho de este cuento uno de los predilectos del público.

Construido a partir del encuentro casual entre un hombre y una mujer de «mágica presencia», capaz de suscitar la pasión y el deseo, el cuento de Rodríguez Soriano se inserta en las últimas corrientes de la narrativa nacional. La ciudad, con sus múltiples puntos de atracción y el vértigo de la vida actual, facilitan el anonimato de dos seres humanos que por azar coinciden un día, gestándose una relación afectiva que se convierte, para el narrador, en obsesión y necesidad. Escrito en segunda persona, en un lar-

go y único párrafo, la nostalgia es el motor que activa la búsqueda y facilita el reencuentro.

El cuento de Ángela Hernández está poblado de evocaciones infantiles, relatadas con gran ternura. Cristina, la narradora, habla de vivencias y sensaciones que la colmaban de alegría o tristeza: su hermana Noraima, de la que todos se enamoraban por su hermosura; la muerte de su hermano mayor en las guerrillas. Más que el desenlace, en el que no hay nada sorprendente, lo esencial en el texto de Ángela Hernández es su manera de narrar tan sugerente, la armoniosa combinación de situaciones hilarantes y dramáticas, y el sentido profundamente humano de la vida en los pueblos del interior, donde la gente sueña y ama, a pesar de sus apremios.

EL ENSAYO Y OTRAS MANIFESTACIONES DE LA PROSA

En este apartado se reúnen textos de gran diversidad temática que, vistos en conjunto, ofrecen un panorama del pensamiento dominicano de los siglos XIX y XX, su evolución, características y orientaciones teóricas, y la manera en que nuestros escritores han abordado los complejos problemas de la nación con el propósito de explicarlos, o de señalar los caminos por donde, a su juicio, debe enrumbarse la sociedad dominicana.

Muchos escritos de los autores nacidos en la pasada centuria e inicios de la presente hacen énfasis en los aspectos políticos de nuestra formación social. Alejandro Angulo Guridi, en «Sufragio y soberanía popular», sostiene que si la democracia es «gobierno del pueblo y para el pueblo», sustentada en el derecho al voto, éste debería estar reservado a los ciudadanos que tengan cierto nivel de instrucción, ya que los ignaros no son útiles agentes del complicado organismo democrático. De igual modo, el único depositario de la soberanía de un país es el pueblo. Además de ser un derecho inseparable de la personalidad humana que crea la personalidad política de las naciones, la soberanía no prescribe, no es delegable, sino privativa de la sociedad.

Ulises Francisco Espaillat, fiel a su espíritu civilista, comenta, en «Santo Domingo y España», los rasgos de la política española y norteamericana respecto a Cuba, estableciendo un paralelismo

con la República Dominicana. Nuestro demócrata por excelencia sale en defensa de la soberanía del país, y critica la miopía de los políticos y congresistas ante las realidades de las Antillas de habla española.

De Fernando Arturo de Meriño hemos seleccionado su célebre pieza oratoria pronunciada el 8 de diciembre de 1865 en la juramentación del Presidente Báez. Con su verbo brillante y descarnado, increpa a Báez por sus escasos méritos para ocupar la primera magistratura del Estado, y le advierte que su conducta está sometida al imperio de la ley, aconsejándole que actúe con rectitud y moralidad. Este discurso, como sabemos, provocó un nuevo destierro del fogoso prelado.

José Ramón López afirma, en «El medio ambiente», que la vida del pueblo dominicano había continuado íntegra bajo la ocupación norteamericana de principios de siglo, pese a los esfuerzos de lo que califica como «sabios a medias», cuyo único propósito parecía ser la restauración de la soberanía. Según López, esos sabios a medias ignoraban la influencia del medio ambiente en el desenvolvimiento de la sociedad. La política dominicana había evolucionado, sin posibilidad de retroceso, del personalismo a la ideología. En el breve artículo del pensador puertoplateño se advierte la influencia de las ideas de Comte y Spencer.

Con verbo incendiario, Eugenio Deschamps, en su pieza «Contra Roosevelt», defiende la soberanía de la patria ante las declaraciones del presidente norteamericano, formuladas a principios de este siglo, cuando aseguró que el gobierno de su país debía, por humanidad, intervenir —como lo había hecho en Cuba y en Santo Domingo—, en Haití, Venezuela y América Central, a fin de detener las revoluciones de esos pueblos. Como se advierte, el alegato de Roosevelt sirvió y ha servido después para intervenir militarmente en los países del hemisferio donde se han visto amenazados sus intereses. En 1916, luego de algunos años de la protesta de Deschamps, la República Dominicana sería ocupada por fuerzas militares de los Estados Unidos de América.

«Debemos defender nuestra patria» es el texto con el que Américo Lugo, a partir de su acendrado hispanismo, intenta definir el perfil de la nacionalidad dominicana, oponiéndola a la dominación norteamericana en los albores de este siglo. Se trata de un alegato patriótico, teñido de un fuerte etnocentrismo que

le lleva a definirnos, en algunas cosas, como «superiores» a los norteamericanos. Más que un análisis, propone una defensa de la soberanía frente a la opresión extranjera y hace una exhortación a la resistencia, que para Lugo es el fundamento de la libertad.

En «Los dominicos en La Española», Flérida de Nolasco pone de manifiesto la espiritualidad religiosa que la animaba y su veneración por el cristianismo, así como sus profundos conocimientos del pasado colonial de la isla. A su entender, si bien los dominicos no consiguieron a cabalidad el bien de justicia que buscaban, contribuyeron a mejorar las conciencias y a que se formularan doctrinas jurídicas en favor de los indios. Al hacerlo, defendieron el concepto cristiano de que todos los hombres nacen libres.

Manuel Arturo Peña Batlle está representado con dos breves ensayos. En el primero, «Por las piedras ilustres», hace una apasionada defensa de nuestro legado histórico, consciente como era de la importancia del patrimonio arquitectónico de un pueblo como fundamento de su nacionalidad. En el segundo, «Libertad y opresión en la Isla de Santo Domingo» expone, con valientes argumentos que reflejan su sentimiento antihaitiano, las causas de la amenaza que representaba el vecino país para los habitantes de la parte española de la isla.

Tres autores exploran distintos aspectos de la estratificación social, la mentalidad y las actitudes de los dominicanos: Juan Isidro Jimenes Grullón, Juan Bosch y Frank Moya Pons. Para el autor de *La República Dominicana: una ficción* —quien en la época en que escribió ese libro se hallaba muy influido por la sociología marxista—, la formación de una pseudo-aristocracia agraria o «burguesía atípica» tuvo lugar en el seno mismo de la dominación colonial, e impregnó todo el régimen esclavista con el vaho de su carácter autocrático.

Por su parte, en «Psicología de los dominicanos», Bosch aventura algunas hipótesis sobre el comportamiento nacional. Más que un análisis rigurosamente científico de la psicología colectiva, se resaltan ciertos rasgos psíquicos que impedían que el pueblo dominicano pusiera fin a la dictadura de Trujillo. El enfoque de Bosch parece inspirado no tanto en el tradicional pesimismo de los intelectuales dominicanos, como en sus observaciones personales. El autor sin duda conoce la personalidad básica de nues-

tro pueblo, pero no intenta elaborar una teoría científica sobre el fenómeno.

A través de un análisis riguroso, Frank Moya Pons establece las diferencias entre la vieja oligarquía colonial de origen español y la oligarquía tradicional dominicana del período republicano, sobre todo en el plano educativo. La Era de Trujillo, de acuerdo con el autor, significó el final de este sector social que no pudo adaptarse a los cambios económicos y sociales en ese período. Se desarrolló, en cambio, una clase media que fue la base de sustentación del régimen. La eclosión de esta clase ha sido el principal ingrediente del proceso de democratización del país en las últimas décadas, de ahí el carácter populista de la cultura política dominicana.

Tres grandes defensores de la libertad nos ofrecen su testimonio de una época de lucha y heroísmo. Las «Notas autobiográficas» de Máximo Gómez conmueven, tanto por la fuerza y sinceridad de sus revelaciones como por la extraordinaria condición humana de quien las escribió. La prosa sencilla y cálida del imponente soldado de la guerra libertadora en Cuba impacta por la pasión, la integridad, el fervor patriótico y el compromiso de su autor.

A su vez, Gregorio Luperón, figura máxima de la Restauración dominicana, dibuja una vigorosa semblanza de Pedro Francisco Bonó, escrita con admiración y respeto por el puertoplateño ilustre. Estamos en presencia del retrato del hombre público, del pensador, del patriota que fue Bonó, quien declinó varias veces el poder y sufrió la persecución de los gobernantes de turno, a causa de su radical liberalismo y la defensa de sus ideales. Lo que Luperón llama «breve y desaliñada biografía» de Bonó es un perfil humano y moral de uno de nuestros prohombres, y una severa crítica a los despotismos encarnados por Báez y Heureaux.

Con la precisión de su prosa clara y segura, Eugenio María de Hostos, siempre certero, define a Luperón como ejemplo cimero de patriotismo. En su breve ensayo, Hostos revela su admiración por el caudillo de tantas gestas libertarias, exaltando su valor, su dignidad, su ejemplo de civismo y moralidad pública, su patriotismo generoso y su honradez. El autor, que conoció personalmente a Luperón, lo define como el más ardoroso representante del antillanismo en nuestra isla y reconoce que sus méritos patrióticos sobrepasan sus yerros personales.

nríquez y Carvajal es la semblan-
ón Mella, leída en la apoteosis del
iscurso de exaltación en memoria
dependencia.
le semblanzas recopiladas en este
nte retrato de Trujillo escrito por
teóricos y colaboradores íntimos.
as cualidades personales más so-
rasgos que hicieron de él un go-
con admiración por la figura del
con repudio por sus defectos exe-
n inigualable esbozo, hondamen-
l país durante tres décadas.
iferentes facetas está representada
los más sólidos ensayistas domini-
eña, «Patria de la justicia», uno de
nista aboga por la unidad política
la idea parezca una utopía. Debe-
gna patria; una magna patria uni-
lebe tener prioridad frente al ideal
l individuo apasionado de justicia
a perfección intelectual.
z Ureña, el jugoso ensayo «Cami-
» en el que, luego de exponer bre-
ausencia de una historia literaria
a por nosotros mismos, lamenta
s primeros en «descubrirnos» y
fiende el establecimiento de unas
ibres centrales y libros de lectura
lea de una dicotomía que habla,
le la América tropical, frondosa y
atura de la América templada, to-

«La mujer y la cultura», analiza
ndo contemporáneo. Para ella, la
l y la cultura es una de las mayo-
oca de revoluciones. Con una ex-
s causas de la marginación de la
el modo de combatirla.

Un breve artículo de Gastón F. Deligne, titulado «Evolución religiosa», confirma su erudición y cuán actualizado se mantenía. El texto, escrito en 1886, sólo tres años después de la muerte de Karl Marx, prueba su interés por las nuevas corrientes de pensamiento y su apertura ante las contribuciones de la razón y la ciencia.

Con buen pulso descriptivo y ligero telón de fondo histórico, Miguel Angel Monclús, en un fragmento de *Apuntes de Haití*, comenta acerca de la vida en la región fronteriza, surcada por el río Masacre, y ofrece algunas pinceladas de las costumbres de los haitianos.

En «Los matrimonios en el campo», Ramón Emilio Jiménez, con gracia y optimismo desbordante y dueño de un lenguaje de esencias clásicas, al tiempo que gran conocedor de la variante cibaeña del español dominicano, describe el proceso de enamoramiento, cortejo y matrimonio en nuestra zona rural. Su aguda mirada de folklorista le permite captar y describir los pormenores de costumbres ya desaparecidas de la subcultura campesina.

Manuel Rueda, en «Perfiles del hombre dominicano», intenta hacer un retrato aproximado de nuestra gente. De una hermosa descripción del territorio, el autor pasa a la diversidad étnica de sus pobladores y las sutilezas y encubrimientos de las denominaciones que se emplean para describir el color de nuestra gente. Admite que un retrato fiel de los dominicanos es difícil: somos impenetrables en nuestra intimidad. El autor enfrenta los estereotipos más comunes que se aplican a nuestro pueblo y sintetiza algunas costumbres que caracterizan el comportamiento campesino.

La práctica del sincretismo religioso es descrita por Ramón Francisco en «Noche de vela o velaciones», fiestas que se celebran en todo el país cada año en honor a un santo o loa. Estas fiestas se realizan desde hace más de cien años y debido a los cuantiosos gastos que implican se circunscriben a determinados sectores. Los más pobres tienen que contentarse con una «hora santa».

Para culminar la muestra de ensayos sobre temas culturales, hemos antologado «De la tragedia a la filosofía (Meditaciones en torno a Esquilo y Sófocles)», texto de Antonio Fernández Spencer que plantea una novedosa hipótesis. Contradiciendo una genera-

o no fue, como
Una visión más
:les, revelan su
como un ensa-
del mundo cul-

oesía en la ver-
do varios frag-
voz. Contados
arecen, en bre-
era, la cuchara,
le pretexto pa-

s trabajos y los
apital de la Re-
s de su libro de
nfesión de los
proceso de es-
olorosas confe-
aderos ensayos
íciles días pos-

las peripecias
ta», que fue la
8, una fotogra-
echazo de mu-
a su acogida,
rd, ayudándo-
e treinta y dos

sin la presen-
han dedicado
sus esfuerzos
omunicadores
ledano, quien
rante años sus
do dos breves
año conmemo-
s un propósito

reivindicativo, escritos en una prosa amena a base de párrafos breves pero incisivos y precisos, mediante los cuales el autor ratifica la veteranía de su oficio periodístico y sus conocimientos de historia.

De Rafael Herrera, tomado de su libro *Vida dominicana*, presentamos su editorial «Educación política». Anecdótico, personal, siempre muy persuasivo en sus exhortaciones al lector, los editoriales de Herrera tipifican un modo de pensar y decir. Del otro decano del periodismo nacional, Germán Emilio Ornes Coiscou, seleccionamos, como era de esperarse, dos editoriales en los que trata uno de sus temas predilectos: la libertad. Treinta años han transcurrido entre uno y otro, pero el tiempo no ha desvanecido la coherencia ideológica ni la voluntad de lucha de quien los escribió.

Carlos Curiel está representado con un breve artículo sobre el delito en la sociedad contemporánea: la criminalidad de 'cuello blanco'. Se trata de unos comentarios sobre los delitos de enriquecimiento, específicamente la estafa, basándose en consideraciones sociológicas y jurídicas del fenómeno.

Por último, de Federico Henríquez Gratereaux escogimos «La feria de las ideas», artículo que aparece en el libro del mismo nombre. Aunque el texto es breve, se advierte la destreza del autor para abordar un tema de actualidad y persuadir a los lectores con sus argumentos.

CONCLUSIÓN

Hemos reservado el final de este prólogo para expresar nuestra gratitud a varias personas que, de un modo u otro, contribuyeron a la realización de esta antología. En primer término, gracias al Dr. Jorge Tena Reyes, Subsecretario de Educación, Bellas Artes y Cultos, Encargado de Asuntos Culturales, por su demostración de confianza al escogernos para llevar a cabo este proyecto, dándonos su apoyo en cada una de sus fases.

Nuestro agradecimiento al amigo y maestro Manuel Rueda, compañero de ruta en esta complicada labor de antólogo, por sus sabios consejos, que tanto nos ayudaron a enriquecer la selección de los autores incluidos.

A Andrés Blanco no tenemos cómo retribuirle por sus valiosas informaciones, sus señalamientos, y los libros que nos prestó o fotocopió.

Un reconocimiento especial a Darío Martínez Batlle, que con paciencia y dedicación trabajó con nosotros desde el principio, en la composición y corrección del voluminoso original.

Finalmente, estamos en deuda con Arístides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón, que tuvieron a su cargo la agotadora tarea de diagramación y edición de este volumen, con todas sus implicaciones. Ambos han dado, una vez más, una demostración del rigor y el buen gusto que ponen en cada uno de los proyectos bajo su responsabilidad.

Y gracias a todo el personal técnico de la Editora Corripio, C. por A., por el excelente trabajo de impresión de esta antología.

BIBLIOGRAFÍA

Alcántara Almánzar, José. *Antología de la literatura dominicana*. Santo Domingo: Editora Cultural Dominicana, 1972.

————. *Estudios de poesía dominicana*. Santo Domingo: Editora Alfa y Omega, 1979.

————. *Narrativa y sociedad en Hispanoamérica*. (Instituto Tecnológico de Santo Domingo). Santo Domingo: Editora Corripio, 1984.

————. *Los escritores dominicanos y la cultura*. (Instituto Tecnoló-gico de Santo Domingo). Santo Domingo: Amigo del Hogar, 1990.

Alfau Durán, Vetilio. *Américo Lugo* (Antología). (Colección Pensamiento Dominicano No. 2). Ciudad Trujillo: Librería Dominicana, 1949.

————. *Vetilio Alfau Durán en Clío. Escritos* (I). (Publicaciones del Sesquicentenario de la Independencia Nacional, Vol. II). Santo Domingo: Editora Corripio, 1994.

Balaguer, Joaquín. *Federico García Godoy (Antología)*. (Colección Pensamiento Dominicano No. 6). Ciudad Trujillo: Librería Dominicana, 1951.

————. *Historia de la literatura dominicana*. 3ª ed. Santo Domingo: Librería Dominicana, 1965.

Cartagena Portalatín, Aída. *Narradores dominicanos*. Caracas: Monte Avila Editores, 1979.

Cocco de Filippis, Daisy. *Combatidas, combativas y combatientes. Antología de cuentos escritos por mujeres dominicanas*. Santo Domingo: Editora Taller, 1992.

Contín Aybar, Néstor. *Historia de la literatura dominicana*. (Ediciones Universidad Central del Este, San Pedro de Macorís). Santo Domingo: Editora Taller, t. I (1982); t. II (1983); t. III (1984); t. IV (1986).

Contín Aybar, Pedro René. *Antología poética dominicana*. 2ª ed. Ciudad Trujillo: Librería Dominicana, 1951.

Fernández Marcané, Leonardo. *Cuentos del Caribe*. Madrid: Playor, 1978.

Fernández-Rocha, Carlos y De los Santos, Danilo. *Lecturas dominicanas*. Madrid: Playor, 1977.

Francisco, Ramón. *Literatura dominicana 60*. (Publicaciones de la Universidad Católica Madre y Maestra N°. 7). Santo Domingo: Amigo del Hogar, 1969.

García, José Enrique. «Para una descripción temática del cuento dominicano (1960-1979)», *Eme-Eme. Estudios Dominicanos*, (revista de la Universidad Católica Madre y Maestra), 4 (24): may.-jun., 1976.

Henríquez Ureña, Max. *Pedro Henríquez Ureña (Antología).* (Colección Pensamiento Dominicano N° 4). Ciudad Trujillo: Librería Dominicana, 1950.

————. *Panorama histórico de la literatura dominicana.* (Colección Pensamiento Dominicano N° 33). Santo Domingo (t. I, 2ª ed.), 1965 y N° 34: Santo Domingo (t II, 2ª ed.), 1966.

Herdeck et al, Donald E. *Caribbean Writers. A Bio-Bibliographical-Critical Encyclopedia.* Washington: Three Continents Press, 1979.

Hernández Rueda, Lupo. *La generación del 48 en la literatura dominicana* (Publicaciones de la Universidad Católica Madre y Maestra No. 58). Santo Domingo: Amigo del Hogar, 1981.

Incháustegui Cabral, Héctor. *De literatura dominicana siglo XX.* (Publicaciones de la Universidad Católica Madre y Maestra No. 6). Santo Domingo: Amigo del Hogar, 1969.

————. *Escritores y artistas dominicanos.* (Publicaciones de la Universidad Católica Madre y Maestra No. 50). Santo Domingo: Editora del Caribe, 1979.

Lockward, Jaime A. *Teatro dominicano, pasado y presente.* Ciudad Trujillo: Editora La Nación, 1959.

Llorens, Vicente. *Antología de la literatura dominicana.* (Colección Trujillo), Publicaciones del Centenario de la República, Literatura IV, Vol. I (verso), Vol. II (prosa). Santiago: Editora El Diario, 1944.

Martínez, Rufino. *Diccionario biográfico histórico dominicano (1821-1930).* (Colección Historia y Sociedad No. 5). Santo Domingo: Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1971.

Molina Morillo y Asociados. *Personalidades dominicanas 1988-1989.* Santo Domingo: Editora Corripio, 1988.

Montero, Jenny. *La cuentística dominicana*. (Biblioteca Nacional, Colección Orfeo). Santo Domingo: Editora González y Asocs., 1986.

Moya Pons, Frank. «Biblioestadística de la literatura dominicana». (Original inédito).

Nolasco, Sócrates. *El cuento en Santo Domingo (Selección antológica)*. (Colección Pensamiento Dominicano: N°. 12, t. I; N° 13, t. II). Ciudad Trujillo: Librería Dominicana, 1957.

Peix, Pedro. *La narrativa yugulada*. Santo Domingo: Editora Alfa y Omega, 1981.

Reyes, Norma Celeste y García Rodríguez, José Enrique. «Para una descripción temática del cuento dominicano». *Eme-Eme. Estudios Dominicanos* (Revista de la UCMM), 3 (16): ene.-feb., 1975.

Rodríguez Demorizi, Emilio. *Tradiciones y cuentos dominicanos*. (Colección Pensamiento Dominicano N° 42). Santo Domingo: Julio D. Postigo e hijos, Editores, 1969.

————. *Cuentos de política criolla*. 2ª ed. (Colección Pensamiento Dominicano N° 28). Santo Domingo: Editora Librería Dominicana,1977.

Rosario Candelier, Bruno. *Tendencias de la novela dominicana*. (Publicaciones de la Universidad Católica Madre y Maestra N° 136). Santiago: Impresora-Editora Teófilo, 1988.

Rueda, Manuel y Hernández Rueda, Lupo. *Antología panorámica de la poesía dominicana contemporánea 1912-1962*, t. I: Los Movimientos Literarios. (Publicaciones de la Universidad Católica Madre y Maestra N° 12). Santo Domingo: Editora del Caribe, 1972.

Tena Reyes, Jorge. *Duarte en la historiografía dominicana*. (Publicaciones de la Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos). Santo Domingo: Editora Taller, 1976.

Vallejo de Paredes, Margarita. *Antología literaria dominicana* (cinco tomos). (Publicaciones de Instituto Tecnológico de Santo Domingo). Santo Domingo: Editora Corripio, 1981.

Veloz Maggiolo, Marcio. *Cultura, teatro y relatos en Santo Domingo.* (Publicaciones de la Universidad Católica Madre y Maestra N° 13). Santiago: La Información, 1972.

Villegas, Víctor. *Antología de poetas petromacorisanos.* (Publicaciones de la Universidad Central del Este, Vol. IV). Santo Domingo: Editora Taller, 1982.

FRANCISCO JAVIER ANGULO GURIDI
(1816-1884)

Periodista, narrador, poeta, dramaturgo. Nació en Santo Domingo el 3 de diciembre de 1816 y murió en San Pedro de Macorís, el 7 de diciembre de 1884. A los seis años emigró a Cuba con sus padres y allí permaneció tres décadas. Fue en La Habana donde comenzó a publicar sus primeros textos y a desarrollar su vocación periodística. Regresó a la República Dominicana en 1853, dando inicio a una intensa actividad de colaboración con los principales periódicos de Santo Domingo. Es autor de Iguaniona, *la primera obra dominicana que se inscribe en la corriente indigenista.*

OBRAS PUBLICADAS:

Ensayos poéticos (1843), *La fantasma de Higüey* (1857, 1868, 1981), *Memoria leída ante el honorable Ayuntamiento de Santiago*, sobre construcción de un camino de hierro de dicha ciudad a Puerto Plata. (1860), *La campana del higo* (1866), *La ciguapa* (1866), *Silvio* (1866), *Elementos de geografía físico-histórica antigua y moderna de la Isla de Santo Domingo* (1866), *La imprudencia de un marido* (1869), *Una situación poco envidiable* (1869), *El panorama* (1872-73), *Iguaniona* (1881). Inéditas: *Cacharros y manigüeros* (sainete, estrenado en 1867), *Los apuros de un destierro* (1867), *El Conde de Leos* (drama en verso, estrenado en 1868), *Don Junípero* (1868), *Últimos cantos* (poesía).

LA CIGUAPA

Por más que se haya dicho y se siga diciendo que la civilización del siglo en que vivimos no ha excluído cosa alguna de su benéfica influencia, preciso es reconocer que algo le falta para el completo de su obra; puesto que la humanidad se mantiene fiel respecto de ciertos errores funestos que concurren a rebajar la importancia de nuestros mismos adelantos. Evidentemente, y con especialidad de cuarenta años a esta parte, la inteligencia ha hecho tanto como en los dos últimos siglos. Cierta de que consagrada a mejoramientos o reformas, que siempre han de conservar la originalidad de su carácter, sólo llegaría a conquistar una gloria a medias, cuando no postiza, se ha lanzado en el hermoso campo de las averiguaciones, donde ha sorprendido secretos importantes para las ciencias y las artes, y donde el mundo la ha ido a saludar al compás de sus vítores y aplausos en la solemne efusión del entusiasmo. Pero todos estos triunfos adolecen de la ausencia de uno que, a mi manera de ver, es sumamente necesario -el triunfo sobre las envejecidas supersticiones, hijas legítimas de la tradición y sombras importunas que flotan sin cesar en torno de las más nobles ideas.

No se puede negar que la superstición ha sido vigorosamente combatida; mas, si debilitada por la lucha a que la ha arrastrado el paladín soberbio del progreso la hemos visto desertar de los centros luminosos, volvamos nuestros ojos, y fuerte por la impunidad la veremos ejerciendo su férreo período en el silencio de la selva, en el claro oscuro de los bosques y en la tranquilidad de las aldeas. Un hecho contemporáneo será el certificado más expresivo de su perniciosa influencia sobre esos seres infelices, comunes a todos los pueblos, para quienes la civilización es todavía menos que un fantasma.

De Santiago de los Caballeros, Provincia principal de nuestra República, a Puerto Plata, que es el marítimo más próximo, hay por el camino *viejo* o de *Altamira*, veinte leguas castellanas; mientras que por el nuevo o de Palo Quemado sólo hay ocho y media de extensión, que corren a terminar en dicho puerto. Aunque a primera vista parece que el viajero debe preferir el último camino atendida la prontitud con que respectivamente rendiría la jornada, no sucede así; porque trazado a través de una sucesión in-

terminable de montañas gigantescas y bordadas éstas por infinitos ríos caudalosísimos, de frecuentes avenidas, el caballo sufre mucho en el tránsito, por cuya razón es necesario no apurarlo y desperdiciar por lo tanto el beneficio de tiempo que se pudiera obtener respecto del otro camino en razón de la menor distancia. Sin embargo, hay algo de sublime en los peligros: bajar al Niágara en sus más solemnes arrebatos; cruzar por un andarivel sobre un abismo sin fondo, húmedo, imponente por cuanto solitario y tenebroso; aspirar el aliento de un volcán en los mismos bordes de su cráter; escalar los Alpes, sorprender al cóndor en su guarida, y andar perdido entre un bosque sin fin en noche oscura, o sobre el mar azotado por el huracán; son, a la verdad, escenas grandiosas, magníficas, soberbias, escenas que deben arrebatar el espíritu, llenar el corazón de brío, elevar y conmover. Santo Domingo no se presta a estas emociones absolutamente; pero tiene algo de solemne en su naturaleza, en la elevación de sus montañas, núcleo del sistema antillano, en su aspecto primitivo que conserva como ningún otro punto de la América y en los bramidos sonoros de sus ríos.

Partidario, pues, de todo lo nuevo o sorprendente, y avezado ya al camino de *Altamira* tomé el de *Palo Quemado* el día cuatro de Junio del año de mil ochocientos sesenta para llegar a Puerto Plata el cinco y seguir mi viaje a La Habana en el *Pájaro del Océano*. Cinco horas de ruta, a contar desde la del alba, fueron suficientes para rebajar la potencia de mi caballo a tal manera, que ya subía las altas cumbres dando sordos gemidos, y entraba en los ríos a viva fuerza seguro de que le aguardaba un nuevo escalamiento. Lastimado de su quebranto resolví hacer alto en las floridas márgenes del Bajabonico. Un joven gallardo, al parecer de oficio labrador, se me acercó y tomó a su cargo la diligencia de aflojar la montura a mi caballo. Tenía un aspecto doloroso que contrastaba poderosamente con la energía de su musculatura atlética, y derramaba dolor en cada una de las miradas de sus grandes ojos negros.

—Va Usted a La Habana caballero? me preguntó con dulce acento.

Ciertamente, le respondí; pero quién le ha dicho a Usted que voy a La Habana?

—Mi tío, Señor, que es quien le lleva su equipaje... El irá por Altamira?

Sí.

Me admira que lo haya dejado a usted venir solo por este camino. Un buen peón nunca debe separarse del viajero...

Sin embargo, no le culpe usted. Mi venida por aquí es obra del antojo; luego, como afortunadamente en nuestra patria no se conocen los peligros que en otros países...

—Qué dice usted?- exclamó a media voz, y sentándose junto a mí sobre la yerba.

—Digo, que no hay malhechores en toda esta parte española.

—Ah!... es verdad, pero en cambio hay otra cosa peor... si señor: hay otra cosa que roba y mata sin quitarnos la vida o el dinero...

—No lo comprendo a usted, amigo mío.

—Sin embargo, he dicho la verdad y en un idioma que no es a usted desconocido.

—Pero... la proposición de usted es peregrina, quién que roba y mata no invade la propiedad y la existencia?

—La Ciguapa!... y así diciendo miraba en derredor con ojos aterrados.

—La Ciguapa?... repuse sorprendido y reduciendo a su mitad la fuerza de mi acento.

El joven se quedó un instante inmóvil, con el oído atento como quien percibe algún rumor lejano; luego sonrió, puso sobre sus breves orejas los copos de cabellos que el espanto había esparcido por su frente, pálida como un botón de lirio, y levantando con trabajo la bóveda de su pecho lanzó al aire un suspiro triste cuanto prolongado. Desde luego adiviné algo de maravilloso en la vida y en el dolor de aquel joven, (que bautizaré con un nombre de mi gusto para evitar confusión en el discurso de este relato, por ejemplo, le llamaré Jacinto, siquiera sea porque la primera letra es también la primera de mi nombre) y curioso hasta la impertinencia resolví provocarlo a la revelación, aún a precio de sus más amargos sufrimientos. Esta curiosidad, sin embargo, no carece de nobleza. Yo tengo la costumbre de identificarme con todos los dolores, y a veces con sacrificio de mi tranquilidad y mi deber... Vive en el mundo una señora que me contó la historia de su corazón, entre sollozos y entre lágrimas... Esto dió margen a una pasión desesperada por mi parte, pasión que brotó del árbol de la piedad, y que antes de florecer fue hollada por la misma

que en sus diálogos pedía una limosna de amor... Qué difícil es conocer la verdad en ciertos labios!

Jacinto, pues, vuelto de su sorpresa y recordando mi última frase dijo:

La Ciguapa, caballero: la Ciguapa es la criatura que con un alma como nosotros alienta sólo por el exterminio de nosotros mismos...

Pero usted no conoce la Ciguapa!...

Ciertamente que no, amigo mío; y si no fuera el temor de afligirle, me atrevería a suplicarle me diese algunas noticias de ese ser que aún en recuerdo le intimida.

—Será usted complacido, señor, más para que comprenda bien el mágico poderío de la *Ciguapa*, será preciso que lo vea confirmado en la desgracia que lloro sin cesar en medio de estas anchas soledades.

—Acepto, le respondí.

El me tendió la mano y añadió:

—Yo soy, señor, hijo de buen padre; pero víctima en primer término de sus opiniones políticas. Creyó que tal o cual doctrina era conveniente a la felicidad de nuestra patria, la enunció sin atender a las consecuencias, y luego tuvo que buscar el reposo en el destierro; dejando mi existencia de doce años entregada a las depredaciones de la orfandad. No sé si vive; pero tampoco lo acuso, aunque pudiera decir que más amó una doctrina que una prenda de su corazón... A espaldas de esa montaña que besando viene el río, habita el viejo Andrés, jefe de una familia numerosa y el cual me recogió agradecido a los favores que le otorgó mi padre en otro tiempo. Entre sus hijas hubo una llamada Marcelina, que me tomó un cariño extremado, y a la que correspondía yo con el mismo afecto; llegando esta afición a tal altura, que nos era imposible estar diez minutos separados. Así cuando iba yo a cortar leña, ella me acompañaba al monte sin hacer cuenta de sus labores; y cuando ella bajaba con el *calabazo* a buscar agua al río, yo la seguía, indiferente a las obligaciones que la hospitalidad me había impuesto. Marcelina contaba con quince años: era hermosa como un clavel, de ojos negros, breve boca, cintura delgada y gallardas formas; a todo esto se agregaba una sonrisa angelical siempre retozando en sus labios purpurinos como en testimonio de la inocencia y ternura de su alma. El viejo Andrés, co-

nocedor del corazón humano, presintió el resultado de nuestra ostensible simpatía y una noche nos dijo:

Hijos míos, la juventud es imprudente cuanto más impre-sionable, y temeraria hasta la locura cuando teme alguna contrariedad en sus manifestaciones. Para prevenir estos males difíciles de contener una vez desarrollados, quiero participar a ustedes que sus almas, espejos en que me miro sin cesar, tienen grabadas recíprocamente sus propias imágenes, y que esta especie de *mirismo* marcha a una fusión que aplaudo y que bendigo. Así, pues, ni hay que padecer con la idea de una tiranía que siempre he condenado en las familias, ni menos que disfrazarse con un tupido manto de reservas.

Dí las gracias al viejo Andrés en una mirada, por su generosidad, y en seguida la fijé en el rostro de Marcelina; mas, inocente como mujer ninguna lo fue, nada comprendió de lo que había dicho su padre y continuaba embebida en su costura. Aquella noche no me fue posible dormir: hablé conmigo mismo de amor, de felicidad: veía a Marcelina turbada en mi presencia, oyendo la explosión de mis tiernos arrebatos, y lloré de gozo como un niño.

Tres meses transcurrieron, en los cuales sin alterar la índole de mi trato con Marcelina, el amor había dilatado mi corazón y embellecido mi existencia.

Al cabo de ese tiempo salimos una mañana para tomar agua del río... Allí caballero... debajo de esa mata de cera... ay! Allí nos sentamos como de costumbre a trazar un cuadro de flores para el porvenir... por qué no permitió Dios que yo hubiera enmudecido...? Ella viviera todavía; y habríamos gozado, como antes, sin darnos cuenta de nuestra felicidad!...

—Valor, Jacinto, le dije conmovido.

Entonces enjugó una lágrima y prosiguió de esta manera:

Sentados, pues, debajo de ese árbol vimos discurrir cerca de una hora; hasta que yo excitado como nunca por la adoración contemplativa de los encantos que poseía mi joven amiga, le tomé y estreché apasionadamente una de sus manos.

—Ay, Jacinto!, me dijo sorprendida: como abrasa tu mano! Dime, estás malo?

—No, Marcelina mía, le respondí balbuceando.

—Pero... a lo menos sufres...!

—Ah! Lejos de eso, gozo de la felicidad en toda su plenitud.

—Egoísta! Y pensabas ocultármelo...!

—Calla Marcelina! Ah! mira que conviertes así en dolores mi alegría. Cuándo te he ocultado cosa alguna?

—Perdóname, Jacinto: los que queremos bien somos a veces injustos; pero nuestras injusticias no bajan jamás al corazón. Veamos, ¿me perdonas?

—Oh! te perdono hoy con más razón y más deleite que te hubiera perdonado ayer.

—De veras?

—Es mi alma la que habla...!

—Es mi alma la que escucha...! Pero tu mano me quema... Has dicho también una cosa... Y me miras de una manera... Por Dios, Jacinto... qué está pasando de extraño entre nosotros? Siento mi rostro inflamado, mi corazón se agita... te miro, y me estremezco...! Jacinto, explícame todo esto que yo no me basto a comprenderlo...!

Arrebatado entonces caí de rodillas sin abandonar su mano, temeroso de que asustada hubiese huído como una paloma, buscando auxilio en la choza de su padre.

—Es, Marcelina, le dije casi llorando en mi arrebato, es que nuestras almas se pronuncian contra la timidez, y se revelan en el lenguaje de las sensaciones el mejor de sus capítulos... es que no podemos seguir así, callando lo que sentimos y desflorando en su capullo el botón de la juventud... es en fin, que la soledad de estas montañas, los susurros de sus brisas y el dulcísimo lamento de este río nos han hecho volver nuestras miradas sobre nosotros mismos y preguntarnos: qué es lo que sentimos y queremos? Ah! No es cierto que tal es nuestra situación en este instante...?

—Yo lo ignoro, Jacinto, -me respondió toda convulsa;- sólo comprendo que si me abandonaras ahora, moriría de dolor sobre esta arena; pero tú no lo harás... porque me quieres mucho.

—No lo haré porque sería suicidarme, y me importa vivir por tu alegría.

—Oh Jacinto! Cuanto gozo escuchándote! Que hermosa novedad encuentro en tus palabras, y con cuánta delicia descienden hasta mi corazón!... Habla otra vez, y dime qué es lo que te inspira esas ideas originales y conmovedoras, que así me recrean y sorprenden. Habla!

—Marcelina! Para explicártelo basta sólo una palabra...

—¿Una palabra...?

—Una que vale por todas las que representan nuestro idioma...

—Y bien... pronúnciala...!

—Si, voy a pronunciarla... Oh! Escúchame...

—Habla.

—Yo te amo, Marcelina!

—Es posible! exclamó con la inocencia de los ángeles: ¿y cómo es que adorándote yo no participo de tus propias inspiraciones?

El diluvio de besos que estampé en su mano incendiada por la pasión fue la respuesta que dio mi gratitud; mientras ella esmaltada por el rubor a consecuencia de su bellísima espontaneidad, cerró los ojos e inclinó la frente como un aguinaldo en cuyo cáliz proyecta el sol su rayo más fogoso.

Calmadas las emociones del momento nos dimos cuenta del pasado y hablamos del porvenir.

—Serás mi esposa -le dije- y nuestra choza el templo del amor.

—Sí- me repuso enajenada, y te amaré como te amo hoy; porque amarte más es imposible. Mira, Jacinto; aquí mismo, al pie de este árbol levantarás nuestra cabaña. Así tendremos siempre presente nuestros juramentos. Oh! Cuánta felicidad! Pero vamos a echarnos a los pies de papá y a revelarle nuestro amor...

—Un momento más, querida Marcelina! Es tan hermoso estar ahora a tu lado sin testigos...!

—Es que tengo miedo, Jacinto...

—Miedo! Y de quién tienes miedo cuando yo velo por ti?

—No sé explicarlo... pero de verdad que tengo miedo...

—Tranquilízate, mi bien -repuse yo conmovido por su interesante timidez; Dios desde su trono ha escuchado nuestras protestas de amor, y seguramente las bendice. Además, yo estoy aquí para defenderte y...

Dos agudos gritos estallaron a la vez. El uno seco, estridente, fatídico como el de la muerte, salió de la cresta de la montaña y restalló de roca en roca hasta perder su timbre entre los murmullos querellosos de estas aguas; el otro, ay! el otro triste, profundísimo, grito de dolor arrancado al alma que se adormecía descuidadamente en brazos de la felicidad, partió del seno de Marcelina articulando con trabajo estas palabras:

—Dios mío!... La Ciguapa!!!

Esto dicho se desmayó. Privado de todo auxilio en aquella dolorosa situación, ceñí a Marcelina por la cintura, la suspendí hasta mis hombros y me alejé de este lugar, llevándola como a un niño que se duerme en los momentos más supremos de una fiesta.

Ni la ternura de su padre, ni el solícito cuidado de sus hermanos, ni el amor afligido de mi alma, ¡ay! nada señor, pudo devolver a la suya la tranquilidad que había perdido... Desde que cayó en el lecho fue víctima de una enajenación horrible, de un sopor espantoso, sólo alterado por la convulsión y los sollozos; si abría sus labios, ya sin carmín y sin color, era sólo para pronunciar estas palabras: Oh Jacinto mío! íbamos a ser felices... pero... yo vi la Ciguapa!!! Adiós Jacinto!

En seguida escondía la hermosa frente en la almohada y volvía a desmayarse. Para concluir, caballero, porque el recuerdo me asesina: tres días después de este acontecimiento doloroso dimos sepultura debajo de ese *árbol* de cera al cadáver de mi adorable Marcelina...!

Calló el mancebo enjugando como a hurtadillas una gruesa lágrima que surcaba su mejilla. Yo me levanté, viendo que era tiempo de seguir en dirección de Puerto Plata y tomé mi caballo que se había alejado un poco paciendo la fresca grama de las inmediaciones, pero antes de cabalgar, y visto que Jacinto había dominado la emoción, me atreví a preguntarle.

—Y bien, amigo mío: usted me ofreció explicarme qué cosa es la Ciguapa, y mi curiosidad ha subido de punto con lo que acabo de oir... querrá usted cumplirme su palabra?

—Sin duda, caballero; pero recordando a usted previamente que como nacido y educado, aunque a medias, en la ciudad de Santiago, no participo de las ideas supersticiosas de estos candorosos campesinos. Se dice que desde antes del Descubrimiento de esta Isla existe una raza cuya residencia ha sido siempre el corazón de estas montañas; pero que se conserva en toda su pureza, durmiendo en las coronas de los cedros, y alimentándose de los peces de los ríos, de pájaros y frutas. La Ciguapa, que tal es el nombre con que se conoce, es una criatura que sólo levanta una vara de talla: sin que por tanto se crea que en sus proporciones hay la deformidad de los llamados enanos en Europa, y aún en otros puntos de la América. Lejos de eso, existe una exacta ar-

monía en todos sus músculos y miembros, una belleza maravillosa en su rostro, y una agilidad en sus movimientos tan llenos de espontaneidad y de gracia que deja absorto al que la ve. Tiene la piel dorada del verdadero indio, los ojos negros y rasgados, el pelo suave, lustroso y abundante, rodando el de la hembra por sus bellísimas espaldas hasta la misma pantorrilla. La Ciguapa no tiene otro lenguaje que el aullido, y corre como una liebre por las sierras, o salta como un pájaro por las ramas de los árboles tan luego como descubre a otro ser distinto de su raza; porque es sumamente tímida e inofensiva al mismo tiempo. En general se le atribuye una sensibilidad sin ejemplo, y se añade que habiéndola capturado algunas veces por medio de trampas abiertas en los bosques, se le ha visto morir a pocas horas de dolor, anegada en su mismo llanto; pero sin exhalar una sola queja ni menos revelar indignación. Por último, caballero, la Ciguapa es en su naturaleza idéntica a nosotros; y en cuanto a las manifestaciones del amor infinitamente superior, porque raya en el delirio. Sus celos terminan con la muerte, y es en este sentimiento tan intolerante y egoísta, que el cuadro de dos seres que se aman y acarician le arranca gritos de desolación que sólo se apagan en el sepulcro. Pero no es esto lo más admirable, sino que cuando es hembra la Ciguapa que sorprende esos coloquios, muere a la misma hora que ella el joven enamorado, y cuando es varón muere la amante como murió mi pobre Marcelina... En todo lo que llevo dicho no se descubre otra cosa que el triunfo de una creencia torpe; pero admitida y consagrada, sobre todo por nuestro inocentes campesinos. Esta creencia, pues, es la causa verdadera de una desgracia que lloraré con el corazón mientras tenga fuerzas para soportar su peso.

Dijo Jacinto, y estrechándome la mano desapareció por el caracol trazado rústicamente al pie de la montaña. Entonces volví a tomar el camino, preocupado con la existencia y las derivaciones de tantos errores como prohija todavía la sociedad, despreciando la voz de la civilización y los testimonios irrecusables del progreso.

ALEJANDRO ANGULO GURIDI
(1823-1906)

Político, educador, periodista, crítico. Nació en Puerto Rico el 3 de mayo de 1823 y murió en Nicaragua el 17 de enero de 1906. Durante muchos años ejerció el periodismo, habiendo sido redactor de El Progreso, y fundador de El Orden, La República *y* La Reforma. *En el extranjero fustigó, a través de la prensa, la anexión de nuestro país a España. Fue un ensayista riguroso, interesado en las instituciones políticas y el ordenamiento jurídico de nuestros pueblos. Su obra* Temas políticos *es un extenso examen comparativo de las constituciones de Hispanoamérica.*

OBRAS PUBLICADAS:

La joven Carmela (1841), *La venganza de un hijo* (en colaboración con Francisco Javier Blanchié, 1842) y *Pucha cubana* (en colaboración con el mismo autor), *Los amores de los indios* (1843), *Exclusivismos y fraternidad de los pueblos* (1854), *Observaciones sobre la reorganización política* (1857), *Santo Domingo y España* (1864), *El triunfo liberal* (canto épico, 1874), *Temas políticos* (1891), *¿Quién es Modesto Molina? Azotaina biográfica* (1896), *Observaciones críticas sobre un libro de Mr. D. I. Burton* (1902).

TEMAS POLÍTICOS

SUFRAGIO Y SOBERANÍA POPULAR

En las precedentes citas tenemos dos fases del derecho de votar: una, la que lo limita con la propiedad y la renta, y otra, la que

le da toda la extensión que piden quienes al pie de la letra toman por punto de partida la definición de la democracia: «gobierno del pueblo por el pueblo».

Conviene seguir considerándolo en principio, y después juzgarlo en el terreno de la practicabilidad.

Como que eso de «el gobierno del pueblo por el pueblo» sólo puede realizarse en el sentido de la forma representativa, es imprescindible que, para salvar el fondo o esencia de tan legítima aspiración, el derecho de votar se conceda a todos los ciudadanos que tengan cierta edad, estén en el ejercicio de sus derechos políticos, y sepan leer y escribir, condición esta última que es la que más arriba me reservé expresar después.

Establecer que hay ciudadanos «activos y pasivos», es volver atrás, ir hasta la antigua Roma, que dividió a los hombres en ciudadanos y plebeyos, y acordaba a los primeros exclusivamente el ejercicio de los derechos políticos, «optimum jus», mientras que a los segundos los trataba con un desprecio muy parecido al que en la India inspiran malaventurados parias.

Las limitaciones puestas al voto activo, fuera de las dos a que acabo de referirme, dividen la comunidad en clase privilegiada y clase pretermitida, con lo que se da origen a un latente foco de quejas muy justas que con facilidad son explotadas por los revolvedores políticos en daño de la paz pública. Y por el contrario la mayor extensión del sufragio: ella tiende a unir todos los individuos de la comunidad, exhibiéndolos en un mismo nivel; porque esa manifestación de la igualdad, la más perceptible a los ojos de las clases menos instruídas, hace que éstas se sientan satisfechas de que se las asimile con las superiores.

Pero esa no limitación del derecho de votar, exige y presupone que todos o la casi totalidad de los ciudadanos sepan leer y escribir; y porque en ese caso está el pueblo de los Estados Unidos, corre allí el sufragio universal sin los trascendentales inconvenientes a que da causa en países donde la inmensa mayoría de las capas sociales inferiores se halla en estado de ignorancia crasa. Por consiguiente, el sufragio, sin esa condición, es una gracia inmerecida en principio, y contraproducente en la práctica. Los estúpidos labriegos de nuestras repúblicas, el jayán que pasa la vida en la aspereza de los bosques descuajándolos con el hacha; el rudo gaucho de las pampas argentinas que no sabe otra cosa sino enla-

zar bestias; y los indios casi insociables de la mayor parte de las zonas selváticas de Méjico, la América Central y el Paraguay que ni aun conocen las letras de nuestro abecedario, y para quienes todo acontecimiento de la política es una cosa inopinada o ininteligible ¿pueden ser aptos para una función tan importante del gobierno representativo como lo es la acción de elegir? ¿Conocen ellos a los hombres que figuran periódicamente como candidatos para la presidencia de la república y para los puestos de senadores y diputados, y ni aun a los que aspiran a la administración del municipio, de modo que puedan formarse un concepto siquiera aproximadamente certero de su idoneidad y buenas dotes morales? No creo que haya quien aventure la afirmativa: ella equivaldría a sostener que un ciego de nacimiento puede hacer buen uso de los colores y los pinceles que se le regalen.

El hombre que ni siquiera sabe leer y escribir, no es útil agente del complicado organismo democrático, por la misma razón que el hierro no sirve para la máquina del reloj sin el temple que lo convierte en fino acero.

Una cosa es la exageración de Donoso Cortés, «la soberanía de la inteligencia», y otra, muy distinta por cierto, exigir que a lo menos, conozcan los primeros rudimentos del saber los hombres que han de gozar del voto activo; y aún creo que éste podría seguir llamándose sufragio «universal», no obstante aquella necesaria condición, con la misma discutible propiedad con que así se le denomina a pesar de no concederse su ejercicio a las mujeres. Esa condición no contradice el principio de la soberanía del pueblo; lo que hace es acreditarlo contra los ataques de quienes, como Richelieu y Ahrens, no lo consideran elemento apto para resolver ventajosamente los trascendentales actos de la vida política, pues lo despoja de un vicio que da base para impugnarlo. En este sentido, una constitución política funciona como la máquina que avienta la paja y se reserva el grano.

Mas de ahí a exigir como condiciones del voto activo una propiedad, una profesión, un título científico, o una industria, según se ha visto que lo exigen casi todas las constituciones en cuyo examen me ocupo, hay una diferencia muy notable. Fuera de ese círculo queda la gran mayoría de los ciudadanos, y excluirla de la función del electorado es contradecir radicalmente el principio democrático que se proclama en términos enfáticos y hasta con

superfluas repeticiones. El que sabe leer y escribir, ya va camino de la cabal cultura de su entendimiento: dadle estímulos, y progresará hasta obtenerla. De todos modos, quien posee esos andadores mentales, lee las sesiones de las cámaras legislativas, los mensajes del jefe de la nación, los debates de la prensa periódica, y así adquiere luz respecto de los hombres y las cosas de la república; y cuando llegan los días de las elecciones populares puede tener opinión propia en cuanto a las candidaturas que entren en ese como torneo de la democracia. Dejadlo llegar a las urnas electorales como factor democrático; dejadlo ufanarse con el goce de tal franquicia; sed tolerantes con ese fugaz engreimiento de los pobres que no han tenido vuestras ventajas para ilustrarse y ascender, porque eso lo exige la justicia moral, y porque conviene a los efectivos intereses sociales.

El orgullo que se funda en el talento y la ilustración, y que genera desdén y hasta desprecio contra quienes carecen de estas dos cualidades, es, a mi juicio de lo más ilegítimo e inconsiderado que puede darse; el talento es un accidente natural, y la ilustración un simple hecho de posibilidad: ¿por qué enorgullecerse de lo que no es producto de esfuerzo propio? ¿A qué el desdén, a qué el desprecio para los infelices desheredados del padre de las luces y de la caprichosa fortuna? Eso no honra, y sí honraría la filantrópica y justiciera acción que los puliera y los alzara del abatimiento que los humilla al nivel de los hombres útiles a la comunidad, con sólo darles los primeros rudimentos de la instrucción y admitirlos en la escuela de las prácticas democráticas. Lo demás, esto es, su progreso mental, vendrá después.

No es necesario, permítaseme repetirlo, que en las cons-tituciones se diga dónde reside la soberanía, lo que importa es que de los pormenores de ellas aparezca que el único soberano es el pueblo; que en leyes secundarias no se cohiba hasta hacer nugatorio ese principio, y que los encargados de la primera magistratura tengan la honradez y el patriotismo necesario para no engreírse y rebajarse ante sus conciudadanos y ante la historia, haciéndose despóticamente superiores a los preceptos de la Constitución. Muchas de las de Hispano-América son ricas en ofrecimientos del más elevado liberalismo; pero de ahí a la práctica, ¡qué polar diferencia! Así es que en estos países libres la única manifestación práctica de la soberanía popular, es la que se esca-

pa al legislador a causa de que no hay frenos ni diques bastante fuertes para ella, a saber, el derecho de resistencia, la guerra civil, la ley del más fuerte.

¡Cautivadora democracia!

Y el mal no para ahí, sino que, como para apelar a ese funesto expediente hay que valerse de algún jefe militar, más o menos afamado por su valentía, él es quien, una vez obtenida la victoria final, preside provisionalmente la república, y de allí a poco se repite la historia en lo que se siguió al paso del Rubicón: los Catones, si bien no se suicidan, quedan anulados, y César reina sin cetro ni corona.

Es, por otra parte, un hecho bastante singular, que aún haya entre nosotros republicanos conservadores negados a reconocer la gran verdad de que, histórica y filosóficamente, el verdadero soberano es el pueblo; y que, siguiendo a Bello, se limiten a decir que lo es «originariamente», y en seguida agreguen que «la soberanía se delega» en el estado; cuando no faltan monarquistas de tanta ilustración como Colmeiro y Guizot que ajustan sus opiniones políticas a aquella misma verdad, diciendo que todas las formas de gobierno deben su existencia a la voluntad de los pueblos; confesión que tanto vale como reconocer que es en esa voluntad donde reside la soberanía abstracta. Y aclarando más este último pensamiento, puede afirmarse que aquella confesión equivale a establecer que la soberanía no es un simple recuerdo histórico, o una fuente que envió sus aguas a otro álveo; sino un derecho inseparable de la personalidad humana, creador de la personalidad política de las naciones, que no prescribe, que nunca se ha renunciado, que no es delegable, que no es prescriptible, y que siempre es potencia actual, productora de las formas de gobierno, y privativa de los pueblos. Y como no obstante ser ella un poder anterior, y latentemente, superior a los poderes del estado, se sujeta a principios de orden, a reglas de conducta y a preceptos armónicos con la consecución de los fines sociales; como no es absoluta sino que se inspira en lo justo y en la conveniencia de la comunidad; y en fin, como las instituciones políticas trazan en la acción representativa el límite de sus funciones ordinarias o normales, no hay ningún reparo atendible que oponerle.

ULISES FRANCISCO ESPAILLAT
(1823-1878)

Ulises Francisco Espaillat nació en Santiago de los Caballeros el 9 de febrero de 1823, y murió en esa misma ciudad el 25 de abril de 1878. Farmacéutico de profesión, desde muy joven desempeñó importantes funciones en la administración pública, primero en el Senado, luego como Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Provisional de la Restauración, y poco después como Vicepresidente. En 1876 fue elegido Presidente de la República, pero su gobierno fue efímero, siendo derrocado por una revuelta armada en ese mismo año. Con el seudónimo de «María» publicó numerosos artículos y ensayos en los periódicos de su ciudad natal, especialmente en El Orden. *Sus textos revelan su integridad moral, sus preocupaciones por la vida nacional y el futuro de sus instituciones políticas.*

OBRAS PUBLICADAS:

Memoria sobre el bien y el mal de la República (1856), *Escritos de Espaillat* (1909), *Ideas de bien patrio* (selección de Emilio Rodríguez Demorizi, 1962).

SANTO DOMINGO Y ESPAÑA

Hay ocasiones en que uno se ve, a pesar suyo, inclinado a dudar de todo, hasta de la existencia de la razón humana, y a creer que la lógica y el criterio no son más que vanas ilusiones, juguetes ideados para solazar a los jóvenes estudiosos. Lo que pasa

hoy en la prensa de la Isla de Cuba, da lugar a estas reflexiones, y a que dudemos de si los publicistas de aquella localidad gozan de su cabal juicio cuando discurren sobre los intereses políticos de la República Dominicana.

De otro modo no podemos comprender cómo es que la administración del presidente González, que, no ha mucho, ha rescindido el contrato de arrendamiento de la Península de Samaná, lo que la ha valido los aplausos no sólo de los dominicanos, sino también de los hombres libres y aún de los Gobiernos que en algo tienen la dignidad de los pueblos y la autonomía de las naciones; no comprendemos, decimos, cómo es que ese Gobierno no inspira confianza a los publicistas de la Isla de Cuba, mientras que vivían perfectamente tranquilos durante todo el tiempo que duraron las negociaciones que tenían por objeto, nada menos que la venta de la mitad de la Isla de Santo Domingo a los Estados Unidos del Norte, intentada por el Gobierno pasado.

Todavía supusiéramos compuesto el Gabinete Dominicano exclusivamente de cubanos revolucionarios, poco tendría que temer el Gobierno Español por la seguridad de sus antillas. ¿Qué podría hacer en favor de la Isla de Cuba, un país tan pobre y tan falto de recursos de toda especie, como lo es la República Dominicana?

Los publicistas de la Isla de Cuba temen hoy, porque sospechan que el actual presidente de la República Dominicana tiene simpatías por los cubanos (que residen en Puerto Plata), y no infundía temores de ninguna especie la presencia de los yankees! ¿Acaso pensaban los publicistas de la Isla de Cuba que las anexiones habrían terminado con la de la desgraciada República Dominicana? ¿Acaso se ha pensado en la Isla de Cuba, que todo ese ruido que metió la anexión de Santo Domingo era únicamente por poseer el territorio de la mitad de la Isla de Santo Domingo?

¿No vieron, no sospecharon siquiera, que la anexión de Santo Domingo no era más que el preludio de la Isla de Cuba y de la de Puerto Rico y demás islas vecinas? Quizás hayan olvidado, y esto es muy importante, que la anexión de Cuba a los Estados Unidos ha sido siempre muy popular en la gran República. Como punto de comparación, de que haremos uso más tarde, nos permitiremos recordar que el año 58 el Congreso americano pasó una resolución, autorizando al Gobierno para que propusiera la compra de la Isla de Cuba a España.

Para dar una idea de la grande importancia que entre los políticos de aquel país tiene la adquisición de la Isla de Cuba, citaremos algunos de los argumentos que se adujeron en el Congreso de la Unión. Dijeron entonces que todos los hombres de Estado del país se habían encontrado de acuerdo sobre la conveniencia, y más que ésta la necesidad para la seguridad de los Estados Unidos, de poseer la Isla de Cuba; que todos los políticos americanos habían dicho que mientras la Isla de Cuba perteneciera a una potencia de segundo órden, cual lo era España, ningún motivo de inquietud podían abrigar los americanos; pero, que el día en que la Isla de Cuba cayera en poder de una Nación de primer orden, sería una amenaza constante a las instituciones de los Estados Unidos, ya que por la misma razón de que la Isla de Cuba pertenecía a una nación relativamente menos poderosa, podía tarde o temprano caer, por cualquiera circunstancia, en poder de otra Nación de primer rango, y que entonces el peligro era inminente.

Hasta aquí lo que han pensado los hombres de Estado. Lo que es la nación, lo que es el pueblo americano, piensa que la Isla de Cuba es el verdadero Edén; y podríamos asegurar, sin temor de cometer error, que el día en que se tratase allí de la anexión de Cuba, no encontraría, ni la cienmillonésima parte de la oposición que encontró la de Santo Domingo. Para probar este aserto, se nos permitirá referir sencillamente los siguientes hechos: La iniciativa de la anexión de Santo Domingo la tomó el Gabinete. La adquisición de Cuba: el pueblo; el Congreso. En la anexión de Santo Domingo hubo oposición tenaz en el pueblo; en las Cámaras. En la cuestión de la adquisición de Cuba, perfecto asentimiento del Gabinete a los deseos del pueblo. La anexión de Santo Domingo produjo gran variedad de caricaturas y de artículos burlescos y chocarreros.

Cuando se trató, el año 58, de que Cuba hiciera parte de la Unión Americana, «Tamany Hall» palmoteó estrepitosamente, celebró el hecho por consumarse; las masas echaron al viento el Hail Columbia y el Dandy Hood; y en Albany, la capital del Estado de Nueva York, el Gobernador permitió disparar el cañón en la fortaleza en señal de regocijo y para celebrar la «próxima anexión de Cuba».

Podríamos agregar; siempre á l'adresse de los publicistas de la Isla de Cuba, que allí existe un partido anexionista de alguna importancia.

Digamos lo que dice un hombre competentemente autorizado, el ilustrado Dr. Betances: «Existe en Cuba otro partido que se ha organizado definitivamente fuera de la Isla, poderoso, por los hombres de elevada inteligencia y de considerable fortuna, que lo componen, etc.»

¿Deberá, pues, la España tener temores de la Administración del General González, cuando no se las infundió la del Ex-Presidente Báez? ¿Le inspirará menos temor la presencia en el mando de la República Dominicana, el hombre que trató con los Estados Unidos la cesión del país, que aquel que, por la rescisión del Contrato de Samaná, alejó de esta Isla, y por consiguiente de la de Cuba y la de Puerto Rico, la influencia americana?

Seamos consecuentes siquiera con los hechos.

¿Y será posible que la doctrina anexionista de los políticos americanos se limite tan sólo a la mitad de esta Isla? Y será posible que respecto a esta cuestión, no haya entre los Españoles, hombres de Estado que comprendan el peligro, cuando en Haití todos, unánimemente, vieron que la absorción de la parte española de la Isla, traería, como consecuencia forzoza e inmediata, la de la otra parte?

A más de las reflexiones que llevamos hechas sobre la política americana respecto a la Isla de Cuba, permítasenos citar otros hechos y añadir algunas reflexiones. No bien el Ministro americano acababa de señalar con el dedo al Ministro de Relaciones Exteriores de S. M., el Emperador de los franceses, el camino que debían tomar sus tropas para salir de Méjico, cuando inmediatamente el mismo se puso en marcha para Santo Domingo, Puerto Príncipe, Puerto Rico y Cuba.

Nadie creyó que el eminente Mr. Seward anduviese de paseo, ni en pos de aires saludables. Poco después de su llegada a Santo Domingo, tuvo lugar la revolución que arrojó del poder al señor Báez (muy europeo, entonces, según la expresión del Ministro americano). A aquella administración de cinco meses sucedió la del General Cabral. No bien acababa éste de ser elevado a la presidencia de la República, cuando el Gobierno americano hizo sus primeras proposiciones sobre Samaná.

Rechazadas éstas por el Congreso de la Nación, no tardó mucho tiempo en presentárseles la ocasión de renovarlas con la caída del presidente Cabral y el advenimiento del señor Báez al poder.

La doctrina a que vamos aludiendo, que por decirlo así existía en estado latente en el cerebro de todos los políticos americanos, tomó mayor empuje y una marcha más franca y decidida después del establecimiento del Imperio en Méjico, y de la anexión de Santo Domingo a España.

Los americanos vieron en estos dos hechos la amenaza más directa a las instituciones de su país; y como toda acción ha de traer, presto o tarde, su consiguiente reacción, esta se verificó, tan luego como concluyó allí la Guerra Civil.

Las comunicaciones que se cruzaron entre el Ministro francés y el americano son dignas de meditación. Decía el Ministro francés: «Mi augusto amo, S. M. el Emperador de los franceses, me encarga deciros: que en su modo de ver, lo que más conviene a los intereses del Gobierno americano; es reconocer el Imperio de Maximiliano». El Ministro americano contestó: «El presidente de los Estados Unidos me encarga deciros: que en su opinión, lo que más conviene a los intereses de S. M. el Emperador de los franceses, es retirar sus tropas de Méjico, y éso cuanto antes».

Nótese de paso el estilo y actitud de uno y otro Ministro. El tono de fatuidad del francés y el arrogante del americano.

Era que hasta entonces la Europa no conocía a los Estados Unidos. Los americanos no se conocían a sí mismos. La gigantesca lucha que entre ellos se estableció, les dió la medida de su poder.

Era Ministro Mr. Seward, cuando el presidente Johnson, al cumplir su período, dijo en su mensaje: «Que en el vecindario de los Estados Unidos había varios pueblos que eran un escándalo a las instituciones republicanas. Los unos, porque formaban Colonias de Monarquías Europeas; y los otros, porque, aunque regidos por instituciones republicanas, no sabiendo el modo de gobernar, se encontraban en un perpetuo estado de anarquía».

No terminaremos este artículo sin citar las palabras de Jefferson. Inútil, es decir, que los pensamientos de los hombres de Estado deben meditarse. No haremos comentarios, ni explicaciones. Decía Jefferson en 1823: «He sido siempre de opinión que Cuba sería la adición más interesante que pudiera hacerse a nuestro sistema de Estados. El dominio que, con el promontorio de Florida, nos diera esta Isla sobre el Golfo de Méjico, sobre los estados y el itsmo que lo rodean, y sobre los ríos que en él desembocan llenaría por completo la medida de nuestro bienestar político».

PEDRO FRANCISCO BONÓ
(1828-1906)

Escritor, político. Nació en Santiago de los Caballeros el 18 de octubre de 1828 y murió en San Francisco de Macorís, el 13 de septiembre de 1906. Se distinguió por su integridad cívica y su patriótica defensa del país en momentos cruciales. Como hombre público, se desempeñó como miembro del Senado y de la Cámara, y encabezó la cartera de Relaciones Exteriores durante el gobierno de la Restauración, y posteriormente la de Justicia e Instrucción Pública. Fue, además, Inspector General de Agricultura y miembro de la Suprema Corte de Justicia. Es considerado como el primer sociólogo dominicano, y sus Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas constituyen un estudio pionero sobre la composición social del país. En su novela El montero *se revela su conocimiento de las costumbres de aquella época.*

OBRAS PUBLICADAS:

El montero (1856), *Apuntes para los cuatro Ministerios de la República* (1857), *Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas* (1881), *Congreso Extraparlamentario* (1895), *El montero. Epistolario* (Obras 1. Fundación Corripio, 2000), *Ensayos sociohistóricos. Actuación pública* (Obras 2. Fundación Corripio, 2000).

EL MONTERO

III

Tiempo es ya de dar a conocer a la joven que se había ocupado en la cocina hasta entonces y que acababa de sentarse en la sala concluidos aquellos quehaceres. María era la hija mayor de Tomás, criador y dueño del rancho abundante de Matancita y quien se había casado muy tarde, es decir, pasado los cuarenta. Tenía diez y ocho años, y aunque no podía pretender un lugar eminente entre las hermosas, no por eso dejaba de ser una fresca y agradable joven. Su color era bronceado por la raza y por el sol, pero su cutis era fino y terso; sus pies y manos tenían la piel dura con los afanosos trabajos del campo, pero eran tan pequeños y finos; su boca era grande, pero sus dientes pequeños y blancos; en fin, su talle tenía aquellas riquezas de formas que encienden en los viejos solteros los malos pensamientos, y que hacían de María una de esas muchachas que todos los días vemos y que tan agraciadas son.

Criada a catorce leguas de toda población que mereciera el nombre tan sólo de aldea, María no había visto por la incuria de sus padres, pues, ciudades, ni otros hombres que criadores y monteros. Las ideas en que había crecido eran una superstición sin el menor asomo moral, justo o injusto. Conservaba su inocencia, porque bajo la vigilancia continua de su madre ni era inducida ni podía cometer faltas. En esta vida semisalvaje, no aseguraría que la joven dejase de tener un corazón tan amante y ardiente como el de cualquiera señorita bien educada, pues sabido es que la educación no es la que engendra la constancia, ni son las ciudades las que poseen pechos de sentimientos delicados y duraderos, pero a lo menos María no había encontrado una persona que hiciese latir su corazón a la dulce palabra de amor ni que desarrollase su tal vez oculta sensibilidad.

Llególe por fin este momento con la aparición de Manuel en la casa. Hijo de un amigo de Tomás que lo mandaba cuidar un rancho que poseía vecino al del criador, Manuel fue recomendado vivamente al cuidado de éste. Invitado a permanecer en la casa mientras fuese relevado, aprovechó ansiosamente esta oferta, porque la vista de María le había causado una agradable impre-

sión, esta impresión fue prontamente trocada en un ardiente amor, que no encontró dificultades en ser correspondido. En las gentes de los campos, aparte esos seductores que dondequiera se hallan, existe una buena fe en el sexo masculino que no le deja entrever la posesión de una hija de familia honrada, sólo por medio del santo lazo del matrimonio. Así fue, que no bien se hubo convencido el joven de que era amado, cuando confió a su padre la idea que tenía de enlazarse con María, y su padre que estaba estrechamente unido por la amistad con Tomás, acudió gustoso y pidió para su hijo la mano de la joven, que le fue concedida.

Decimos que Manuel encontró facilidad en hacerse amar de María, pero no queremos dar una triste idea de la resistencia de la joven, porque aunque la larga resistencia de una mujer prueba en nuestro concepto vanidad en prolongar la humillación de un hombre, mejor que virtud; no entra en los hábitos de las jóvenes criadoras esa coquetería y larga simulación que hace a una niña de la ciudad resistir a los ruegos del hombre que ya ama, dándose por excusa a sí misma, que el pudor no le permite confesarlo o que quiere probar la constancia del pretendedor; pobres muchachas que mal excusan la pérdida de un tiempo que malgastan, cuando la vida es tan corta y tan raros los momentos que se nos presentan de ser felices.

Entre criadores y monteros, los jóvenes se declaran el amor, primero con los ojos, como en todas partes, luego el hombre apoya fuertemente un pie sobre el de la mujer, y esto equivale a una declaración circunstanciada y formal; si la mujer retira el pie y queda seria, rehusa; si lo deja y sonrie, admite; en este último caso se agrega -Quieres casarte conmigo-, y si una necia risa acompañada de un bofetón le responde, trueca un anillo de oro o plata con ella y quedan asentadas las relaciones amorosas, pasándose a dar los pasos al matrimonio necesarios.

En el campo, donde las conversaciones a solas pueden ser tan frecuentes, un seductor hallaría todo el lugar necesario para la consecución de sus designios, pero esta libertad no es aprovechada por lo común del montero, que necesita salir de su estado normal para arrojar la timidez que se le redobla con el amor, y vestirse con esa capa de osadía que posee el hombre de mundo. El fandango es la arena de las declaraciones, pero aún para esto se necesita subir una escala a cuyo remate brota la declaración.

cera parda pegadas a dos clavos la alumbran. En
donde más apretado está el grupo de hombres que o
tad del local, apoyados en sus sables ora desnudos,
nados, está la orquesta. Abríos paso y veréis: primer
viduos, cada uno empuñando con la siniestra una cal
gada, retorcida y surcada de rayas a una línea de
mientras que con la diestra pasean por las desigualda
surcos y al compás una pulida costilla de jabalí; las
son güiras, los que las tienen músicos de acompañ
cantores: ahora bajad la vista y veréis los verdadero
sentados en un largo banco con las piernas cruzadas
estrae un cuatro, instrumento de doce cuerdas en qu
bordones y alambres y de sonido un poco bronco. Ve
lir al lugar vacío que aunque estrecho nunca lo desoc
lanza girando alrededor del circo donde pronto la aco
hombre destacado del grupo de la orquesta; ella va li
una paloma; él va arrastrando los cabos de su sable y
el compás ya en precipitados, ya en lentos zapateos
concluye tres vueltas circulares, y entonces avanza y
cia el hombre que la imita siempre a la inversa en aq
vimientos, y aquí es donde él prodiga el resto de su
conocimiento de esta danza conocidos con el nombre
Tan pronto imita el redoble de un tambor como el ac
martillo de un herrero, o por fin con más suavidad
de las güiras. Por último, después de diez minutos o
dama con una pirueta a guisa de saludo, y el galán ti
pateta en el aire y cae con los pies cruzados. Este bai
gunas veces el nombre de Sarambo y otras de Guara
sación apoyada en tan pequeñas variaciones que está
enumerarlas.

vaya a in-
a otra raza
a danza es-
baile en cu-
oscuro, dos
la, y cuan-
os velas de
ese rincón
upa la mi-
ora envai-
, dos indi-
abaza del-
distancia,
ades de los
calabazas
amiento y
os músicos
, cada uno
e alternan
olved a sa-
upa un ga-
ación y se
ompaña un
gera como
marcando
; la mujer
recula ha-
uellos mo-
agilidad y
de puntas.
ompasado
el rasgueo
oncluya la
ra una za-
le tiene al-
po, distin-
or demás

¿Y qué es el fandango? se preguntará. ¡Oh! que no s
terpretar por el fandango andaluz o de otro pueblo
que no sea la de los monteros. El fandango no es un
pecial; el fandango son mil danzas diferentes, es un
ya composición entra: un local entre claro y entre
cuatros, dos güiras, dos cantores, un tiple, mucha bu
do raya en lujo, una tambora.

Si queréis verlo os voy a conducir. Veis la sala, d

Una de las cosas más notables en estas danzas populares son los cantores, copia fiel, menos el arpa, de los bardos de la Edad Media. Poeta por raza y por clima, su facundia no tiene límites; empuña la güira e improvisa cuartetas y décimas que cambian a medida de los diferentes sentimientos que lo animen. Enamorado, sus coplas respiran comparaciones exageradas y alusiones directas para hacer conocer su cariño al objeto que lo engendra; alaba sus cabellos, su talle, sus ojos y hace sus declaraciones rimadas. Animado por un espíritu pendenciero, entonces no puede cantar solo, es menester un compañero que responda las coplas que sabe, las que improvisa y las que glosa; esto se llama cantar en desafío. Según indica el nombre dado, los versos son una polémica que suscita: uno alaba su saber y el otro le contesta que es un asno; el primero replica con más fuertes palabras, y tales improperios en cabezas ya acaloradas concluyen en una zambra general de cuchilladas y sablazos, que hacen ir al otro mundo a muchos pacíficos, pero imprudentes espectadores.

Manuel, joven tímido, no podía prevalecerse de su introducción en la casa de Tomás para enamorar a María, pero en un fandango a que a pocos días de su llegada asistió la familia del criador, empuñó la güira y en versos mal o bien concertados dijo lo que sentía y pintó con tan verdaderos colores a quien iban dirigidos, que la niña advertida ya por las miradas del joven, y a pesar de su ignorancia, conoció que era ella la heroína. Después de esto Manuel dejó la güira, y acalorado por cuatro guarapos, tres sarambos y dos tragos de aguardiente, se aventuró a dar la pisada sacramental que una bofetada castigó o más bien premió. Zanjada esta dificultad, las palabras y los anillos se cambiaron y pronto se ajustó el matrimonio.

Sin embargo, en medio de su recíproco cariño, nuestros jóvenes amantes olvidaban un personaje muy importante en sus amores. Juan entró de peón en la casa poco antes que llegara Manuel, y se ocupaba en este oficio, tanto cultivando la pequeña labranza del criador como en la caza de los jabalíes a provecho del mismo. El exterior de Juan, además de sus cuarenta años, no era propio para inspirar amor a una joven por muy simple que fuese, y así fue que enamorado de María sólo pudo lograr respeto y amistad en cambio de sus atenciones y obsequiosos servicios. En

balde arrollándose las mangas de su chamarreta mostraba sus nervudos brazos y en agradable y cadencioso vaivén raía la yuca que daba el almidón y cazabe necesario a los usos de la familia. En balde en los fandangos improvisaba décimas, glosaba cuartetas dirigidas a la joven y sacaba a lucir los más difíciles zapateos de bailarín conocido, nada de esto conmovía a María, todo lo había echado en saco roto nuestro amante; pero como el amor es un niño caprichoso que a veces vive de contrariedades, la indiferencia de María ponía cada día más enamorado a Juan, y ya se deja suponer la rabia que engendró en su pecho el mutuo cariño de los dos prometidos.

FERNANDO ARTURO DE MERIÑO
(1833-1906)

Eclesiástico, orador, legislador, político y educador, Fernando Arturo de Meriño nació en Antoncí, Boyá (actualmente Yamasá), el 9 de enero de 1833, y murió en Santo Domingo el 20 de agosto de 1906.

Siendo muy joven ingresó en el Seminario, habiéndose ordenado sacerdote en 1856. Fue cura párroco de Neiba y San Cristóbal y también ejerció su ministerio en la Catedral de Santo Domingo. Fue consagrado por León XIII, en 1885, Arzobispo de Santo Domingo.

Desde los primeros años de la República participó en política, primero como diputado. Se opuso a la Anexión y padeció el exilio. En 1865, el Presidente Báez lo desterró nuevamente por el discurso que pronunció en el acto de juramentación. Vivió en Venezuela en varias oportunidades. En 1880 fue electo Presidente de la República.

Como orador es considerado como una de las figuras más sobresalientes de nuestro país; como educador representa la corriente que más adversó el positivismo hostosiano.

OBRAS PUBLICADAS:

Elementos de geografía física, política e histórica de la República Dominicana (1868 y 1898), Obras (1906), *Cartas pastorales y circulares importantes* (1906), *Páginas históricas* (1937).

DISCURSO EN LA JURA DEL PRESIDENTE BÁEZ

Ciudadano Presidente:

Acabáis de hacer la promesa más solemne. En nombre de Dios habéis comprometido vuestra palabra de honor en servir fielmente los intereses de la República, y yo, a nombre de la nación representada por esta augusta asamblea que tengo la honra de presidir, acepto el juramento que prestáis; y desde luego os confieso que delicada en gran manera es la misión que tenéis que cumplir y abrumador el peso con que graváis vuestros hombros.

¡Profundos e inescrutables secretos de la Providencia!... Mientras vagabais por playas extranjeras, extraño a los grandes acontecimientos verificados en vuestra patria; cuando parecía que estabais más alejado del solio y que el poder supremo sería confiado a la diestra victoriosa de alguno de los adalides de la Independencia... ¡tienen lugar en este país sucesos extraordinarios!... Vuestra estrella se levanta sobre los horizontes de la República y se os llama a ocupar la silla de la primera magistratura. ¡Tan inesperado acontecimiento tiene aún atónitos a muchos que lo contemplan!... Empero, yo, que sólo debo hablaros el lenguaje franco de la verdad; que he sido como vos aleccionado en la escuela del infortunio, en la que se estudian con provecho las raras vicisitudes de la vida, no prescindiré de deciros que no os alucinéis por ello; que en pueblos como el nuestro, valiéndome de la expresión de un ilustre orador americano, "tan fácil es pasar del destierro al solio, como del solio a la barra del Senado". Sí, porque también entre nosotros, como lo ha querido y dispuesto la nación, de hoy en adelante es la ley la que tendrá el supremo dominio, y desde el más encumbrado ciudadano hasta el último, todos estarán sometidos a su imperio.

Yo no dudo que vos queréis merecer bien de la patria y que, lejos de impedir la acción de la ley, seréis el primero en acatar y cumplir lo que ella manda. Cuento con que odiáis la tiranía, y que los principios democráticos que constituyen el país os apartarán siempre de ella. Creo, en fin, que pensaréis con rectitud en proporcionar el bien a vuestros conciudadanos. Procediendo de este modo, marcharéis sin tropiezo por la senda del deber, y el brazo del pueblo que sabe rasgar la púrpura del solio para arro-

jar de él a los magistrados indignos, no se levantará contra vos. Tampoco es fácil que hallen medro la ambición ni la mala fe de los turbulentos enemigos del reposo público y de la prosperidad de la nación, pues el patriotismo de los buenos ciudadanos estará a vuestro lado acompañándoos, y os ayudará a sostener los principios de orden que encarrilen el país a su bienestar.

Nuestra joven República se entrega a vos y confía en vuestro honor. Ya la veis... Está reducida a la mayor pobreza y atormentada por grandes dolores. Sus tiranos la han maltratado cruelmente, cubriéndola de heridas y humillando su cuello que cargaron de cadenas ignominiosas; pero ella se ha mantenido pura en medio del sufrimiento, y cuando el patriotismo la tomó en sus brazos arrancándola del poder de sus opresores, la encontró abatida, pero bella y ennoblecida, así en la desgracia como no lo hubiera estado gozando de la prosperidad que le ofreciera la prostitución. Ella es digna de los desvelos del patriotismo que la ha salvado. Vos cuidaréis de su porvenir con celo e interés, hasta hacerla olvidar sus pasados días de aflicción, y entonces vuestros compatriotas os bendecirán y la historia se encargará de transmitir a los siglos vuestro buen nombre.

Gobernar un país, vos lo sabéis, ciudadano Presidente, es servir sus intereses con rectitud y fidelidad; hacer que la ley impere igualmente sobre todos los ciudadanos, no disimulando jamás la impunidad del crimen, ni consintiendo el ultraje de la virtud; infundir un respeto profundo a la propiedad, afianzando el amor al trabajo con todas las garantías posibles; favorecer la difusión de las ciencias para que el pueblo se ilustre y, conociendo sus derechos, no dé cabida a las perniciosas influencias de los enemigos del orden y de la prosperidad; cimentar en bases sólidas la paz interior y exterior para facilitar el ensanche del comercio, de la industria y de todos los elementos de público bienestar; esforzarse, en fin, en que la moralidad, que es la savia de vida de todas las instituciones, eche hondas raíces en el corazón de los ciudadanos, para que de este modo el progreso sea una verdad, y se ame la paz, y se respeten las leyes y las autoridades, y la libertad se mantenga en el orden.

La moralidad es la base inalterable del bien público y sin ella la prosperidad de la nación es una quimera. Restableced, pues, su benéfico imperio en este pueblo, que en todos tiempos ha sa-

bido demostrar que abriga grandes y nobles virtudes. Para ello escoged siempre a los ciudadanos de conocida honradez, a quienes solamente se deben encomendar los destinos públicos, poseyendo aptitudes para desempeñarlos, en una nación que propende a su engrandecimiento. Escogedles de cualquier color político que sean, que entre hombres de bien un gobierno ilustrado no debe hacer diferencia, porque todos son acreedores a la confianza del Estado.

Tiempos hemos tenido en que el vicio y el crimen, apoyados en los brazos de la tiranía, invadieron los puestos públicos e hicieron de los bienes de la nación su patrimonio. Del reinado de la inmortalidad vino la venta de la patria. Los malos ciudadanos; los que llevan en su frente el signo que les condena a la execración pública; los asesinos; los que se adueñan de la propiedad ajena; los desfalcadores de los bienes nacionales; los que negocian con la justicia; los que especulan en utilidad propia con los empleos; los que, tránsfugas de todos los partidos, sin profesar ningunos principios, sólo aspiran a medrar, estimulados por una sed hipócrita de innoble ambición; todos esos que no son ni pueden ser amantes de su patria, a la que siempre arruinan, deben ser excluidos irrevocablemente, porque sólo el mérito cimentado en la verdadera virtud sirviendo los intereses de la República, os ayudará a levantarla del estado de postración en que se encuentra.

Os lo repito, ciudadano Presidente, difícil es hoy vuestra misión, porque sembrado tenéis el camino de escabrosidades, y no daréis un paso adelante sin encontrar inconvenientes con que luchar, obstáculos que remover. En este desgraciado país se agitan hoy muchas pasiones de índole diferente y no faltarán hombres de un carácter tempestuoso que acostumbrados a vivir en la asfixiante atmósfera de las conspiraciones, os salgan al encuentro en la marcha de vuestra administración, no obstante que ella sea acomodada a las exigencias del país. Pero si desgraciadamente tal aconteciese, seguid adelante con firmeza; que si habéis gobernado escuchando el sensato opinar de los buenos, y no el interesado de los partidos; si habéis cimentado el orden sobre las sólidas bases de la justicia y de la conveniencia general; si el progreso del país es el resultado de la amplia libertad concedida al esfuerzo individual; si la nacionalidad y la independencia están aseguradas, no por la obra de la fuerza, sino por el amor que ca-

da uno les profese, viendo en ellas su bien supremo y no una carga onerosa; si en una palabra, habéis llenado cumplidamente vuestros deberes de mandatario... vuestro triunfo no será dudoso. Los buenos patriotas, los hombres de principios, los ciudadanos todos que desean y son los únicos que pueden dar estabilidad al poder, están siempre dispuestos a prestar sus servicios a los gobiernos progresistas y liberales, a los gobiernos verdaderamente nacionales. Ellos sólo les niegan su apoyo y les dejan a merced de sus contrarios, cuando les ven posponer los intereses públicos a los privados, cuando comprenden que el despotismo ha ahuyentado la justicia del solio del poder, cuando, en fin, en vez de mandatario elegido para labrar la felicidad del pueblo, se descubre en la silla presidencial al tirano sanguinario, al inepto y perjudicial gobernante, o al especulador audaz que amontona colosal fortuna, usurpando las riquezas que el pueblo le confiara para que le diese paz, libertad y progreso.

Concluyo, ciudadano Presidente: quedáis sometido a una dura prueba. Si durante el período administrativo que os señala la Constitución, lográis, como lo espero, proporcionar el bien al país, de todos será la satisfacción, de vos especialmente la gloria.

(8 de diciembre de 1865).

MANUEL DE JESÚS GALVÁN
(1834-1910)

Novelista, diplomático, periodista y hombre público, Manuel de Jesús Galván, nació en Santo Domingo el 13 de enero de 1834, y murió en San Juan de Puerto Rico el 13 de diciembre de 1910.

Publicó sus primeros escritos bajo el seudónimo de «Emmanuel». Desde muy joven participó en la vida política del país, habiéndose distinguido como diplomático en varios países, ministro de Relaciones Exteriores en cuatro oportunidades, y abogado. Tuvo una intensa actividad periodística en diversos periódicos de la época, en los que dió a conocer sus opiniones políticas.

Como novelista, Galván es la máxima figura de nuestras letras en el siglo XIX. Su novela Enriquillo *es, además de un clásico de la literatura dominicana, una de las obras representativas del indigenismo hispanoamericano. Esta obra, inspirada en la figura del valiente cacique que se rebeló contra los españoles a principios del siglo XVI, constituye una piedra angular de la narrativa dominicana.*

OBRAS PUBLICADAS:

Enriquillo (1879, 1ra. parte; 1882, 2da. edición completa; 1909, 3ra. edición realizada en Barcelona, con nota preliminar del autor y carta de José Martí), *El arreglo de la cuestión dominico-española de 1879* (1880), *Controversia histórica sostenida en 1889 entre «El Teléfono» y «El Eco de la Opinión»* (1891), *Enriquillo* (Fundación Corripio, 1990), *Novelas cortas* (Estudio, notas y compilación de Manuel Núñez) (2000).

ENRIQUILLO

III
PRESENTACIÓN

La convalecencia de Enriquillo fue rápida, mucho más rápida de lo que podía preverse a juzgar por el informe del doctor Gil Pérez, que así llamaban al médico que por orden del Almirante fue al convento de los Franciscanos, y tuvo aquella acalorada disputa con Don Bartolomé de Las Casas. Éste, que vigiló asiduamente la asistencia del enfermo, según todas las probabilidades, llevó adelante su rebelión contra la autoridad del docto facultativo, y el resultado fue que antes de tres semanas Enrique, completamente libre de fiebre, aunque pálido y débil, salía de su aposento y discurría por los patios del convento a su entera satisfacción. El pronóstico del doctor había señalado un mes, según se recordará, como máximum de tiempo para que el enfermo, siguiendo fielmente sus prescripciones científicas, recobrara la salud. Sea, pues, como fuere, salió cierto y victorioso el fallo de la ciencia.

Lleno de pesadumbre el mancebo, que no podía conformarse con haber visto desaparecer en un breve minuto a su tía Higuemota, a quien consideraba como al ser a quien debía mayor tributo de cariño y gratitud, solamente se consoló cuando Las Casas, siempre compasivo y eficaz, le hizo recordar el legado que encerraban las últimas palabras de la joven e infeliz viuda al morir. Según el filántropo, aquel voto debía tener más fuerza que un testamento escrito, para los tres únicos testigos de la triste escena; a saber, Enrique, la niña Mencía, y el mismo Las Casas. Enrique, concluía el próvido Licenciado, tenía doble obligación de resignarse y ser fuerte, para velar sobre el porvenir de su tierna prima, y cumplir las sagradas recomendaciones de la moribunda madre.

Es indecible el efecto de las oportunas representaciones de Las Casas en el ánimo de Enrique. Desde aquel punto, juzgando vergonzoso e indigno el abatimiento que lo dominaba, compuso el semblante, se mostró dispuesto a arrostrar todas las pruebas y los combates de la vida, y solamente un vago tinte de tristeza que caracterizaba la expresión habitual de su rostro permitía traslucir la profunda melancolía arraigada en su espíritu, a despecho de su esfuerzo por disimularla.

El Licenciado Las Casas, en vista de tales progresos, concertó con Velázquez para de allí a pocos días la presentación de su protegido a los Virreyes. Hicieron proveerse al efecto de vestidos de luto a Enrique, cuya fisonomía, naturalmente grave, realzada por la palidez que su pasada enfermedad y la emoción del momento le imprimían, ostentaba un sello de distinción sobre manera favorable al joven cacique. Diego Velázquez, con aire de triunfo, lo hizo notar a Las Casas. Su vanidad estaba empeñada en que el muchacho pareciera bien a todos.

Cuando llegó Enrique a la presencia de los Virreyes, éstos lo acogieron con singular afabilidad y agasajo. Alentado por la bondad de los ilustres personajes y por la destreza con que Las Casas estimulaba su confianza, Enrique no tardó en manifestar el deseo de ver a su prima. Inmediatamente fue conducido por la misma Virreina a sus aposentos, y de allí a un bello jardín situado en el patio interior de la Fortaleza, donde la niña, triste y silenciosa, escuchaba con indiferencia la conversación de las camareras de Doña María.

Al reconocer a Enrique, se levantó con vivacidad, y corriendo hacia él, lo abrazó candorosamente y lo besó en el rostro. El joven, contenido por la delicadeza de su instinto, no correspondió al saludo tan expansivamente, y se limitó a tomar una mano a la encantadora niña, mirándola con blanda sonrisa y no sin lágrimas que a pesar suyo rodaban por sus mejillas. La Virreina, conmovida, quiso distraerle diciendo:

—Vamos, Enrique, besa a tu prima.

El joven dirigió una mirada indefinible a la bondadosa gran señora, y repitió, meditabundo y como hablando consigo mismo:

—*¡Besa a tu prima!* Así me dijo ella a punto de expirar; y ni siquiera me dio tiempo para cumplir su recomendación...

—¿De quién hablas, Enrique? —preguntó con interés Doña María.

—De la que no existe ya: de mi querida tía Higuemota, que al morir me dijo como vos: «besa a tu prima», en presencia del señor Bartolomé de Las Casas; y añadió, como última despedida: *a la que un día, si Dios oye mis ruegos, ha de ser tu esposa.*

Y Enrique tomó con ambas manos la linda cabeza de Mencía, besó con ternura su frente, y prorrumpió en sollozos.

La compasiva señora no pudo ver con ojos enjutos aquel acerbo pesar, y haciendo un esfuerzo para vencer su emoción, trató de distraer al joven diciéndole:

—¿Luego, Mencía será tu esposa, cuando ambos estéis en edad de casaros?

—Si yo no tuviera el propósito-respondió con acento profundo Enrique—, de cumplir esa última voluntad de mi tía, ¿qué interés tendría en vivir? Debo servir de apoyo en el mundo a mi pobre prima, y sólo por eso quiero conservar la vida.

—¡Sólo por eso, niño! —dijo la Virreina en tono de afectuoso reproche—. ¿No amas a nadie más que a tu prima en el mundo?

—¡Oh sí, señora! —replicó Enrique vivamente—. Amo a mis bienhechores; a Don Bartolomé de Las Casas, a mi padrino Don Diego, a mi buen preceptor el padre Remigio...

—Y espero —interrumpió Doña María—, que nos has de amar también a mi esposo y a mí, como nos ama ya Mencía. ¿Es cierto, hija mía?

—Sí, señora —contestó la niña—. Os amo con todo mi corazón.

Doña María la acercó a sí, besóla cariñosamente, y la retuvo estrechando aquella rubia cabecita contra su mórbido seno, como pudiera hacerlo una madre con el fruto de sus propias entrañas.

Mientras que estas tiernas escenas pasaban en el patio interior de la fortaleza, en medio de los floridos arbustos del jardín, Don Diego Velázquez, preocupado con la idea de su matrimonio, que en aquella mañana misma había concertado con Don Cristóbal de Cuéllar, y procediendo siempre bajo la inspiración de los consejos de Mojica, aprovechaba el tiempo para notificar al Almirante y a Las Casas que había pedido formalmente y obtenido del Contador real la mano de la hermosa María de Cuéllar.

—¡Qué me place, Don Diego! —exclamó el Almirante con franca alegría—; justo es que el mejor caballero se lleve la mejor dama... No hay en esto, Don Bartolomé, vejamen para vos, que me habéis dicho que no pensáis casaros...

—¡Oh señor! Yo estoy fuera de combate —dijo el Licenciado con afable sonrisa—. Y pues que estamos de confidencias, os diré que ya se acerca el día en que yo tome estado. Antes de tres meses, con la ayuda del Señor, seré, aunque indigno, ministro de sus altares; y vos, ilustre Almirante, en memoria de mi venerado amigo, vuestro insigne padre, seréis el padrino que me asista en mi primera misa, si no lo habéis a enojo.

—¡Por la Virgen santísima! Licenciado —respondió Diego Colón, que nada pudiera serme más grato y honroso... Cierto es

—repuso riéndose—, que según mi parecer, mejor os hubiera estado imitar al teniente Velázquez eligiendo esposa entre tantas pobrecitas, cuanto hermosas damas, que a eso han venido al Nuevo Mundo; pero ninguna de ellas, supongo, se atreverá a tener celos de nuestra Santa Madre Iglesia.

—¡Ah! señor Almirante —dijo entre grave y risueño Las Casas—; sólo esta esposa me conviene; creedlo: sólo con ella, ayudado del divino espíritu que la alienta, podré dedicarme a consolar *a los que lloran*, como es mi vocación y mi deseo.

—Pues digo *Amén* de todo corazón, querido Licenciado —repuso alegremente el Almirante.

Prosiguió por el estilo y con tan buen humor la plática de los tres personajes amigos, hasta que regresó al salón Doña María, enteramente sola.

—¿Qué has hecho de Enriquillo? —le preguntó su esposo riendo— ¿Sin que te lo haya yo dado en encomienda, tratas de quedarte con él?

—Por hoy, seguramente, con permiso de estos señores —contestó en igual tono la Virreina—. Él y Mencía han manifestado tanto placer al encontrarse, que sería inhumano privarlos de estar juntos siquiera medio día.

—¿Y por qué no más tiempo? —insistió Don Diego Colón—. Si eso consuela a las dos pobres criaturas ¿por qué separarlos? Bien puede Enriquillo quedarse como paje en nuestra casa.

—Algo así le propuse; pero tanto cuanto fue su regocijo al decirle que iba a permanecer hoy con Mencía, así fue el disgusto que expresó ante la idea de vivir en la Fortaleza. Prefiere el convento, porque dice que no quiere dejar al señor Las Casas, a quien tiene mucho amor; como al señor Diego Velázquez y ya no recuerdo a quién más. Revela esa criatura un corazón bellísimo.

—De mí puedo asegurar, señora —dijo con aire sentimental Velázquez—, que lo amo como si fuera hijo mío.

—Nada hay que extrañar en que Enrique —agregó a su vez Las Casas, deseoso de recomendar más y más su protegido a los Virreyes—, prefiera la monotonía del convento a esta suntuosa morada. De muy niño le he visto melancólico por natural carácter; y luego, el hábito de sus estudios ha desarrollado en él tal aplicación, que sólo se halla bien escuchando las disputas filosó-

ficas y teológicas que a la sombra de los árboles son nuestro único entretenimiento en las horas francas del monasterio.

—Convengamos, pues —dijo Doña María—, en un arreglo que a todos dejará satisfechos. Siga Enrique al cuidado inmediato del señor Licenciado en San Francisco, y véngase a pasar los días de fiesta en esta casa al lado de su novia.

—¡De su novia! ¿Quién es su novia? —preguntó el Almirante.

—¿Quién ha de ser? Su prima Mencía, nuestra hija de adopción. Este es asunto consagrado y sellado por la muerte. —Y la Virreina refirió lo que Enrique le había comunicado en el jardín.

Las Casas, como testigo principal de lo ocurrido al morir Doña Ana de Guevara, confirmó en todas sus partes el relato del joven cacique, y formuló su indeclinable propósito de tomar a su cargo el estricto cumplimiento de las últimas voluntades de la difunta.

Todos hicieron coro al buen Licenciado en su generosa resolución, y desde aquel día pareció que la dicha y el porvenir de los dos nobles huérfanos estaba asegurado. No se justificaron después, en el curso fatal de los acontecimientos, esas halagüeñas cuanto caritativas ilusiones; que los empeños de la voluntad humana encuentran siempre llano y fácil el camino de la maldad; mas, cuando se dirigen al bien y los inspira la virtud, es seguro que han de obstruirle el paso obstáculos numerosos, sin que para vencerlos valga muchas veces ni la fe en la santidad del objeto, ni la más enérgica perseverancia en la lucha.

VII
LA SOSPECHA

Salió el buen Tamayo muy gozoso a recibir a Enrique al portal del monasterio. Aún no había entrado Don Bartolomé de Las Casas, por quien se apresuró a preguntar el joven cacique.

—Temí que no volveríais más al convento, Enriquillo. ¿Cómo os ha ido de visita y paseo? —exclamó Tamayo.

—Bien y mal —contestó con algún desabrimiento Enrique.

—¿Cómo puede ser eso?

—¡Te haces pesado, amigo Tamayo! Déjame llegar a cumplir mis deberes con los padres, que tiempo quedará para que hablemos de todo lo que quieras. Toma esa caja y entra conmigo: la lle-

varemos al padre Prior, ya que él es tan bueno para nosotros: Don Bartolomé ha de alabarme la acción; ¡estoy de ello seguro! Amigo —dijo volviéndose al mozo indio que de orden del criado de la Virreina le había precedido llevando la caja de golosinas— siento no tener qué daros... ¡Ah, sí! Mira, Tamayo, de aquellos dineros que te di a guardar el otro día, regalo de mi padrino Don Diego, tráeme para este buen amigo la mitad.

—¡Oh!, no, señor Enrique; no tomaré de vos nada: yo nací en el Bahoruco, y vos sois mi señor. ¡Adiós! —Y el mozo se fue a todo andar. Enrique hizo un movimiento de sorpresa, y luego, tras una breve pausa dijo en voz baja: ¡Su señor! No, no quiero ser señor de nadie; pero tampoco siervo: ¿qué viene a ser un paje...? —agregó con gesto desdeñoso.

Y se entró en el convento seguido de Tamayo, dando muestras de estar más tranquilo y sereno, desde que la vista de su alojamiento habitual borró las impresiones desagradables de su primera excursión a la Fortaleza.

Vio al padre Prior que tomaba el fresco en la espaciosa huerta del monasterio: fuese a él, le besó la mano con respetuoso comedimiento, y el buen religioso le recibió muy complacido; pero no quiso aceptar el obsequio que le presentaba Enrique.

—Guarda eso para ti y para mi amigo el señor Licenciado; pero no dejes de compartir tus golosinas con los otros muchachos del convento; y sobre todo, cómelas con moderación, pues pudieran hacerte daño, y te volverían las calenturas.

—Estoy de desgracia con vuestra merced, padre —replicó visiblemente picado Enrique— desairáis mi regalo, y luego me amonestáis para que no sea egoísta ni coma mucho. Siento que vuestra merced tenga tan mala opinión de mí.

—No, hijo mío; no pienso mal de ti: ahora es cuando echo de ver que eres un poquillo soberbio: ten cuidado con la soberbia, muchacho, que empaña el brillo de todas las virtudes.

—Vuestra bendición, padre.

—El Señor te conduzca, hijo mío.

Y el cacique se retiró al departamento donde estaba su dormitorio y el de Tamayo, contiguo a la celda que ocupaba el Licenciado Las Casas.

—Este Fray Antonio —iba diciendo entre dientes el joven— es muy santo y muy bueno; pero sale con un sermón cuando menos

viene a cuento, y se desvive por hallar qué reprender en los demás. ¡Paciencia, Enrique, paciencia! ¡Acuérdate de los consejos del señor Las Casas! ¡Éste sí que es hombre justo, y que sabe tratar a cada cual como merece! ¿Qué sería de mí si me faltara su sombra? ¡Dios no lo permita!

Llegó a su cuarto, y entabló con su fiel Tamayo una larga y animada conversación, cuyo tema principal fue Mencía. Enrique estaba muy entusiasmado con la idea de ir todos los días de fiesta a visitar a su prima; y ofreció a su interlocutor que procuraría con empeño el permiso de ser acompañado por él, a fin de que tuviera también la satisfacción de ver a la niña, a quien Tamayo tenía gran amor, como a todo lo que le recordaba a Anacaona, Guaroa e Higuemota; de quienes, como Enrique, tenía mucho empeño en ser considerado como pariente, y acaso lo fuera en realidad; llegando a acreditarlo en todo el convento a fuerza de repetirlo.

—¿Y qué otra cosa os agradó en la Fortaleza, Enrique? —preguntó Tamayo en el curso de la conversación.

—Me agradó mucho la Virreina al principio, pero después...

—¿Qué sucedió? —volvió a preguntar Tamayo.

—¡Nada, hombre, nada! —respondió Enrique con impaciencia. Lo que me disgustó fue ver en el camino, cerca de la Fortaleza, muchos pobres indios que cargaban materiales y batían mezcla para las grandes casas que se están construyendo, y los mayorales que para hacerlos andar a prisa solían golpearlos con las varas.

—¡De poco os alteráis, Enrique! —dijo Tamayo con voz y gesto sombrío—. Acostumbrad, si podéis, los ojos a esas cosas o no viviréis tranquilo.

—Eso no podrá ser, Tamayo —contestó Enrique—. Mientras los de mi nación sean maltratados, la tristeza habitará aquí —concluyó tocándose el pecho.

En este punto del coloquio la noche cerraba, y sus sombras cubrían gradualmente el espacio, disipando los últimos arreboles de la tarde: la campana mayor de la Iglesia del monasterio resonaba con grave y pausado son, dando el solemne toque de oraciones: Enrique y Tamayo se dirigieron al corredor o dilatado claustro a que correspondía su dormitorio, y allí encontraron congregada una parte de la comunidad. El Licenciado Las Casas

acababa de llegar, y repetía con los religiosos devotamente la salutación angélica.

Terminado el rezo, Las Casas tomó a Enrique de la mano y comenzó a pasearse a lo largo de la extensa galería.

—¿Estás contento, Enrique? —fueron las primeras palabras que salieron de los labios del Licenciado: ésta era su pregunta habitual siempre que llegaba a platicar con Enriquillo.

El joven respondió, como lo había hecho a Tamayo: —Sí y no, señor Las Casas.

—¿No te trataron bien?

—Mejor de lo que podía yo esperar, señor.

—Pues ¿por qué me dices que no estás del todo contento, muchacho?

—No os debo ocultar el motivo, y mi mayor deseo era decíroslo: yo estaba contentísimo con ver a mi prima; con la acogida que los señores Virreyes me dispensaron; y sobre todo, con la bondad de la Virreina, que llegó a parecerme, más que una persona de este mundo, una santa virgen, un ángel de los cielos, cuando la vi tan buena y tan cariñosa, tratando a la pobre Mencía como si fuera suya; pero a tiempo que más embelesado me hallaba y más olvidado de mis penas, aquella gran señora me dirigió estas palabras, que me dejaron frío, y me llenaron de pesadumbre: —»¿Quieres quedarte a vivir aquí y ser paje de nuestra casa?» —No recuerdo en qué términos le respondí; pero le dije que no, y desde aquel momento, no sé por qué todo me pareció triste y odioso en aquel rico alcázar.

—Y ¿por qué te hizo tanta impresión la pregunta bien intencionada de la Virreina? —preguntó Las Casas, que examinaba con ahincada atención el semblante de Enrique.

—¡Proponerme ser paje! —contestó el joven—. ¡Servir como un criado; llevar con reverencia la cola de un vestido; aproximar y retirar sitiales y taburetes! Estos son los oficios que yo he visto hacer en aquella casa a los que se llaman pajes; y los que no creo propios de ninguno que sepa traer una espada.

Las Casas movió la cabeza con aire pesaroso, al oír el discurso de su protegido.

—Volveremos a tratar de eso —le dijo— y ahora cuéntame: ¿cómo recibió la Virreina tu negativa, muchacho?

—Con la mayor bondad del mundo: se rió de mi respuesta, y no volvió a hablar más del asunto.

—¿Pues de qué estás quejoso?

—Ya me había olvidado de la proposición de ser paje, y conversaba distraído en el jardín con Mencía, cuando un criado, un tal Santa Cruz, me fue a llamar en nombre de la señora Virreina: fui corriendo, deseoso de complacerla, y me quedé sin saber de mí, oyendo que tan noble señora me ordenaba mentir.

—¡Mentir! ¿Qué estás diciendo, Enrique? ¡Ten cuenta contigo, que me parece imposible eso que cuentas!

—A mí me parecía también estar soñando; pero por mi desdicha nada era más cierto: la Virreina me ordenó que entregara un papel, escrito por ella, a mi padrino Don Diego Velázquez, recomendándome le dijera que ese papel se lo enviaba Doña María de Cuéllar.

—¡Poco, a poco, muchacho! —exclamó Las Casas sorprendido de lo que acaba de oír—. Baja la voz, y sigue diciéndome todo lo que te aconteció en la visita.

El joven narró todos los sucesos y accidentes de la tarde, concernientes a su persona, con naturalidad y franqueza. Acabado de enterar Las Casas, discurrió por el claustro con planta inquieta, yendo y viniendo por espacio de tres o cuatro minutos, presa de visible agitación, y al cabo exclamó como hablando consigo mismo: —¡Esto no debe ser lo que parece; no puedo creer nada malo de esa noble señora! Mañana aclararé este misterio. —Y se retiró a la espaciosa celda que le servía de aposento.

MÁXIMO GÓMEZ
(1836-1905)

Héroe de la guerra de independencia de Cuba. Nació en Baní el 18 de noviembre de 1836 y murió en La Habana el 17 de junio de 1905. En la República Dominicana fue militar durante algunos años, bajo las órdenes del General Santana. Luego se radicó en Cuba, donde se convirtió en libertador de la hermana isla tras duros años de lucha contra las fuerzas militares españolas. Allí demostró sus cualidades excepcionales de estratega, de hombre valiente y disciplinado que supo enfrentar la adversidad con estoicismo y dignidad. El libertador de Cuba escribió un diario que constituye uno de los documentos más valiosos sobre la gesta cubana. Dejó también un abundante epistolario y otros escritos.

OBRAS PUBLICADAS:
Recuerdos a mis hijos (1881), *Desde Cuba libre* (1896 y 1903), *Revoluciones... Cuba y hogar* (1927), *Diario* (1933).

REVOLUCIONES... CUBA Y HOGAR

NOTAS AUTOBIOGRÁFICAS DEL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ (1894)

No puedo precisar la fecha en que nací, pues por más que busqué personalmente la partida de bautismo en los libros de mi Parroquia, no pude dar con ella; eso quiere decir que desde la cuna empecé a resentirme del descuido de otros con que somos vícti-

mas los hombres a nuestro paso por este Planeta. Pero por la edad precisada en la fecha de nacimiento de contemporáneos míos, y por la tradición conservada en la memoria de mis buenos padres, pude averiguar sin más datos que esos, que nací allá por el año 36.

En cuanto al mes, día y hora siempre he lamentado ignorar tan preciosos datos para mí; que señalan los primeros instantes en que aparecemos casualmente, a ser miembros de la gran familia humana.

Vine al Mundo, y fue mi cuna un pueblecito ribereño del Banilejo (entonces sería un caserío), que le da su sombra: Baní, tierra de los hombres honrados y de las mujeres bonitas y juiciosas.

Se llamaban mis padres: Andrés Gómez y Guerrero y Clemencia Báez y Pérez; dos almas que formaron del amor un templo y un altar, consagrados a la familia. Solamente hubo dos varones en el hogar, el primero, ya hombre murió siendo yo muy niño, y habiéndome correspondido ser el último y único varón entre mis hermanas, me adueñé de todo el cariño y preferencias de padres tan buenos y amorosos.

Corría allí mi infantil existencia, pura y campestre puedo decir, y allí me crié e hice hombre. Mi instrucción se limitó a la que se podía adquirir en aquel lugar y en aquellos tiempos, «del maestro antiguo de látigo y palmeta hasta por una sonrisa infantil». Sin embargo conservo recuerdos amorosos y santos de mis maestros, pues nada se quiere tanto una vez pasado el atolondramiento de la vida, cuando ya los años y los dolores han desteñido nuestros cabellos, como el recuerdo de los primeros que nos enseñaron a balbucear las letras. No se olvida jamás ese sabor a pan de almas. En cambio mi educación fue brillante, bajo la dirección de unos padres tan honorables como severos y virtuosos; y lo digo con orgullo, porque si en mi vida azarosa algunas veces me he sentido bien armado y fuerte contra el viejo y la maldad tentadoras, a sus enseñanzas debo el triunfo, por el aprecio con que me acostumbraron a tratar la virtud y por la fuerza de voluntad, que con la palabra y el ejemplo, pusieron en mi entendimiento y mi corazón.

Ya hombre, fuime derecho a parar, a donde por lo general y por desgracia se ha encaminado siempre la juventud de este país, a la política imperante personal o de partidos, en fin al personalismo puro.

No obstante, yo, por esa senda de mis primeros pasos, siempre conservé las normas sanas y severas que imprimieron en mi carácter la pureza y ejemplaridad de mi hogar.

Un suceso extraordinario vino a variar el curso de mi vida, iniciado apenas en los acontecimientos políticos del país; el impulso absorbente y dominador con que la Invasión haitiana amenazaba sojuzgar a la joven República Dominicana, ante cuya perspectiva se aunaron todos los corazones de mi Patria para rechazar al atrevido invasor. Mi bautismo de sangre lo recibí en los campos históricos de Santomé, la más extraordinaria a la vez que decisiva función de armas contra las huestes haitianas.

Las armas de la joven República salieron brillantemente victoriosas, pero de aquel campo de honor y de gloria salieron los héroes predispuestos y preparados para las contiendas civiles.

Era el año 1855 y el país seguía hondamente conturbado con sus luchas intestinas hasta 1861 en que confuso y aniquilado cayó en poder extranjero. La República Dominicana dejando de ser lo que era pasa por el trance doloroso de anexarse a la monarquía de España. Tan inexplicable locura más tarde debía pagarse muy cara. Aquello fue un aturdimiento nacional que dejó a la juventud dominicana, huérfana, sin guías ni directores; Santana, jefe de un Partido, capitanea la anexión, pues se hallaba en el Poder; Báez, caído y fuera del país, viste la faja de Mariscal de Campo del Ejército Español.

Se abisma uno al meditar cómo fue que hombres patriotas y políticos de aquella situación no preveían que la anexión debía traer aparejada una Revolución formidable, aunque España no hubiese venido aquí con sus bayonetas, con sus impuestos forzosos de bagajes, su Bando absurdo de buen Gobierno, sus alojamientos forzados y sus Brigadieres como Buzetas.

No se hizo esperar mucho tiempo la Revolución Restauradora, y año 1864 le sirvió a España, para después de una resistencia inútil, abandonar el país, que dejaba sumido en la más espantosa ruina y desconcierto, y maligna, arrastró en su fuga a mucha parte del elemento principal criollo, que más tarde dejó abandonado y disperso.

Joven yo, ciego y sin verdadero discernimiento político para manejarme dentro de aquella situación, más que difícil obscura, porque realmente la Revolución se presentó más que defectuosa,

enferma, fuí inevitablemente arrastrado por la ola impetuosa de los sucesos, y me encontré de improviso en la Isla de Cuba, a manera de un poco de materia inerte que lejos de su centro arrojan las furiosas explosiones volcánicas. Era la primera vez en mi vida que abandonaba el suelo natal, y muy pronto empecé a purgar la culpa cometida, con la pena más cruel que puede sufrir un hombre. Me enfermé de nostalgia, a no ser por los cuidados que me prodigaron una madre y dos hermanas amorosas, no sé el fin que hubiera sido de mí. No fue en parte causa de ello el desdén con que en llegando allí, pagó España a sus leales, que ni yo me sentí herido por eso, ni lo contrario nos hubiera dado más honor. Mejor fue así, porque para los hombres de bien no hay deuda más obligada que la de la gratitud.

Por encima de todo eso que lo consideré como efímero y despreciable, estaban permanentes los recuerdos de mi Valle, de mi Río, de mis Flores, de mis Amigos y de todos mis Amores.

Así viví en Cuba cuatro años, arrastrando una existencia obscura y triste, cargado con los recuerdos de la Patria y la amargura de los desengaños.

Cuba país de esclavos; no había conocido yo tan fatídica y degradante institución, y ni siquiera había podido tener una idea cabal de lo que era eso, tan fue así que me quedé espantado al encontrarme en aquella sociedad donde se despreciaba y explotaba al hombre, por el hombre, de un modo inhumano y brutal.

Me encontraba en una situación excepcional de espíritu; pobre, sin dinero, sin relaciones valiosas, abatido, aislado entre los hombres. La pena y el dolor buscan al dolor y a la pena para asociarse, los que sufren pronto se hermanan. Solamente las almas degradadas se van a curar de sus quebrantos a la orgía y el festín. Muy pronto me sentí yo adherido al ser que más sufría en Cuba y sobre el cual pesaba una gran desgracia: el negro esclavo. Entonces fue que realmente supe que yo era capaz de amar a los hombres.

En esta situación de ánimo, me encontré con la Conspiración Cubana que ya germinaba en el país, dirigida y capitaneada por sus principales hombres, y para mayor abundamiento, mi residencia era en la comarca en donde también existía el foco principal de la Conspiración, a donde yo había cultivado mis relaciones y me había hecho querer de la gente de los campos. Inútil es

decir que en seguida quedé afiliado en la lista de los conspiradores, y sin entendérmelas con la «Gran Junta» empecé por mi propia cuenta, a hacer preparativos entre mis amigos y conocidos del campo, que desde aquel momento naturalmente procuré aumentar en número haciéndome más popular y dadivoso. Pero así y todo, me encontré en una situación bien extraña y peligrosa, pues el hecho de haber ido yo con los españoles a Cuba fue causa para que algunos de los conspiradores no me tuvieran confianza, y por otra parte las Autoridades Rurales españolas tenían orden de vigilar mis pasos; pero como estos destinos eran desempeñados, en su mayor parte por gente criolla, a cuyas familias buen cuidado tenía yo de dispensarles mucho cariño y mucho respeto, por lo que logré despertar en ellos tantas simpatías que se sobrepusieron éstas al celo que debían tener por el Gobierno Español.

Como cuatro o cinco meses pasé en esta situación angustiosa y comprometida, pues al ser perseguido por el Gobierno en caso de denuncia, no contaba, de seguro, con el amparo de los cubanos; porque al estado en que habían llegado las cosas, yo era para ellos de todos modos, un hombre peligroso, tan peligroso estando libre como en la cárcel.

El secreto de una conspiración siempre ha constituido un gran peligro para el que lo posee; pero por circunstancias especiales pocas vidas corrían tanto riesgo como la mía durante el período de incubación de la Revolución Cubana; podía, por denuncia ser apresado y fusilado por el Gobierno Español y podía ser muerto misteriosamente por desconfianza y por mandato de los conspiradores; partiendo del principio que no se conocen medios malos para salvar de sus peligros a las revoluciones buenas. No obstante, no me intimidó lo crítico de mi posición y seguí recto el propósito, con toda la fe y el entusiasmo de mis 25 años, y enamorado de aquel ideal generoso y noble. Soñaba con Bolívar, San Martín, Robespierre, Garibaldi y toda esa gente loca y guapa, pero soñaba despierto.

Para que la Revolución me encontrara más y mejor expedito, acababa de cubrir con el polvo de la tierra los restos mortales de mi anciana madre. ¡Quién sabe, pensé yo enjugándome las lágrimas si su espíritu me proteja y defienda! Mis dos hermanas solteras debían quedar al lado de otra hermana casada. Había que-

dado huérfano absolutamente, pues el hombre nunca lo es cuando Dios le deja a la madre aunque se lleve al padre o viceversa, yo que acababa de enterrarla a Ella, me proponía tener otra: la Revolución.

No para el Tiempo su carro tirado por las horas, él avanza y todo lo termina o consuma; nos encontró el año 1868 enemigos encubiertos de España en Cuba, pero no bien organizados, para una lucha como tenía que ser aquélla; mas no siendo prudente esperar más tiempo fue necesario precipitar el alzamiento, y el día 10 de octubre del mismo año sonó para la esclava Antilla, la hora de la Justicia, de las vindicaciones y de la lucha más desastrosa y cruenta que registra la historia de América.

De un lado apareció un puñado de patriotas republicanos, casi desarmados, sin recursos e ignorantes del arte de la guerra; del otro, los soldados de la Monarquía: 100,000 hombres bien armados y ricos en recursos de todo género y el país subyugado sirviéndole de poderoso auxiliar. En medio de la América libre, en esa desigual contienda así luchamos 10 años, desamparados, solos y pobres.

Narrar los episodios horribles y sangrientos de aquella guerra sin cuartel, referir siquiera fuera a largos rasgos, la Historia grandiosa y sublime de aquella desigual lucha por la Libertad de un pueblo, eso sería más propio para escribir un libro que no para unos simples apuntes personales.

Ocupando yo, desde un principio, puesto elevado en las filas de los patriotas, debido a mis pocos conocimientos en el arte de la guerra procuré ayudar a los cubanos durante aquella batalla permanente de 10 años en su obra de Libertad; con todos mis esfuerzos, resolución, lealtad y abnegación. Durante esa década guerrera, jamás el Sol de Cuba me calentó un día fuera del campamento o del campo de batalla; y cuando por desgracia para la infeliz Cuba, en daño para aquella Revolución Redentora, se entró allí en el período de política interior, y como era natural y lógico, la ambición y la codicia empezaron a ser terribles y funestos rivales del patriotismo puro y desinteresado, yo siempre, tanto con la palabra como con el ejemplo, traté de restablecer la concordia y ayudé a conservar el principio de autoridad para que fuera una realidad la unidad de acción sin la cual es dudoso el triunfo de las Revoluciones.

A pesar de tan titánicos esfuerzos, de tantas abnegaciones y sacrificios consumados, la Revolución languidece al fin y de eso nace la idea de la Paz. Cuando se me consultó sobre asunto tan grave, aconsejé tomar la idea como mero ardid de guerra, para ver de lograr la unificación de nuestros elementos disgregados, y que de aquella situación surgiera un Gobierno o Directorio para la Revolución, fuerte y enérgico, contando a la vez con el desprestigio en que debía caer el Jefe del Ejército enemigo y el Gobierno General de la Colonia. Cuando todos veían perdida la Revolución yo la veía salvada por ese camino. Concentrados y reunidos todos los patriotas con el fin de tratar de la Paz, de seguro que de lo menos que hubiéramos tratado hubiera sido de eso; seguramente el tema de conversación se inclinaría al mantenimiento de la guerra. La revolución no sufría en aquellos instantes más que decaimiento y de ese mal, se hubiera curado con la reorganización de todas sus fuerzas vivas; esa operación no era posible efectuarla porque el enemigo no daba tiempo. En un campamento de 100 hombres aislados era posible que la palabra hiciese eco, pero en un campo cubierto de 2 a 3,000 hombres armados, batalladores de 10 años; hubiera sido hasta peligroso verter la frase.

Pero mi idea que fue acogida al principio, al fin no se llevó a cabo y se fue a parar derecho a la paz. La acepté sin protestar, que no correspondía a mí hacer eso, y ni tomé parte en indicar ninguna otra fórmula. Entendí que mi misión estaba terminada tristemente, pues ella era pelear al lado de los cubanos, y al desear ellos la paz mi presencia estaba de más allí.

En aquella guerra desastrosa de 10 años, había consumido inútilmente el valioso caudal de mi juventud y mis fuerzas, ahora ya gastado y por todo capital los andrajos de la miseria, era encontrarme parado ante un presente aterrador, teniendo de frente un porvenir tan obscuro como incierto; al lado del pesar por tantos ensueños de gloria desvanecidos, me abrumaba la idea de haber arrastrado a la desdicha que debían compartir conmigo a una mujer y tres hijos, pues me había casado durante la guerra. ¡Qué hacer pues, en situación tan apurada y difícil!

El Jefe enemigo General Arsenio Martínez Campos, rico de oro y rebosando orgullo y satisfacción por un triunfo conseguido a tan poco costo, me hizo ofertas cuantiosísimas para que me que-

dase en el país *ayudando a su reconstrucción*, pero rechacé con energía todas esas ofertas, pues que no me pareció digno ni decoroso vivir pacífico, tranquilo y sumiso, a la sombra de la bandera que yo mismo había combatido durante 10 años con tanto tesón como lealtad. El dilema era delicado y serio, donde no cabían términos medios; o resuelto a emprender el camino del destierro hasta morir quizás, con alguna honra; o aceptar del General Martínez Campos su protección y amparo, envainando la espada en Cuba libre para ir a vivir a Cuba española y renunciando de este modo y para siempre de la Revolución, olvidando sus grandiosos recuerdos, confesándome vencido y jurando fidelidad a España; para después de todos estos sacrificios, recoger lo que era natural: el desprecio de los españoles.

Resuelto y sin miedo, dirigí mi rumbo a otras playas cubierto con mi gran infortunio, acompañado de mi esposa y tres niños y sin más amparo que Dios.

La Isla de Jamaica, colonia inglesa me dió hospitalidad, pero fuí como un náufrago arrojado por la tempestad a país desierto, porque de distinta raza y sin saber el idioma, nadie puede esperar nunca nada de los habitantes de aquella tierra, en donde desde el tiempo de sus aborígenes, el mismo Colón por poco se muere de hambre y soledad. El elemento cubano que allí había esperando largos años, que le diéramos la Patria libre, se sintió indignado contra todos los que combatimos 10 años sin poder conseguir el triunfo. No contento el destino con mi precaria situación quiso agregar un nuevo suplicio a mi infortunio, pues pensando encontrar allí amigos compasivos, agradecidos y generosos, que me amparasen, es por el contrario gente apasionada y de limitados alcances; vieron en mí el primer factor de la Paz que concluyó con una guerra a que nunca fueron ellos a ayudar, de ahí que fuese yo el blanco de su injusto encono y desprecio.

En aquella miseria y orfandad abrumadoras trabajo me costó desvanecer tan negra injusticia, y a fuerza de hacer luz y demostrando la verdad de los sucesos ocurridos en Cuba, logré al fin serenar la opinión y que se me juzgase con más justicia y menos pasión.

No hay mejor consuelo, no hay más firme y seguro amparo, para sentirse uno lleno de fortaleza en las desdichas e infortunios de esta vida, que una conciencia sin mancha y tranquila. En

mi desventura, en mi miseria extrema, acosado por el desprecio de los cubanos de Jamaica, pero con mi mente llena siempre de grandes recuerdos; mi familia dispersa, mis compañeros muertos, mis amigos dispersos también, el aislamiento entre los hombres que es más triste que la soledad en el desierto; yo sin embargo sentía una esperanza y un consuelo que me hacían tranquilo y resignado.

Después, como no hay médico más insigne para curar todos los males, como es el Trabajo, a él me he dedicado con ahinco y no me ha faltado pan para mis hijos.

No se ha rematado la obra, aún vive España en Cuba. Su poder se sienta sobre las puntas de las bayonetas y como ni aún los Gobiernos legítimos son eternos, veremos cómo se resuelve el destino de Cuba.

M. Gómez

Monte-Cristy, Rep. Dominicana,
octubre 20 de 1894.

EUGENIO MARÍA DE HOSTOS
(1839-1903)

Sociólogo, educador, moralista, escritor, revolucionario. Nació el 11 de enero de 1839 en Mayagüez, Puerto Rico y murió el 11 de agosto de 1903 en Santo Domingo, República Dominicana.

Durante su fecunda vida, el «Ciudadano de América», como también se le conoce, llevó a cabo una amplia labor educativa en Santo Domingo y Chile, habiendo sido el fundador de la Escuela Normal e inspirador de la reforma educativa en nuestro país. Aquí escribió parte importante de su obra científica y pedagógica.

Hostos fue también un revolucionario que luchó por la independencia de Puerto Rico y la integración antillana, ideal que lo llevó a desplegar una activa labor en todo el continente, a favor de sus ideales de emancipación y confraternidad.

Hostos fue un hombre de saber enciclopédico, que también se distinguió en la filosofía, la política, el periodismo, la crítica literaria y el ensayo. Dedicó sus esfuerzos a la lucha por la libertad, la justicia, la educación y la cultura en América.

OBRAS PUBLICADAS:

La peregrinación de Bayoán (1863), *Discurso pronunciado en la primera investidura de alumnas del Instituto de Señoritas* (1887, La Vega), *Moral social* (1888, 1906, 1939, 1962, 1968), *Repartición de premios en el Liceo de Chillán* (1889), *Nueve años en Quisqueya* (1890), *Geografía evolutiva* (1895), *Estatutos de la sociedad «Liga de Patriotas Puertorriqueños»* (1898), *República Dominicana. Enseñanza intuitiva;* programas oficiales preparados expresamente para el uso de

las escuelas normales de la República publicados por la Dirección de la Escuela Normal de La Vega (1904), *Tratado de sociología* (1904), *Lecciones de derecho constitucional* (1908), *Meditando... Hamlet. Plácido. Carlos Guido Spano. Guillermo Matta. Lo que no quiso el lírico quisqueyano* (1909), *Hamlet* (1929), *Romeo y Julieta* (1939), *Obras completas* (1939, 1969), *Hamlet, estudio crítico* (1953), *Hamlet y Romeo y Julieta* (1972).

AMÉRICA: LA LUCHA POR LA LIBERTAD

LUPERÓN
I

La segunda guerra de independencia dominicana tuvo muchos guerreros y patricios dignos de la empresa que la dignidad de la nación encomendó al patriotismo de sus hijos. Pero, entre ellos, no hubo ninguno que personificara con más ardor que el general Luperón, el deseo de reconquistar la autonomía nacional.

Obedeciendo a sus propios impulsos y operando como jefe de cuerpos francos más bien que como comandante de tropas regulares, hizo tales prodigios de actividad, y de tal modo espoleó el egoísmo de los pasivos, que a la vez inspiró terror y admiración, cobrando una de esas famas legendarias que bastan por sí solas para hacer atractiva una personalidad en los días de lucha y de zozobra, y que, después en las horas de la paz y en las tradiciones del hogar, prolongan para el héroe el triunfo que conquistó en los campos de batalla, dándole triunfos no menores y acaso más trascendentales en la vida normal de la nación.

El Cibao, que es la cuna de aquel prócer de la segunda Independencia, conservó durante tantos años tan viva en la memoria la figura del patriota-guerrero recorriendo los campos y las breñas en busca de defensores de la patria, compeliendo a los tardos, despertando a los dormidos, imponiendo como una obligación onerosa el deber del patriotismo, que, cuando a la tarea de reconstituir por medio de las armas la nacionalidad sucedió la de gobernar la nación por medio del derecho escrito, Luperón fue uno de los triunviros impuestos por la gratitud popular al régimen unipersonal de la república moderna.

Ni tres ni veinte varones hubieran bastado para ordenar el caos social, político, económico y administrativo que dejó en recuerdo la anexión, y de la noche a la mañana pasó el gobierno a manos de uno de los que no sólo no hicieron nada por su patria en las angustias pasadas, sino que positivamente había contribuido al mal, aceptando del gobierno español una distinción.

Entonces el caudillo tuvo que expatriarse, aprovechando el destierro entre el estudio y el afanoso conspirar.

Del estudio salió hecho un hombre de ideas elevadas; y del conspirar salió hecho jefe de aquella revolución que llegó a ser crónica, y que, unas veces en el mar, otras veces en las fronteras de Haití, mantuvo en jaque al gobierno de la República.

El gobierno cayó a los seis años, en el de 1874, no por el esfuerzo de Luperón y de los suyos, sino por uno de los lugartenientes del presidente de la República, en la provincia de Puerto Plata, en donde era omnipotente el recuerdo de Luperón.

Este vivió con el buen tiempo, y dio un excelente ejemplo de moral pública, desentendiéndose de los negocios del Estado y consagrándose al trabajo y a la formación de un patrimonio para sus hijos.

En esa empresa lo conocí yo, y confieso que no dejó de parecerme extraordinario el encontrarme detrás del mostrador de una mercería al hombre que en la guerra nacional y en la civil había deslumbrado tantas fantasías. Pero allí, y así, lo conocí en 1875, puesto en contacto con él por su maestro, guía y amigo, el noble y primer ciudadano de Puerto Rico, el siempre desterrado doctor Betances.

Como nunca se pierde la esperanza honrada en voluntad benévola, se hicieron esfuerzos, no hay para qué negar que esfuerzos insensatos, sobre todo, cuando quien lo afirma tiene la creencia de que la insensatez hecha a sabiendas es un sacrificio del amor propio al deber; se hicieron esfuerzos insensatos para poner en movimiento a Puerto Rico, esperanzados en la ayuda del adalid de la Independencia dominicana.

Pero los tiempos, aun turbios, eran entonces profundísimamente sombríos. En vez de una revolución de independencia, hubo que atender a una revolución de impertinencia.

El presidente de la República, que había debido auxilio, y hasta parece que auxiliares, a la población cubana emigrada en

Puerto Plata, de donde él comenzó la reacción libertadora contra el gobierno que tiranizaba al país, creyó que los cubanos y puertorriqueños asilados aún en Puerto Plata, conspiraban con Luperón y a beneficio del caudillo popular.

Se equivocaba, pero con su equivocación aparentemente autorizada por la parte exclusivamente doctrinal que en las reuniones de la Liga de la Paz tomaban algunos proscritos, y por el temor que inspiraba esa asociación, decretó la prisión del jefe de la Liga en Santiago, y la del que en Puerto Plata la animaba con su influencia legendaria.

Aquella mal aconsejada violencia (si alguna vez puede llamarse bien aconsejada la violencia política), fue la señal de estallido revolucionario que en Quisqueya se ha parecido más a un movimiento de doctrinas.

Luperón se negó a obedecer la orden arbitraria. El gobernador, un escritor notable, por cierto, resolvió usar de la fuerza para cumplir la orden del gobierno, y el caudillo popular resolvió repeler la fuerza con la fuerza.

Desde su casa, y acompañado por corto número de amigos, se defendió tan denodadamente, que no sólo rechazó con buen éxito la fuerza armada que intentó penetrar en su hogar, sino que armó a sus parciales de la ciudad y del contorno, que se presentaban organizados en cuerpos a defenderlo y después se organizaron en cantón en las inmediaciones de Puerto Plata.

La chispa que allí y en Santiago inflamó el ánimo de los pocos que deseaban fundar gobiernos de derecho y de los muchos que buscaban lo que buscaban los descontentos o los ambiciosos en las revueltas civiles, concluyó por producir una revolución victoriosa. Salió victorioso, entre otros enemigos del caudillaje; y aunque Luperón acababa de coronar su gloria de caudillo nacional con la de caudillo civil, cedió el primer puesto a un hombre completamente extraño a las revoluciones, a las armas y muy de antiguo consagrado a aquella noble, oscura y benéfica propaganda del bien y del derecho que, en parte alguna, y menos en aquella sociedad, conturbada de continuo, lleva hombres al poder.

Sin embargo, a ese patriota inofensivo, fue a quien Luperón y sus consejeros, en Puerto Plata, Peña y sus secuaces en Santiago, designaron para jefe del nuevo gobierno y a él eligió el voto popular, que creo fue efectivamente popular en aquellas elecciones.

No contento con no tener mezquinas ambiciones, Luperón asintió a fortalecer el nuevo gobierno, tomando en él una cartera que desempeñó *por fórmula*.

La conducta del caudillo en todo este momento de la historia política de su país, lo acreditaba de hombre de miras elevadas, de patriotismo generoso y de aspiraciones altas. Procedió como los que aman la gloria por la gloria misma, que es el modo de amarla que impone más sacrificios.

Pero como Luperón no es un Cincinato, tan pronto como aquel ensayo del gobierno civil, ejercido por hombres virtuosos, fue revolucionariamente destruido, procedió con otros a la revolución que había de echar por tierra al reciente gobierno de reacción, y entre todos dieron con él en el suelo, pero dieron por inesperado resultado la vuelta al poder del mismo que, durante seis años, había enfrenado la revolución.

Pero esta vez no fue por mucho tiempo. En 1879 ya había caído a impulso de una revolución que presentó en la escena un nuevo caudillo de contiendas civiles.

Un año después, ya otra contienda había devuelto el poder a *los azules*. Jefe de ellos, Luperón ejerció el gobierno durante varios meses, y no desde el asiento oficial de los poderes públicos de la República, sino desde Puerto Plata.

Su conducta fue la de un político inteligente, bien intencionado y conocedor de la necesidad de la buena administración.

Hubiera convenido al país que él continuara en el gobierno y acaso hubiera bastado su presencia en él para impedir nuevos atentados contra el orden público; pero, por motivos cualesquiera, que desgraciadamente no fueran motivos patrióticos, pues entonces le mandaba el patriotismo ser gobierno, dejó los cuidados a otros y se abandonó tan por completo al astuto *alter-ego*(*) de quien se había estado valiendo como brazo armado y de quien siguió valiéndose como hechura, que éste, al fin y al cabo, usó de la pobre República como de un feudo.

Y ahora, y después de haberse conducido torpemente en la revolución de 1886, que debió poner en armas a todos los hombres

---

* Alude a Ulises Heureaux, más conocido por Lilís, dictador dominicano por cuyas actuaciones contra el derecho se alejó Hostos de la República Dominicana en diciembre de 1888.

de bien, porque ya no se trataba de una lucha de ambiciosos, sino de honrados contra pícaros, Luperón anda errante por las Antillas menores, culpando tal vez a su país, pobre víctima de todos, cuando debería culparse a sí mismo, que tanto con su inercia egoísta ha contribuido a la villana situación actual de Quisqueya.

II (*)

Luperón no se contentó con ser una de las más enérgicas encarnaciones que ha tenido en el siglo XIX el patriotismo, y fue también el más ardoroso representante que el antillanismo tenía en la Antilla-centro.

Hoy, cuando la conducta oficial de todos estos pueblos anula ante la conciencia de ellos mismos sus ineficaces platonismos, es un deber levantar en alto la figura del patriota entero. Así, vista de abajo para arriba, que es el único modo de mirar respetuoso que tienen las muchedumbres, el prócer de la segunda Independencia de Quisqueya aparece tan grande, tan completo como era.

Antes que prócer, era hombre, y cometió mil yerros; así sea. Yo no voy a juzgar al hombre de todos los días sino al quisqueyano de un momento solemne de la patria y al antillano de una hora patética de la historia de las Antillas.

Si hubiera de juzgarlo como hombre, levantaría con orgullo la cabeza para declarar que fue uno de los hombres a quienes más altas prendas conocí, por lo cual fue uno de los hombres a quienes más he estimado.

En los días de la Restauración, que fueron días de pruebas para el carácter, Luperón se presenta a la historia de su patria como comparece Gambetta en la historia de la defensa nacional de Francia.

A éste, por más conocido el escenario, lo ve todo el mundo en el momento del apogeo de su patriotismo, cuando recoría las provincias, apellidando patria, apostrofando a irresolutos, enardeciendo a tibios.

A Luperón nos lo representa nuestro amor a la Independencia, derecho tan alto y tan sagrado en Quisqueya como en Francia, en

---

* Esta segunda parte del artículo llamado "Luperón" fue escrita cinco años después de la primera, en ocasión de la muerte del prócer.

el momento culminante de su heroico patriotismo, cuando, según la tradición, perseguía a planazos a los irresolutos y tibios con la patria.

Estatua por estatua, si seductora de buenos es la actitud de Gambetta, más seductora de fieles al bien y a la justicia es la de Luperón: el francés se erigía su estatua con actos que el mundo contemplaba, que le expectativa del mundo estimulaba, que la admiración del mundo hacía fáciles y placenteros: el quisqueyano no sabía siquiera que se le estaba estatuando en la historia de su patria, cuando, desentendiéndose del mundo, sin más testigos de su heroísmo que los testigos de él, realizaba en el fondo oscuro de las selvas, en desconocidos lugarejos de un país desconocido, los prodigios de actividad, movilidad, entusiasmo y convicción que dieron a luz la segunda República Dominicana.

En Gambetta, la gloria era un estímulo de todos los días, de cada hora, de cada despacho telegráfico, de cada salutación, de cada aclamación, de cada ovación que recibía.

Al pobre sostenedor del derecho de Quisqueya ¿qué ovación lo recibía, qué aclamación, siquiera, lo estimulaba, qué salutación, al menos, lo enardecía? El apodo que da la fuerza escandalizada al derecho que la escandaliza: *bandolero*.

Bandolero, bandido, salteador de caminos, como siempre lo fueron los libertadores para los usurpadores de vida en las colonias; como lo fue Miranda, como fue Hidalgo, como Bolívar, Morazán, Nariño, Gamarra, Santa Cruz, O'Higgins, San Martín, Artigas, como lo fue Narciso López, como lo fue Céspedes, como lo está siendo Máximo Gómez, no tuvo Luperón más incentivo que la resuelta resolución de no consentir amos en su tierra.

Pero no es esa en absoluto la verdad: como todos los hombres, en cualquier estado de cultura, en cualquier mundo social, en cualquiera rudimentaria noción de principios directivos de grandes acciones, Luperón tenía el incentivo de la gloria: hasta se puede asegurar (y bien existe ahí talento que a tiempo se cercioró de esa gran pasión del libertador en jefe), hasta se puede asegurar que esta fue la debilidad de Luperón. Mas también su fuerza.

Aquel sólido amor a las libertades constitucionales, de que dio muestras, a pesar de sus resabios de jefe de facciones; aquel ardoroso sentimiento de progreso, que lo deslumbraba en los días del goce de poder, aquel mismo desinterés del poder, que pue-

den atribuir a móviles egoístas los que desconozcan en las acciones humanas la influencia de factores más eficaces; aquel laudabilísmo afán de distinguirse por acciones que merecían alabanzas; el entusiasmo, a la vez impetuoso y refrenado, que no pudimos menos de admirar los que en Puerto Plata fuimos testigos de aquella *evolución*, tan bien concebida y preparada por Peña y Reinoso en la ciudad de los caballeros y los ciudadanos; con tan soberano empuje lanzado por Luperón a su objetivo; y con tan infantil, candoroso y alegre pasmo aclamada por todos los pueblos del Cibao en aquellas escuelas de civismo que se llamaron *Liga de la Paz*; aquel su rápido percibir el punto luminoso de una opinión extraña; su prontitud al consejo, si era bueno, todas eran fuerzas que él sumaba en la cuidadosa adición de hechos concebidos por él para su gloria.

La prueba que este estímulo tenía en él los caracteres más elevados, está en el definitivo propósito y en la premeditada dirección final que le dio: el propósito definitivo y la dirección final que dio a su gloria. Si he de juzgar por elocuentes cartas suyas de la última hora de su expatriación y penúltima de su vida, era el *antillanismo*, la hermosa quimera que los puertorriqueños hemos concebido; que con el ánimo y el brazo de Luperón habríamos realizado; que con ánimos y brazos como el del héroe muerto llegaríamos al fin a realizar. No es más que la unión de las Antillas en las libertades del derecho; en los adelantos de la riqueza y el bienestar de las Antillas; en el progreso de la verdad, hecho conocimiento útil; del bien, hecho virtud económica, social e individual. La fuerza de las cosas es tan avasalladora, que ese programa sencillísimo de vida para las Antillas, tendrá que ser el programa de uno de los partidos políticos que la lógica espontánea hará nacer.

Luperón fue el primer jefe intencional de ese partido no nacido, al menos, si nacido en el espíritu de algunos, no en el medio natural en que tendrá algún día que desplegar su actividad.

Es indudable que en él, como en el ya considerable número de quisqueyanos que son antillanistas o partidarios de la Confederación de las Antillas, entraba por bastante el sentimiento, perfectamente legítimo, del interés nacional; pero no menos cierto es que lo emocionaba la previsión de gloria y la provisión de alabanzas históricas que tocaría a los que hubieran de llegar a tan alta meta.

Héroe en la lucha por la patria, fundador entre los más efectivos de la República, ambicioso de la gloria de hermanar en una sola nación las que han de acompañar a Quisqueya en la realización de los fines que Geografía e Historia reservan a las Antillas, Luperón es digno del llanto que ha llamado a los ojos de su patria, a los ojos de sus amigos, a los ojos de los íntimamente ligados a él por altísimos propósitos y fines.

GREGORIO LUPERÓN
(1839-1897)

Héroe de la Guerra de la Restauración, político y hombre público. Nació en Puerto Plata el 8 de septiembre de 1839 y murió en la misma ciudad el 20 de mayo de 1897. Figura máxima de la Restauración; combatió las fuerzas anexionistas dirigidas por el General Pedro Santana. Sufrió persecución, encarcelamiento y destierro durante su agitada vida. Combatió al Presidente Báez y sobre todo a Ulises Heureaux, su antiguo protegido, una vez que se convirtió en dictador. Declinó varias veces la presidencia de la República, aunque ocupó la primera magistratura del Estado por breve tiempo, en 1879. Como diplomático, realizó una extraordinaria labor ante numerosos gobiernos de Europa. Pasó sus últimos días en Saint Thomas, de donde regresó muy enfermo a su Puerto Plata natal, para morir un año después. Sus Notas autobiográficas y apuntes históricos *constituyen una fuente de inestimable valor sobre personajes, acontecimientos y noticias sobre la época en que le tocó vivir.*

OBRAS PUBLICADAS:

Un recuerdo a los dominicanos (1864), *El destierro* (1875), *Notas autobiográficas y apuntes históricos sobre la República Dominicana, desde la Restauración a nuestros días* (1895 y 1896).

NOTAS AUTOBIOGRÁFICAS Y APUNTES HISTÓRICOS SOBRE LA REPÚBLICA DOMINICANA DESDE LA RESTAURACIÓN A NUESTROS DÍAS

PEDRO FRANCISCO BONÓ

Ciudadano respetable, muy instruido y de meritorios antecedentes, implacable enemigo del mal proceder, sinceramente apasionado por la justicia, la libertad y la democracia. Hombre íntegro de escuela práctica y seria, de carácter severo y rígido, sobrio en sus maneras, estoico en su vida, intransigente en sus opiniones, firme en sus propósitos; perseverante en los principios; de valerosa entereza, de larguísimos servicios. Amante del aislamiento proveniente del juicio desfavorable que tiene formado de las cosas públicas de su país; competente en medicina práctica; concienzudo legislador; magistrado grave y profundo; hábil político y leal hombre de Estado; anheloso de sentir su corazón, desfallecido por las veleidades políticas, las palpitaciones de nuevas esperanzas favorables a la patria. De temperamento capaz de concebir las mejores ideas y de cumplir con su deber, sirvió como secretario del ilustre y benemérito General Juan Luis Francisco Bidó, caudillo de la Guerra de Independencia contra Haytí que dirigió y ganó la Batalla de Sabana Larga en 1856.

Hombre puramente liberal, tomó una parte muy activa en los acontecimientos del 7 de Julio de 1857; y cuando el General Santana tramó la conjuración contra el Presidente Don José D. Valverde y puso su fangoso pie sobre el armiño de la soberanía nacional, derrocando aquel Gobierno, Don Pedro F. Bonó fue uno de los tantos que se alejaron del país, para evitar las persecuciones del tirano. Se dirigió a los Estados Unidos del Norte, y acompañado de Espaillat y sus nobles compañeros, se ocupó de estudiar con la mayor observación aquella poderosa democracia que tanto asombra al mundo; y como la historia, a semejanza de la Providencia, no deja perder nada bueno, aquellos hombres, llenos de odio a la tiranía y de amor a la libertad, trataron de llevar a su patria aquel sistema de gobierno; adquirieron ideas profundísimas y las expresaron en formas perfectas que resplandecieron como estrellas fijas en el camino del renacimiento político de su pueblo.

Cuando el tirano proclamó la amnistía, volvieron a su patria con la esperanza en el porvenir.

Cuando estalló la revolución de 1863, como halló ésta a aquellos ilustres ciudadanos bien preparados, Bonó, herido profundamente por la anexión española, lleno de patriotismo fue uno de los manifestantes más ardientes y decididos contra aquel hecho humillante. Y, cuando la República resucitó y levantó la frente, teñida de sangre, pero rugiendo de bravura, Bonó corrió a su puesto, y fue uno de aquellos celosos ministros de la titánica y memorable defensa nacional. Confiadísimo en la justicia de esta causa, sirvió con entusiasmo, inteligencia y valor.

Doctrinario antiguo del derecho de los pueblos, firme, inflexible y resuelto, jamás se le vio cejar ante las crisis ni ante los peligros, por graves que fuesen, sabiendo mantener con toda dignidad los derechos de sus funciones en medio de aquella acumulación de extrañas circunstancias; y cuando apareció el Gobierno del General Pimentel se alejó de la lucha como incapaz de abrigar hostiles sentimientos contra sus ilustres compañeros reducidos a prisión por Pimentel. En el Gobierno de Cabral aceptó un Ministerio, llevando los asuntos de su cargo al terreno positivo de la ciencia política y no al terreno de los hechos rutinarios.

Publicista inteligente y hábil, ha defendido siempre los derechos del hombre, los verdaderos intereses de la patria, los de la sociedad, los de la civilización, con conocimiento verdadero, con moderación y conciencia, sin apartarse de las leyes ante los altares de la justicia. El ha viajado por Europa para rendirse exacta cuenta de su progreso, con cuyo estudio ha madurado mucho más sus ideas filosóficas.

El partido demócrata lo ha propuesto como candidato a la Presidencia de la República varias veces, pero él ha declinado la honra que han querido concederle. Después de largas persecuciones injustificables del Gobierno de Báez y de un largo alejamiento de los negocios políticos, aceptó del Gobierno del ilustre Espaillat, el encargo de Inspector General de Agricultura de la rica provincia de La Vega, al mismo tiempo que rehusaba un Ministerio, lo que habla muy alto en favor de su modestia y de su noble empeño por el progreso de la comarca de su residencia.

Han querido varios destruir su reputación de hombre progresista, condenándolo como que inapelablemente rechaza los mo-

dernos progresos, sin duda porque no se han penetrado del espíritu de sus escritos, ni de la mente de sus propósitos.

Desde la caída del gobierno de Espaillat permanece retraído, y mucho más desde que la espantosa y depravada oligarquía del pernicioso Gobierno de Heureaux, abandonando todos los principios nacionales, campea como salvaje, estropeando todos los derechos, ensangrentando los pueblos, avasallando y arruinando la nación, precipitando la República en los mayores peligros, para aumentar la personal fortuna del miserable Presidente. En época tan siniestra, sin más voz que el vociferar de los esbirros, Bonó, lleno de hondos presentimientos de una desgracia inevitable, con la conciencia profundamente herida é indignada, no ha sancionado los atropellos ni las violaciones del usurpador, como respetable conciudadano y benemérito patriota que es, y continúa mucho más alejado del tumulto de tantos desórdenes públicos y administrativos hasta que llegue el día supremo para esta crisis social; y no hay protesta más significativa contra el despotismo, que el silencio de tales hombres.

Este gran ciudadano es Charllemel Lacour de la República Dominicana. Hoy se escuda tras el más sagrado de los derechos, el derecho del silencio. Pero la tiranía es una red por cuyas mallas se escapa siempre la libertad como el aire. Bonó no puede escribir hoy, y lo que no puede decirse en la prensa, amordazada, ni en la tribuna, oprimida, se dice públicamente. Cuando las conciencias se transformen de esa radical tiranía, un cambio poderoso se verificará en todos los patriotas, y la patria se levantará radiante de elocuencia y de valor para revivir todos los ánimos y reivindicar los derechos.

Hay que esperarlo así, porque la providencia no ha hecho los pueblos para ser esclavos sino para ser libres, y éstos buscan la libertad como los ríos el nivel.

Antes de terminar esta breve y desaliñada biografía, quiero recordar las palabras que dijo Don Pedro Bonó a uno de sus amigos durante el Gobierno opresor de Báez, en la época del terror de los seis años terribles:

«Confiad en la libertad, en el pueblo y en la Providencia, y esperad el castigo del tirano». Su predicción se cumplió.

Es Bonó filósofo profundo, capaz de leer hasta en el fondo de las humanas intenciones y de abrazar en su fecunda mente las di-

versas ramas del saber humano. Es opuesto a las arbitrariedades, como a lo artificial y corrige con enérgicos rasgos de su brillante pluma, condenando al mismo tiempo la política de expedientes para inspirar la justa esperanza de la victoria del derecho; y lucirá un día ese triunfo porque no hay nada tan sencillo ni fecundo como reivindicar y conservar la libertad, cuando se contempla atentamente la vida de tales hombres.

FRANCISCO GREGORIO BILLINI
(1844-1898)

Francisco Gregorio Billini nació en Santo Domingo el 25 de mayo de 1844 y murió en esta misma ciudad el 28 de noviembre de 1898.

Fue militar, periodista, legislador y narrador. En su juventud participó en la guerra de la Restauración y a los cuarenta años fue electo Presidente de la República, habiendo renunciado un año más tarde. Fue fundador de El Eco de la Opinión *y colaboró con numerosas publicaciones periódicas del país.*

Como narrador, dejó Baní o Engracia y Antoñita, *una de las novelas de costumbres más leídas en nuestro país y que refleja la vida del pueblo dominicano a finales del siglo pasado.*

OBRAS PUBLICADAS:

Amor y expiación (1882), *Baní o Engracia y Antoñita* (1892), *Baní o Engracia y Antoñita* (Obra literaria 1, Fundación Corripio, 1997), *Miscelánea* (Obra literaria 2, Fundación Corripio, 1998).

BANÍ O ENGRACIA Y ANTOÑITA

Capítulo II
ENGRACIA Y ANTOÑITA
I

Después de todas las gratas impresiones recibidas al volver a él, ¡cuán hondamente hirió mi alma la experimentada al buscar primero solo y en silencio, y luego de no verlas, ni hallarlas en

sus casas, al preguntar por las dos amigas más estimadas que yo tenía en el pueblo!

Bellas y hermosas ambas como las flores que al relucir del alba despiertan adornadas de rocío.

Era Engracia de diez y ocho años de edad en aquel entonces, y Antoñita apenas contaba diez y siete.

Si esta relación que me propongo hacer, no fuera real y cierta, sino inventada, yo me detendría largo rato describiendo a estas dos criaturas. En el campo de su belleza hay flores que puede regar en montones la imaginación de un novelista, y hay perlas en las urnas de su alma que el exquisito gusto del poeta haría relucir en espléndida corona.

Sin embargo, fuerza es seguir dando las noticias más convenientes a ellas.

Engracia, cuando la dejamos de ver, vivía tranquila y dichosa en su casita blanca, fabricada de tabiques de tejamanil, y cobijada de palma-cana, donde aún habitan su madre y sus hermanas.

Buena, sencilla, pura de intenciones, hacendosa, bella, retozando en el jardín de sus mejillas el sonrosado pudor; con sus ojos verdes como las yerbitas que nacen a la orilla del arroyuelo de Peravia, o como las esperanzas que sonreían a su alma; con sus facciones finas y agraciadas; con su cabellera casi rubia y abundante, aunque un poco tostada; con sus lindísimas manos, no obstante el trabajo cotidiano a que se encontraban acostumbradas; con sus graciosos labios rojos, decidores elocuentes de la modestia de su ser, se mantenía candorosa y llena de juventud Engracia.

II

Antoñita, huérfana de padre como Engracia, vivía también feliz al lado de su madre y sus hermanos.

Desde muy niña dió a conocer Antoñita la precocidad de su inteligencia.

Era sensible como gota de rocío, extremosa en sus amistades, y apasionada hasta lo sumo de las cosas que se acomodaban a sus gustos. Tenía en ciertos y determinados casos una firmeza de voluntad bastante notable como eran notables también sus debilidades.

¡Extraño sentir de ese corazón!

Qué dualidad de carácter. Débil como los mimbres que se inclinan al más ligero soplo de la brisa, nunca podía negarse al halago, a la complacencia; tímida en causar el disgusto de los demás, siempre estuvo pronta a ceder aunque fuera en contra de su propio interés; blanda como la cera en sus impresiones, dejaba esculpir en su corazón las penas y las tribulaciones ajenas, y con ellas se mortificaba acariciando el dolor hasta de aquellos que la habían hecho sentir dolores. Aún a costa de su propio gusto cuántas veces se sacrificó en aras de la amiga, o al ruego de la hermana o de la madre.

Era como las rosas, que de balde y sin sospecha alguna dan sus aromas aún a aquellos que vienen a deshojarlas. Pero cuando se encontraba en cualquier asunto, en cualquier caso que ella consideraba de delicadeza, o que lo creyese grave al cargo de su limpia conciencia, entonces parecía como que su alma estaba iluminada, y fuerte como el bronce y dura como el mármol, no había poder que la doblegara.

Antoñita no era de esas bellezas encantadoras que seducen a primera vista; pero en su trato, en su conversación viva y siempre acompañada de esa acción que da brío a las palabras y que insinúa más las ideas, revelaba que era mujer espiritual y capaz de sentir y comprender las cosas dignas de las almas levantadas.

Por eso Antoñita se conquistaba el agrado de cuantas las trataban.

Aquella cabeza erguida y poblada de cabellos negros que tan a menudo usaba en dos largas trenzas tendidas a las espaldas; aquella frente despejada donde cualquiera podía leer las impresiones de su corazón; aquellos ojos tan expresivos, con su mirada inteligente a la vez que tierna; el suave perfil de su pequeña nariz, y más que todo, su boca que no economizaba aquellas risas sinceras, donde parecía anidar la franqueza y la complacencia, daban a Antoñita ese no sé qué que inspira la simpatía.

Antoñita, por otra parte, con algunas diferencias en el gusto y algunas violencias de carácter, estaba adornada de las mismas virtudes que embellecían á Engracia.

En su casa desde niña la mimaron mucho y todo se lo consentían, tal vez a causa de ser la hermana menor. Acostumbrada a esa prodigalidad de cariño, ella quería, y con razón ser la más distinguida en el cariño de sus parientes y amigas.

Engracia no era tan exigente, ni mucho menos tenía el orgullo que en ciertos casos aparentaba tener aquélla, pero la verdad es que amaba sin ostentación y con extremos a las personas de sus afectos, y sobre ellas sentía una especie de debilidad por Antoñita.

III

Pobres fueron las dos desde su cuna, aunque Engracia mucho más que Antoñita. Cuando Engracia llegó a tener uso de razón, ya estaba acostumbrada al trabajo. Todos los quehaceres domésticos los aprendió desde la infancia, y en materia de curiosas labores llegó a adquirir fama.

Antoñita no trabajó desde tan temprana edad, ni hacía los bordados y los tejidos tan finos como Engracia; aunque es, y siempre ha sido, cualidad de las mujeres de Baní tejer y bordar bien; pero aprendió a leer, escribir y contar con una facilidad poco común. Los versos la entusiasmaban y los recitaba con gracia y sentimiento; sabía de memoria casi todas las poesías de nuestros poetas, sobre todo las de José Joaquín Pérez, de quien se complacía en repetir con su maestro Don Postumio, (hombre muy dado a emitir juicios hasta en las materias que no conocía) que José Joaquín Pérez si no se empeñara en matar su propio sentir, abatiendo con el desaliento la estética natural de su alma, por su fácil ritmo y espontánea expresión, hija de ese lenguaje interior que retoza en su cerebro, cual si allí tuviera un órgano armónico, sería sin disputa alguna, no sólo el más connotado bardo de Quisqueya, como algunos le han llamado, sino uno de los mejores poetas líricos de la América.

Por esas dotes intelectuales, y por las ocurrencias que tenía, en su casa y en el pueblo, cuando niña la llamaban la *Sabichosa*; como así mismo por el carácter suave de Engracia, por su modestia, por el eco dulce de su voz y por sus maneras apacibles, los de su familia y en la vecindad le decían *Graciadita*.

Era ella tan afortunada para vender sus labores, que le faltaban manos y tiempo para cumplir con los tratos que hacía, sobre todo en tiempos de fiesta. Su madre complacida de esta buena suerte, cada vez que se presentaba la ocasión, no la desperdiciaba recalcándole la frase de costumbre:

—Engracia, hija mía, muchas veces te lo he dicho, acuérdate de eso: tu vas a ser rica casándote con un comerciante o con un hombre de negocios.

Y como Antoñita vivía leyendo y se hartaba la memoria de todo lo que leía, solamente después en dar las explicaciones sobre las obras y los autores, en su casa, como así mismo Don Postumio, no se cansaban de ponderar su inteligencia. Así era que cuando su madre hablaba de novios y matrimonios y daba consejos o hacía sus advertencias a sus otras hijas, relativas a los mozos del pueblo, concluía diciendo con firme aplomo:

—Antoñita no necesita de nada de ésto, entiéndanlo ustedes; ella es suficiente a resolver de su suerte y á seguir sus propias inspiraciones.

Estas creencias o pretensiones expresadas de contínuo entre familias de las dos muchachas, no dejaron de influir en su ánimo, como se verá en el transcurso de esta narración.

FEDERICO HENRÍQUEZ Y CARVAJAL
(1848-1952)

Educador, periodista, historiador, hombre público, orador. Nació en Santo Domingo el 16 de septiembre de 1848; murió en esta misma ciudad el 4 de febrero de 1952. Como educador desplegó una amplia y fructífera labor en el Colegio San Luis Gonzaga, la Escuela Normal, el Colegio Central, el Instituto de Señoritas, el Liceo Dominicano, la Escuela Preparatoria, el Instituto Profesional, la Escuela de Bachilleres. Fue un orador elocuente, autor de discursos memorables. Periodista aguerrido, dirigió La Opinión, *y en 1881 fundó* El Mensajero. *Fue co-director de la revista* Letras y Ciencias, *dirigió* Ateneo *y* Clío. *Su obra se caracteriza por la variedad y la extensión. Gozó de mucho prestigio por su integridad moral y su espíritu generoso, cualidades que se manifestaron siempre en la cátedra y en sus actividades de difusión cultural.*

OBRAS PUBLICADAS:

La hija del hebreo (1883), *Ramón Mella* (1891), *Informe sobre la Segunda Conferencia Internacional Americana* (1902), *Juvenilia* (1904), *Dolorosa* (1909), *Derecho público internacional y la guerra* (1915), *Discurso pro Duarte* (1915), *Páginas selectas* (1918), *Cuba y Quisqueya* (1920), *Rosas de la tarde* (1923), *Guarocuya. El monólogo de Enriquillo* (1924), *Todo por Cuba* (1925), *Nacionalismo* (1925), *Del amor y del dolor* (1926), *Páginas electas* (1926), *Mi álbum de sonetos* (1927), *Etica y estética* (1929), *Romances históricos* (1937), *Baní* (1939), *El poema de la historia. Fragmentos de un poema inconcluso* (1948), *Cuentos* (1950).

RAMÓN MELLA(*)

Venciste ¡oh Dios, qué gloria!
Venciste, ¡Patria!, y tu preclaro nombre
con destellos de luz graba la historia
y le tributa admiración el hombre.

SALOMÉ UREÑA DE HENRÍQUEZ

Conciudadanos:

Alzad, —ya que os anima y mueve el sacro espíritu de la Patria— alzad el corazón a la altura de la Independencia, cuyo augusto símbolo es esa cruzada tricolor bandera, la de nuestras glorias, y cuya síntesis de piedra es el histórico Baluarte que en este acto —¡inmerecida honra!— me sirve de tribuna excelsa.

Alzad el corazón y oíd, conciudadanos:

«En el nombre de la santísima, augustísima e indivisible Trinidad de Dios Omnipotente: juro y prometo, por mi honor y mi conciencia, en manos de nuestro presidente Juan Pablo Duarte, cooperar con mi persona, vida y bienes a la separación definitiva del gobierno haitiano y a implantar una república libre, soberana e independiente de toda dominación extranjera, que se denominará República Dominicana; la cual tendrá su pabellón tricolor en cuartos encarnados y azules, atravesados con una cruz blanca. Mientras tanto seremos reconocidos los Trinitarios con las palabras sacramentales: "Dios, Patria y Libertad". Así lo prometo ante Dios y el mundo. Si tal hago, Dios me proteja; y de no, me lo tome en cuenta, y mis consocios me castiguen el perjurio y la traición si los vendo».

Acabáis de oír el voto de conciencia, cuya fórmula se le debe al Fundador de la República, que en memorable día —el primero en el génesis de la Patria— hicieron los jóvenes Trinitarios, puesta la fe en la justicia de su causa y la esperanza en el infalible heroico despertar de todo pueblo histórico.

Mella fue de aquel núcleo de patriotas convencidos, de aquella legión de zapadores esforzados.

---

* 27 de febrero de 1891.

Juró, por su honor, consagrarse, todo él, al servicio de la redentora idea, y vedle cómo, desde que se inicia el laborioso período de la propaganda, despliega la enérgica actividad de su espíritu en la difusión del pensamiento revolucionario y en la conquista de futuros próceres y héroes y mártires de la Independencia Nacional.

El Cibao fue su campo de acción. No lejos del Yuna estaba el misionero separatista, cuando la delación artera pretendió que abortase el plan revolucionario. Y mientras el Jefe de la Revolución se libraba del cadalso, merced a previsor ostracismo, iba Mella, en cuerda de presidio, a purgar en inmunda mazmorra el feo delito de ser patriota y ser dominicano.

A poco, restituído al goce de aparente libertad, recorría las comarcas del Sur, infundiendo, con la suya robustísima, la fe en el triunfo de la noble causa.

Luego...

¡Oh fausto y glorioso día!
El sol de la independencia
se alzó radiante en «El Conde»
y disipó las tinieblas
que condensara fatídica
dominación extranjera.
«Aquí» nació la República
de toda mancilla ajena;
hermosa como una virgen
soñada por los poetas,
la frente viril ceñida
de mirto y laurel, austera,
vibrando palmas de triunfo,
heroica sobre la arena,
benigna si vencedora,
de dicha y paz mensajera.
«Aquí» nació de los libres
la Patria gentil y bella.
«Aquí» se entrevió sin nubes
el porvenir de Quisqueya(*).

---

* De un romance del autor.

Saludemos, compatriotas, la prístina aurora espléndida de la Patria libre.

¡Gloria al magno 27 de Febrero de 1844!

Sobre este Baluarte, Sinaí de los derechos inmanentes del pueblo dominicano, proclamó Sánchez la independencia nacional, y tremoló Mella, con mano viril, el lábaro de las futuras insignes victorias de la República. Aquí, apacentando su espíritu en un mismo purísimo ideal, acendrando su conciencia incontaminada en el deber del sacrificio, asociando el prestigioso nombre del iniciador al feliz alumbramiento de su salvadora idea, aquellos jóvenes abnegados debieron, sin duda, repetir el juramento de los Trinitarios, el voto concienzudo de inmolar reposo y bienes y hogar y juventud y vida en aras de la Patria independiente y soberana.

Y lo cumplieron.

Seguid a Mella, ora como soldado en ambas guerras reivindicadoras, o ya como ciudadano de la República, y le veréis descollar por sus superiores dotes de carácter.

Espíritu organizador, actividad infatigable, valor indómito, lealtad caballeresca, legendaria intrepidez y probidad integérrima, —lo que vale decir: virtuoso patriotismo—, informaban los organismos morales de su naturaleza, forjada en el molde escultórico de los héroes.

¿Organizador?

Acababa de firmar, como presidente de la Junta Central Gubernativa, en el día tercero del advenimiento de la República, el decreto de llamamiento y de honores al Padre de la Patria, y fuése para el Cibao, como delegado del gobierno, puesta la mira en la organización militar de aquel departamento.

Y organizaba la defensa de Santiago, al aparecer de súbito, en formidable actitud bélica, el ejército invasor del noroeste en las inermes comarcas cibaeñas. A no ser por su celosa actividad organizadora, que le condujo a diversos lejanos puntos del Cibao en solicitud de elementos para la lucha, suyos habrían sido los inmarcesibles laureles del triunfo que obtuvo para sus sienes otro invicto héroe en la célebre gran batalla del «30 de Marzo».

¿Activo?

Una brigada de los vencedores en «Talanquera», destacada por él del triunfante ejército del Norte, cruzó la virgen cordillera

y el valle de Constanza para caer en el de La Maguana y coadyuvar a la reocupación de Azua por Duvergé y al contra-pronunciamiento de Neiba por Tabera.

Años después, como ministro de la Guerra en campaña, creó y organizó el general Ramón Mella la estratégica, quizás inexpugnable, original trinchera del «Duro», famosa en los fastos de la Restauración.

Su valor solía rayar a épica altura.

¿No le veis, al iniciarse la tercera campaña de la Independencia, siendo Jefe de operaciones en «Las Matas», disparar por su propia mano el último cartucho, clavar la artillería, e invertir once días en bizarra retirada, salvando su división, hasta hacer firme en el «Paso del Jura»?

Emulo fue allí de Xenofonte.

«Sabana del Pajonal», «Cañada-honda» y «Jura» pregonan su denuedo y heroísmo. «Las Carreras» su briosa intrepidez.

De su lealtad y su adhesión a Duarte responde su proclamación, en el Cibao, como presidente la República, en aquella hora triste en que reaccionario personalismo pugnó por imponerse, como se impuso, en daño de la fraternal armonía de los próceres y soldados de la recién nacida República.

Pulcritud fue su divisa al pasar, con manos puras, por el ministerio de Hacienda; y probidad su escudo, cuando sostuvo con el gabinete de Madrid gallarda justa diplomática en pro del reconocimiento de la nueva entidad política del archipiélago antillano.

De ruda lealtad y de modestia altiva dió prueba elocuente en excepcional momento histórico:

Eran los días de la falaz matrícula (*), iniquidad e ignominia, explotada por el odio o el despecho del personalismo de abajo, consentida por el miedo o el error del personalismo de arriba, que puso en inminente riesgo la nacionalidad, que minó por sus cimientos la que debía ser base inconmovible del Estado.

Cerníase abrumador desprestigio sobre el gobierno. La crisis culminaba. Vientos de tempestad agitaban desenfrenados la at-

---

* Se refiere a la matrícula de nacionalidad abierta por el cónsul español Segovia, en la que, con el pretexto de librarse de persecuciones políticas, se inscribieron numerosos dominicanos, creando así una difícil situación al Gobierno.

mósfera política. ¿Cómo descargarla del fulmíneo rayo que en su seno se escondía?

Sonó esta palabra: dictadura.

Pero... ¿Y quién el dictador?

De algunos labios, de algunos corazones tal vez, salió el nombre del patriota general Mella.

¡Imposible!

Su desasimiento del poder público, su altivez republicana, su respeto a la ley, su culto a las doctrinas democráticas, le vedaron asumir las responsabilidades históricas de la dictadura.

¿Obró bien? ¿Obró mal?

No sería temerario inducir que su negativa no turbó jamás la estoica serenidad de su conciencia.

La anexión inconsulta le halló en su puesto: el que le señalaba el índice inexorable del deber.

Mella. Trinitario, debía esforzarse por impedir que extraña enseña sustituyese a la invicta de Febrero. Y se esforzó, arrostrando excusas o consejo de cobardía, e iras o conminaciones de muerte; pero la fulgurante estela de su espada se apagó en el abismo de estupor que el hecho insólito produjo.

No se arredró por ello.

Soldado de austera disciplina, quedó de pie, arma al brazo, oído alerta, presto a acudir al toque de la diana, resuelto a disparar el primer tiro de alarma y a vencer o morir en nueva nacional contienda.

Y cuando Capotillo, montaña vengadora, surgió de lo ignoto, como amasada y animada con la ubérrima sangre del triple calvario de San Juan y Moca y Santiago, y el fuego de sus entrañas y de su cumbre prendió en la homérica ciudad de los Caballeros —¡supremo holocausto del patriotismo!— y el Cibao estalló en ira de apocalipsis, ¡ah! apareció Mella, como apóstol y soldado, en el tremendo escenario de la guerra restauradora.

En él estuvo, multiplicándose por su actividad y su energía, hasta caer exánime en el redimido jirón de suelo en que ondeaba la bandera de la Patria.

El vaso fuerte que contuvo aquel espíritu fortísimo, se rompió a destiempo bajo la ponderosa presión de una existencia de sacrificios, o por efecto de las asfixiantes temperaturas del dolor.

Murió el patriota insigne en lo más recio de la cruenta lidia, y es fama que desde su lecho de agonías, en el delirio de la fiebre,

seguía con ansiedad extrema las varias peripecias del desigual combate.

—«Aún hay patria», —se le oyó balbucir, muriendo—, «¡Viva la República Dominicana!»

Y se envolvió, como el mártir perilustre del Cercado, en un sudario de redención y de gloria: la bandera nacional.

De Santiago —la egregia restauradora—, en donde yacían los despojos mortales del prócer, llegan hoy en procesión cívica triunfal a Santo Domingo —la emancipadora eximia—, por iniciativa de la benemérita sociedad patriótica «Hijos del Pueblo» y por voluntad de la nación agradecida, para ocupar tumba de honor en la Capilla de la Catedral Primada, que la piedad y el patriotismo han convertido en el Panteón del Fundador, del Caudillo y del Adalid de la Independencia.

Mella, como Sánchez, como Duarte, es digno de la apoteosis que en este día, 47° aniversario del advenimiento de la República, le consagra la gratitud reflexiva y edificadora de sus compatriotas, porque él fue servidor —de robusta fe, de superior civismo, de convicción profunda, perseverante y abnegado— de la Patria Dominicana; porque él es un óptimo ejemplo de virtudes eminentes, como patricio y ciudadano.

Id, venerandos restos del Adalid preclaro, que, al pasar por el Baluarte-Cuna de la Independencia, ungido ya como el preeminente monumento histórico de la República, acaso habéis palpitado de providencial emoción patriótica; id a descansar en el sagrado templo, en la capilla de los inmortales, mientras el espíritu del bueno que os animó en el mundo arroba nuestras almas y entra y se exulta en el templo augusto de la inmortalidad.

En el uno te esperan, dominicano ilustre, el maestro de ideal y de patria y el maestro de nacionalidad y de martirio...; en el otro te aguarda, para laurearte con las palmas que se disciernen al máximo deber cumplido, la justiciera Musa de la Historia.

CÉSAR NICOLÁS PENSON
(1855-1901)

Poeta, narrador, abogado, educador, periodista. Nació en Santo Domingo el 22 de enero de 1855 y murió en esta misma ciudad el 29 de octubre de 1901. El 1882 fundó El Telegrama, *primer diario que ha existido en nuestro país. Fundó también* El Diario del Ozama, *y fue redactor de* El Eco de la Opinión. *Colaboró con otros periódicos,* El Teléfono *y* Listín Diario *y la revista* Letras y Ciencias. *Aunque su obra abarca la poesía, el ensayo, la filología y el folklore, su mayor acierto fue un conjunto de tradiciones, que tituló* Cosas Añejas, *obra ya clásica en las letras dominicanas.*

OBRAS PUBLICADAS:

La mujer (1877), *Cosas añejas* (1891), *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo* (1892), *Cosas añejas. Tradiciones y episodios de Santo Domingo* (Fundación Corripio, 1997).

COSAS AÑEJAS

EL SANTO Y LA COLMENA
Episodio

El caso fue curioso, *de primera*.

Tomaron pie de ahí los pacíficos ciudadanos para deducir castigos providenciales y vaticinar en contra de la usurpación del territorio de la antigua Española por las engreídas huestes del afortunado sucesor del que auxilió a Bolívar.

Se había cometido una profanación, y el cielo había fulminado los rayos de su ira sobre el osado perpetrador de tamaño sacrilegio.

Así lo aseguraban, juraban y *perjuraban* los habitantes de la ciudad capital de la Primada, y los comentarios llovían en los corrillos que era un contento.

Veían en aquel suceso una señal cierta de que el patriotismo humillado de los altivos y valientes quisqueyanos podía lisonjearse; a saber: que así como el santo de piedra aquel indignado se había lanzado de su nicho haciéndose añicos, para dar muerte al salvaje perpetrador de semejante atentado, del mismo modo se revolvería el país contra sus extraños dominadores y se harían pedazos ambos, quedando incólume el principio de la libertad y la autonomía del pueblo dominicano.

En fin, que todo era mirar aquello, considerar, santiguarse y vaticinar la multitud reunida la mañana de aquel día en el atrio de la esbelta y preciosa capilla de Regina Angelorum.

Año funesto el año 22, había visto del vetusto régimen colonial surgir en una noche, la del primero de diciembre, una nacionalidad, el flamante Estado libre de *Haití español* que había sido a la voz de un hombre ilustre, pero en mal hora inspirado, y a los setenta días justos, desaparecer bajo los cascos de los caballos de Occidente, para dar lugar a una grande hegemonía de esclavos, que se extendía del cabo Tiburón a punta Engaño.

Núñez de Cáceres, por su ligereza o por el despecho de no haber alcanzado una gracia que pedía, según versiones, nos entregó maniatados al absorbente vecino, el cual ha sido siempre calamidad y pesadilla que no sabemos cuándo querrá Dios, o el tiempo, o el progreso, o el machete quitárnosla de encima.

Pues así como se engulle un buñuelo, nos sorbieron, sólo que del 44 para abajo se les atragantó la espina; pero cuanto a Núñez de Cáceres, no tiene justificación, y eso se dirá en otro lugar cuan largamente se contiene.

Adueñado Jean Pierre Boyer, Presidente de *Haití uno e indivisible* (!) del territorio de la inmaculada Española, sus tropas ocuparon algunas iglesias como fueron por ejemplo las del ex convento dominico y Regina Angelorum; mientras las familias azoradas se disponían a emigrar, y cerraba sus gloriosas puertas la imperial y pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino que granjeó a Quisqueya el título de Atenas del Nuevo Mundo; el

cual ha pasado, con el cetro de la primacía del saber, a la espiritual ciudad norteamericana.

La capilla de Regina Angelorum es uno de los más famosos y mejor construidos templos de la *Ciudad Antigua*, y da frente a la calle del mismo nombre, hacia el Norte.

Su construcción, a juzgar por su estilo, data del siglo XVII: no obedece a ningún orden.

La fachada es sencilla sin tener nada que admirar en ella. Dividida en dos cuerpos, abajo se abren tres arcos romanos, y en el del medio, la puerta; arriba dos ventanas, a los lados, casi encima de cada ventana, una cabeza de santo, y el centro ocúpanlo dos pequeños estribos entre los cuales hay un nicho con dos columnitas talladas en relieve que sostienen un frontis y sobre el frontis un medio óvalo. En la base de éste se destaca un busto de mujer coronado de laurel, encima un águila con las alas desplegadas; y a un lado y otro del busto hay más esculturas. En lo alto una cruz, a un lado y otro dos ángeles y a la derecha el campanario.

El interior es claro, bien ventilado y de agradable aspecto. Tiene imágenes no malas venidas de México y el Perú en el siglo pasado, y una Santa Lucía, costeada por los primeros africanos llegados a este suelo.

Allí están depositados los restos del Libertador-marqués y del noble prócer Pedro Alejandro Pina, aquel vaciado en molde antiguo.

Hacia el Oeste se prolonga un edificio vastísimo provisto de ventanas y coronado de un repecho, el cual edificio constituía el convento de monjas de Regina. Tiene espaciosos salones y patios, y se comunica con el templo. Las monjas abandonaron esos edificios cuando la cesión de la isla, y en 1818 las señoras Doña Francisca Perpiñán y Doña Clara González de Hernández los repararon.

Pero lo que falta en la fachada de la iglesia para completar su adorno, y en que acaso poquísimos se hayan fijado, es un santo de piedra que estuvo en el mencionado nicho hasta 1822, imagen que por extraño modo vino a sufrir la misma suerte que el águila de piedra que estaba sobre la puerta de San Pedro, en la Catedral, que el escudo de armas del Adelantado D. Dodrigo de Bastidas sobre la capilla del *Obispo de piedra*, el de Ruiz Fernández de Fuenmayor, sobre la capilla de las Animas, los de Dávila, Landeche, Oviedo y otros que estaban en casas particulares, y por últi-

mo, que las armas reales que adornaban la puerta de la Fuerza, Cuartel de Milicias, Matadero y otros sitios.

La salvaje cruzada contra lo que representaba nuestros claros orígenes e ilustre abolengo, no perdonó símbolo ninguno; y milagro fue que escaparan los tantos grandiosos monumentos que hacen de la ciudad toda de Santo Domingo un monumento y el primero de América, por haber sido la primera ciudad fundada en ella.

Oían siempre los militares que ocupaban a Regina un rumor sordo que no sabían a qué atribuir, y el mejor día vieron revolotear unas abejas pues ¿dónde cree el pío lector? detrás del santo en persona que estaba presidiendo la fachada de la iglesia.

¡Vaya unas abejas antojadizas!

Ocultáronse allí los laboriosos animalucos y labraron calladitos su panal, seguros de gozar de inmunidad a la sombra de la venerable efigie.

No contaron con la gula de los hijos del Massacre.

Vistas las abejas por unos cuantos de ellos se les volvió la boca agua; mas contentándose con mirarlas un día y otro día, sin saber cómo andaría ese panal ni como pillarle a esa altura y detrás del santo que parecía proteger a las artífices de él, con su aspecto grave y beatífico.

Seguramente no estaban maduras.

Pero como el diablo sugiere siempre medios al que se deja tentar, hubo al fin un *mañé* más emprendedor u osado que los otros, que no se conformase con estarse mirando embobado las abejitas desde la mañana hasta la noche, como un pastor de bucólicas, y ofreció por los manes de Dessalines y Biassou, coger la colmena o perecer.

Celebráronle la resolución, heroica por cierto, los compañeros, y esperaron a la siguiente mañana.

Había que vencer la altura, poner profana y sacrílega mano sobre el santo de piedra violando su dominio secular y registrarle atrevidamente las espaldas para ver dónde se ocultaban las buenas abejitas y hurtarles su codiciado fruto.

Ni siquiera pararía mientes el tuno en aquello de

Por catar una colmena
cierto goloso ladrón

del venenoso aguijón
tuvo que sufrir la pena.
La miel (dice) está muy buena:
es un bocado exquisito;
por el aguijón maldito
no volveré a colmenar.
¡Lo que tiene el encontrar
la pena tras el delito!

Pero él quiso probar fortuna a todo trance, sin cuidarse de la pena amarga con tal de saborearse el dulce delito, que es precisamente en lo que neciamente, y aun abdicando la razón, incurrimos todos los días.

Armóse con una escalerita, y se dispuso a escalar el segundo cuerpo de la simplota fachada.

Debajo se agruparon los *compagnons* curiosos por ver cómo saldría con la suya el «goloso ladrón», y alguno que otro transeunte se quedó parado a mirar qué diablo de empresa era aquélla que entre manos traían los mañeses de Regina.

El castrador de la colmena trepó por su escalera sin ninguna dificultad y se agarró a la cornisa del primer cuerpo, bregando por afirmar allí los pies, y buscando inútilmente asidero.

Sudó y se afanó en vano.

Los otros le armaron una algazara infernal.

Reanimado por la gritería, el goloso descastrador redobló esfuerzos, y llegó a asomar medio cuerpo sobre el nicho de la imagen, extendiendo la mano a ver si podía alcanzar el tesoro oculto que se empeñaba en defender y encubrir el testarudo santo de piedra.

No había medio de llegar a la colmena.

Nueva algazara de los de abajo.

Por fin, aburrido y desesperado, y anda mais, probando ya la pena sin consumar el delito, pues las alarmadas moradoras del nicho revueltas empezaban a zumbar roncas y amenazantes en torno del ladrón, echó el resto, jugó el todo por el todo y con fuerza empuñó el ropaje del santo, que no pestañó siquiera.

Creyó el insensato que la pesantez de la imagen o las raíces que había echado en su secular asiento serían parte a prestarle un apoyo suficiente para invadir el nicho y reducir a las iracun-

das abejas a su última trinchera; y así fue que no se cuidó primero de pensar en leyes de equilibrio ni nada de eso, sino que resueltamente se encaramó al nicho y dió un apretado y místico abrazo al impasible santo de piedra.

¡Noramala!

El santo de piedra (y es fama que lo vieron demudarse y echar chispas por los apagados ojos) se indignó tanto de verse así sobado y profanado por un salvaje invasor hereje, que, sin encomendarse a Dios ni al diablo, se arrojó de lo alto del nicho a la calle, llevándose en su tremebunda caída al infeliz haitiano.

Viéronle venir los de abajo y se desbandaron.

La irritada efigie cayó en la calzada del atrio y se hizo pedazos, y bajo su peso aplastó al sacrílego y osado profanador de abejas santas y santas imágenes.

Se oyó angustiado gemido, y un río de sangre brotó entre los despedazados miembros del santo de piedra.

La muchedumbre se agolpó allí estupefacta.

Es imposible pintar los gestos trágicos y las cómicas morisquetas y voces lamentables de las comadres.

—¿Lo ve Ud.? ¡castigo de Dios! ¡Jesús, Ave María Purísima! ¡Profanar esos bárbaros las iglesias, y después poner la mano en los santos!.....

—¡Buenísimo! juraba una energúmena, haciendo bailar en el aire unos dedos flacuchos con uñas como bayonetas.

Los del sexo varón se compungían y encogían de hombros; y todos admitían que aquello tenía que resultar infaliblemente; porque Dios no podía mirar con ojo quieto que le ocupasen así no más sus casas, y de *ñapa* que le sobasen sus santos, aunque estuviesen encaramados en las nubes.

De ahí, como dijimos, se extendió la consideración hasta juzgar y creer que aquella usurpación inicua de nuestro territorio tenía también que acabar mal, exactamente como el ladrón de la colmena y el santo de piedra.

El nicho en que estuvo éste, se ve hoy vacío.

Muchos como yo, se habrán preguntado acaso más de una vez, por qué está ese nicho vacío.

Ahí ha quedado como señal de aquella nefasta época.

Abril de 1891.

FEDERICO GARCÍA GODOY
(1857-1924)

*Novelista, crítico literario, periodista, educador. Nació en Santiago de Cuba el 25 de diciembre de 1857 y murió en La Vega el 12 de febrero de 1924. Residió la mayor parte de su vida adulta en La Vega, donde ejerció la enseñanza y produjo su importante obra literaria. Aunque fue diputado en una ocasión, su participación en la política fue escasa. En cambio, su estatura moral y su integridad ciudadana le permitieron impulsar el espíritu nacionalista de diversas organizaciones, sobre todo durante la primera ocupación norteamericana. Realizó una amplia labor crítica de las letras hispanoamericanas. Las novelas que forman su trilogía patriótica (*Rufinito, Alma dominicana *y* Guanuma*) constituyen buenos ejemplos de su fervor patriótico y de sus esfuerzos por lograr una reinterpretación literaria de nuestra historia.*

OBRAS PUBLICADAS:

Recuerdos y opiniones (1888), *Impresiones* (1899), *Perfiles y relieves* (1907), *Rufinito* (1908), *La hora que pasa* (1910), *La patria y el héroe* (1911), *Alma dominicana* (1911), *Páginas efímeras* (1912, reimpresa con el título de Literatura americana de nuestros días, 1915), *Guanuma* (1914), *Bajo la dictadura* (1914), *De aquí y de allá* (1916), *La literatura dominicana* (1916), *El derrumbe* (1917), *Americanismo literario* (Martí, Rodó, García Calderón, R. Blanco Fombona, 1918), *De la historia* (1920), *Al margen del Plan Peynado* (1922), *Federico García Godoy y su trilogía patriótica* (1974), *Trilogía patriótica* (1982).

GUANUMA

CAMINO DE GUANUMA

Con el propósito de satisfacer en lo posible las reiteradas exigencias del general Santana, la primera autoridad de la colonia, haciendo un supremo esfuerzo, había logrado reunir apresuradamente con una compañía de la Corona, con una muy mermada de San Marcial y con fracciones más o menos numerosas tomadas de aquí y de allá una columna de cerca de cuatrocientos hombres para reforzar el campamento de Guanuma reemplazando así las bajas causadas por muertes, heridas y enfermedades. Esa columna, mandada por el teniente coronel Villalta, conocedor del terreno por haber ido ya dos veces a Guanuma, formaba la escolta de un convoy bastante considerable de provisiones de boca y de guerra. Aquella tropa iba de malísima gana soltando a cada paso ternos y blasfemias por el más chico motivo y echando continuas maldiciones sobre esta tierra del demonio que ya se había tragado tantos camaradas cazados como fieras desde los bosques o víctimas de terribles enfermedades. Algunos de esos soldados habían estado ya en Guanuma y contaban horrores de las penalidades que habían sufrido en aquel desdichado campamento. Como sucede en tales casos, aunque la realidad era bien triste, exageraban a su sabor los tales sufrimientos... ¡Guanuma!... Este nombre sonaba en los oídos de aquellos hombres como plañideras y lejanas esquilas que tocasen a muerto... ¡Cuántos de ellos seguramente no volverían, cuántos no dejarían sus restos en aquel endiablado lugar que hasta entonces sólo había servido de sepulcro a centenares de infelices soldados! Algo como una impresión de tristeza parecía haberse adueñado de aquella tropa que marchaba, marchaba, bajo un cielo a veces de deslumbrante claridad y en otras velado por negros nubarrones que de momento amenazaban deshacerse en torrentes de lluvia. Pero nada. El obscuro nublado amagaba un momento disipándose presto, dejando caer solamente gotitas de agua muy fría que la tierra sorbía rápidamente. Rato hacía que la columna había dejado muy atrás las últimas casas de San Carlos, y seguía ahora por un camino seco, arcilloso, lleno de desniveles, y bordeado por largas hileras de mayas que por ambos lados servían de lindero

a tierras de labranza y a extensos potreros... A uno y al otro lado, silvestres, las guáyigas dejaban ver sus finos tallos y de cuando en vez cundeamores de encendido color aparecían como puntos amarillos en la mancha obscura de la vegetación que crecía al pie de las líneas de las espinosas mayas. La columna proseguía su marcha sin gran lujo de precauciones, convencido el teniente coronel Villalta que por aquellos parajes no era de temer ningún acto de hostilidad del enemigo... Era ya cerca del mediodía cuando se hizo alto, a la vera de un arroyuelo asombrado por árboles de frondoso ramaje, para preparar los españoles el rancho y un sancocho los criollos que como conductores de la numerosa recua que traía el convoy venían de servicio en la columna. Fonso Ortiz parecía ser el más diligente de ellos. A él era a quien en todas ocasiones se dirigía el teniente coronel Villalta para hacerle observaciones sobre el orden en que debían marchar las acémilas.

Pasado el arroyo Yuca organizóse la columna de manera de proteger eficazmente el convoy y de repeler con éxito cualquier ataque de los mambises. Se pisaba ya un terreno por donde el enemigo hacía frecuentes incursiones... La tropa desfilaba en dos líneas paralelas y en el centro las acémilas cargadas de municiones y de comestibles. La extrema vanguardia estaba compuesta de gente práctica, avezada a estos lances y conocedora del terreno... Monótono, incesante, oíase el esquileo de las campanillas de los dos o tres mulos que abrían la marcha... Pasaban ahora por la sabana de Maricao, vasta extensión de verdura que parecía confundirse con las indecisas lejanías del horizonte iluminado. Sin percibir apenas el ruido de los disparos silbaron algunas balas por encima de la tropa. Algunos soldados recobraban su buen humor al oír ese ruido que tan bien conocían... ¡Habrá fiesta! Nadie, nadie tire gritaba Villalta recorriendo las filas de punto a punto. Sería tiempo perdido. Tiran de muy lejos... De un cayo de la sabana cubierto de tupida arboleda habían salido los disparos. Una mancha blancuzca que el viento esparcía en jirones, flotaba cubriendo una reducida porción del cayo... Atravesaban en aquel momento una vasta porción del terreno que lluvias recientes habían convertido en inmenso lodazal. Lo impermeable de aquellas tierras hacía estancar el agua de modo que el piso permanecía buena parte del año extremadamente fangoso. Hombres y cabalgaduras se hundían a cada paso saliendo con una espesa capa de

lodo fuertemente adherida a vestidos y a cuerpos. Menudeaban las blasfemias. Todo el copioso vocabulario maleante del soldado español resonaba desparramándose en juramentos, maldiciones, tremendas indecencias...

Seguía oyéndose el ruido peculiar de las balas al rasgar el aire. Pólvora en salvas, gritaban los soldados... Todos se reían de la inutilidad de los disparos de los mambises. Los tiros se hicieron más frecuentes al entrar en la sabana de Sanguíneo. La cosa parecía que iba a enseriarse. Seguramente que al pasar una especie de desfiladero que había a cosa de media milla habría fiesta de verdad... Algunas acémilas se habían atascado en un hondo fangal. Sin visibles resultados hacían titánicos esfuerzos aquellos pobres animales para salir del tremendo atolladero. Fue menester que algunos recueros duchos en estos lances pusieran con todas sus fuerzas mano a la obra de libertar a los jadeantes solípedos del angustioso trance. Al fin hubo que sacarlos casi en vilo. Un rato interrumpida continuó apresuradamente la marcha. Pasaban ya por el temido desfiladero. Y siempre el mismo ritmo desapacible de las balas zumbando sobre las cabezas de los soldados.

—No se escondan, salgan al frente, pendejos, gritaba con voz estentórea el sargento Torres, un andaluz muy decidor y campechano y en materias de valor capaz de habérselas con el mismísimo demonio. Con la voz ya enronquecida continuaba gritando: pendejos, pendejos... Súbito enmudeció. Una bala disparada desde un cerrito le rozó la cara llenándosela de sangre. Un soldado cayó muerto en ese momento. Un mulo herido en el pecho se desplomó con estrépito. La fila izquierda de la columna contestaba con descargas cerradas a los tiros que llovían del manigual cercano. En dos acémilas, apresuradamente, como se pudo, colocáronse dos hombres que acababan de ser heridos de cuidado. Y a la carrera también repartióse entre las otras acémilas la carga del mulo que habían matado. Fonso, como los otros recueros, contribuía a organizar la numerosa recua que a cada rato parecía iba a desordenarse por completo. El estridor de los foetazos que caían sobre los pobres animales se confundía con el ruido de los frecuentes disparos. Algunos caballos, espantados, se negaban a seguir. Sólo a fuerza de gritos y latigazos se podía vencer esa resistencia. Los tiros fueron haciéndose cada vez más raros. Al caer al llano cesaron por completo. La columna, ya en

seguridad, se detuvo para descansar algunos minutos. Empezaba a declinar el día. En el firmamento no se divisaba ni la más tenue nubecilla...

Firme, firme... A lo lejos parecía escucharse una corneta. Todos prestan atento oído. Sí, sí, eran los sonidos de una corneta... Reinó un instante, un solo instante de confusión. Presto reconocieron que era una corneta española. Inmediatamente se le contesta. Semejan dos voces que se llaman en el silencio augusto de la tarde. Conforme avanzan ambas fuerzas el corneteo va haciéndose más vibrante y agudo. Era una fuerza de doscientos hombres destacada del campamento de Guanuma para practicar un reconocimiento por esos alrededores. Atraída por el ruido de los disparos y pensando que podía ser el convoy que el general Santana esperaba impaciente había acudido a prestar su ayuda por si la escolta se encontraba en peligro. Mandaba la columna el coronel Perdomo, de las reservas, uno de los jefes dominicanos que todavía permanecían fieles al expresidente. Ambos jefes cambiaran breves impresiones sobre los últimos sucesos y se separaron dándose un fuerte apretón de manos. El teniente coronel Villalta tenía prisa en llegar a Guanuma. Sobre los montes que limitaban el confín occidental, el sol, ya declinando, teñía el espacio de un rojo que iba lentamente atenuándose en el suave gris de un hermoso crepúsculo de otoño...

EN EL CAMPAMENTO

El general Santana no había podido pegar los ojos en toda la noche. El insomnio, pertinaz y doloroso mantenía en tensión sus nervios. Sólo pronunciaba frases breves, entrecortadas, que traducían con relativa exactitud el profundo disgusto, el acerbo desencanto que abrían brecha cada vez más grande en la resistente dureza de su alma hecha para imponerse a todo género de vacilaciones y temores. Por la irreductible firmeza de sus propósitos semejaba desconocer por entero ciertos toques de suavidad diplomática muy convenientes para conquistar el éxito en muchas ocasiones. En su carácter de acerado temple no cabían las atenuaciones, no prosperaba, si acaso en muy contadas ocasiones, la tendencia, tan común en ciertos hombres de singular valía, de

contornear o ir estrechando paulatinamente y sin violencias las dificultades que se irguen en el camino para de esa manera rendirlas victoriosamente. En él, en casi todas sus decisiones, se ponía en evidencia algo de la inflexibilidad de la línea recta. No obstante su ingénita astucia, su peculiar marrullería, en ciertos casos, cuando se llenaba la copa de las contrariedades, el disimulo le era imposible y el desbordamiento se producía en gritos y frases coléricas, en tremendas amenazas, en brutales agresiones. En él resurgía, en esas horas, el campesino, el dueño del hato, el hombre de la naturaleza acostumbrado desde la infancia a luchar cotidianamente con el ganado cerril de las pampas orientales. Sus áulicos, los que de continuo le rodeaban y estaban familiarizados con las brusquedades de su carácter impetuoso, temían siempre esos súbitos arrebatos. Siempre veían con miedo condensarse la tempestad, como quien dice. En esos estados de violenta excitación era capaz de todo: lo mismo de irle arriba a un hombre para golpearlo, que de mandarlo a un calabozo, expulsarlo y aún pegarle cuatro tiros... Pasada la borrasca se serenaba por completo, se le podía creer otro hombre. Como en los caracteres de extremada violencia la reacción venía presto. Y entonces era muy accesible. Los que le trataban íntimamente sabían bien que eran esos los momentos oportunos para recabar de él dádivas o empleos.

Estaba en pie desde el toque de diana dándose interminables paseos frente al tosco bohío que le servía de vivienda. A pocos pasos de él, cinco o seis oficiales, todos criollos, después de apurar sendas tazas de café, seguían el hilo de una conversación en voz bastante baja y que descendía más, se convertía en tenue murmullo cada vez que el general en sus contínuas idas y venidas, pasaba casi rozándoles y aparentemente sin fijarse en ellos... De improviso, en uno de esos paseos, detiénese ante el grupo y como si reanudara una conversación interrumpida, con la familiaridad con que a veces trataba a los subordinados que sabía le eran enteramente leales, empezó a soltar palabras en que vibraba todo el inmenso disgusto que en aquel instante se enseñoreaba de su espíritu...

—Díganme, díganme, ¿tengo o no tengo razón? Cuando esperaba que Vargas me enviase los batallones que le pido para operar con éxito, después de algunas eternas semanas de espera se

sale ahora con la miseria de poco más de trescientos hombres... Díganme, díganme, si con esa milaña se puede hacer algo... Serán generales de Academia, pero lo que es esta guerra no la entienden, no saben donde les aprieta el zapato. Si se hubiera hecho todo lo que indiqué al principio otro sería el resultado. Con las pocas fuerzas que me han dado he batido a los facciosos en Arroyo Bermejo, en Anton Sánchez, en Yamasá, donde quiera que me he topado con ellos... Vargas cree que está haciendo la guerra en Europa... Planes y más planes de campaña... Así no acabaremos nunca, nunca... Están matando el tiempo para cobrar tranquilamente sus sueldos. Y después, aquí soltó tamaña palabrota, me echan a mí toda la culpa. Como si yo fuera el burro de carga de todos estos generales ineptos. Toda, toda la responsabilidad para el general Santana que enfermo y envejecido se está sacrificando para que ellos gocen. ¡Ojalá morirme!..

Silenciosos, asintiendo con inclinaciones de cabeza a lo que decía Santana, escuchaban los oficiales. El general, un momento callado, dirigióse de pronto a uno que justamente tenía enfrente preguntándole:

—¿Qué era lo que tenía que comunicarme usted, comandante Ramírez?

—Anoche, a prima, desertaron cinco más de la gente de San Cristóbal. Creo que si pronto no se pone remedio no quedará ni uno en el campamento...

Brilló un resplandor de cólera en los ojos del ex-presidente... —Y qué diablos quiere usted que haga, gritó encarándose con el oficial que retrocedió, pálido y turbado, a medida que el irascible caudillo avanzaba como dispuesto a desfogar en él toda su furia... Sería menester encerrar a todos en un calabozo o fusilarlos... Eso es lo que quiere darme usted a entender, ¿no es verdad?... Pues bien, no, no, ni los tranco, ni los ejecuto. Que se vayan todos si les da la gana...

Se había detenido como domeñando el impulso que lo arrastraba a un acto de violencia... —Si ustedes mismos quieren pasarse al enemigo, lárguense cuando quieran. No deseo a mi lado más que gente decidida. Cuando me quede solo ya sabrá el mundo cómo muere un hombre de honor. Juré fidelidad a España y fiel he de serle hasta que me entierren. Los sinvergüenzas que no tienen palabra que se vayan cuando se les antoje...

Bruscamente, tal como había principiado su perorata, cerró la boca entrando de sopetón en el bohío para echarse en la hamaca colgada en la reducida sala...

Todos a una, como tocados por el mismo resorte, rodearon, increpándolo, al comandante Ramírez, un mulato muy simpático de Hato Mayor, que era fiel como un perro al general Santana y que confiado en su adhesión personal se atrevía a hablarle sin reticencias ni temores. El comandante daba gracias en el fondo de su corazón a la Virgen de la Altagracia, de quien era muy devoto, por haberle sacado bien del peligroso trance... Había sido tamaña imprudencia la suya, le decían en coro sus compañeros admirados de que el general no le hubiera impuesto una prisión o un cepazo de algunos días. Sin duda lo había salvado una intervención sobrenatural... Porque la observación del comandante pecaba de exageradamente importuna... ¡En aquellos momentos! Ellos pensaban sin decirlo en alta voz y Santana también allá muy en sus adentros, que lo que se imponía viendo el aumento de deserciones en las fuerzas del país era desarmarlos y seguidamente despacharlos para sus casas... De los quinientos hombres de San Cristóbal ya no quedaba sino la mitad o menos y aún en los mismos seybanos habíanse registrado ya algunos casos... Pero Santana se enfurecía, no podía contenerse cuando le hablaban de estas cosas. Todos lo sabían. El quería ocultar a las miradas perspicaces de algunos jefes españoles que su influencia y su prestigio iban mermándose espantosamente, pues hasta los suyos que se le creían más fieles empezaban a abandonarlo...

Un cielo ceniciento, entoldado de nubes, cubría el paisaje en aquella fría y melancólica mañana de un día de fines de Noviembre. En el horizonte, los montes lejanos surgían como envueltos en una bruma tenuísima. No llovía, pero en el suelo húmedo, con charquitos aquí y allá, se veía que había caído mucha agua la noche anterior. Iban y venían soldados y oficiales, a pie y a caballo en todas direcciones. Bajo aquel firmamento ensombrecido parecía haberse ahuyentado la comunicativa alegría que distingue al soldado español, siempre dispuesto a bromas y chanzonetas... Aquel fatídico campamento de Guanuma, como guasonamente decía un teniente de San Marcial, debía Isabel II declararlo por una real orden cementerio oficial de España y sus Indias... Los improvisados hospitales estaban atestados de heridos y sobre to-

do de enfermos; ya no había materialmente donde colocar a tantos infelices que, día por día, caían víctimas de crueles dolencias... ¡Cuántos, cuántos ya dormían, allá abajo, a la vera de aquella ceja de monte, donde, en los días serenos, cabrilleaba el sol dándole las formas y contornos de una magnífica y vasta cortina de luz...! Cruces toscas de madera señalaban el lugar de cada sepultura... ¡Y cuántos otros no irían presto a pudrirse en aquel mismo sitio, bajo aquella tierra cubierta de yerbas y arbustos entre las que asomaban silvestres y gayas florecillas!...

Han pasado algunos días. Penetrantes sonidos de cornetas perdíanse en el ambiente. Se alineaba en ese momento una fuerte guerrilla que iba a salir para una exploración por los lados de Yamasá... Fonso Ortiz, jinete en un escuálido jamelgo, contemplaba, como algunos más, la tropa que, en correcta formación, bajo la mirada vigilante del general Santana, se aprestaba a romper la marcha. Fonso era ya un viejo conocido, que por su carácter afable y servicial se había hecho querer de muchos en el campamento. Al tardo paso de su penco, así que vió desfilar la tropa, fue alejándose, alejándose por una vereda que se perdía en el monte cercano...

GASTÓN F. DELIGNE
(1861-1913)

Poeta y prosista. Nació en Santo Domingo el 23 de octubre de 1861 y, víctima del suicidio, murió en San Pedro de Macorís el 18 de enero de 1913. Gastón Fernando Deligne, uno de nuestros poetas mayores del siglo pasado, surge como un vínculo entre la tradición neoclásica y romántica y las corrientes que harían su aparición en el siglo XX. Con él apareció en Santo Domingo la poesía de intención psicológica. Él supo profundizar en los estados de ánimo individuales y sondeó sistemáticamente en el drama íntimo de personajes angustiados, abandonados y tristes. Escribió también poesía de índole política. Su poema Ololoi *es un doloroso testimonio personal sobre la dictadura de Heureaux.*

Como prosista incursionó en la crítica literaria. Sus artículos y ensayos están contenidos en el libro Páginas olvidadas, *en el que se recogen también las colaboraciones que, bajo distintos seudónimos, entregaba regularmente a los periódicos y revistas del país y de Cuba. Su influencia intelectual en el ámbito literario dominicano de su época fue enorme.*

OBRAS PUBLICADAS:

Soledad (1887), *Galaripsos* (1908), *Romances de la Hispaniola* (1931), *Páginas olvidadas* (1944), *Soledad y poemas dispersos* (Obras Completas 1, Fundación Corripio, 1996), *Galaripsos y prosas* (Obras Completas 2, Fundación Corripio, 1996).

PÁGINAS OLVIDADAS

EVOLUCIÓN RELIGIOSA

No es ya contra la hidra del fanatismo, ávida de sombras y harta de maldades, que se extrema la propaganda de estos últimos tiempos; no es tampoco en contra de los errores sustanciales que más de una vez han descaminado a la humanidad, y que el lecho de los años muertos ha dejado en evidencia: se trata de algo más trascendental, pero menos humanitario, y este siglo, en su curso tan celoso del destino de las muchedumbres, olvida sus propósitos ahora que agoniza; recuerda que su alborada fue una ancha hoguera revolucionaria, y levanta un pedestal en cuya cúspide no se asienta más divinidad que la espuma de las vanidades científicas.

Quiérese que la tierra sea religiosa; pero sobre bases netamente humanas. Y los que están en el secreto de la formación de los mundos, y los iniciados en el oscuro y misterioso origen de las especies, y cuantos llevan su odio a las pasadas organizaciones políticas hasta la ferocidad; todos, con una inquietud que pasma, se apresuran a ser apóstoles de la nueva enseñanza.

Unos acusan la poca ciencia de los profetas: otros denuncian las contradicciones de los evangelios: otros ridiculizan las fórmulas del culto: otros se ensañan contra cosas olvidadas, como la Inquisición y el prestigio de la Santa Sede; y ello todo para desterrar del alma humana los dos poderosos espoleadores del deber: el temor y la esperanza.

Cuando de su trono caía la vaga Venus, a él subía la arrepentida Magdalena; cuando del desierto Olimpo apenas se recordaban la ferocidad de Marte, la concupiscencia de Júpiter, los celos de Juno, la susceptibilidad de Minerva y las infinitas pequeñeces humanas de los numerosos dioses de Grecia y Roma; Roma y Grecia estaban ya poseídas de la idea del Dios único, y sobre ellas se había derramado la balsámica doctrina del Cristo. Sustitución de unos símbolos por símbolos más racionales; pero siempre la medicina dulce. El deber en parábolas, avivado por el futuro temor al castigo y por el amor a la recompensa futura.

Cuando el Papado no tuvo inconveniente en legar a la posteridad una reputación enferma, y prefirió gobernar y escandalizar el mundo a edificarlo, de la misma corrupción de la Silla hacinó Lutero ma-

teriales para la evolución, y la evolución se hizo, quedando, sin embargo, en el cielo premio y castigo para las acciones humanas.

Y aún para esas dos transiciones, ni hay quien olvide el sangriento choque de la Europa católica y la protestante, ni hay quien recuerde sin espanto los famosos tiempos de Plinio el Joven, cuando fueron señoras las pasiones más bajas y estuvo elevado a dogma el suicidio.

Hoy, el libre-pensamiento se abre camino con procedimientos muy distintos. En el horno caldeado de la propaganda arden los símbolos, y lejos de pensar en una sustitución, el ensayo científico se propone edificar sobre la base insegura del corazón humano, y predica el cumplimiento del deber pura y lisamente por el deber mismo. Para este fin, la elocuencia y la razón, la sátira y el epigrama, han desleído sobre las muchedumbres multitud de elucubraciones, cuyos frutos, semejantes a los frutos de la palabra de Mirabeau, puede que asombren ya a los mismos predicadores. En vano, con un fragmento de caridad que les hace honor, los propagandistas han tratado de tener en alto las ideas de la primera causa: la primera causa tiende a escaparse por donde van saliendo creencias y esperanzas, por donde van entrando indiferencia y egoísmo, ambición y pusilanimidad. Ábrese una válvula, y no es la muchedumbre quien piense en cerrarla. Por el contrario: pruébaseles que es mentira el derecho divino de los reyes, y aprenden que es obra útil degollar a los nobles; predícaseles la igualdad, y aprenden el comunismo.

Esta precocidad de las masas cuando se les halaga, este desbordamiento de las pasiones cuando se les sirve, auguran innumerables prosélitos al nuevo credo. Pero no como los quisieran sus apóstoles.

Debilitada por los ataques de los filósofos franceses del pasado siglo, socavada para un noble propósito por los hombres del noventitrés, sueltas las riendas del poder temporal, no es la Iglesia la que puede oponerse a las corrientes de la nueva evolución; de suerte que puede ella hacerse, y se está haciendo, de una manera pacífica y rápida, secundada por los mil medios de publicidad de que estos tiempos disponen.

Si no hay, pues, que esperar con el cambio una tempestad de las olas populares, hay que temer, y mucho, por el futuro del hogar, de la sociedad y del Estado.

Una muchedumbre infantil aún; una cátedra desde la que bajan chorros de luz para esclarecer la puerilidad de los basamentos que han venido sosteniendo los dogmas morales; unas cuantas ideas científicas diseminadas entre quienes ninguna otra cosa conocen, evidencian la premadurez e inhumanidad de los fines a que se dirigen. Así como la república marca la mayor edad política de los pueblos, así el cumplimiento del deber sin alicientes marcaría su mayor edad religiosa; pero lo mismo que hasta hoy mantiene la democracia en un estado embrionario, se opone vigorosamente a la consecución del máximo ideal religioso. Aún en los países más civilizados, no se cuenta por excepción la ignorancia; y la ignorancia, que en las democracias, o se deja avasallar, por los videntes que encumbra, o entorpece calamitosamente la acción de los encumbrados que sean benéficos, aprovecha de la nueva doctrina lo que le acomoda.

Y como quiera que la propaganda quita y no pone; no construye y derriba; la multitud, que si tiene noción carece de la conciencia del deber, no puede menos que batir palmas cuando llega a convencerse de que la miel con que se le embobaba y los castigos con que se le amenazaba, eran pura invención para obligarles a ser buenos. Y solos, con un alma únicamente sabia de esta sabiduría, no es extraño que los ojos que se cierren a la esperanza y al temor, se abran a las satisfacciones todas de la vida y la carne; y que para el logro del propio placer o de la pasión propia, naufragando los intereses de la colectividad, no se desechen medios.

De esta suerte, libres de las sólidas riendas con que les enfrenaban las leyes divinas, entregados a su no formada conciencia, bajo la única acción de las leyes humanas; habrá que encomendar el mejoramiento de las sociedades a las oscuras sombras de las cárceles, a la más oscura vida de los presidios, y a la funesta eficacia de los cadalsos.

Estas finalidades, que se están palpando en la vida y que diariamente suben en alas del arte, hecho reflejo de la vida, no pueden ser ni son el propósito de los predicadores. Pero siendo sus resultados más inmediatos, son la más inmediata condenación de los medios que los consiguen.

Siendo, pues, contraproducente la propaganda, conforme se está haciendo; sirviendo para disolver y no para mejorar, deber

es de humanidad dejársela únicamente encomendada al laboratorio de donde todo sale, a quien es capaz de hacerla sin predicarla siquiera, a la que puede desgarrar sin daños ulteriores el velo de todas las Isis.

La Escuela, multiplicada hasta donde sea posible, es la sola llamada a hacer completa y provechosa la evolución del libre pensamiento.

EUGENIO DESCHAMPS
(1861-1919)

Orador, periodista, político. Nació en Santiago de los Caballeros el 16 de julio de 1861 y murió en la misma ciudad el 27 de agosto de 1919. Fundó y dirigió los periódicos La Alborada y La República, *en los que combatió la política del dictador Ulises Heureaux, por lo que se vió obligado a exiliarse en Puerto Rico. En la vecina isla dirigió el* Correo de Puerto Rico *y la revista* Alma Antillana. *A su regreso al país después de catorce años de destierro, colaboró en* Letras y Ciencias *y el* Listín Diario. *Fue ministro de Correos y Telégrafos en el primer gobierno de Juan Isidro Jimenes, y poco después Gobernador de Puerto Plata. Fue un orador apasionado que supo defender las libertades públicas en medio de la opresión impuesta por la dictadura. Sus piezas oratorias y sus escritos poseen la vehemencia del patriota que convierte sus palabras en proyectiles.*

OBRAS PUBLICADAS:

A las sociedades políticas (1888), *Notas y reflexiones sobre nuestros límites occidentales* (1888), *Ecos y notas* (1892), *Carta abierta al Presidente de la República Dominicana* (1892), *Carta abierta a un mandarín* (1892), *Esbozo de una idea* (1897), *Juan Morel Campos* (1899), *Ecos tribunicios* (1902), *Inri* (1902), *Contra Roosevelt* (1909), *Mi raza* (1911), *Discurso de bienvenida a José Diego* (1915).

CONTRA ROOSEVELT

Al dejar, por fin, la presidencia de la Gran República, se sirve Mr. Roosevelt declarar, según rezan los cables, que el gobierno americano debía, como en Cuba y en Santo Domingo, intervenir, por *humanidad*, en Haití, Venezuela y la América Central, para que no haya en esos pueblos más revoluciones.

En lo que toca a la República Dominicana, semejante afirmación es un error o es un engaño, impropio, uno ú otro, de los labios de quien desempeñara la primera magistratura de un gran pueblo.

En Santo Domingo no hubo intervención oficial, para impedir nada, en el sentido jurídico del deprimente vocablo. Celebróse allí un tratado de índole económica, que en ninguna de sus cláusulas afecta los asuntos políticos internos de aquel país, y he ahí por qué el error.

Si entre el señor Roosevelt y una o dos figuras de las que, por accidentes desdichados, dirigieron o dirigen momentáneamente la política de Santo Domingo, hay algún tratado secreto, capaz de producir allí, en un momento dado, la intervención americana, ahí el engaño. Se engañaría al pueblo anglo-americano, cuyo senado rechazó, vigorosísimamente, en tres legislaturas sucesivas, un tratado que quería imponer el señor Roosevelt, en que se estatuía la intervención política de los americanos en Santo Domingo y se engañaría al pueblo de Santo Domingo, que protestaba, a la sazón, con las armas en las manos, contra tan inconsultas demasías.

Por un momento, empero, voy yo a dar por hecha la intervención de Mr. Roosevelt en la República Dominicana.

¿Quiere oir el que me lea, en cuatro rasgos, la historia de la *humanidad* que campeó en esa intervención, que doy por hecha?

Divídese en dos partes esenciales, y es la primera lo que aquí voy a poner:

Mandaba el que esto escribe, un día, en la ciudad de Puerto Plata, unos huestes, limpias de violencias, de arbitrariedades y de asesinatos, como que, con nuestro partido representábamos allí, y seguimos representando, la república ideal, el organismo histórico que informa su vida en la verdad, en la libertad, en la honra y en el bien, y se agitaba frente a nosotros, en el corazón de las montañas, una partida de individuos acostumbrados a lle-

varlo todo a machetazos. Llegó allí el primer barco de guerra americano que en este período apareciera en nuestras aguas, y surgió de esta visita lo que en Africa, Grecia, Macedonia y Asia, cuando en cualquiera de esos puntos aparecía la férrea Roma: los hombres que representaban la integridad de la tierra y la santidad de las ideas, eran vencidos, en esperanza de reinar Roma, después, sobre los unos y los otros.

* *
*

La segunda parte es como sigue:

Coged al asesino de Carnot, o al de Lincoln, o al de Garfield, o al de Mc Kinley; colocadlo a la cabeza de una partida de sujetos que apenas sepan escribir su nombre; que no sepan hablar; que no tengan, en consecuencia, —porque estas cosas las aprenden los hombres cuando se tuestan las pestañas— concepto alguno de las altísimas prerrogativas vinculadas en la ciudadanía; que ignoren por completo lo que importen las creadoras virtudes de la sociabilidad humana; y poned en manos de estos caballeros de la Edad Media los fueros de los ciudadanos y los destinos y la vida de cualquiera sociedad.

Se atrevería a intervenir, en acto semejante, la *humanidad* del señor Roosevelt?

Pues loado sea, por siglos, ese timbre, ya que de todo esto surgió al fin que el actual presidente de los dominicanos sea el mismísimo sujeto que personalmente mató, en las calles de Moca, al presidente Heureaux, y que, con las excepciones que resultan siempre indispensables, sea imposible que puedan cogerse, ni aún con pinzas, sus colaboradores.

¿Fue este asesinato una acción buena?

¿Fue acaso mala acción?

A mí no me importa discutirlo en este instante, sino afirmar, gritar y proclamar que, esencialmente asunto de principios este asunto, el mundo entero negará, en todos los tonos, que el brazo que asesina puede ser jamás cerebro de redentor, de liberador, de moralizador ni de estadista.

Y qué tipo!..... Y qué historia, después, de asesinatos horribles de arbitrariedades espantosas!

No soy yo quien va a relatar eso. Preguntádselo a la tripulación del *Yankee*; a los cultísimos comandantes, cuya mano tuve mil veces la honra de estrechar, del *Scorpion*, del *Nashville*, del *Marietta*; preguntadlo a los cruceros del escuadrón del Atlántico que presenciaron en Montecristi violencias inauditas, cometidas por el mismo llamado jefe del Estado y contra las que no podían menos de protestar, en silencio, aquellas gallardísimas tripulaciones, con la austera dignidad y con la honda indignación del hombre honrado.

¿Es esa, por ventura, la *humanidad* del señor Roosevelt? ¿Para eso ejerció en Santo Domingo su *humanidad* el señor Roosevelt?

Sin embargo, hay que decirlo, la intervención de que alardea el ex-presidente no es verdad. Al presidente Roosevelt no se le cuajó en Santo Domingo el designio de destruir la personalidad de nuestro pueblo. En Santo Domingo no intervinieron los americanos, en el sentido que antes dije, y allí no hay intervención posible que prevenga el doloroso sacrificio de la revolución, planteada, incontrastablemente, por todas las conciencias. En Santo Domingo no hay hoy sufragio que sirva de instrumento para ventilar nuestras cuestiones políticas, y eso legitima, por modo inconcuso, la revuelta. Allí se vota hoy por lo que quieren las gentes que gobiernan, o no hay voto!

El eje, en lo demás, de toda la situación política de la República Dominicana en los presentes días constitúyenlo las oscuras y ruinosas operaciones económicas de aquellas gentes sapientísimas que pagan en el interior y en el exterior turiferarios complacientes que envuelvan en mentiras lo que no se le ha dado a conocer al pueblo sino en sus más indecisas líneas generales. Y al llegar aquí hay que aclarar que unos de los rasgos más salientes de las actuales relaciones américo-dominicanas consiste en que esas tenebrosas operaciones económicas concibiólas y ejecutólas el americano Mr. Hollander, haciéndole creer al correspondiente funcionario, que las concepciones del americano engendrábalas el caletre del presuntuoso ministrico.

En cuanto a los apologistas baratos a que ya me referí, ahora precisamente me sale uno, dándome y quitándome diplomas de suficiencia y de prestigios, en un periódico de Cuba, que es donde, de viejo, han puesto su cuartel general los charlatanes que están dándoles a tragar ruedas de molinos a los hijos de la Grande Antilla, haciéndome las donosísimas aplicaciones que aquí van:

«Hay todavía gente, dicen entre un turbión de falsedades, que pudo ser algo, porque en antaño algo valía, cuando sufrió persecuciones del monstruo y cuando sostuvo campaña candente contra él hasta su ruidosa caída; pero hoy yace su prestigio roto y maltrecho, porque sueña con las asonadas, con los estampidos del cañón, con la sangre y con los tumultos convulsivos, etc., etc.

Y ... quién te mete, hombre de Dios, pregúntote yo ahora, en estos bretes? Si estás mintiendo a sabiendas, conociendo todo el mundo que yo no soy hombre de asonadas. Si no se me ocurrió formar jamás con los matones. Si nunca le di a nadie, como se estila entre los tuyos, un machetazo que le partiera en dos. Si todavía no hay una gota de sangre en mi modesta historia, contrario al proceder de los tuyos, que han fusilado sin conmiseración a todo el mundo, dando allí la bárbara consigna de que hombre cogido fuera, como entre los carlistas, hombre muerto. Si al gobierno mil veces ilustre de que formé parte —y que había iniciado y empezaba a realizar, con el decoro y con la honra que gastan los hombres decentes, todas esas obras imaginarias que a tus beduinos atribuyes— le derribó, precisamente una asonada de esos mismos que, por más señas, eran también gobierno con nosotros, en la vice-presidencia de la República; en la delegación del gobierno en las bravas regiones cibaeñas; en los ministerios del Ejecutivo; en la gobernación de las provincias y hasta en los empleillos de escaleras abajo, donde se agitaba, en epilepsia, el ministrico a quien estás poniendo por las nubes. Si fueron ellos los que, desempeñando todo eso, nos engañaron, traicionándole, con un asonada procaz y vergonzosa, al Ejecutivo más sencillo, más desinteresado, más expansivo, más progresista y más benévolo de cuantos ejecutivos tuvo la República. Dices *asonadas*? Dices *cañón*? Dices *sangre*? ... ¡Pero si fueron, hombre ignorante y mentecato! precisamente tus zulúes los que se encaramaron al poder por medio de las asonadas, de los estragos del cañón asestado contra el pecho de la patria, nadando, en fin, en la sangre de sus hermanos, mientras nosotros, yo el primero, estuvimos tremolando, impávidos y tercos, en medio del turbión de esas infames ambiciones, bandera de principios, de fraternidad, de tolerancia, de humanidad y de perdón!

Estás enseñando miserablemente las orejas. No te das cuenta de que en mi patria hay vergüenza todavía; tanta que, aún los

que se sientan al festín, que aún los que recogen las piltrafas, se sientan y se las comen, calladitos, sin que cometan la bajeza de ponerse a enaltecer la iniquidad!

* *
*

Por lo que venía antes diciendo, el duelo está planteado. El grito que repercute de un confín a otro confín de la República Dominicana, es que la vida es ya imposible con el predominio de estos hombres; y se conspira allí, con sobra de razón, contra la situación política más impopular y más odiada de toda nuestra historia, debiendo advertirse que los principales conspiradores se agitan, como lo voy a probar, en las mismas entrañas del partido que gobierna, por dar satisfacción, al fin, a aquella desesperada sociedad, habiendo, y ésta es la prueba, en el momento mismo en que esto escribo, ministros que se fueron del gobierno, y generales guarecidos en los consulados, y generales asilados en los montes, como consecuencia de una intentona debelada, porque no es verdad que aquellos hombres puedan establecer ni asegurar, en ningún sentido, la paz de la República.

Al llegar aquí, debo recoger, para pulverizarlo, otro concepto que leo en un periódico cubano, relativo a lo mismo que me está inspirando las presentes líneas:

«Si Venezuela se sometiera a esta iniquidad, dice un corresponsal, hablando de ciertas pretensiones del gabinete de Washington, a poco vendría a formar con Cuba, Panamá y Santo Domingo, virtualmente gobernadas por el ministro de guerra americano.»

Pues bien: es admirable cómo salen de la pluma de estos corresponsales anónimos, tan graves y tan estupendas imposturas. Es absolutamente falso que en Santo Domingo gobierne el ministro de guerra americano, ni ningún otro ministro del gran pueblo. En Santo Domingo, bien o mal, muy mal por cierto en los presentes días, gobiernan y gobernarán siempre los dominicanos.

El día en que —los que, por tales o cuales consideraciones, sostienen los actuales mandatarios, adquirieran la certeza de que están éstos vendiendo la independencia de la tierra— sería el último de su desmedrado predominio; y el que, sin saber lo que se

dice, amplia, caprichosa y torpemente, los límites de las relaciones de los dos gobiernos, jure que desconoce por completo el carácter y la historia del pueblo que en 1821 deshizo la dominación francesa; que en 1844 destrozó el poder haitiano, entonces en su terrible edad heroica; que en 1863 , es decir, ayer no más, le pegó fuego a sus ciudades para arrojar de ellas a los vencedores de Marruecos; y que en cualquier período de su vida y en cualesquiera durezas de su historia tendría riscos gloriosos donde plantar su bandera.

Voy a concluir, y réstame trazar, antes, dos palabras sobre el popular sujeto que se va a cazar fieras a Africa.

Debe el mundo estar de plácemes con el cambio que acaba de operarse en los Estados Unidos. Servía de consuelo universal la constitución y la existencia del organismo social que mejor favoreció y realizó los fines de la vida, basando su existencia en el criterio de expansión y de justicia que le imprimieron las figuras preclaras que le concibieron y crearon. Los procedimientos del presidente Roosevelt, falseando y torciendo los clásicos principios en que descansa la fuerza del prestigiosísimo organismo, pusieron en las almas, sospechas y temores que para esa prodigiosa sociedad hubiera ya empezado la infalible decadencia que amenazó y mató, a su hora, todas las civilizaciones. Vase a África, a meterse entre las fieras, el impulsivo cazador que tanto daño hizo, sin medir, cuando lo hacía, indudablemente, la extensión de sus acciones, y hay que felicitarse, si en la Casa Blanca vuelven a tomar su curso sereno, fecundo y majestuoso la discreción y la sabiduría.

RAFAEL A. DELIGNE
(1863-1902)

Poeta, dramaturgo, prosista. Rafael Alfredo Deligne, hermano de Gastón, nació en Santo Domingo el 25 de julio de 1863 y murió en San Pedro de Macorís el 29 de abril de 1902. Ejerció el periodismo. Con el seudónimo de «Pepe Cándido», colaboró con El Cable, *y codirigió la revista literaria* Prosa y Verso. *En Santo Domingo fue un asiduo colaborador de* Letras y Ciencias *y el* Listín Diario.

OBRAS PUBLICADAS:
La justicia y el azar (1894), *Milagro* (1896), *Vidas tristes* (1901), *En prosa y en verso* (1902).

SEÑA ALTAGRACIA

Así la llamábamos todos: su nombre era Altagracia Mañón; era sietemesina, y para más señales, habitaba en el barrio del Carmen, de la barriada que, sin duda por su situación hacia la parte de la corriente marítima y por estar fundada sobre una pequeña nave, nombran Naravijo Abajo, en la Capital de Santo Domingo. Para el año setenta, fecha hasta donde llega, un tanto confusa, mi memoria, contaba los años por lo que hacía desde la mañana en que se malogró la degollina que preparaba en la Plaza de Catedral, hoy Parque de Colón, el intruso Toussaint. En esa mañana, por efecto del miedo y como consecuencia de una mal sobreveni-

da necesidad, fue cuando vió la luz primera, un tanto opaca entre los bordes de cierto mueble que excuso decir, mi maestra.

Oh! y cómo estoy lleno de placidez al recordarla! Santa memoria, que me habla de aquellos felices tiempos en que nada sufría porque nada ambicionaba; tiempo precioso, mi primer despertar a la gloria de los conocimientos y mi primer vagido a los triunfos del corazón, alcanzados entre infantiles amistades e inocentes amoríos! La buena anciana, que gozaba al verme contento de mi cándida vida, si resucitara con qué tristeza habría de mirarme, cuando ya se han malogrado tantas esperanzas que ella misma alentaba para cada uno de nosotros los de la unión bajo su dulce férula! Y cuando viera el destino que a muchos nos ha cabido, de andar errantes lejos de los lugares consagrados por la virtud de la niñez, y que a todos nos ha separado para siempre jamás al seguir las vueltas y revueltas del agitado mundo!

Pero no es para llorar sobre lo pasado para lo que evoco ahora sus manes; sino para acudir gratísimo a abrirle posteridad de un instante siquiera a la que aún perdura sobre los pósteros, puesto que perduran sus nobles sentimientos inculcados y sus sanas doctrinas enseñadas.

El que sepa de la vida que corría hace treinta años en la Primada de las Indias sabrá la importancia que entre la muchachería cobraban algunas viejas portadoras de la tradición: las que abrían carreras al *abecé*, las que sustentaban el regodeo de los ventorros, los cómitres o patronas de fiestas callejeras. En solamente la topografía de mi barrio, recuerdo que alcanzaron gobierno mirado con respeto y acatado con buen humor, Taverita, La Morales, Tiquitai, Mae Belén y Seña Altagracia.

El respeto lo imponía ella, mi venerable maestra, con un palo nudoso, frecuentemente arrancado de algún calabacero, el cual palo acechaba suspendido encima de nuestras cabezas, como se dice que estaba una espada suspendida sobre Dámocles, de donde descendía certero en cada desaguisado de la tropa estudiantil, a labrar, según era el sitio donde se pegaba, morado surco o repleto chichón. La hora que se podía decir llamada a palos o a chichones era la de las once y pico de la mañana, la hora del rezo, que diré. En esa hora, Seña Altagracia tomaba estrado sobre un cajón a algunas pulgadas del suelo, y desde allí, vara en mano y ojo avizor, dirigía la música con que decíamos las oraciones,

música de canto llano, y como tal, monótona y angustiosa. El coro pasaba sin interrupción por las Obras de Misericordia, los Pecados Capitales, los Mandamientos, que sé yo! la mayor parte del Catecismo; acompañábalo la buena anciana con voz armonizando como si fuese el bajón de una banda y moviendo la cabeza con el compás hacia uno y otro lado. Pocos habrán dejado de saber sobre este canto de las escuelas: en la nuestra era singularmente expresivo y gracioso. Como sobrevenía el cansancio por virtud del larguísimo rezo, los cantores iban adurmiéndose poco a poco, cerraba la maestra los ojos sin dejar de acompañar y la música quedaba reducida a tres o cuatro voces. Eso, mientras no se aproximaba la hora de dar fin a la Doctrina y con ella la de la bucólica; pues al aproximarse, revivía poco a poco el coro, acelerábase el compás, chillaban las notas y crugía toda la escuela con el tutti que daba fin al canto en esta salutación: —«Muy bue... nos y san... tos dí... as le... dé Dios... a us... ted y a... su merced... La bendición...Seña Altagraciaaa!...».

Lo más particular de Seña Altagracia era una canasta en donde yacían reunidos mil volúmenes de diferentes especies y de la más rara empastación y desastrosa apariencia; era el refugio de toda una especulación bibliotecaria de más de veinte años. La miseria de nuestro entendimiento se alivió allí muchas veces; pues en esos libros hicimos mi hermano y yo nuestras primeras lecturas. De los ataques dirigidos a los flancos de la canasta, mientras la vieja dormía o agenciaba algún negocio, nos resultaba siempre alguna valiosa adquisición; a lo menos, por tal la juzgábamos entonces: *Carlos y Fany*, no recuerdo el autor, *Las Tardes de la Granja*, por Duminil, *Robinson*, *La historia del rústico Bertoldo, de su hijo Bertoldino y su nieto Cacaseno* y algunos fragmentos de *Don Quijote* de la Mancha.

Pues he venido a tocar en esta graciosa figura de Don Quijote, quiero hacer constar un capricho: que siempre, al recordar a Seña Altagracia, la he comparado mentalmente con el Caballero de la Triste Figura. Ninguna figura más triste que la de mi maestra: alta, avellanada, de aire grave y reposado; con andar que metía miedo de que se le descoyuntaran los huesos; Don Quijote, en fin, con faldas y de tez etiópica; Don Quijote además por la condición antojada a deshacer entuertos y a volver por los fueros de la verdad y la justicia. En la hora de su buena andanza dábanle

donde correr aventuras nuestros vicios y desaciertos: la soberbia, gigante; el odio, endriago; la mentira, sierpe; el error, demonio: contra todos los cuales vencía con su lanza, el listón de calabacero, y con su adarga y escudo, la paciencia y bondad en ella ingénitas.

Todo esto son cosas ligeras y de escaso valor artístico; pero no hay duda que como puntos de rigurosa historia tienen su representación que para algo vale, siquiera sea para comparar con lo que es hoy lo que éramos antes en cuestión de las escuelas y probar que alcanzamos mucho progreso, pero ni tanta dicha ni tan sencilla pureza. Seña Altagracia con su listón, su rezo, su canasta por biblioteca, simboliza bien su época, la de la incipiente rutina; la buena vieja cantando los preceptos de moral cristiana, sentimental con sus escolares, casi madre de ellos, hablando siempre de la virtud y al hablar demostrando su candor y honradez, es la nota viva de aquel tiempo más cómodo que el nuestro para hacer moral porque antes de moralizar se hacía la fe, se hacía la creencia. Qué de convicciones que subsisten en nuestros corazones no sacamos los discípulos de Seña Altagracia de un buen número de enseñanzas y preceptos cantados con unción verdadera! « Todo fiel cristiano está obligado a tener devoción». « Honrad padre y madre». « Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia!».

Concluyo esta insípida relación que a pocos agradará; pero que, estoy seguro, hará vivir en pasados recuerdos gratísimos a muchos de mis viejos amigos, al ver retratada aquí de cuerpo entero a la inolvidable preceptora de nuestra infancia.

FABIO FIALLO
(1866-1942)

Poeta y narrador. Nació en Santo Domingo el 3 de febrero de 1866 y murió en La Habana el 28 de agosto de 1942. Desde muy joven participó en la actividad política del país, asumiendo una postura combativa en momentos decisivos, como ocurrió durante la primera ocupación norteamericana. Fue perseguido y estuvo en prisión por defender nuestra nacionalidad frente a las fuerzas de intervención. Dirigió el semanario El Hogar. *Con Tulio M. Cestero fundó, en 1905,* La Campaña, *y colaboró con el* Listín Diario *y otros periódicos. Es uno de nuestros poetas más populares, tanto aquí como en el extranjero. Como prosista, es autor de dos importantes colecciones de cuentos.*

OBRAS PUBLICADAS:

Primavera sentimental (1902), *Cuentos frágiles* (1908), *Cantaba el ruiseñor* (1910), *Canciones de la tarde* (1920), *Plan de acción y liberación del pueblo dominicano* (1922), *Jubr* (1922), *La cita* (1924), *Canto a la bandera* (1925), *La canción de una vida* (1926 y 1942), *Las manzanas de Mefisto* (1934), *El balcón de Psiquis* (1935), *Poemas de la niña que está en el cielo* (1935), *Sus mejores versos* (1938), *La Comisión Nacionalista Dominicana en Washington* (1920-21) (1939), *Obras Completas* (Sociedad de Bibliófilos, 4 volúmenes, 1980), *La canción de una vida* (Obras Completas 1, Fundación Corripio, 1992), *Cuentos frágiles y Las manzanas de Mefisto* (Obras completas 2, Fundación Corripio, 1992).

CUENTOS FRÁGILES Y LAS MANZANAS DE MEFISTO

ESQUIVA

A Ana María Garasino

Sería una divertida historia de volúmenes la que se escribiera sobre mis olvidos y distracciones, algunos de ellos tan risibles que, al comentarlos mis amigos con exageraciones y burlas, yo mismo he fingido celebrar sus ocurrencias, para no dejar en descubierto mi inconformidad con este ancho y espeso vacío que con harta frecuencia se produce en mi cerebro.

Y como muestra, os brindaré este botón de mis veinte años:

Cierta noche recibí de mi sastre un chaleco blanco de rigurosa etiqueta, que me llegó en el preciso momento en que daba comienzo a los afanes de mi toilette para un baile del Club Unión, en cuyos salones, esa misma noche, según promesas del pícaro Eros, había yo de alcanzar uno de los triunfos más resonantes de mi presuntuosa vida a lo Don Juan. Interrumpí mis labores de arreglo personal para probarme la flamante pieza. Con su lenguaje de éxtasis el bruñido cristal de mi tocador elogió la elegancia del corte, y satisfecho de esta aprobación, reanudé los esmeros de mi acicalamiento. Ya, cuidadosamente rasurado y empolvado y perfumado, púseme el pantalón, la bien planchada camisa, el erecto cuello, la impoluta corbata. *¡All rigth!* Ahora, venga el chaleco...Pero, ¿dónde está?... Y busqué. Y rebusqué. Volví la alcoba de abajo para arriba. Sudé a mares. Eché pestes. Maldije mi estrella. Todo fue inútil. La escondida prenda no apareció por ninguna parte. ¿Qué hacer, entonces, sino apelar al viejo chaleco que, por sus nobles y muy prolongados servicios, ese mismo día yo había relegado al cuartel de los inválidos? En fin, vestido con él, me presenté en el Club.

Allí, en corro de amigos, mientras escanciábamos una segunda copa de champagne, hice cuento del inaudito percance. ¡En mal hora tal hice! Con razonamientos de aparente lógica, todos dieron por sentado que el mismo mozo que había traído el chaleco, de nuevo había cargado con él. Y como en el fondo de esta aseveración palpitaba una enojosa sospecha contra mí, con acritud no disimulada los increpé de esta manera:

—¿Os habéis vuelto sordos o estáis borrachos ya? ¿No os he dicho que fue después de la salida del mozo, cuando me probé el chaleco?

—¡Ah! entonces, espera un momento, me replicó, vivaz, el más íntimo de ellos.

Y con dedos ágiles que no me dieron tiempo a percatarme de su intención, me tentó los costados, me desabotonó el chaleco, abrióme la pechera. ¡Fullerías del diablo! Allí, debajo de la camisa, apareció la rebuscada prenda, tan orondamente, que todos entendieron bien que se estaba burlando de mí.

En alas de dos minutos, el cómico incidente recorrió todos los ámbitos del salón; lo que advertí de inmediato al reparar cómo mi abdomen se había convertido en punto de mira para cuantos ojos maliciosos allí estaban, ¡los de mi adorada Dulcinea entRe ellos!

Corrido y malhumorado, tomé el sombrero y volví a casa.

* *
*

Sin embargo...

No son los de este género estupendo y casi inconcebibles que os acabo de contar, los olvidos y distracciones que mayores trastornos y más hondas cavilaciones me han causado en la vida; sino otros, muy simples al parecer, y hasta muy comunes en cualquier existencia humana.

Por ejemplo: los lentes que no encontraba en el momento preciso de valerme de ellos; la navaja con que ya había comenzado a afeitarme y desaparecida al darme jabón de nuevo; el interesante libro recién abandonado para encender un cigarrillo; la pluma con que escribía hace un instante. Y así, la corbata, el bastón, el sombrero. ¡Qué se yo!

Y todo aparecía al fin, tras la incesante búsqueda, en cualquiera de los lugares más notorios a mi vista: sobre el tocador, el lavabo, la mesita de noche, la cama, el escritorio.... Como si alguien los hubiera escamoteado por un momento, sólo para hacerme desesperar y rabiar, colocándolos después, a hurtadillas, allí, debajo de mis ojos, para reírse entonces de mi sorpresa y confusión.

Por supuesto que muchas veces estas pérdidas de tiempo en la

búsqueda de un objeto absolutamente necesario, se prolongaban hasta hacerme faltar a la palabra empeñada para una cita, o hacerme perder la oportunidad de un buen negocio; lo que, naturalmente, prendíame la sangre en ira.

Y los que entoces me sorprendían en uno de estos raptos de incomodidad contra mí mismo, y escuchábanme proferir pestes y hasta interjecciones de blasfemo, explicábanselo todo con decir: ¡Cosas de poeta!

¡Cosas de poeta!... Y en tanto, yo percibía, muy distintamente, en cada uno de aquellos percances trastornadores, la risa suave y bien timbrada, pero, siempre pícara y burlona, de quien me escondía los lentes, la navaja, los cigarrillos, el libro cuya lectura paré por un momento, la carta recién llegada y no leída aún. Y era muy natural que en tales casos yo prorrumpiera en denuestos contra el burlón.

Sí; al principio, su fina carcajada resonaba en mi oído con la expresión desesperante de una burla mordaz. Pero, a medida que las facultades sensorias de mi subconciencia normal fueron aguzándose, otros matices de su risa se hacían más diáfanos y claros a mi percepción; hasta que, al fin, sus ritmos vibratorios llegaron a resonar en mi oído como el blando murmurío de un arroyuelo deslizándose por entre guijas blancas y caracoles sonrosados. Y así, también, el escamoteo de objetos que antes tanto me irritaba, trocóse en la inocente travesura de una mujer amada, que se complaciera en provocar un fugaz enojo de minutos, para tener ocasión de borrarlo con su ternura.

¿Una mujer?...

¡Sí; una mujer!

Pero, ¿quién era ella? ¿De dónde venía? ¿Qué vínculos o conocimientos anteriores la unían a mí? ¿Por qué nunca se dejaba ver, y siempre la sentía a mi espalda?

Como habéis de comprenderlo, desde que estas interrogaciones se me abrieron en la mente, todas mis facultades de investigación se agruparon en torno del interesante fenómeno que se producía en mi alcoba, casi a diario, y preferentemente en las mañanitas.

En sus comienzos, mis ardorosas pesquisas, empujadas por las corrientes de la época, lleváronme a los centros espiritistas; y durante semanas y semanas fui el neófito más asiduo a sus sesiones de invocación y experimentos.

Pero, a medida que iba penetrando en los misterios de esta cábala, mis entusiasmos se iban enfriando gradualmente; hasta apagarse por completo, cuando, por toda explicación de mi caso, se me afirmó repetidas veces y en diversos centros de sus estudios, que yo era la víctima incesante de un espíritu rencoroso y fisgón, quien, por no sé qué venganza del pasado, complacíase, ahora, en hacerme dar traspiés. Y ante la persistencia de semejante patraña, los dí al diablo a todos ellos: sus magnetizadores, sus sensitivos y sus mediums.

¿Venganza de un espíritu fisgón, aquel juvenil retozo en el que ella me escondía los objetos de mi uso, para ponerlos, después, a mi vista, mientras el candoroso murmullo de su risa se me entraba en el pecho como una alegre alborada de Pascua? ¡Vamos, señores espiritistas, no seáis tan simples!

¿Y cómo admitir ahora, tras las experiencias adquiridas en sus mismos centros de invocación, que ella pudiera ser un espíritu de ultratumba? ¡Claro que no! ¿Acaso un alma ida de la tierra podía guardar dentro de su sombra incorpórea el suave olor humano que la delataba, inconfundiblemente, al acercarse a mí? ¿Ni la tierna vibración de su risa jovial? ¿Ni su aliento que yo sentía detrás de mis hombros en ritmo acompasado y tranquilo; pero, que, en otras ocasiones, se hacía rápido e insereno, cuando la agitaba una honda emoción de descontento.

¿De descontento?

Sí; porque es hora ya de deciros, mal que le pese al orgullo de mi propio decoro, que en más de una vez hube de sentir el duro agobio de su enojo por algunas acciones mías; de esas que los hombres, atraídos hacia un interés mezquino de la vida, solemos cometer y que siempre —como todo motivo impuro— dejan en vergonzoso desamparo la justicia de una causa, o la honestidad de un proceder.

En tales ocasiones, alejábase ella de mi lado con un brusco movimiento de repulsa, que me ponía en el corazón la garra asfixiante de una cruel congoja. Se iba... Y el tremendo castigo de su ausencia se prolongaba por dos, por tres, por cuatro días inmensos...

Para aplacarla y atraerla de nuevo a mi alcoba, había yo de apresurarme a corregir las consecuencias de la injusticia cometida, o a renunciar a las sórdidas ventajas de mi deshonesto proceder.

Retornaba ella entonces... La sentía llegar. Percibía su olor; su aliento. Y sentía también el leve roce de su mano sobre mi espalda; tal un breve ademán que esbozara un perdón. Pero, permanecía triste, triste, triste. Como si mis arrepentimientos no bastaran a desagraviar toda la pesadumbre de mi inconducta. Y en esa mañana de su retorno, no había risas, ni escamoteos, ni demostración alguna de su espíritu candoroso y jovial.

Otras veces, en estas ocasiones de sus enojos, era de noche cuando creía sentirla a mi lado, sentada en mi propio lecho si estaba enfermo. Entonces no me la denunciaba su perfume natural, el suave olor de su persona, sino cierto ambiente de exotismo y lejanía que llegaba con ella y la envolvía como un cendal flotante de azul y de inmensidad, dándome con ello la sensación de venir de muy lejos, a través de los mares profundos y las más erguidas montañas.

Y entonces volvían a florecer en mi espíritu, como botones de fuego, las interrogaciones: ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Qué nexos la unían a mí? ¿Por qué se mostraba siempre esquiva a mis ojos?

Cierto que ahora ya sabía yo del fenómeno psíquico en virtud del cual se producía su presencia en mi habitación. Era un caso bien definido —aunque siempre ignoto en su esencia— del desdoblamiento de una persona. Sin duda que en éste que os relato con absoluta sinceridad, las manifestaciones no aparecían en la forma imprecisa que cien autores han anotado, sino tales como yo las presencié. Cuento lo que he visto, lo que he vivido, no lo que las experiencias de los demás me han enseñado.

* *
*

Y resultó que una noche, cinco compañeros de mesa alegre y champagne embrujador, nos fuimos a epilogar nuestra alborozada cena a uno de los cabarets más en boga de los altos arrabales de la ciudad.

Cuando llegamos, ya los tizones de la bacanal ardían en los cuatro puntos cardinales de aquel templo esplendoroso del vino y la lujuria. Se bailaba, se cantaba, se decían a voces chistes obscenos, se reía a carcajadas. Aquel contento general era, a la vez, formidable y espantoso. A pesar de nuestro champagne, al en-

trar quedamos deslumbrados y cohibidos. Más, a poco, ya éramos de los más intrépidos en las falanges del escándalo; y la mesa que se nos asignó, vióse, al punto, rodeada de las mujeres más bellas e impúdicas del salón, que se nos sentaban en las rodillas y nos hacían beber, mezclados y confundidos, todos los licores, hasta no poder más.

Súbito, al lado mío, una mano da una bofetada. Otro esgrime con terrible acierto una botella de whisky. Sale a luz un puñal. Se oye un golpe. Resuena, angustioso, un grito de mujer. Un cuerpo humano rueda en el suelo. Cien botellas vuelan por el aire. Se apagan las luces... No sé más. No sé más...

Cuando llegué a casa, el alba sonreía en los balcones. Con precauciones de ratero, abrí la puerta y me deslicé hasta mi alcoba. La hallo abierta. ¿Quién está ahí? No; no hay nadie. Entro. Como un autómata avanzo sobre la mullida alfombra y me detengo frente al tocador. ¡Dios mío! ¿soy yo ese que está ahí, sin sombrero, sin cuello, sin corbata? Sí; soy yo. ¡Soy yo! La fuerte caña, asida aún por el regatón, ha quedado en flecos. Bandera de girones es el frac. La cabeza sangra por más de una herida. Sobre el ojo izquierdo florece un cardenal.

Súbito, oigo un suspiro. Rápido estremecimiento recorre todo mi cuerpo dejándome la sangre en hielo. Ella estaba ahí. ¡Me esperaba! ¡Ella!... habría querido que me tragase la tierra; que me fulminara un rayo.

Se hace un profundo silencio, tan espeso como si todo él envolviese a la tierra, y ya no hubiera brisa, ni pájaros, ni flores, ni gente. Como si este estupor fuera, él sólo, el mundo entero.

Pero, no; aquel silencio tan espeso, hízose así para dejarme oir el hálito de su respiración, preñada de reproches que me bañaron la nuca con la inconfundible expresión de su disgusto... Y su ademán de repulsa, esta vez fue tan violento, que casi sentí su mano empujándome por la espalda, al apartarse con repugnancia de mí.

Ante ese gesto de tantísimo desprecio, y en el que yo adiviné una implacable resolución de abandono definitivo, sin poderme contener lancé un sollozo. ¡Un sollozo!... ¡El más intenso, y el más triste y doliente de los sollozos!...

Como tocada por un resorte, ella se detuvo inmediatamente. Volvióse atrás. Apoyó sus manos en mi espalda, y alzándose por

encima de mis hombros con un impulso de infinita piedad, trató de ver en mis ojos las lágrimas...

Y sucedió lo inesperado; el milagro portentoso de mi vida entera. Allí, en el espejo, como un relámpago, radió su figura.

No importa que aquel relámpago tuviera la brevedad de un segundo. ¡No; no importa! ¡Ya le he visto! La he visto con una percepción tan lúcida y reconcentrada de mis sentidos, que podría detallar todos los encantos de su figura, si tales encantos cupieran en el lenguaje tosco y ruin de los hombres.

* *
*

Desde aquel día ella no ha vuelto más; pero su figura está aquí, delante de mí y a toda hora, con aquella expresión de infinita piedad y ternura que tenía su semblante la única vez que la vi.

* *
*

¿Volverá?. Sí; infaliblemente. Yo la espero. Vendrá un día de silencio en torno mío. Los cirios arderán en el altar. Mis amigos estarán tristes. Mis deudos en llanto. Sólo yo estaré radiante sin que nadie lo pueda notar, porque, aún entonces, yo esconderé en lo más hondo del pecho la alegría de su presencia. Llegará, como siempre, calladamente. Se acercará a mi lecho y nadie la verá. Sus brazos rodearán mi cuello. Su frente, blanca y pura como un lis, se posará en mi frente. Y sus labios, junto a mi boca, por tres veces repetirán una palabra sin sonido para los demás:

¡Tuya! ¡Tuya! ¡Tuya!

JOSÉ RAMÓN LÓPEZ
(1866-1922)

Narrador, periodista, ensayista. Nació en Monte Cristi el 3 de febrero de 1866 y murió en Santo Domingo el 2 de agosto de 1922. La actividad intelectual de López fue intensa y abundante, y abarca el periodismo de combate, el cuento, el ensayo social y político, la geografía y la agricultura. Sufrió la persecución, la cárcel y el destierro por sus artículos periodísticos, viéndose obligado a vivir en Puerto Rico y Venezuela. Colaboró con el Listín Diario*; dirigió* El Dominicano *y fundó, en 1911,* El Nacional. *Su ensayo La alimentación y las razas revela una agudeza sociológica indiscutible. Se le considera como uno de nuestros cuentistas más importantes.*

OBRAS PUBLICADAS:

Dolores (1892), *La alimentación y las razas* (1896), *Nisia* (1898), *Cuentos puertoplateños* (1904), *La República Dominicana* (1906), *Geografía de la América antillana, en particular de la República Dominicana* (1915), *La paz en la República Dominicana* (1915), *Censo y catastro de la común de Santo Domingo* (1919), *Manual de agricultura* (1920), *Cuentos puertoplateños* (Obras 1, Fundación Corripio, 1991), *Ensayos y artículos* (Obras 2, Fundación Corripio, 1991), *Diario* (Obras 3, Fundación Corripio, 1991).

CUENTOS PUERTOPLATEÑOS

LA REVELACIÓN DE LA TUMBA

A mi linda comadre señorita
Alicia Gutiérrez y King

Augusto fue, durante algunos años, uno de los inconformes de Puerto Plata. Nada encontraba bueno. Topografía, construcciones, costumbres, mujeres, hombres, todo le parecía detestable. Cuando le hablaban de longanizas hacía un gesto de asco y comenzaba a elogiar el salchichón de Bolonia o el *pate foie gras* de Strasburgo. Si de modas, decía que las nuestras eran un injerto de Francia en el Congo. De hombres, que no le hablara nadie; y de mujeres, se podía dar por muy bien servido aquel a quien él no le interrumpiera exclamando que eran unas insulsas y que no aplaudía otra mujer que la francesa.

Pero la fuerza del ambiente es irresistible. Poco a poco va penetrándonos y al fin nos satura por completo. Augusto fue *aplatanándose* y, aunque no transigió en todo, concluyó con convenir en una verdad indiscutible: que entre las mujeres de mi tierra las hay salerosísimas y dignas hasta del Zar de todas las Rusias.

Y de llegar ahí a enamorarse fue muy corta la distancia. En una barbacoa vió bailar un zapateo a Anita, y la maestría de la doncella en imitar a los campesinos fue tan donosa, tan interesante que Augusto quedó rendido, presentó su candidatura, fue aceptado al cabo de meses, y un año después entregaba su albedrío y su libertad a la encantadora damita, en las gradas del altar.

La vida del nuevo hogar fue un idilio enterizo, sin más solución de continuidad que leves y pasajeros nublados.

Augusto a veces profería acusaciones en las cuales no creía.

—¿Ves? —le decía a Anita—. Yo creo en tu fidelidad material, pero no estoy confiado en la intelectual.

—¿Cómo? —preguntaba Anita sorprendida.

—Muy sencillamente. Tú no tendrás un amante, pero cuántas veces no me habrás comparado a otro y encontrándole mejor que yo habrás lamentado no ser su esposa...

—¡Jesús! qué cosas se te ocurren, para mortificarme; porque esa es una ofensa que me haces.

Ahí paraba la cuestión y generalmente Augusto daba todas las satisfacciones que le exigía su consorte.

Una vez tuvieron un pleitecito algo más serio. La flor favorita de Augusto era el heliotropo y gustaba de que Anita la usara en el peinado. De pronto ella abandonó, con veleidad femenina, la modesta flor, y dió la preferencia a la gardenia.

Al fin la increpó Augusto, con la violencia injusta del celoso.

—¿Por qué no usas ya los heliotropos que te traigo, y te prendes ese escándalo de nieve en la noche oscura de tu cabellera? Eso no es chic y algún misterio encierra.

—Caviloso —le replicó ella—. ¿No ves que el heliotropo, aunque recomendable por su modesto color y su opulento aroma, se marchita muy pronto? Préndomelo al cabello y al poco rato parece una ramita seca.

Al cabo de años enfermó Anita, agravó y murió.

No es para contada la aflicción de Augusto. Temían sus amigos que la pena lo matara. Cuando el dolor si no menos intenso, se domesticó un poco, contrajo la piadosa costumbre de visitar con frecuencia la tumba de Anita, sobre la cual hizo erigir un magnifico mausoleo.

Cada vez que la visitaba, llevábale un ramo de heliotropo y lo depositaba en el monumento como homenaje de amor tierno y perseverante, contra el cual eran impotentes la eterna ausencia y las tentaciones del mundo.

Un día de difuntos en la tarde fue, como de costumbre, con su ramo, y encontró sobre la tumba un ramillete de gardenias.

Una horrible sospecha, informe, vaga; pero demoledora para el ídolo de su corazón, le cruzó por la mente. Perdida casi la razón regresó al hogar y resolvió ponerse en acecho.

Al día siguiente fue al cementerio y se ocultó tras una tumba vecina a la de su mujer y desde ahí espió, con el dolor retratado en el semblante, la huesa de su compañera.

Al fin, como a las tres de la tarde, vió a su amigo Alberto que, con un ramillete de gardenias en la diestra, se acercarba a la tumba.

El corazón le latía con más precipitación que antes. Todo el pasado, con una lumbre que diafanizaba los misterios, acudió a su pensamiento. Recordó que cuando Anita empezó a preferir la gardenia a las otras flores Alberto era asiduo visitante de la casa; que en la morada del pérfido amigo el jardín era de gardenias;

que cuando murió Anita, aunque Alberto descuidó mucho la amistad de él, se hizo notar la aflicción que le dominaba.

No le quedó duda. Aquel pérfido, aquel infiel a quien había llorado no era a la amiga, sino a la querida.

Y cuando Alberto depositó en la tumba las gardenias sintió una terrible palmada en el hombro, a tiempo que una voz estentórea le gritaba:

—¡Las tumbas hablan, miserable!

ENSAYOS Y ARTÍCULOS

EL MEDIO AMBIENTE

Los «sabios a medias» piden cosas imposibles, y aún tienen la insania de luchar por ellas. Bástales desear algo y creerlo de posible realización, después de un estudio unilateral, para que enseguida juzguen que es estúpida rebeldía el discutirlo; y si el asunto es patriótico a la manera de ellos, ¡ay de quien le ponga peros! De traidor para abajo, disparan una granizada de adjetivos feos y mal pensados.

A los «sabios a medias» les cogió con que el «estatus político, en lo referente a período presidencial, se paró en seco en 1916». Y de ahí, queriendo estirar el argumento, han llegado al límite más extremo del absurdo.

Creen, o fingen creer, que la vida global de un pueblo es también susceptible de detenerse, de pasar del estado activo al estado latente. No está muerto, dicen, pero no crece, no se modifica, no admite nuevas modalidades en su peculiar modo de existir. Y eso es un absurdo. Un pueblo, sean cuales fueren las circunstancias a que se encuentre sometido, está en condición activa, progresiva. El día en que cesa esa actividad vital, no regresa al estado latente, sino que se ha extinguido su vida por completo y es, no pueblo latente, sino pueblo muerto.

Quieren esos infelices «sabios a medias», renovar el milagro de Josué: detener el sol, hacer estática la vida. ¡Detente, oh alma del Universo, hasta que nos convenga! Pero la fuerza vital del mundo no se para, y continúa rítmicamente, ordenadamente, su viaje

ascensional, a despecho de los egoísmos de la camarilla, de las triquiñuelas pueriles de quienes creen que verbalizar es saber.

Predican, escrito y hablado, que no debe haber vida pública interna, que todo el esfuerzo del pensamiento dominicano debe concentrarse exclusivamente en el propósito de restauración de la Soberanía: que no debe, fuera de ese sector, haber vida nacional.

¡Absurdo! ¡Mezquino absurdo! La vida social es como la de todos los organismos vivos. Hay un objeto supremo: el de vivir, y ese objetivo que priva sobre todos los demás, no puede ser alcanzado sino realizando sincrónicamente todas las funciones de la vida: alimentándose, pensando, trabajando, organizándose, viviendo la vida completa, porque ella se niega a continuar cuando se le suprime algo de su compleja función. Se vive la vida íntegra, o la vida se extingue.

No es como quieren algunos. La vida del pueblo dominicano ha continuado íntegra, desarrollándose bajo el peso de la Ocupación, que no ha logrado matarla. Más todavía: la vida del pueblo dominicano ha abandonado el lento proceso vegetativo, y evoluciona ahora con una rapidez mucho mayor que la que alcanzaba antes. Su desmayo, su dejadez, han desaparecido ante el peligro y el castigo de que es ahora inocente víctima. Lo que antes no veía, o no quería tomarse el trabajo de ver el pueblo dominicano, ahora lo percibe claro. Ahora ve el peligro internacional; pero mejor que ése, aprecia el peligro interior, la amenaza contenida dentro de sus propios errores, que es el más fuerte asidero para que el peligro exterior se nos encime y nos invada.

Ya no hay brecha por donde asaltarnos esos personalismos arcaicos que, como monstruos antediluvianos levantados, así fósiles como son, de sus tumbas, pretenden todavía ser la pesadilla y la ruina de la tercera República. Muertos y enterrados están, y es infructuosa la labor, así fuera inteligente, de quienes aspiran a rendirnos con los cachorros del fósil personalismo que tienen encadenados entre las manos, para azuzárnoslos cuando juzguen apropiado el momento. ¡Pero si son fósiles! ¡No caminarán, no morderán! Los que tienen entre las manos la cadena se desengañarán cuando la suelten. Esos cachorros son osamentas petrificadas. ¡No rugirán, no se moverán, no morderán!

La vida partidista del país no se ha detenido, no puede detenerse. La evolución está en marcha y los partidos dejarán de ser

personalistas para adquirir un perfil netamente doctrinal. El pueblo estaba preparado a esa evolución desde años atrás, y ya hoy está en la conciencia de todos. Por muy personalista que fuera una agrupación, generalmente tremolaba también una idea, porque no bastaba un hombre para arrastrar pueblo.

Hoy, junto con un hombre, los «hábiles» agitan también una idea; pero es tarde. El pueblo apretará sobre su corazón la idea y rechazará el hombre, porque no quiere más caudillos del tipo de caciques. Ni caciques guerreros, ni caciques que, sabiendo alguna cosa, no son estadistas, que es lo que interesa al pueblo en asuntos políticos.

Estos «hábiles», «sabios a medias», ignoran la influencia del medio ambiente. Para que un organismo viva es necesario que el medio le suministre los elementos de conservación y fomento de la vida que él necesita. La vida no está en nosotros. Está en la totalidad de la Naturaleza. El mastodonte, el mammouth, casi todos los grandes saurios, han desaparecido de la superficie del Planeta. ¿Los mató expresamente alguien? No. Murieron, se extinguieron porque en el indetenible proceso de evolución de la Naturaleza fueron desapareciendo, y reemplazándose por otros diferentes, algunos elementos esenciales para el sostenimiento de la vida de esos monstruos. Por eso es que ya no se encuentran en la Tierra más que sus restos fósiles.

Así con la política dominicana. De rudimentariamente material, la vida, el carácter de nuestro pueblo, fue evolucionando hacia la ideología, y ya hoy faltan elementos esenciales a la vida del personalismo. Nombres históricos, los que menos incultura simbolizan, existen todavía simplemente como núcleo del movimiento ideológico. Pero el personalismo auténtico, el que ahora quieren resucitar desde algún «conuco», ése, no andará. Ese es un fósil sepultado a muchos pies bajo la tierra, incrustado en la roca viva de las montañas.

El personalismo no resucitará, así escriban millares de cartas rurales y hagan centenares de viajes en automóvil. La literatura y las máquinas no son milagrosas. No resucitan muertos.

VIRGINIA ELENA ORTEA
(1866-1903)

Narradora y poetisa. Nació en Santo Domingo el 17 de junio de 1866 y murió en Puerto Plata el 30 de enero de 1903. Publicó sus primeros poemas bajo el seudónimo de «Elena Kennedy», nombre de su abuela materna. Vivió en Puerto Rico durante muchos años. En nuestro país colaboró con la Revista Ilustrada, *el* Listín Diario, Páginas, *la* Revista Literaria *y* Letras y Ciencias. *Autora de la novela* Mi hermana Carolina *y la zarzuela* Las feministas, *se le conoce sobre todo por un libro de artículos y cuentos que ha sido divulgado a través de diversas antologías.*

OBRA PUBLICADA:
Risas y lágrimas (1901).

RISAS Y LÁGRIMAS

ESTRELLAS Y FLORES

El día de pascua fue tristísimo para Conchita. Aquella mañana se habían llevado en una cajita blanca cubierta de flores su única hermanita, y la pobre niña, aunque desconocía en el candor de sus seis, venturosos años, todo el horror de una partida eterna, había llorado con lágrimas del corazón la de la dulce compañera de sus juegos, sin que nada pudiera consolar la amargura de aquella primera pena.

Por la tarde su papá, queriendo distraerla, le llevó un par de lindísimas muñecas; pero ella las había apartado de sí con cierta solemnidad de que solo los grandes dolores pueden impregnar el más leve movimiento, y entonces su mamá, conmovida, la tomó en brazos prodigándole las más tiernas caricias.

Abstraída la niña, había recostado la rubia cabecita sobre aquel amante, afligido seno, y quieta y pensativa pasó largo rato con los ojos fijos en el cielo.

Empezaba entonces a caer la tarde. Los purpurinos tules del crepúsculo engalanaban ya la inmensidad y las blancas nubecillas que la surcaban se habían festoneado con brillantes y nacarados matices.

Pensaba. Su imaginación se elevaba hasta el firmamento indagando sus secretos, tratando de alzar el velo que cubre los misterios de la eternidad...

Su mamá la creía dormida cuando la vió volverse hacia ella y preguntar, mientras la blanca manecita señalaba a lo alto:

—¿Dónde está mi hermanita? ¿Allá entre las nubes blancas o en aquel pedazo de cielo azul tan lindo?

La madre contestó con un sollozo:

—Allá... entre las nubes...

—¿Y quién la tiene en sus brazos como estoy yo ahora?

—La Virgen María la cuida por mí, ella la tiene en sus brazos...

—Y ¿qué juguetes tiene allá? —insistió la curiosilla.

La mamá de Conchita alzó los ojos al hermoso cielo que se divisaba por una abierta ventana, y notando algunas estrellas prematuras que habían asomado y empezaban a tachonarle, dijo:

—Tiene por juguetes ... los luceros...

—¡Los luceros!, —exclamó Conchita con exaltación. —¡Los luceros!

Y desprendiéndose de los brazos de su madre fue a asomarse para ver mejor los que titilaban inciertos, como temerosos de brillar mientras el día hermoseara con su suave, tibia luz de inmensidad.

Al llegar a la ventana, la niña, mirando siempre los astros, se perdía en un laberinto de extraños pensamientos. Subía hasta ellos... Atravesaba la cortina de inmensas, coloreadas nubes, y penetraba en el salón tapizado con el nácar de aquellos bellísimos cambiantes, alfombrado del azul más puro y diáfano, alum-

brado por las más brillantes estrellas; recinto divino en que moraba la Virgen Santa. Y allí estaba su hermanita muerta la víspera, recobrados los sonrosados colores, borrada la triste expresión que envolviera aquel rostro querido, pocas horas antes y, ahora, ante su ilusión, llena de vida y alegría, reposando sobre el seno de la Reina de los ángeles, la bellísima madre de Dios que la adormecía sonriendo y cantando dulcemente...

Despertóse la niña de aquel hermoso ensueño por el eco de una carcajada infantil que llegó a sus oídos como el gorjeo de una avecilla, y tras esa carcajada, otra y otra, y muchas, muchas vocesillas que hablaban con calor. Quiso saber lo que pasaba, y bajando del cielo a la tierra su corazón y su mirada, fijóse por primera vez en un grupo de niñas que jugaban en el patio vecino, al rededor de una pequeña mesa en que se celebraba un banquete de muñecas.

¡Pero qué muñecas! No había una sana. Algunas estaban cojas, otras mancas, había muchas enteramente calvas, sin que faltaran desdichadas que solo conservaban el tronco, y éste, bastante deteriorado. Con todo, hay que confesar que las dueñas de tan mal aventuradas señoritas habían hecho verdaderos esfuerzos por disimular los terribles desperfectos que las distinguían, emperifollándolas con trapillos abigarrados que en vano trataban de ocultar malandanzas.

Las niñas allí reunidas eran las más pobres de la vecindad y cada una había llevado su mejor juguete a la fiesta, adornándose a su vez con esas deliciosas flores casi silvestres que en nuestro privilegiado suelo nacen por todas partes con adorable prodigalidad, y que lucían ellas engarzadas en forma de diademas y collares.

Conchita no pudo menos que sonreír al ver aquel cuadro. ¡Qué muñecas aquellas! Parecían gente que acababa de salir de los horrores de la más despiadada guerra. Esto, sin decir nada de la vajilla que había en la mesa del convite, toda ella desportillada, sin el pico las cafeteras diminutas, sin el asa las tacitas, en el peor estado la colección de platitos de todas formas y colores en que se servían los manjares a las infelices invitadas.

Era cosa de risa ver todo aquello, para una niña rica que tan lindos juguetes poseía. ¿Risa sólo? Nó, también de pena, considerando la pobreza que tan duras privaciones impone hasta a la

inocente niñez, tan ávida de todo lo bello y maravilloso, y Conchita la sintió con toda el alma.

¡Pobres chiquillas aquellas! Si con tales juguetes podían sentirse tan alegres y felices, qué dirían si se viesen poseyendo los que ella, Conchita, poseía?

Al surgir este pensamiento en la mente de la niña, un sentimiento de caridad brotó en su corazón como de una flor delicada brota el más exquisito aroma, Pensó en reemplazar todos aquellos deteriorados juguetes por los suyos y los que había dejado casi intactos su hermanita antes de subir al cielo.

Un momento después nuestra amiguita los reunía todos en una gran caja, besando sus muñecas favoritas al despedirse de ellas, y se acercaba a su mamá balbuceando su deseo.

La mamá aprobó la generosa idea y la caja, rebosando de preciosos encantos, bajó al patio en manos de una sirvienta, a hacer las delicias de las pobres vecinitas de nuestra gentil soñadora.

¡Qué sorpresa y qué dicha causó allí el espléndido regalo! Conchita y su mamá presenciaron desde la ventana la ruidosa efusión de aquellos corazoncitos, y pudieron sentir también la alegría, el bienestar de una buena acción que les hizo olvidar un momento sus pesares y sonreír...

Poco después una comisión de las favorecidas niñas vino a expresar su agradecimiento a la generosa donadora y ofrecerle lo único que podían ofrecer con su gratitud; una hermosa guirnalda hecha con las *buenas tardes*(*) que por allí florecían, artísticamente engarzadas y matizadas con exquisito gusto.

* *
*

Las niñas felices se han retirado llevando cada una, apretadito contra el corazón, el bellísimo, inesperado regalo.

Anocheció. Conchita recostada sobre el seno de su madre se ha dormido, cansada de mirar las estrellas que tachonan por miriadas el obscurecido firmamento. Parece un ángel, lánguidamente

---

* *Buenas tardes*, florecilla que crece en todas partes con profusión y abre sus perfumadas campanillas a la hora del crepúsculo. Llámase en Puerto Rico *siciliana*.

caída la cabecita llena de rizos, que ahora corona una diadema de buenas tardes. También tiene en el cuello matizado collar de la misma florecilla.

La madre la mira sonreír...

—¿Qué sueña mi hijita? —se pregunta con amor.

—¿Qué sueña? Que está entre las nubes con su hermanita, recogiendo estrellas para adornarse ambas. Las engarzan como engarzaban poco antes para ella las niñas del patio las buenas tardes; hacen con ellas también diademas y se engalanan con aquellas cascadas de luz, que brillan sobre sus sienes como una aureola.

Ahora sonríe porque también ha hecho dos collares con los mejores luceros, y mientras aprieta el de flores que luce su pecho en caprichosa onda, cree que lo que toca son los luceros escogidos... los luceros que a la dulce presión de su mano exhalan el tenue aroma de las matizadas florecillas que le ofrecieron las niñas pobres en cambio de sus suntuosos juguetes.

ULISES HEUREAUX HIJO
(1870-1938)

Dramaturgo, narrador y periodista. Hijo del dictador Ulises Heureaux (Lilís), nació en San Juan de la Maguana el 14 de diciembre de 1870 (también se señalan como años de su nacimiento el 1872 y el 1876), y murió en Santo Domingo el 1° de marzo de 1938. Su padre lo envió a Francia, donde recibió una esmerada educación. En París adquirió sus conocimientos sobre la técnica teatral, que luego, ya de regreso a la República Dominicana, le permitieran iniciar su ascendente carrera de autor dramático en las primeras décadas del presente siglo. Llevó a escena numerosos dramas y obras de carácter ligero, tanto en el teatro Colón como en La Republicana. Como narrador dejó dos novelas y una serie de cuentos de ambientación parisiense.

OBRAS PUBLICADAS:
En la copa del árbol (1906), *Amor que emigra* (1910), *Rafael Leonidas Trujillo* (1938).

EN LA COPA DEL ÁRBOL

EN PLENO PARÍS

...El corazón es como una
sensitiva; se abre al más tibio
rayo del sol del placer, y se recoge
estremecido al contacto
del dolor.
J. M. VARGAS VILA

Había llegado el Invierno.

Ya los árboles que durante el resto del año adornaban las alegres avenidas, los ruidosos boulevards y los hermosos jardines de París no tenían hojas; las ramas de los castaños y acacias estaban desnudas.

Las fuentes de las plazas estaban secas; sus aguas no corrían.

¡Adiós los paseos a Mendon!

¡Adiós las inolvidables mañanas de Robinson, las alegres mañanas de esplendente sol!

¡Adiós las tardes otoñales, las hermosas tardes llenas de sentimiento y de sutil aroma!

El Viejo de blancas barbas caminaba a pasos lentos, con su cortejo de días tristes, de días llorosos, y sus noches heladas, voluptuosas.

Había llegado el Invierno, la estación del frío, de las densas neblinas, de la blanca nieve.

Era la época de los placeres mundanos, la época de los grandes bailes, de los ricos saraos, de las gratas noches de la Opera y de la Comedia-Francesa.

¡Todo un mundo de aventuras... todo un mundo de caricias!

Y eran ya las once y media de la noche, cuando Gerónimo y Marcelo hicieron su aparición en el salón del baile.

Artísticamente decorado, inundado de luz, lleno de voluptuosas melodías y de aromas mil, esa noche el salón del hotel del *boulevard* de la Magdalena, parecía una de esas mágicas salas del espléndido palacio de Versalles, donde el rey «Muy Amado» solía reunir su corte para arrancar una sonrisa a los labios de la seductora Pompadour ó sorprender una mirada de agradecimiento en los bellos ojos de la Du Barry.

Con motivo del onomástico de su hija Blanca, la señora de T... daba esa noche en su propio hotel una gran *soirée* de disfraz, y la tarjeta de invitación con letras color de oro y escudo de condesa había circulado por todo París.

Marcelo y Gerónimo llegaron al salón.

Bailaban entonces una gavota que recordaba los aires viejos, esos aires muertos y olvidados...

Los violines gemían, gemían sin cesar. Los señores con traje de antaño, pintados como imágenes, y los cabellos llenos de nieve, saludaban gravemente a sus encantadoras parejas que sonreían haciendo gestos estudiados.

El baile era lento, muy lento: era uno como perfume lejano...

La primera impresión de los dos amigos no podía ser más agradable: vestidos lujosos, dulces armonias, perfumes embriagadores, penetrantes, mujeres llenas de seducción, y, mientras que Gerónimo se acercaba a una india de ojos azules que velaban largas pestañas negras, Marcelo fijaba sus ojos con avidez en una española que frente a él bailaba con un mosquetero.

Ella pasó llevada en brazos de su caballero; pasó dejando tras sí un perfume incitante, y al pasar, el talle de la mujer rozó levemente el brazo de Marcelo.

Fue un contacto delicioso.

Sus ojos la siguieron.

Los miembros todos de su cuerpo temblaron como tiembla la hoja bajo la dulce caricia de la blanda brisa.

Momentos después los últimos acordes de la orquesta se esparcían en el salón del hotel, y los dos amigos de nuevo juntos pasaron al ambigú, donde permanecieron silenciosos.

Gerónimo parecía estar algo contrariado; la tristeza veíase en los ojos de Marcelo.

Pero ¿cómo penetrar lo que pasaba en el alma de uno y otro? Ambos estaban pensativos. Marcelo, porque acababa de ver una mujer cuyo recuerdo no se borraba un solo instante de su mente; él, que únicamente vivía para su arte, y Gerónimo porque esa noche hacíase la ilusión de bailar mucho con la seductora Angela de M... y que sus esperanzas quizás no llegarían a realizarse.

Gerónimo estaba enamorado de Angela. Hacía ya tres meses que habíala declarado su pasión, y la viuda del malogrado barón de M... no había despreciado las fervientes protestas del joven. Por eso lo vimos acercarse a la hermosa india de ojos azules.

Desgraciadamente había él llegado demasiado tarde, y el *carnet* de baile de la adorable mujer estaba lleno; al menos, así lo aseguraba ella que muy sonreída presentó a Gerónimo un precioso *carnet* de marfil con ricas letras de perlas y rubíes, y en cuyo pergamino se destacaban la corona y el escudo de la casa de M...

Gerónimo recorrió con la vista las dos hojas del precioso objeto; sus ojos se detuvieron en la séptima contradanza. Era un vals; nadie se había inscrito aún.

—Yo hubiese, Angela, deseado bailar con Ud., mi primera contradanza, pero, ya que no he tenido la dicha de llegar a tiempo,

debo resignarme a cojer lo que encuentro, así es, que tomo la libertad de inscribirme para la séptima.

—¡Como para la séptima! —profirió ella— Eso es un imposible, todas están ya comprometidas.

—Dispense Ud. el puesto está desocupado; no veo en él iniciales ningunas y me voy a permitir poner las mías.

—¡Efectivamente! —repuso Angela mirando a su vez— Pues yo creía no poderle complacer esta noche.

Y, sonriendo delicadamente, añadió con cierta malicia que le era propia:

—Ha tenido Ud. mucha suerte y me alegro!

Era algo, pero Gerónimo no quedó satisfecho... Angela únicamente habíale reservado un vals!

Para un amigo era lo suficiente; para un enamorado era muy poco.

AMÉRICO LUGO
(1870-1952)

Ensayista, historiador, jurista. Américo Lugo y Herrera nació en Santo Domingo el 4 de abril de 1870 y murió en la misma ciudad el 4 de agosto de 1952. Discípulo de Hostos, desde muy joven mostró sus aptitudes literarias y su espíritu nacionalista. Su obra se caracteriza por la capacidad analítica e investigativa, la erudición, el estilo depurado. Fue maestro y guía de toda una generación de intelectuales dominicanos y su pensamiento, escéptico y pesimista, ha tenido una gran influencia en numerosos escritores. Por su postura antinorteamericana durante la primera ocupación militar de nuestro país y su digna actitud frente a la dictadura de Trujillo, Lugo se ha convertido en símbolo del escritor incorruptible.

OBRAS PUBLICADAS:

¿Es arreglada al derecho natural la investigación de la paternidad? (1889), *A punto largo* (1901), *Heliotropo* (1903), *Defensas* (1905), *La concesión Ros* (1905), *Ensayos dramáticos* (1906), *Bibliografía* (1906), *Flor y lava* (1909), *La Cuarta Conferencia Internacional Americana* (1912), *El Estado Dominicano ante el Derecho Público* (1916), *La intervención americana* (1916), *Asuntos prácticos* (1917), *Camafeos* (1919), *Por la raza* (1920), *El Plan de validación Hughes-Peynado* (1922), *Lo que significaría para el pueblo dominicano la ratificación de los actos del Gobierno Militar Norteamericano* (1922), *El nacionalismo dominicano* (1923), *Declaración de principios* (1925), *Colección Lugo* (1925), *Los restos de Colón* (1936), *Manifiesto al pueblo y al gobierno de España* (1940), *Recopilación diplomática relativa a las*

colonias española y francesa de la isla de Santo Domingo (1944), *Baltasar López de Castro y la despoblación del norte de la Española* (1947), *Emilio Prud'Homme* (1948). Obras no publicadas en volumen: «*Colección Lugo*» (97 libretas de documentos) publicada en el Boletín del Archivo General de la Nación, «*Cómo murió la Primera República*» (artículos en El Progreso, 1915), «*Historia eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo*» (El Progreso, 1914), «*La Española en tiempo de Fuenmayor*» (Clío), «*Historia colonial de la Isla Española o de Santo Domingo*» (Clío), *Patria* (periódico fundado por Lugo, 1922-1928), *Artículos* (*Listín Diario, Nuevo Régimen, El Progreso, La Cuna de América, Letras, El Tiempo*). *Su Historia de Santo Domingo* (desde 1556 hasta 1608), escrita en 1938, fue publicada en 1952, *Obras escogidas 1* (Fundación Corripio, 1993), *Obras escogidas 2* (Fundación Corripio, 1993), *Obras escogidas 3* (Fundación Corripio, 1993).

DEBEMOS DEFENDER NUESTRA PATRIA(*)

I

Sea cual fuere el grado de aptitud política alcanzado hasta ahora por el pueblo dominicano, es indudable que existe una patria dominicana. Los españoles, al mando, al principio, del Gran Almirante, descubrieron, conquistaron, colonizaron y civilizaron las Indias, y primero y muy principalmente esta maravillosa Isla Española. Entre nosotros, pues, ha brillado la luz del Evangelio, e impreso su belleza el arte y derramado la ciencia sus inapreciables dones, siglos antes que en Washington, Boston y Nueva York. Fuimos y somos el mayorazgo de la más grande entre las nacionalidades de la Edad Moderna. La incipiente nacionalidad lucaya puede simbolizarse en la frágil y como etérea constitución fisiológica del dulce lucayo: pereció y se extinguió con éste sin dejar siquiera un solo monumento artístico o literario que la his-

---

* *Patria*, revista. Primer editorial.

toria pudiese colocar sobre su tumba. Ovando y Ramírez Fuenleal poblaron nuestro suelo de monasterios e iglesias que desde la cumbre de tres siglos miran altivamente a Trinity Church y San Patricio; y de palacios y alcázares soberbios, cuando todavía América, medio sumergida en el seno de los mares y velada la faz por el velo del misterio, casi no era sino un fabuloso cuento de hadas. Santo Domingo de la Mar Océana fue el brazo potente que sacó de las saladas ondas a esta encantadora mitológica Venus del planeta, servicio tan notable ciertamente, y más, si cabe, para la humanidad, y tan español, como la detención del turco en Lepanto, porque ese brazo estaba animado y fortalecido por corazón, cerebro y alma iberos. Ya estaban bien caracterizados los elementos que, andando el tiempo, debían constituir la nacionalidad dominicana, cuando los bravos lanceros del conde de Meneses dieron al traste con el ejército traído por la poderosa flota inglesa de Venables, vengando de terrible modo el ultraje que sesenta años antes había hecho a sus hogares el príncipe de los piratas, sombrío inspirador de la Dragontea. La lucha secular entre las posesiones españolas y francesas de la isla, no hizo sino afianzar en aquellas el espíritu propio, estrechar la comunidad de intereses e ideales y acendrar el amor al terruño. En vano hacían las paces España y Francia allá en la lejana Europa; perpetuaba el estado de guerra en la isla, el odio de los habitantes de la parte española a los intrusos franceses. La primera afirmación incontestable y notable proeza de la nacionalidad o sea del pueblo dominicano como personalidad propia y diferenciada de todo otro pueblo, aún del mismo que es su progenitor insigne, fue la Reconquista, efectuada contra los franceses en 1809: con ella borró con su espada el caudillo dominicano Don Juan Sánchez Ramírez una cláusula festinada y complaciente del tratado de Basilea e impuso a la Madre Patria su amorosa y heroica voluntad. Ese mismo espíritu dió en 1821 un paso hacia la independencia política, aspiración necesaria a toda nacionalidad en formación y que luego de realizada se convierte en condición vital sin la cual el espíritu nacional decae, languidece y muere. La dominación haitiana no logró modificar el genio dominicano ni quebrantar la unidad espiritual; y cuando Duarte preparó los ánimos, el libertador Francisco del Rosario Sánchez dió a su pueblo la independencia política a que aspiraba. Del breve eclipse de la anexión a

España, la nacionalidad salió con mayor pureza y brillo, y de entonces a hoy una más prolongada comunidad de ideales, sentimientos e intereses, ayudada por una mayor cultura y unida al vivo amor al suelo, ha acrecentado en nosotros la solidaridad, vigorizado el carácter, y creado, en fin, aquel modo de ser peculiar que es sello inconfundible y propio de toda personalidad individual o nacional. Aunque abierta la mente del dominicano a toda sana influencia extranjera (v. g. la adopción de la legislación civil y comercial francesa), el fondo de su cultura, aunque todavía deficiente desde el punto de vista político, por el sentido práctico e ideal de la vida permanece siendo española, basada en la lengua, en el culto, en las costumbres, en la herencia, en la historia, en las tradiciones y recuerdos. Asociados en cierto modo a España, si puede decirse así, en la obra, sin igual, del descubrimiento, población y colonización del Nuevo Mundo, desde los primeros días de la invención de América, nuestra misión histórica ha sido gloriosa y útil a la humanidad. De nuestros sentimientos dan cuenta nuestra ejemplar fidelidad a la madre patria, nuestra conducta, tan fina y leal con ella, que poníamos sobre el corazón sus victorias y reveses, y el carácter heroico, noble y desinteresado que se refleja de modo claro y visible en la historia de la República Dominicana. Hemos conservado la civilización que nos transmitió la nación que era, al crearnos, la más adelantada de Europa, y podemos afirmar, nosotros los dominicanos, que somos fieles depositarios y guardianes de la civilización española y latina en América; que somos, por consiguiente, como nacionalidad, superiores en algunas cosas a los norteamericanos ingleses que ahora pretenden ejercer sobre nosotros una dictadura tutelar; y que debemos, finalmente, defender nuestra patria, fundada con crecientes elementos propios de cultura en suelo fértil, hermoso y adorado, con todas las fuerzas de nuestros brazos y nuestras almas.

Abril de 1921.

II

El hombre que no es ciudadano de una patria libre carece de todo valor legal. La personalidad política es tronco y raíz de la per-

sonalidad civil. El Estado da un nombre nacional al ciudadano. El pueblo que se inscribe como tal en los inmortales registros de la Historia, asume el augusto carácter de nación, consagra su personalidad internacional y se eleva desde la baja e insegura situación gregal hasta las dominadoras cimas de la potestad soberana.

Setenta años hace que Francisco del Rosario Sánchez estampó con el troquel de su alma el nombre de la República Dominicana en el cielo de las nacionalidades libres; setenta años hace que el dominicano tiene un suelo libre en que plantar su bandera, un suelo firme en que pisar con seguridad y confianza; un suelo propio para su disfrute y sustento; un suelo patrio, donde levantar sus templos, donde enterrar y honrar a sus muertos, donde formar sencillos y felices hogares que la virtud y la alegría animan y presiden, donde cultivar tranquilamente sus tradiciones, su vocación y su genio.

«Hebreos», es decir, «extranjeros venidos de lejos», que en su propio país todavía no constituyen nación porque sus inmigrantes no hablan el inglés, nos despojan de la corona de la soberanía ganada en luchas heroicas, y nos reducen a la condición de colonos, y nos quitan la tierra feracísima, acaparándola toda por medio de exorbitantes impuestos y de rapaces corporaciones todopoderosas. Verdaderas Compañías de Indias, que se apoderan de los terrenos ajenos y desalojan a los infelices propietarios indemnizándoles después con un fajo de sucias papeletas; y finalmente, y para colmo de desdichas, se intitulan hermanos nuestros, salvadores nuestros, regeneradores nuestros, tutores nuestros, maestros nuestros, cuando, en realidad, nos desprecian profundamente..., ¿qué nos falta, decid, para morirnos de pena y de vergüenza, si no ponemos nuestros cinco sentidos, y toda la luz de nuestra mente, en defender lo nuestro, lo que Dios nos dió con infinita bondad para que lo gozáramos en santa paz y lo transmitiéramos incólume a nuestros descendientes?

Guardar los estatutos nacionales, he ahí la divisa. Nada de partidos, no haya divisiones, abajo banderías. Sólo son dignas de vivir las naciones que proceden con honor. La única fuerza suprema es el derecho, la fuerza injusta no es nada, ni puede nada, ni vale nada, sino ante hombres o pueblos corrompidos o imbéciles. Mejor armado está desarmado, y más invencible es un solo hombre de bien, con sólo la pureza de su corazón, que mil cana-

llas. No hay cañones bastantes potentes para destruir la fortaleza de una conciencia. Adquiramos la de nuestro derecho, y sigamos la senda de la dignidad y el decoro, desasidos de todo vil interés, puesta el alma entera en la patria adorada.

Hay que predicar paciencia a los débiles, a los pobres de espíritu, a los impacientes, a los transigentes, a los que contemplan la posibilidad de renuncias de irrenunciable orden público: esta clase inferior de ciudadanos es la única calamidad temible y verdadera para la República. En estos momentos difíciles para la honra de ésta y su futuro destino, un ratón de casa podría causarnos más daño que el águila de fuera: sus dientes nos roerían en poco tiempo las entrañas, mientras que el ave de rapiña, con todo su poderío, no ha podido hacer otra cosa, durante un lustro mortal, sino revolar inútilmente sobre nuestras desnudas cabe-zas.

Grave, solemnemente, la pública voluntad de la nación dominicana ha resonado al fin y por la vez primera, por órgano del Presidente Henríquez y Carvajal, en los ámbitos mismos del Capitolio de Washington: *Independencia Absoluta, Desocupación Inmediata*. ¿Cómo es posible que haya todavía Juntas Consultivas? ¡Funesta cooperación la de los jefes de partido que ayudan al poder Extranjero de Ocupación a poner mano sacrílega sobre nuestra Constitución y nuestras leyes! ¡Actitud vergonzosa la de aquellos otros jefes que, sin valor para dar la cara, apoyan a la Consultiva! ¡Debilidad inexcusable la de un prelado, notable como tal, que presta su innegable valer representativo a la realización de las abusivas e ilegales pretensiones de Wilson! ¡Evidente falta de claridad de concepto jurídico sobre el caso dominicano y de energía, la de un presidente que hasta ahora había considerado y aún propuesto soluciones incompatibles con el Credo Nacional! ¡Obstinada ceguera de la legendaria Vega Real...! Ya tarda el apartarse resueltamente de toda colaboración con nuestros interventores. Esta colaboración es la única cosa que no acertamos a comprender. Al cabo de cinco años, no podemos ver a un soldado de la Ocupación sin que se nos enciendan las mejillas de rubor.

A pesar de las promesas del nuevo rey de la imperial democracia anglo-americana, nuestra gloriosa República, cubierta de altas sombras, aun no ilumina la triste frente de sus hijos con sus divinos resplandores. Tengamos, pues, el valor del sufrimiento; sacrifiquemos sacrificios de unión y solidaridad. Depongamos a

las puertas del templo de la patria, temor, odio, egoísmo, ambición, interés, y armémonos de fé, de amor y de bondad. Oremos a Dios para ser fuertes y no doblegarnos al poder de las potencias codiciosas e injustas. Y luego juremos no renunciar a lo propio por temor de que nos lo quiten. Resistamos con todas nuestras fuerzas; y si caemos, que sea de un modo digno de nuestros antepasados.

Mayo de 1921.

III

Si no tuviésemos, nosotros los dominicanos, un abolengo más ilustre que los yanquis; si Santo Domingo no fuese la cuna en que se meció la infancia de esos mismos Estados Unidos que desvanecidos con sus montones de oro nos desprecian hoy; si nuestra tierra, la predilecta de Colón, la primera en poblarse, colonizarse y civilizarse en el Nuevo Mundo, no hubiese iluminado y presidido el alumbramiento de cuantas son las sociedades civiles que ahora constituyen naciones en América, tanto con el caudal de sus arcas y el tesoro de sus venas, cuanto con las aulas de su Universidad, los talentos de sus capitanes y la piedad de sus prelados; si Colón mismo, y Cortés y Pizarro y mil guerreros, argonautas y misioneros dignos de ser cantados por Homero e historiados por Plutarco no hubieran concebido y organizado sus empresas en esta isla Española, sacando del corazón de ésta el oro, la firmeza evangélica y el brío heroico necesarios; si Vázquez de Ayllón no hubiese encontrado entre nosotros recursos y elementos para poblar la primera Colonia en el entonces solitario seno de las tierras que habían de ser, andando los siglos, los Estados Unidos de América; si la magnificencia de la ciudad de Santo Domingo no hubiera sido tal que se pudo decir a Carlos V que ella poseía palacios superiores a aquellos en que él se aposentaba; si nosotros no hubiéramos combatido, vencido y rechazado a los abuelos anglo-sajones de estos mercaderes anglo-americanos, cuando desembarcaron, trescientos años ha, en cantidad de ocho o diez mil hombres, en el mismo sitio en que recién desembarcó su gente Caperton; si nuestra historia no fuera tan dramática, tan

heróica, tan hermosa, tan pródiga en grandes y fecundas enseñanzas; si no hubiésemos conquistado nuestra independencia derramando nuestra sangre a torrentes y arrojando, con patricio gesto, bienes de fortuna, patrimonio de las familias, ciudades enteras en la pira ardiente en que se forja, para la frente de los pueblos varoniles, la corona de la libertad; si Sánchez y Duarte y Mella no estuvieran mirándonos desde el cielo con adusto ceño y austero continente, y señalándonos, con diestra extendida e índice severo, la ruta del honor y el deber; cuando tanta gloria, tanto servicio a la comunidad de los pueblos, tanto sacrificio, tanto heroismo, tanto ejemplo ilustre nada significasen ni valiesen a nuestros ojos; cuando después de casi un siglo de marcha, independiente y gallarda, hacia el cumplimiento de nuestro destino nacional, nos fuese dado hacer alto bruscamente, ante el grosero «¡quien vive!» de una nación intrusa y extraña, para deponer ante ella, cobardemente, el cetro de nuestra soberanía; cuando, finalmente, fuera posible aceptar la dictadura tutelar que los Estados Unidos de América pretenden ejercer, a todo trance, sobre nosotros, Patria aconsejaría, exhortaría, conminaría a no aceptarla jamás, primero, porque nuestro espíritu es diferente, segundo, porque la dirección de nuestra educación y cultura es diferente y tercero, porque nuestro carácter es diferente. Poner nuestro gobierno político en sus manos sería darles nuestra dirección espiritual. Hay diferencias características y esenciales entre nosotros y ellos: la adopción de sus leyes, costumbres, etc., nos mataría con la peor de las muertes, la muerte por medio de una lenta degradación, porque para modificar en nosotros el elemento espiritual, que es el verdadero patriotismo, se necesitan siglos. Resistamos, pues, con todo nuestro aliento vital, a la dictadura de Washington. La resistencia es el comienzo de la libertad. Oigamos en el fondo de nuestra conciencia la voz que nos dice: «Sois un pueblo libre ante Dios y ante los hombres, y teneis el derecho y el deber indeclinables de continuar siéndolo. No os dejeis sobrecoger de temor y cobardía ante el poderío de vuestros dominadores. Rechazad la protección que éstos os ofrecen; aceptarla sería la confesión y prueba de vuestra total depravación moral. Las naciones sólo pueden aceptar la protección de Dios. La soberanía de vuestra República es un depósito sagrado que habeis recibido de sus manos. No os pertenece el disponer de ella, muti-

lándola en un vergonzoso tratado, sea por temor, sea por utilidad. Al temeroso, cuando os diga «que los americanos no nos la devolverán completa», respondedle que no se trata de que quieran devolvérosla o nó, sino de que vosotros no teneis facultad para cederla, ni para dejar que os la quiten sin defenderla como hombres; que si los americanos no quieren devolvérosla toda, se habrán convertido en ladrones de aquella parte de soberanía que retuvieren, y que si los dominicanos de la generación actual no tienen la contextura de Sánchez y Duarte, deben al menos comprender que su más elemental deber es protestar contra el robo y acusar al ladrón de su soberanía, hasta que en lo porvenir otra generación más viril reivindique, con la ayuda de Dios, aquello de que ahora con dolo, engaño, fraude y violencia habeis sido despojados. Y a los utilitaristas y gente práctica que os proponen resolver con un criterio de utilidad la usurpación de vuestra soberanía, es decir, un caso de conciencia, de moral, de honor, y dignidad nacional, contestadles que ese criterio estaría bien para [ser] aplicado a la usurpación de los derechos de propiedad de un ingenio de azúcar, verbigracia, pero que resulta mezquino, improcedente y bochornoso aplicarlo a la independencia y soberanía de la República, y que si el caso de ésta hubiese de ser resuelto con un criterio de utilidad, el país se perdería irremisiblemente».

Mayo de 1921.

TULIO M. CESTERO
(1877-1955)

Novelista, político, diplomático, hombre público. Tulio Manuel Cestero nació en San Cristóbal el 10 de julio de 1877 y murió en Santiago de Chile el 28 de octubre de 1955. Muy activo en la política de principios de siglo, fue seguidor del caudillo Horacio Vásquez, de quien llegó a ser secretario particular. Durante varias décadas desempeñó cargos diplomáticos y viajó por muchos países del hemisferio en misiones propias de su trabajo. Se inició con un libro de semblanzas de escritores contemporáneos y algunos cuentos, pero su obra novelística, sobre todo La sangre, *es la que ha servido para situarle entre los primeros narradores de nuestro país.*

OBRAS PUBLICADAS:

Notas y escorzos (1898), *Del amor* (1901), *Por el Cibao* (1901), *Una campaña* (1903), *El jardín de los sueños* (1904), *Citerea* (1907), *Hombres y piedras: al margen del Baedeker* (1907), *Sangre de primavera* (1908), *Ciudad romántica* (1911), *Sangre solar* (1911), *La sangre. Una vida bajo la tiranía* (1914), *Rubén Darío* (1916), *A propósito de la neutralización de la República Dominicana* (1916), *La tragedia haitiana* (1918), *El problema dominicano* (1918), *Los Estados Unidos y las Antillas* (1931), *Colón* (1933), *César Borgia* (1935), *Hostos, hombre representativo de América* (1940).

LA SANGRE

XII

Muy de mañana, Antonio, dejando el lecho, empierna unos pantalones remendados, y, en camisilla, los pies desnudos en holgados chanclos, toalla al hombro, baja del piso alto, en el cual están la sala y los dormitorios, a la planta terrera, compuesta de zaguán, comedor, cocina y cuarto de baño. Provisto de un vaso, lo llena en el tinajero y asomándose por la ventana de la cocina, se enjuaga la boca gargarizando, se frota los dientes con el índice a guisa de cepillo, y escupe las bocanadas al patio. Luego se sienta en la clásica sillita criolla a esperar el café, cuyas borras hierven, cantarinas, en anafe cerca de la puerta.

La suegra preside en el ámbito, flaca, cetrina la rugosa piel de trigueña; un pañuelito blanco anudado en el occipucio, la protege de resfriados, y con ademán cordial le alarga el pozuelo de café tinto, caliente y aromoso. Mientras lo paladea a sorbitos, Antonio examina la estancia. Dos puertas la comunican con el comedor y el patio, una ventana lateral se abre sobre éste, y alta claraboya mira al colindante. En la pared del fondo, el aparador de pino, en cuyos tramos escurren boca abajo la loza a flores, recién fregada, las ollas vidriadas y las pulidas cucharas de higüero. Al lado, en la mesa cuadrilonga, de la misma madera añosa revelando la frecuencia con que el cuchillo raspa las manchas que la afrentan, reposan, recostadas en el muro, las pailas estañadas de hacer dulces, el almirez de piedra y la hachuela de picar carne, el frasco de bija con su muñequita, la higüerita con la sal, cuchillos, tenazas, macetas, bolillos, machetes y otros enseres; debajo de la misma, el pilón de algarrobo de moler café y rajas de cuaba para juntar candela. En un ángulo, el barril del carbón; entre la ventana y la puerta del patio, tiene su sede el fogón: hasta cinco anafes de hierro de diversos tamaños asentados en poyo de mampostería, y detrás de éstos, en fila, reclinados en el tabique, los calderos. De un clavo cuelgan colador de metal, espumadera y *guayo*.

En el umbral de la puerta del patio, la señora en cuclillas, despercude cacharros, faena que abandona para preparar el café de los madrugadores o cuando en el portal suenan la tapa de latón del panadero o las vasijas de la leche. Entonces se escucha su voz

que cuenta: «uno, dos, tres», y reclama, «cámbieme ese mollete que es de ayer», y «éste está blandito como barriga de viejo» o «llene bien la medida», o «esta leche está bautizada y se le ve el azul de la batata». «Eso no es tener conciencia».

Antonio, después de sorber la última gota azucarada, sale al patio y lo revisa con mirada curiosa. Todo está igual. No; ha envejecido también. Es un cuadrilátero, plantado de árboles, cerrado por tres tapias erizadas de fondos de botellas que lo guardan de los rateros. En uno de los extremos medra un humilde jardincillo. La mitad la ocupa el gallinero, cercado de cañas de Castilla atadas con tiras de *yagua*, en el cual ponen y enclocan al amor de un gallo una docena de gallinas, que es fuerza mantener con las alas cortadas. Un *limoncillo* las ampara del sol con sus ramas, y un cocotero, cuyo tronco forma un codo, brinda tribuna a sus estrepitosos cacareos; un casco de tinaja de hierro, el bebedero. Antonio observa complacido una blanca pollona moñuda, que en un pie, en el borde de aquél, se mira coqueta en el agua y lustra con el pico las plumas pectorales. El sultán engalla la cresta cárdena.

En el jardincillo, entre arriates de caracoles marinos, enfloran *mosquetas* y *cienhojas*, espiga el *llantén* y brilla el terciopelo de la *yerba buena*. Hay también hinojo, *salvia* y *závila*, ruda y albahaca, y *túa-túa*, cuyas hojas purgan arrancadas hacia abajo, según decir, y hacia arriba son eméticas, concordándose el placer estético con la utilidad de la medicina casera. En cajoncitos, un geranio escarlata y un clavel de olor, defendidos de la adefagia de las lagartijas, por cáscaras de huevos enhiestas en varillas de coco.

En uno de los ángulos, en cuartucho cobijado de cinc, está el retrete, que infesta el recinto y hasta la misma casa. Aquí y allá; restando dominio al sol, naranjos, guanábanos y limoneros, y por encima de la pared medianera extiende el ancho abanico de sus hojas y carga las hermosas esmeraldas peludas de sus mazorcas un *pan de fruta*, que regala con su sombra el lavadero: una batea de roble sobre un barril vacío, tres piedras carbonizadas y una lata de lejía. De tapia a tapia y de árbol a árbol, dividen el espacio los cordeles de tender la ropa. En la opuesta esquina asienta sus reales el pozo, que surte agua fresca a dos casas. Musgo fino tapiza el brocal de piedra, y de la boca surgen graciosos helechos.

Antonio, asida por la abrazadera la lata que fue de manteca, se allega a él. En el seno profundo espejea la líquida pupila, de la

cual afirma la conseja popular que, el día de San Juan, las muchachas casaderas que se asomen ven retratado el futuro, aquél cuyo nombre será el mismo del primer pordiosero que en tal día haya tocado a su puerta. La mirada escruta la pétrea garganta cavernosa, y el húmedo vaho le penetra. Bienhechora sensación de calma y de poesía le acaricia. El claro ojo le fascina. Se aparta, de súbito, sustrayéndose a un pensamiento: ¡sería tan fácil acabar, dormir para siempre, en la paz de lo hondo del pozo! Rocía el carrillo para que no chirríe, y echa el recado, soga de *majagua* con dos bambúes. Y del pretil al baño acarrea el agua. En el silencio se escucha el raudal vertiéndose en la batea.

En el baño, Antonio, boca arriba, las piernas encorvadas, el tronco sumergido hasta la nuca, goza de la impresión voluptuosa del agua fría. Burbujas le cosquillean por la espalda. ¡Qué delicia! Y pensar que más de un año estuvo privado de ella... Sentado, mientras se estruja la piel hasta enrojecerla y se enjabona copiosamente, dice para sus adentros: «no importa lo que cueste, es urgente que El Homenaje no sea en lo adelante el domicilio de los dominicanos que piensen en voz alta contra el Gobierno, y es necesario también que ésta sea la última revolución», enfrascándose en sus planes de sanear, libertar y restaurar el país.

Con la higüera se empapa la cabeza.

Cuando, de regreso a su cuarto atraviesa por la cocina, la leche que hierve forma una cúpula de nata y se derrama sobre las brasas. La suegra acude presurosa, la trasiega repetidas veces para enfriarla. Antonio se detiene, le interesan estas faenas domésticas, en las cuales descubre la belleza sencilla, y sigue unos instantes el curso del lácteo chorro. Sube las escaleras ágilmente.

En su cuarto encuentra ya listas sobre la cama y en el espaldar de una silla, las ropas, repasadas por la mano amorosa de la mujercita, que está allí, rondando, para ayudarle a vestirse. Le sujeta los pantalones por los bajos para que el pie entre recto, y avienta los cabellos que han caído sobre la pechera. Antonio mata con la esperma de un cabo de vela el filo del cuello, para que las hilachas no le molesten ni el sudor lo ablande. Quiere una corbata roja, expresión de su radicalismo, pero no la posee. Mas, Luisa acude a uno de los hermanos y vuelve con una, flamante, encarnada; ella misma le hace el nudo, y empinándose al final, le besa. ¡Cómo le ama y admira!

Antonio, parte el revólver W. and S., lo aceita, y cargándole lo vuelve a la canana colocada en el costado izquierdo; ceñido el saqué se planta ante el espejo; las solapas caen bien, y en la espalda ni un pliegue. Está un poco estrecho, tanto mejor, así marca las líneas varoniles del tórax, y si huele a bencina, ya cesará en cuanto le dé el aire. Cala hasta las cejas el sombrero de yarey, de alas acanaladas, la copa circuida por cinta negra de dos dedos de ancho, y en el bolsillo de pecho guarda el pañuelo de seda blanco perfumado de *Y'lan Y'lan*. Aún hay más: dos pesos para los cigarrillos. Y en compañía de la esposa, haciendo molinetes con la varita de corozo, baja al comedor, donde le espera un desayuno extraordinario.

El mantel de alemanisco azul, color encubridor, doblado en cuatro, está puesto en una de las cabezas de la mesa de caoba, mueble secular. En un plato, huevo frito y media vara de longaniza; un plátano maduro, de los mentados *dominicos* de los campos de San Cristóbal, asado con cáscara en la hornilla; un pocillo de leche, un pan de corteza dorada, y en un platillo, *medio* de mantequilla. La habitación es adyacente al zaguán. La amueblan un tinajero de pino pintado, base de la piedra musgosa que destila el agua gota a gota a la panzuda tinaja, estregada a diario con estropajo de hojas de guayabo; un cajón alacenado con puertas de tela metálica, en el cual se guardan bajo llave la loza, las golosinas y el azúcar por mor de los muchachos; unas perchas o cosa así, destinadas a las tablas para secar al sol los cajuiles y al mármol para estirar y cortar los caramelos; baúles viejos, sobre los cuales atadijos de ropa recién almidonada.

En torno de la mesa la familia se sienta. El suegro, rechoncho, encorvado ligeramente, con un reflejo de bondad en el rostro rasurado, ha vuelto del mercado a donde él mismo va con la negrita sirvienta a hacer la compra. Todos interrogan, desean saber qué fue lo de anoche. Antonio, entre bocado y bocado, relata el pronunciamiento. A la verdad, se siente mohíno; aunque no lo confiesa, no está satisfecho. El habría preferido una pelea, sangre, los culpables colgados de los faroles, como tremenda lección; pero ¿cómo referir que las piedras vejaron a quienes más de una vez han favorecido a la familia y a él mismo? Del embarazo le sacan tres conmilitones que llegan presurosos. Vienen a buscarle. La cosa está que arde.

—Es necesario que nos reunamos en seguida para constituir una Asociación Cívica, que vele porque no se emplee a los lilisistas. No pediremos nada para nosotros, bien entendido; pero que no se les dé a ellos, porque eso sería injusto, inmoral —dice uno.

—Lo que importa es abrir los ojos y no dormirse sobre los laureles, pues ya hay un complot para reaccionar; en él están metidos hasta el gollete los jefes de San Carlos y Pajarito, y de momento rompen los tiros —noticia otro.

—Eso no lo logran, aunque yo sé que desde esta madrugada están sacando carabinas y cápsulas; pero lo más gordo es que se están llevando el dinero de Palacio para sus casas; los han visto con los claros del día, cargando sacos llenos en un coche —asegura el último.

Don Pedro los ha oído suspenso. El primero ha sido empleado de la tiranía hasta ayer; el segundo, mozo inofensivo, pacífico, excelente bailador; y el tercero, ¡santo Dios! ¡qué transformación tan rápida! de espía y alcahuete le reputaban...

El buen hombre les dice persuasivo:

—Vayan despacio, que hay mucha gente mala, y no deben creer sus intrigas. ¡Qué sacos ni ocho cuartos, si en las cajas no hay más que papeles!

—¡No, don Pedro, usted es muy sano, esta gente es capaz de todo, nosotros los conocemos!

—Vamos, que debemos impedirlo.

—Sí, lo primero es ir a la Gobernación para poner en cuenta a la Junta.

Y los cuatro salen a cumplir el arduo deber de salvaguardar la paz de la ciudad, los dineros del Estado y los servicios públicos.

La magna lucha duró seis días, en los cuales la juventud, ojo avizor hacia San Carlos y Pajarito, veló las armas. Por la Puerta del Conde seguían entrando los lecheros, y la vieja barca cruzaba el río con los pasajeros trafagadores...

Se confeccionó una lista de candidatos a mejorar las instituciones desde las oficinas, y la Junta forcejeaba, vigorizada por la intransigencia de una cabeza dantoniana, contra el asalto de las pasiones irascibles y de los nuevos intereses voraces. Un día, el aire embalsamado por las *pomarrosas* de las sabanas orientales, trajo nuevas explosivas: el jefe revolucionario de esas provincias se proponía entrar en la Capital, con su taifa de

paso tardo, armada de largos machetes y al hombro el saco de yute en que almacenaban frutos y objetos realengos, que no desamparan ni en las marchas penosas ni en las refriegas. La Junta se opone. Vale más esperar a los del Cibao, que sea el triunfo uno solo. En las esquinas, en corrillos, o medio a medio de las calles, los comentarios corren quemantes, manos inexpertas lubrican los fusiles aún oxidados, y a los oídos de la gente moza las canas duchas insinúan:

—¡Cuidado con los del Este, son matreros, ambiciosos y amigos de hacer *coca*! Acuérdense de Santana...

En la tarde del sexto día, por debajo del Baluarte del Conde, pasan los revolucionarios, a lo largo de la empavesada calle de la Separación hasta La Fuerza. En el grupo de jinetes que precede, las manos entusiastas señalan figuras conocidas: el Jefe, alto, cual tallado en mármol, la negra barba en punta; Ramón Cáceres, el héroe, hermoso, jinete insigne, un tanto ladeado, la cara de risa, ¡homérica risa que durante doce años resonará preponderante en la política nacional! Sobre sus cabezas caen pétalos, revuelan los aplausos y aletean las aclamaciones. A su paso, mirando a los balcones engalanados, y a las que en ellos agitan manos febriles, los mal intencionados murmuran: «¡son las mismas que bailaban con el negrito!» y los rapazuelos callejeros, que enantes corrían tras los carruajes en los bautizos rumbosos, tararean las canciones procaces, en las cuales la chusma ha sacudido el lodo de sus chancletas sobre las faldas de seda.

Los soldados de la revolución desfilan, mirando el hembrerío de los balcones, con una palmita de *guáyiga* en los sombreros rotos: es la divisa de las tropas que desde Santiago a la Capital cuentan en su jornada una sola baja: un oficial herido en un muslo por el cuchillo con que hacía rajas una caña.

En los días siguientes, un nuevo espíritu animó la ciudad. Las serenatas a los triunfadores sucedíanse por las calles, los discursos premiaban el esfuerzo de los caudillos. Cada plaza se convirtió en sucursal del ágora, y la palabra *meeting*, importada por un negro autodidacto, graduado de doctor en una Universidad del Norte, que pasea su vehemencia de chistera y levita, cuyo faldones ahueca el viento, se adhirió al vocabulario político. La juventud audaz, encaramada en sillas claudicantes, derrama sobre el pueblo las doctrinas constitucionales de Hostos.

El ejemplo de los Estados Unidos y de Suiza se cita como meta de la democracia. Eugenio Deschamps, recién llegado, lee las cuartillas de sus arengas, y restalla el látigo de siete colas en su verbo indignado, rico en dicterios. Miguel A. Garrido, de gallardo talante, enciende los cohetes de su prosa; Antonio Portocarrero desenvuelve como en un cinematógrafo las visiones de los catorce años de tiranía, y gimiendo con los presos, hace sonar los grilletes y saca de la tierra en que se pudren los cadáveres de las víctimas. Arturo Aybar habla del orden, de la libertad, de la educación cívica, de la necesidad de que los hombres idóneos gobiernen, y del olvido de lo pasado. Y el pueblo, borracho de palabras, palmotea. Algún orador novel alude al sol y al cielo, otro hace cambiar las sonrisas que produjera esta poesía, por un gesto de espanto, anunciando: *¡se maquina en la sombra!* Las miradas se vuelven buscando a los impenitentes lilisistas, y las diestras apuñan bajo las chaquetas las cachas de los revólveres. Los papeles impresos, con títulos alusivos, aumentan: las piedras de la épica noche se han transformado en tipos de imprenta. Se elogia, se insulta. El ditirambo y la diatriba se codean, y al pie de los artículos se leen todos los signos del alfabeto o seudónimos más o menos jacobinos. Se ha descubierto que existía una lista de puño y letra del tirano, en la cual están anotados los que debían morir por el hierro de sus esbirros. Todos están en la nómina, uno explica: «yo porque no le saludaba», otro, «yo porque no le quise aceptar un puesto». En el Jordán de la Revolución zabullen todos, y limpios de culpas, bregan por hacer la felicidad de la Patria.

Portocarrero está asombrado: nunca supo que tuviera tantos admiradores ni la tiranía tales enemigos. En una asamblea lanza su candidatura a Diputado, que sus oyentes acogen con aclamaciones, y levantándose el pantalón, exhibe la mordedura de los grillos, su mejor título para legislar. La candidatura gana prosélitos. «¡Se lo merece y sabrá defender nuestros derechos!», dice la gente. Pero una noche, con gran sigilo, bajo un laurel del Parque, un compañero de la Asociación le confía que el Gobierno Provisional no le apoya, ni tampoco el candidato a la presidencia.

—¡A mí! ¡Eso no es posible!

—Sí, a ti. Dicen que eres muy intransigente, que lo discutes todo, y no eres un hombre práctico, ni tienes ideas gubernamentales.

Mas, el presidente futuro, en una conferencia, le contesta, diciéndole: «Necesito ese puesto para una combinación; usted tendrá otro en mi Gobierno, distinguido y de confianza».

A diario, la prensa registra nombramientos. En los bancos del Parque se despelleja a los agraciados. Ningún mérito se les reconoce. Vientos de *Fronda* desmadejan el ramaje de álamos y laureles. Los vencedores se dividen en dos grupos, igualmente *istas*, roídos de ambiciones indiscretas. Algunos jefes *lilisistas* venidos de las provincias, pasean por las calles, señalados a la burla pública desde los periódicos, con sus panamás alones. Cuando la naciente oposición da en el blanco, la pasión grita en el Parque: «Horacio está que trina, dice que va a desenvainar el *encabao* y a entrar a planazo limpio a *La Bandera Libre*. ¡Usted verá!». En las palabras, en los pensamientos, en los actos, se advierte una sombra: Lilís. Se le niega, se le abomina, se le combate; pero está presente, suena en todas las bocas y obsede las imaginaciones. Es cátedra de política criolla; se repite: «él hacía esto así», o «acuérdense de Lilís que tenía experiencia y sabía en donde apretaba el zapato». Acusación o ejemplo, domina, amenaza. Ese muerto gobierna.

Un día de Noviembre, la levita inglesa abrochada, reluciente el parisiense sombrero de copa, cruzado el pecho por la banda tricolor, el elegido jura la Primera Magistratura. El Metropolitano, bajo las naves de la Catedral, entona el *Te Deum laudamus*. En la tarde, a son de bando, en las esquinas alternas, se lee el Decreto presidencial nombrando el Gabinete. Cada apellido que cae en los labios del pregonero, es presa de las lenguas implacables. En los días siguientes, los cibaeños retornan a sus lares, el Listín Diario continúa publicando las listas de nombramientos, y el Presidente, cuatro veces al día, a zancadas, atraviesa el Parque, un cigarrillo en la boca, los faldones al aire, seguido de dos edecanes, de azul y oro. El pueblo, en tanto, le pone motes chocarreros.

Antonio espera cada día, impaciente, la carta del Presidente anunciándole su puesto. Los compañeros que ya alcanzaron su tajada en el botín, le aconsejan calma. «Don Juan —le dicen—, habla siempre de ti con cariño, y está preparando una combinación. Ten paciencia». Arturo Aybar, ratificado en su Consulado en París, mientras prepara las maletas, enseña a los contertulios del Club a descorchar las botellas de champaña, sin ruido, y sin que el espumante vino se derrame. Los acreedores presintiendo

el fracaso, asedian a Antonio: siempre hay un cobrador de facción en la puerta; otros le asaltan en la calle. La suegra murmura, y él nota un ardor de súplica en las pupilas de su esposa.

¿Qué hacer? De arriba, de abajo, hay algo que le repele. La palabra intransigente, ha sido escrita como un inri sobre su cruz. Los amigos le traen del Palacio consuelos: *el majarete cuajará*. Los periódicos suelen publicar gacetillas, en las cuales se recoge el rumor: «se dice que nuestro querido amigo el brillante periodista Antonio Portocarrero, será nombrado próximamente secretario de Estado de...» En el Palacio se le ha ido descartando poco a poco de todos los cargos. Es un «espíritu de contradicción», han sentenciado. «Tampoco es serio», agregan, «tiene muchos ingleses».

Se rebela contra la sorda, mansa y taimada hostilidad ambiente. ¡Ah! el triunfo para los otros, aun para sus propios contrarios, menos para él, condenado al dolor, a la miseria; acorralado, desconocido, maldito. No, nunca; y airada, incisiva, la pluma rasga las cuartillas.

Luisa, viéndole escribir, le interroga con timidez:

—¿Otra vez?

—Si quieren lucha, la tendrán. ¡Ya sabrán lo que es candela!

Al crepúsculo, descalzos, a trizas la sucia camisa, el rollo de periódicos debajo del brazo, los rapaces vociferan: *El Listín Diario a rial, artículo caliente de Portocarrero*. Las manos les arrebatan el papel, y arrellanados en los bancos públicos o en los mecedores de bejuco, devoran la prosa vibrante, en cuyas cláusulas adquieren las palabras extraño sentido, y producen sensación de fragua. «Pero, este hombre nunca está conforme. ¡Pobre mujer!» —opina uno. «Ese es un despechado» —afirma otro. Los *lilisistas* se soban las manos con gusto, y un Secretario del Despacho, acariciándose las patillas, acusa: «ese huevo quiere sal».

Al día siguiente, se cruzó en la calle con el Presidente: la chistera parisiense y el yarey portorriqueño permanecieron inmóviles en las respectivas testas.

VIGIL DÍAZ
(1880-1961)

Poeta y prosista. Otilio Vigil Díaz nació en Santo Domingo el 6 de abril de 1880 y murió en la misma ciudad el 20 de enero de 1961. Creador del Vedrinismo —movimiento de vanguardia que debe su nombre al aviador francés Jules Vedrines—, que abrió una nueva ruta en la poesía dominicana de este siglo. Pese a carecer de seguidores, Díaz se distinguió por la audacia formal y la búsqueda de soluciones escriturales renovadoras. Fue pionero en el empleo del verso libre en nuestro país, así como de toda clase de piruetas verbales que no anulaban el efecto sonoro de su prosa poética. Cultivó también la narrativa, campo en el que dejara un libro de cuentos.

OBRAS PUBLICADAS:

Góndolas (1912), *Miserere patricio* (1915), *Galeras de Pafos* (1921), *Del Sena al Ozama* (1922), *Orégano. Cuentos criollos* (1949), *Música de ayer* (1952), *Lilís y Alejandrito* (1956), *Vigil Díaz/Zacarías Espinal: Obras* (Estudio y notas de Diógenes Céspedes; compilación de Diógenes Céspedes y Andrés Blanco Díaz) (2000).

ORÉGANO. CUENTOS CRIOLLOS

SARAMAGULLÓN

Para el Lic. José María Landestoy, Rosa-Cruz

Su nombre verdadero, porque no tenía patronímico, era *Higinio el de Cunda*, ya que era hijo de Seña Cunda, una vieja Capellana y plañidera, por más de tres cuartos de siglo, en las salidas de los rincones. Le decían *Saramagullón*, por remoquete, y más bien se sentía halagado, por esa recóndita y sincera voluptuosidad de los cínicos, cuando le descubren la manquera.

Saramagullón era el producto quintaesenciado de la *rata política de sabana*, del sinvergüenza político del campo, que es mil veces más sinvergüenza y más peligroso que la rata política de la ciudad.

Durante la paz, vivía de hacer fullerías en los jueguitos y galleras, vendiendo animales ajenos. En las guerras civiles, cuando «*Concho Primo*», se volvía loco tirando tiros, pillando y matando, se metía en el pueblo, *ahí con el Comandante de Armas*, buscándole muchachitas, contándole cuentos indecentes. Siempre dormía fuera de la zona militar, o donde una u otra comadre de sacramento. Nunca se le vió hacer una guardia, y mucho menos salir a una operación, pero eso sí, él era el primero que cogía su ración, *su mamana*, como decía él. Con los americanos estaba lo que se dice a su gusto, delatando a todo el vivo, vendiéndole bestias y novillos mostrencos, y recogiendo las sobras suculentas de las cocinas asiáticas en sus campamentos, sobras que él se las vendía al Síndico y al Cura, que nunca le faltaban uno o dos marranos en pocilga, en ceba.

Una mañana, ya con los arreboles de la Aurora sobre la testa de la *loma de Fiofió*, nosotros que íbamos para adentro, y él que venía arreando duro para llegar tempranito al pueblo, a jartarse de noticias y a cumplir su desdorosa función de espía del Ejército de Ocupación, a llevar a la horca, a la candelada o al patíbulo a algún campesino laborioso y honrado, enemigo personal de él, por pícaro, por mañoso y vagabundo.

—Ofrécome, Don, ¿a uté cómo le ha amanecido? Yo sí que jacía tiempo que no lo vido. ¿Uté no etaba qui veidá? Segurito que jandaba por los jestranjeros, dígame una cosa, *¿poi qué no ha dío a*

casa? ¿Uté ve esa loma azulininga, en esa no, en la que etá atrá, e en la que vivo agora yo. Vaye pa que venga caigao. Cuando yo llegué a ese lugai, Don, llegué lo que se dice *inactuai, pelaíto, lo que se dice ai pelo.* Pero me enamoré de una muchacha lo que se dice buena de a veidá. *Ei Taita me jacía la guerra, pero lo agarré cacho y quijá, y a lo último, pa no cansailo, ei Taita era el que etaba enamoraíto de mí, y me casé, sí Don, me casé.*

Saramagullón apoyó el dedo gordo en la agarradera y descansando en el muslo derecho todo el cuerpo, en la cabeza del aparejo, listo para echar una plática tendida, dispuesto a comerse un barril de sal de Neiba, de hombre a hombre, como decía Lilís, me interrogó así:

—Dígame, Don, ¿y qué se dice de política *puayá*? Háble me franco, que *uté* sabe que yo soy un hombre que lo que me dicen, no se me *sale dei pecho manque me fusilen.* Don, tenga confianza en mí, que uté sabe muy bien que yo soi un hombre dei Gobieino, amigo de la paz y *dei oiden.*

Queriendo nosotros ponderar la canallería política hasta donde era capaz de llegar, en la zambullía *Saramagullón*, la cínica y práctica rata política de sabana que teníamos por delante, le contestamos:

—Higinio, la cosa por la Capital está complicada e indescifrable, muy indecisa.

—*Muy ocura y meturá, ¿veidá Don...*

—Sí, Higinio. Sin embargo, yo creo que el que se tercia la *Mulata* es Don Horacio, primero, y si no es Don Horacio es Don Juan, uno de los dos.

—Yo le diré, Don, esos viejos bueyes son los que más jalan, y nosotros los dei campo y hasta los *mesmos* de la ciudad estamos con ellos. Son hombres *baibúos*, hombres de peso para *podei trabajái*, y por eso *toiticos etamos con ellos en cueipo y aima.* ¿Y qué más se dice, Don?

—Se dice, Higinio, y es bueno que tú lo sepas, que los americanos, *los blancos, blancos*, a quien van a poner es a Don Pancho Peynado.

—Le diré, Don, si las cosas son jechas a coidei, a ése es al que debían *trepai* en la *silla*, ya que ei fue el que nos sacó *casi ajogao dei chaico* en que etábamos metío. *Sí, fue ei que jizo ei documento*, y si lo trepan, *mejoi pa nojotros* los hombres dei campo que necesitamos trabajai. ¿Y qué otra cosa se dice, Don?

—Bueno, Higinio, en la Capital aseguran los intelectuales, *los sabios*, los que quieren *orden, cordura, administración*, que el blanco que ha venido está decidido por Chicho Vicini.

—Don, ese sí es el *hombrecito* que me *guta* de *a veidá, poi apretao*, ése los mide a *toiticos* con la mesma vara, para él no hay blancos ni prietos, pobres ni ricos, y además tiene la muñeca dura, y eso es lo que necesitamos los hombres *dei campo*, para *trabajai*. ¿Y qué má se dice, Don?

—La política, amigo Higinio, tiene sorpresas inesperadas, y te digo esto, porque algunos interesados aseguran que el que se terciará la *Mulata*, es Don Federico Velázquez, porque es uña y carne del Ministro americano. ¿Qué te parece, Higinio?

Si ese *flaco coge la jáquima, poi mano dei diablo*, se acabaron los mañosos y los jaraganes, yo se lo aseguro, Don, que *toiticos etariamos con ei*, poique lo que necesita la República es un hombre recio y *oiganizao de a veidá*.

—Te puedo decir algo más, Higinio. Hoy hacen precisamente ocho días, cuando pasé por el batey del Ingenio Quisqueya, le oí decir al sereno de la Casa de Calderas, uno que dizque fue Coronel del *Estado Mayor* del General Desiderio, que él daba papeletas a cabos de túbanos a que el que se terciaba la *Mulata* era Desiderio. Yo me sonreí de esta monstruosidad, y por poquito, si no me disculpo, si no ando a tiempo, me da un maquinazo.

—Le diré, Don, si los que lo ponen son los blancos, no les falta razón, *poique pa que ese pollo de guinea de La Línea* esté de sabana en sabana y de monte en monte, jeringando día y noche, que se la dén, y así se acabarán las malditas revoluciones, y toiticos podemos trabajai, que es lo que necesitan los hombres dei campo.

Higinio, abatido por la marrulla, el cinismo y el utilitarismo, inclinado sobre el aparejo, apoyado en la aguantadera, miraba para el suelo trazando signos desordenados en la tierra blanda y fresca, humedecida por el rocío, con el varejón de azotar su bestia, aspirando con granujienta voluptuosidad, la onda de mariguana que le poníamos en las narices.

—Bueno, mi estimado Higinio, ya te hemos dicho muchas, pero muchísimas cosas, ahora, yo quiero que tú me digas a mí, solito, si las cosas se aclaran y se enderezan, ¿con quién estarás tú?

Súbito, como si los fatídicos jinetes del Apocalipsis, hechos instintos, picardía política, sentido práctico, le hubieran pasado por la médula y el cerebro, se reajustó en el aparejo, se afianzó en la agarradera, embridó bruscamente la bestia, relojeó de nuevo la dilatada y solitaria sabana, y casi dentro del oído, con el brazo sobre mi hombro, díjome:

—Don, si regla vale, *mientras éto se aclara de a veidá, yo etoi con la plaza, con los blancos, en cueipo y aima.* No deje de *pasai poi casa,* cristiano, que nosotros lo queremos lo mesmo que familia.

Clavó espuelas, y se perdió, como por ensalmo, detrás de una mata fresca y verdecita como una esmeralda.

El negro Martín Fulgencio, mi leal, noble e instintivo escudero, que se había parado a mi grupa, y que había oído nuestra plática, rompió bruscamente su silencio y exclamó en un arranque de indignación:

—Ese sí es un hombrecito tupío, yo lo conozco, es más sinvergüenza y adulón que un perro sato, más ladrón, que un gato barcino.

El sol como un payaso obeso, hipertensivo, rojo, irradiaba, sonreído, trepado sobre los picachos de la loma *Fiofió,* su luz matinal, tibia acariciando los aljófares de la sabana.

RAFAEL DAMIRÓN
(1882-1956)

Narrador, poeta, dramaturgo, periodista, diplomático. Nació en la ciudad de Barahona en 1882 y murió en Santo Domingo el 6 de enero de 1956. Desempeñó distintos cargos en las cámaras legislativas y en el cuerpo diplomático y consular. En las páginas del Listín Diario *publicó una serie de artículos de índole satírica que luego recogería en dos volúmenes bajo el título de Pimentones. Como poeta cultivó la criolla, composición de carácter popular que empleó con destreza, dejando cuadros de la vida campesina sureña. Tuvo gran acogida como autor dramático, sobre todo por sus comedias. En el campo de la narrativa escribió numerosas novelas y crónicas. Su novela* La cacica *fue premiada en el concurso celebrado en ocasión de conmemorarse el Primer Centenario de la República.*

OBRAS PUBLICADAS:

Del cesarismo (1911), *Monólogo de la locura* (1914), *Alma criolla* (1916), *Como cae la balanza* (1921), *Mientras los otros ríen* (1921), *La trova del recuerdo* (1921), *La sonrisa de Concho* (1921), *Estampas* (1921), *¡Ay de los vencidos!* (1925), *La caída del cacique* (1937), *Pimentones. Artículos de humor y sátira política* (1938), *Revolución* (1940), *La cacica* (1944), *Hello, Jimmy* (1945), *Huerto remoto* (1945), *Despropósitos de un impostor* (1946), *De soslayo* (1946), *Cronicones de antaño* (1949).

LA CACICA

CAPÍTULO I

Designado para representar la iglesia en el pequeño poblado de Hato Mayor del Rey, el Presbítero don Alejandro Sepúlveda, que desde dos días antes había salido de la Capital, ganaba, bajo un aguacero torrencial, el fangoso camino que atravesaba la sabana de Los Hatillos.

Miedo infundía aquella soledad sin término, y la posibilidad de que la noche se echara sobre el llano en donde era difícil encontrar un árbol para guarecerse, y mucho más, un bohío hacia donde dirigirse en busca de hospitalidad. A cuatro metros de distancia, cuando la tormenta arreciaba, era imposible distinguir lo que pudiera ser en aquellos alrededores. Alguna res, casi inmóvil, como con la piel encogida para defenderse del viento y del agua, era lo único que rompía la monotonía agobiante de aquel hato en donde vivían las manadas de bovinos realengos que allí nacieron y crecían, como sobre auténtico pasto de sus dueños.

El Padre Sepulveda, sin más compañero que su criado, siempre retrasado en estos menesteres de viandantes, volvía intermitentemente la cabeza para cerciorarse de que su compañero no se había perdido en medio de aquel insoportable tiempo que no daba visos de poner fin a su furia.

El paraguas característico de su talante de prudente Representante de Dios, de nada servía, y con todo, lo mantenía abierto sobre su cabeza, encima de las anchas alas de su sombrero de duro fieltro, de manera que la lluvia hiciera dos escalas antes de llegar a invadir la sagrada tonsura que coronaba su testa de pastor.

Cada vez que un trueno retumbaba, después del amenazante zig-zag de luz que parecía agrietar el firmamento, Padre y criado, se santiguaban, las cabalgaduras paraban las orejas, y a no ser por su perfecta doma, se habrían soltado a escape enloquecidas por el miedo.

Los cálculos de estos peregrinos no debían fallar, y esperaban estar en Hato Mayor del Rey con la tarde de aquel día. Sin embargo, Ildefonso preguntaba como rubricando la señal de la cruz que le imponía cada relámpago.

—Padre, ¿estamos muy lejos todavía?

—No, hijo, no, antes de anochecer estaremos desensillando.

E Ildefonso agregaba:

—Dios lo quiera Padre ...

Y la lluvia seguía con su ritmo desalentador. Aquellos caminos estrechos, que parecían ríos inmóviles y profundos, se bifurcaban en veredas que fácilmente hacían perder el rumbo a los viajeros no bien orientados.

La fauna que por allí vagaba, compuesta de caballos, asnos, cabras, carneros y reses, cubría regularmente el mismo itinerario en sus andanzas libres, y trazaba caminos y trillos que confundían, y que lo mismo conducían a una aguada, que a un pasto reverdecido.

Pero el Padre Sepúlveda, que había pedido sus monturas a un conocido traficante de comercio del poblado hacia donde iba dirigida su misión, confiaba en el instinto de sus dos cabalgaduras para llegar seguro a la casa del Sacristán, que precisamente, sería, a su vez, quien lo ayudaría en el ejercicio de su Ministerio.

Y ya con los últimos reflejos de aquel día, muy opacos por cierto, divisó, entre sombra y luz, las primeras viviendas de aldea.

Aún cuando lloviera, y aún cuando pareciera que nadie se enterara, después del Sacristán, de su presencia allí, se oyó en el templo un simbólico repique de campanas que anunciaba la presencia del Representante de Dios en el seno de aquella sociedad cristiana.

Como era costumbre, el repique de las campanas fué repetido tres veces.

Ya en la Sacristía, empapado hasta lo más recóndito de su levítica indumentaria, exclamó el Padre Sepúlveda:

—Demos gracias al Señor por habernos conducido con bien a su casa acogedora.

Cambiándose de ropas entregó al criado la sotana, el sombrero y el paraguas, con esa calma beatífica que tanto luce a quienes tienen aprendidas todas las filosofías de la paciencia humana.

* *
*

A pesar de la hora y del tiempo, cundió por el poblado la nueva de la presencia del Padre Sepúlveda, y todos los feligreses se

impusieron la obligación de asistir a la primera misa de la mañana siguiente.

El arribo de este buen Presbítero a aquel poético poblado, era como una cura moral que se ofrecía a la inconformidad de los fieles que de manera casi violenta, habían insistido en la sustitución de su antecesor, por espacio de cinco años, Director allí de la Grey del Señor. Mientras más reducida es una Sociedad, más ardiente es la fragua en que se alimentan las pasiones, las intrigas y las murmuraciones. Quiere todo pequeño vecindario, que las personas que son destinadas a conducir intereses morales en su seno, actúen del modo que cada quien considera a su capricho, y como resulta impracticable satisfacer la enorme disparidad de conceptos que pretenden imponerse, quien no tenga una fuerza material con que acallarlos, será víctima de las más deprimentes angustias. No eran pocos, pues, los que antes que el Padre Sepúlveda y sus compañeros, habían ocupado la dirección de aquella parroquia, siempre hostilizados por la implacable insidia de aquellos, que, o se discutían sus preferencias, o procuraban su parcialidad.

Después de largas y reflexivas indagaciones, escogió el Arzobispado al bondadoso Padre Sepúlveda, que era en verdad, todo paciencia, todo persuasión, y todo rectitud. Además, una inteligencia poco común entre los de su sagrada profesión.

A las cuatro de la mañana, ya con el cielo limpio, lleno de estrellas que se reflejaban en toda la amplia humedad del llano, comenzaban las campanas de la iglesia a avisar a los fieles la celebración de la primera misa; luego, y con un amanecer que prometía diáfana luz de sol, se ofrecería otra, cantada, en obsequio de los fieles de mayor rango. Habría, también, Sermón.

Todo, como se había prometido, resultó a las mil maravillas. El incienso olía mejor; los fieles se buscaban con las miradas como para ratificar su unánime satisfacción frente a los santos oficios, y oyeron, entusiasmados, las palabras simbólicas que sobre el amor entre los hombres, les dirigía el Padre Sepúlveda, evocando las cristianas prédicas del Señor.

Luego, fue repartido pan eucarístico entre los fieles que recibían de hinojos la absolutoria y saludable primicia de Dios, y hasta que no volvieron a sonar las campanas, todos permanecieron en el templo.

Comenzaba, pues, para el reverendísimo Padre Sepúlveda, la obligación de apañar su cayado de pastor para conducir aquel rebaño de almas que en él ponían la esperanza y la fe, como en Dios, el poder de los milagros.

Con los días fué adquiriendo, este bondadoso misionero, prerrogativas que espontáneamente le conferían todos aquellos que de él esperaban los mayores privilegios morales. Miembro del Honorable Ayuntamiento; Presidente de la Benemérita Protectora de la Iglesia; Presidente de la Junta de Ornato, y Tesorero de la Hermandad Católica.

Abrumado por estos honores, y queriendo, en alguna forma reciprocar testimonios de tanta confianza, creó el Padre Sepúlveda una escuela de enseñanza primaria de la cual sería su Director honorario, disponiéndose, así, a devolver con enseñanzas útiles, todas aquellas pruebas de cariño que sin límite le habían dado los habitantes de la aldea.

Noticia de tanto aliento circuló por los campos aledaños a Hato Mayor del Rey, y no fueron pocos los padres que solicitaron la inscripción de sus hijos en la lista de los escolares que habrían de formar la "Escuela del Padre Sepúlveda", como así denominaron a este nuevo centro educativo que abriría sus puertas sin distinción de clase en aquella localidad.

El Padre Sepúlveda tuvo que suplicar, a la generosidad de sus discípulos, suspender la obligación que se habían impuesto de ofrecerles regalos todos los días en nombre de sus padres. No quería el escrupuloso y sincero protector de la infancia que se pretendiera sobornar en forma tal su buena disposición por la enseñanza en aquel medio.

Y la escuela fue ciertamente a modo de un faro encendido en medio de la noche que desde mucho tiempo mantenía a obscuras el pensamiento y la vida de aquella región.

Dedicado así a los santos oficios y a la cultura, el Padre Sepúlveda llegó a ser la confianza de toda la Grey. Su intervención era solicitada para todos los litigios. Una decisión suya, era cosa que nadie discutía. Cuando el Padre Sepúlveda lo dice, ha de ser verdad. concluían cuantos a él recurrían en sus diferencias.

Y no era sólo en las divergencias de orden material que se procuraba su intervención, si que también, en muchas cuestiones de orden moral que su discreción guardaba lejos de las intrigas particulares.

Hato Mayor del Rey encontró en el Padre Sepúlveda, su mejor guía, su más clarividente conductor.

* *
*

En los alrededores de aquellos predios tranquilos que los Amparos Reales repartieron entre cuatro familias , algunas personas que gozaban de gran fama por la holgura de su economía, y por el tradicional prestigio de sus ancestros, se distinguían, los unos, por la abundancia de su ganado, los otros, por las riquezas de sus fundos, o por la extensión de sus hatos.

Ricos en onzas de oro, que guardaban enterradas debajo de las piedras, cada uno de ellos era a la manera de un cacique cuyo gobierno aceptaban todos los insolventes trabajadores de su vecindad.

El cacique era el único agente de comercio; el único criador. La marca de su posesión, lo mismo en la señal de la oreja de su ganado, que en el signo que dejaba impreso el hierro candente que estampaba sus iniciales en la piel de las bestias, eran tan respetados y tan sagrados, como implacable el castigo que se imponía a quienes, audaces, se atrevieran a poner manos para alterarlas, o las robaban en beneficio de cuatrerías condenables.

Los triunfos políticos, la decisiva victoria de unas elecciones para representar en el Congreso de la República la Provincia de que era parte principal esta región de Hato Mayor del Rey, dependía, con mucho, de la cooperación de estos grandes terratenientes. Eran ellos la concurrencia de todas las voluntades; la balanza electiva habría de inclinarse del lado que su voluntad prefiriera.

Recuas de distintas cabalgaduras cruzaban los inmensos llanos de este lado de la República, conduciendo frutos, o trayendo mercancías de la ciudad Capital. Peones armados con sables de empuñaduras de cuerno, recamadas de espejos y falsas pedrerías, guiaban estas caravanas por encima de las cuales se oía el estallido intermitente del largo látigo que excitaba los nervios de las monturas. Entre los *furoles* de la silla de montar, y en el ángulo de las piernas del jinete, se destacaba el plateado *remitín* que garantizaba el éxito de estas incursiones, contra posibles, aunque muy raras contingencias.

En aquel ambiente, que en otro país hubiera sido de pastores, vivía el hatero madrugador que sabía otear entre breñales confusos el sitio de las vacas recentinas, y curar el ombligo de los becerros con los misteriosos sortilegios de una cruz, un credo y un ensalme sobre la huella que encontraba en la tierra seca.

Conocía el rumbo habitual que trillaban las *puntas* de ganado por aquel reverdeciente aprisco, y no olvidaba la querencia de aquellas que, a la hora de los reclamos de su especie, vagaban errabundas en busca del toro bravío que habría de fecundarlas.

El hato huele siempre a vida sana. Lo ancho del paisaje hace soñadores a quienes han vivido forzados a la contemplación. La lucha entre bestias, la obligada imposición de la inteligencia contra las diferentes fuerzas brutales que se oponen a sus designios, hace del hatero un hombre sin miedo, con masculinidad, forma, y expresión de dominio. Domar un potro, enlazar un toro, enfrentarse a una manada enloquecida por el pánico, es cosa de hombres que no admiten apocamientos, ni vacilaciones.

Por eso, del hato ha surgido siempre un gran guerrero, y su vida de libertad ha sido tan propicia al esfuerzo de toda lucha titánica en la historia de la República.

El hatero no tiene hora fija para comer, lo hace, cuando las circunstancias le son favorables a una tregua para ello. En su cotidiano monteo, lo mismo puede ser sorprendido por la noche a muchas leguas de su casa, que por el medio día, en donde no haya frutos ni agua para calmar su hambre y su sed. Ya lo hará cuando regrese, —piensa— y sigue con su lazo terciado al hombro, hasta encontrar lo que busca, en cualquier jalón de la sabana.

El antiguo habitante de estas regiones llevaba siempre enrollada a la cintura una *colch*a de color encendido para defenderse de las reses bravas que solían salir a su encuentro, y que con la habilidad de un diestro las burlaba, o rendía, en medio de la sabana.

Y si tales fueran sus afanes, ¿cuáles no serían sus pasiones? Nobles, y fuertes.

Mezcla de orgullo y convicción de potencia individual.

Fanáticos en su religión, todo lo confiaban al poder divino de la virgen de la Altagracia, que allá, en otro poblado cercano, hacía milagros y cuidaba de la felicidad de todos los creyentes.

De ahí, que un Ministro de Dios fuera el más adecuado pastor de almas en este interesante pedazo de la isla.

La confesión del hatero era leal, y nunca la llevaba al corazón del representante de la Iglesia, sin que su secreto fuera fruto de la verdad y del anhelo de estar siempre dentro de sus mandamientos.

El Padre Sepúlveda, relacionado ya con todos los vividores de esta comarca, sabía ver a través de cada una confesión, el alma de quien la depositaba en su bondad. De modo, que no le fué difícil hacer de la pequeña escuela que había instituído, un centro fácil para combatir el analfabetismo que mantenía a estos pobladores tristemente alejados de la cultura humana.

En su casa particular, en donde él recibía visitas a la hora en que ya habían terminado sus sagrados oficios, se reunían los padres de sus discípulos, recibiendo de su serena palabra toda clase de esperanzas para el porvenir de las nuevas generaciones. Era el Padre Sepúlveda, el eje central de todas las aspiraciones de la sociedad que lo rodeaba.

A treinta leguas de la ciudad Capital no era fácil estar orientado del movimiento de una civilización, que hasta en la misma urbe central, se esparcía maculada de prejuicios.

Sólo los que tenían la obligación de mantener relaciones constantes con los pobladores del interior de la República, se arriesgaban a las penalidades de un viaje lleno de irremediables peripecias.

Ser enviado a la parroquia de Hato Mayor del Rey en el año 1890, era aceptar una misión heroica, y el Padre Sepúlveda, a la manera de los antiguos misioneros, era ya en su sede, sólo pensando dejar allí, a la hora de su regreso, un recuerdo digno de su espíritu hecho para el bien de los demás.

Y así, con su dulce mirada fija siempre en la cúspide del campanario de la iglesia, sentía deslizarse los días, con esa sonrisa beatífica que le era tan peculiar en los instantes en que sólo se movía en su alrededor el *cernícalo* gris que revoloteaba hasta dormirse en los brazos de la cruz que sobresalía de un ángulo del templo.

Los resultados de su escuela eran positivamente halagadores. No había sido infructuoso su empeño, y ya a los seis meses de asidua labor, muchos de sus discípulos sabían leer y contar con precisión.

Satisfecho y ufano habló de ello en un sermón, y dió gracias a Dios por haberlo iluminado de tal suerte.

Aquellos niños que sólo sabían calcular de la manera rutinaria que aprendieran de sus mayores, con un puñado de granos que les servían para sumar por docenas los frutos que eran objeto de comercio, ya hacían uso de un lápiz y un papel para la realización de sus negocios.

Si para sus padres este progreso significaba algo que colmaba su comprensión, para el Presbítero Sepúlveda, esto constituía una satisfacción que lo enorgullecía. Era el bien repartido como Dios manda: por Amor.

Y ésto, que fué el inicio cierto de una nueva norma de vida entre los munícipes, dio vida a otras escuelas, alientos de mayor orientación que tendieron a transformar la vida de aquellos lugares ricos, cuya naturaleza era tan noblemente utilizada por el trabajo.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA
(1884-1946)

Humanista de vasta erudición, filológo, crítico literario y maestro de varias generaciones de intelectuales hispanoamericanos. Pedro Henríquez Ureña nació en Santo Domingo el 29 de junio de 1884 y falleció en Buenos Aires el 12 de mayo de 1946.

Vivió en México, España, Estados Unidos y Argentina, países en los que ejerció una decisiva influencia en el ámbito cultural y académico, sobre todo en las áreas de investigación literaria, la docencia y la crítica. En Argentina, donde residió cerca de veinte años, dejó una legión de discípulos y seguidores que lo admiraban por la solidez de sus conocimientos, y lo respetaban y querían por su autoridad moral y su generosidad.

Llamado por el dictador Rafael L. Trujillo para desempeñar el cargo de Superintendente General de Enseñanza en la República Dominicana, estuvo en Santo Domingo entre 1931 y 1933.

En España formó, junto a Menéndez Pidal y un nutrido grupo de intelectuales, el Centro de Estudios Históricos. En México promovió la creación de la Escuela de Altos Estudios en la Universidad de México. En La Plata y Buenos Aires produjo una admirable labor de investigación filológica y literaria. La muerte le sorprendió un día en que abordaba el tren para dirigirse a su cátedra en La Plata. Dejó una obra extensa y variada.

OBRAS PUBLICADAS:

Ensayos críticos (1905), *Horas de estudio* (1910), *La enseñanza de la literatura* (1913), *Tablas cronológicas de la literatura española*

(1913), *Traducciones y paráfrasis en la literatura mexicana de la época de la independencia* (1913), *Don Juan Ruiz de Alarcón* (1913), *Estudios sobre el Renacimiento en España: El Maestro Hernán Pérez de Oliva* (1914), *El primer libro de escritor americano* (1916), *El nacimiento de Dionisios* (1916), *Literatura dominicana* (1917), *Las nuevas estrellas de Heredia* (1918), *Antología de la versificación rítmica* (1919), *El endecasílabo castellano* (1910), *Reseña de «American Literature in Spain»* (1920), *La versificación irregular en la poesía castellana* (1920), *Rubén Darío y el Siglo XV* (1921), *Observaciones sobre el español en América* (1921), *En la orilla: Mi España* (1922), *Romances tradicionales en México* (1924), *El supuesto andalucismo de América* (1925), *La utopía de América* (1925), *Apuntaciones sobre la novela en América* (1927), *El libro del idioma* (1927), *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), *Notas sobre literatura inglesa* (1928), *Cien de las mejores poesías castellanas* (Selección y prólogo, 1929), *El lenguaje* (1930), *Aspectos de la enseñanza literaria en la escuela común* (1930), *Sobre el problema del andalucismo dialectal en América* (1932), *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* (1932), *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo* (1936), *El español en Méjico, los Estados Unidos y la América Central* (1938), *El enigma del aje* (1938), *Para la historia de los indigenismos* (1938), *Gramática castellana* (en colaboración con Amado Alonso, 1939), *Plenitud de España* (1940), *El español en Santo Domingo* (1940), *La literatura en los periódicos argentinos* (1944), *Literary Currents in Hispanic America* (1946; versión española, 1949), *Páginas escogidas* (1946), *Poesías juveniles* (1949), *Obra crítica* (1960), *Obras completas* (X tomos, 1976-1980).

PATRIA DE LA JUSTICIA

Nuestra América corre sin brújula en el turbio mar de la humanidad contemporánea. ¡Y no siempre ha sido así! Es verdad que nuestra independencia fue estallido súbito, cataclismo natural: no teníamos ninguna preparación para ella. Pero es inútil lamentarlo ahora: vale más la obra prematura que la inacción; y de todos modos, con el régimen colonial de que llevábamos tres siglos, nunca habríamos alcanzado preparación suficiente: Cuba y Puerto Rico son pruebas. Y con todo, Bolívar, después de dar cima a su ingente obra de independencia, tuvo tiempo de pensar,

con el toque genial de siempre, los derroteros que debíamos seguir en nuestra vida de naciones hasta llegar a la unidad sagrada. Paralelamente, en la campaña de independencia, o en los primeros años de vida nacional, hubo hombres que se empeñaron en dar densa sustancia de ideas a nuestros pueblos: así, Moreno y Rivadavia en la Argentina.

Después... Después se desencadenó todo lo que bullía en el fondo de nuestras sociedades, que no eran sino vastas desorganizaciones bajo la apariencia de organización rígida del sistema colonial. Civilización contra barbarie, tal fue el problema, como lo formuló Sarmiento. Civilización o muerte, eran las dos soluciones únicas, como las formulaba Hostos. Dos estupendos ensayos para poner orden en el caos contempló nuestra América, aturdida, poco después de mediar el siglo XIX: el de la Argentina, después de Caseros, bajo la inspiración de dos adversarios dentro una sola fe, Sarmiento y Alberdi, como jefes virtuales de aquella falange singular de activos hombres de pensamiento; el de México, con la Reforma, con el grupo de estadistas, legisladores y maestros, a ratos convertidos en guerreros, que se reunió bajo la terca fe patriótica y humana de Juárez. Entre tanto, Chile, único en escapar a estas hondas convulsiones de crecimiento, se organizaba poco a poco, atento a la voz magistral de Bello. Los demás pueblos vegetaron en pueril inconciencia o padecieron bajo afrentosas tiranías o agonizaron en el vértigo de sus guerras fratricidas: males pavorosos para los cuales nunca se descubría el remedio. No faltaban intentos civilizadores, tales como en el Ecuador las campañas de Juan Montalvo en periódico y libro, en Santo Domingo la prédica y fundación de escuelas, con Hostos y Salomé Ureña; en aquellas tierras invadidas por la cizaña, rendían frutos escasos; pero ellos nos dan la fe: ¡no hay que desesperar de ningún pueblo mientras haya en él diez hombres justos que busquen el bien!

Al llegar el siglo XX, la situación se define, pero no mejora: los pueblos débiles, que son los más en América, han ido cayendo poco a poco en las redes del imperialismo septentrional, unas veces sólo en la red económica, otras en doble red económica y política; los demás, aunque no escapan del todo al mefítico influjo del Norte, desarrollan su propia vida, —en ocasiones, como ocurre en la Argentina, con esplendor material no exento de las gracias de la cultura. Pero, en los unos como en los otros, la vida na-

cional se desenvuelve fuera de toda dirección inteligente: por falta de ella, no se ha sabido evitar la absorción enemiga; por falta de ella, no se atina a dar orientación superior a la existencia próspera. En la Argentina, el desarrollo de la riqueza, que nació con la aplicación de las ideas de los hombres del 52, ha escapado a todo dominio; enorme tren, de avasallador impulso, pero sin maquinista... Una que otra excepción, parcial, podría mencionarse: el Uruguay pone su orgullo en enseñarnos unas cuantas leyes avanzadas; México, desde la revolución de 1910, se ha visto en la dura necesidad de pensar sus problemas: en parte, ha planteado los de distribución de la riqueza y de la cultura, y a medias y a tropezones ha comenzado a buscarles solución: pero no toca siquiera a uno de los mayores: convertir al país de minero en agrícola, para echar las bases de la existencia tranquila, del desarrollo normal, libre de los aleatorios caprichos del metal y del petróleo.

Si se quiere medir hasta donde llega la cortedad de visión de nuestros hombres de Estado, piénsese en la opinión que expresaría cualquiera de nuestros supuestos estadistas, si se le dijese que la América española debe tender hacia la unidad política. La idea le parecería demasiado absurda para discutirla siquiera. La denominaría, creyendo haberla herido con flecha destructora, una utopía.

Pero la palabra utopía, en vez de flecha destructora, debe ser nuestra flecha de anhelo. Si en América no han de fructificar las utopías ¿dónde encontrarán asilo? Creación de nuestros abuelos espirituales del Mediterráneo, invención helénica contraria a los ideales asiáticos que sólo prometen al hombre una vida mejor fuera de esta vida terrena, la utopía nunca dejó de ejercer atracción sobre los espíritus superiores de Europa; pero siempre tropezó allí con la maraña profusa de seculares complicaciones: todo intento para deshacerlas, para sanear siquiera con gotas de justicia a las sociedades enfermas, ha significado —significa todavía— convulsiones de largos años, dolores incalculables.

La primera utopía que se realizó sobre la Tierra —así lo creyeron los hombres de buena voluntad—, fue la creación de los Estados Unidos de América: reconozcámoslo lealmente. Pero a la vez meditemos en el caso ejemplar: después de haber nacido de la libertad, de haber sido escudo para las víctimas de todas las tiranías y espejo para todos los apóstoles del ideal democrático, y cuando acababa de pelear su última cruzada, la abolición de la

esclavitud, para librarse de aquel lamentable pecado, el gigantesco país se volvió opulento y perdió la cabeza: la materia devoró al espíritu; y la democracia que se había constituído para bien de todos se fue convirtiendo en la factoría para lucro de unos pocos. Hoy, el que fue arquetipo de libertad es uno de los países menos libres del mundo.

¿Permitiremos que nuestra América siga igual camino? A fines del siglo XIX lanzó el grito de alerta el último de nuestros apóstoles, el noble y puro José Enrique Rodó: nos advirtió que el empuje de las riquezas materiales amenazaba ahogar nuestra ingenua vida espiritual; nos señaló el ideal de la magna patria, la América española. La alta lección fue oída; con todo, ello no ha bastado para detenernos en la marcha ciega. Hemos salvado, en gran parte, la cultura, especialmente en los pueblos donde la riqueza alcanza a costearla; el sentimiento de solidaridad crece; pero descubrimos que los problemas tienen raíces profundas.

Debemos llegar a la unidad de la magna patria; pero si tal propósito fuera su límite en sí mismo, sin implicar mayor riqueza ideal, sería uno de tantos proyectos de acumular poder por el gusto del poder, y nada más. La nueva nación sería una potencia internacional, fuerte y temible, destinada a sembrar nuevos terrores en el seno de la humanidad atribulada. No: si la magna patria ha de unirse, deberá unirse para la justicia, para asentar la organización de la sociedad sobre bases nuevas, que alejen del hombre la continua zozobra del hambre a que lo condena su supuesta libertad y la estéril impotencia de su nueva esclavitud, angustiosa como nunca lo fue la antigua, porque abarca a muchos más seres y a todos los envuelve en la sombra del porvenir irremediable.

El ideal de justicia está antes que el ideal de cultura: es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual. Al dillettantismo egoísta, aunque se ampare bajo los nombres de Leonardo o de Goethe, opongamos el nombre de Platón, nuestro primer maestro de utopía, el que entregó al fuego todas sus invenciones de poeta para predicar la verdad y la justicia en nombre de Sócrates, cuya mente le reveló la terrible imperfección de la sociedad en que vivía. Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa, si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre por el hombre (y por desgracia, esa es hasta ahora nuestra

única realidad), si no nos decidimos a que ésta sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas, no tenemos justificación: sería preferible dejar desiertas nuestras altiplanicies y nuestras pampas si sólo hubieran de servir para que en ellas se multiplicaran los dolores humanos, no los dolores que nada alcanzará a evitar nunca, los que son hijos del amor y la muerte, sino los que la codicia y la soberbia infligen al débil y al hambriento. Nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituída en magna patria, fuerte y próspera por los dones de su naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple la «emancipación del brazo y de la inteligencia».

En nuestro suelo nacerá entonces el hombre libre, el que, hallando fáciles y justos los deberes, florecerá en generosidad y en creación.

Ahora, no nos hagamos ilusiones: no es ilusión la utopía, sino el creer que los ideales se realizan sobre la tierra sin esfuerzo y sin sacrificio. Hay que trabajar. Nuestro ideal no será la obra de uno o dos o tres hombres de genio, sino de la cooperación sostenida, llena de fe, de muchos, innumerables hombres modestos; de entre ellos surgirán, cuando los tiempos estén maduros para la acción decisiva, los espíritus directores; si la fortuna nos es propicia, sabremos descubrir en ellos los capitanes y timoneles, y echaremos al mar las naves.

Entre tanto, hay que trabajar, con fe, con esperanza, todos los días. Amigos míos: a trabajar.

CAMINOS DE NUESTRA HISTORIA LITERARIA

La literatura de la América española tiene cuatro siglos de existencia, y hasta ahora los dos únicos intentos de escribir su historia completa se han realizado en idiomas extranjeros: uno, hace cerca de diez años, en inglés (Coester); otro, muy reciente, en alemán (Wagner). Está repitiéndose, para la América española, el caso de España: fueron los extraños quienes primero se aventuraron a poner orden en aquel caos o —mejor— en aquella vorágine de mundos caóticos. Cada grupo de obras literarias

—o, «cada género»— se ofrecía como «mar nunca antes navegado», con sirenas y dragones, sirtes y escollos. Buenos trabajadores van trazando cartas parciales: ya nos movemos con soltura entre los poetas de la Edad Media; sabemos cómo se desarrollaron las novelas caballerescas, pastoriles y picarescas; conocemos la filiación de la familia de Celestina... pero para la literatura religiosa debemos contentarnos con esquemas superficiales, y no es de esperar que se perfeccionen, porque el asunto no crece en interés; aplaudiremos siquiera que se dediquen buenos estudios aislados a Santa Teresa o a Fray Luis de León, y nos resignaremos a no poseer sino vagas noticias, o lecturas sueltas, del Beato Alonso Rodríguez o del padre Luis de la Puente. De místicos luminosos, como Sor Cecilia del Nacimiento, ni el nombre llega a los tratados históricos (*). De la poesía lírica de los «siglos de oro» sólo sabemos que nos gusta, o cuándo nos gusta; no estamos ciertos de quién sea el autor de poesías que repetimos de memoria; los libros hablan de escuelas que nunca existieron, como la salmantina; ante los comienzos del gongorismo, cuantos carecen del sentido del estilo se desconciertan, y repiten discutibles leyendas. Los más osados exploradores se confiesan a merced de vientos desconocidos cuando se internan en el teatro, y dentro de él, Lope es caos él solo, monstruo de su laberinto.

¿Por qué los extraños se arriesgaron, antes que los nativos, a la síntesis? Demasiado se ha dicho que poseían mayor aptitud, mayor tenacidad; y no se echa de ver que sentían menos las dificultades del caso. Con los nativos se cumplía el refrán: los árboles no dejan ver el bosque. Hasta este día, a ningún gran crítico español le debemos una visión completa del paisaje. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, por ejemplo, se consagró a describir uno por uno los árboles que tuvo ante los ojos; hacia la mitad de la tarea le traicionó la muerte (**).

En América vamos procediendo de igual modo. Emprendemos estudios parciales: la literatura colonial de Chile, la poesía en

---

* Debo su conocimiento, no a ningún hispanista, sino al Dr. Alejandro Korn, el sagaz filósofo argentino. Es significativo.

** A pesar de que el colosal panorama quedó trunco, podría organizarse una historia de la literatura española con textos de Menéndez y Pelayo. Sobre muchos autores sólo se encontrarán observaciones incidentales, pero sintéticas y rotundas.

México, la historia en el Perú... Llegamos a abarcar países enteros, y el Uruguay cuenta con siete volúmenes de Roxlo, la Argentina con cuatro de Rojas (ocho en la nueva edición!). El ensayo de conjunto se lo dejamos a Coester y a Wagner. Ni siquiera lo hemos realizado como simple suma de historias parciales, según el propósito de la *Revue Hispanique*: después de tres o cuatro años de actividad la serie quedó en cinco o seis países.

Todos los que en América sentimos el interés de la historia literaria hemos pensado en escribir la nuestra. Y no es pereza lo que nos detiene: es, en unos casos, la falta de ocio, de vagar suficiente (la vida nos exige, con imperio!, otras labores); en otros casos, la falta del dato y del documento: conocemos la dificultad, poco menos que insuperable, de reunir todos los materiales. Pero como el proyecto no nos abandona, y no faltará quien se decida a darle realidad, conviene apuntar observaciones que aclaren el camino.

LAS TABLAS DE VALORES

Noble deseo, pero grave error cuando se quiere hacer historia es el que pretende recordar a todos los héroes. En la historia literaria el error lleva a la confusión. En el manual de Coester, respetable por el largo esfuerzo que representa, nadie discernirá si merece más atención el egregio historiador Justo Sierra que el fabulista Rosas Moreno, o si es mucho mayor la significación de Rodó que la de su amigo Samuel Blixen. Hace falta poner en circulación tablas de valores: nombres centrales y libros de lectura indispensable (*).

Dejar en la sombra populosa a los mediocres: dejar en la penumbra a aquellos cuya obra pudo haber sido magna, pero quedó a medio hacer: tragedia común en nuestra América. Con sacrificios y hasta injusticias sumas es como se constituyen las constelaciones de clásicos en todas las literaturas. Epicarmo fue

---

* A dos escritores nuestros, Rufino Blanco Fombona y Ventura García Calderón, debemos conatos de bibliotecas clásicas de la América Española. De ellas prefiero las de García Calderón, por las selecciones cuidadosas y la pureza de los textos.

sacrificado a la gloria de Aristófanes; Gorgias y Protágoras a las iras de Platón.

La historia literaria de la América española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó.

NACIONALISMOS

Hay dos nacionalismos en la literatura: el espontáneo, el natural acento y elemental sabor de la tierra nativa, al cual nadie escapa, ni las excepciones aparentes; y el perfecto, la expresión superior del espíritu de cada pueblo, con poder de imperio, de perduración y de expansión. Al nacionalismo perfecto, creador de grandes literaturas, aspiramos desde la independencia: nuestra historia literaria de los últimos cien años podría escribirse como la historia del flujo y reflujo de aspiraciones y teorías en busca de nuestra expresión perfecta; deberá escribirse como la historia de los renovados intentos de expresión y, sobre todo, de las expresiones realizadas.

Del otro nacionalismo, del espontáneo y natural, poco habría que decir si no se le hubiera convertido, innecesariamente en problema de complicaciones y enredos. Las confusiones empiezan en el idioma. Cada idioma tiene su color, resumen de larga vida histórica. Pero cada idioma varía de ciudad a ciudad, de región a región, y a las variaciones dialectales, siquiera mínimas, acompañan multitud de matices espirituales diversos. Sería de creer que mientras cada región de España se define con rasgos suyos, la América española se quedará en nebulosa informe, y no se hallara medio de distinguirla de España? Y a qué España se parecería? A la andaluza? El andalucismo de América es una fábrica de poco fundamento, de tiempo atrás derribada por Cuervo (*).

---

* A las pruebas y razones que adujo Cuervo. ("El Castellano de América") *Bulletin Hispanique*, Burdeos, 1901), he agregado otras en dos trabajos míos: "Observaciones sobre el español en América", en la *Revista de Filología*, de Madrid, 1921, y El supuesto andalucismo de América, en las publicaciones del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires, 1925.

En la práctica, todo el mundo distingue al español del hispanoamericano: hasta los extranjeros que ignoran el idioma. Apenas existió población organizada de origen europeo en el Nuevo Mundo, apenas nacieron los primeros criollos, se declaró que diferían de los españoles; desde el siglo XVI se anota, con insistencia, la diversidad. En la literatura, todos la sienten. Hasta en D. Juan Ruíz de Alarcón: la primera impresión que recoge todo lector suyo es que *no se parece* a los otros dramaturgos de su tiempo, aunque de ellos recibió —rígido ya— el molde de sus comedias: temas, construcción, métrica.

Constituímos los hispanoamericanos grupos regionales diversos: lingüísticamente, por ejemplo, son cinco los grupos, las zonas. ¿Es de creer que tales matices no trasciendan a la literatura? No; el que ponga atención los descubrirá pronto, y le será fácil distinguir cuándo el escritor es ríoplatense, o es chileno, o es mexicano.

Si estas realidades paladinas se obscurecen es porque se tiñen de pasión y de prejuicio, y así oscilamos entre dos turbias tendencias: una que tiende a declararnos «llenos de carácter», para bien o para mal, y otra que tiende a declararnos «pájaros sin matiz, peces sin escama», meros españoles que alteramos el idioma en sus sonidos y en su vocabulario y en su sintaxis, pero que conservamos inalterables, sin adiciones, la *Weltanschauung* de los castellanos o de los andaluces. Unas veces, con infantil pesimismo, lamentamos nuestra falta de fisonomía propia; otras veces inventamos credos nacionalistas, cuyos complejos dogmas se contradicen entre sí. Y los españoles, para censurarnos, declaran que a ellos no nos parecemos en nada; para elogiarnos, declaran que nos confundimos con ellos.

No; el asunto es sencillo. Simplifiquémoslo; nuestra literatura se distingue de la literatura de España, *porque no puede menos* de distinguirse, y eso lo sabe todo observador. Hay más: en América, cada país, o cada grupo de países ofrece rasgos peculiares suyos en la literatura, a pesar de la lengua recibida de España, a pesar de las constantes influencias europeas. Pero, estas diferencias son como las que separan a Inglaterra de Francia, a Italia de Alemania? No; son como las que median entre Inglaterra y los Estados Unidos. Llegarán a ser mayores? Es probable.

AMÉRICA Y LA EXUBERANCIA

Fuera de las dos corrientes turbias están muchos que no han tomado partido; en general, con una especie de realismo ingenuo aceptan la natural e inofensiva suposición de que tenemos fisonomía propia, siquiera no sea muy expresiva. Pero, ¿cómo juzgan? Con lecturas casuales: *Amalia* o *María*, *Facundo* o *Martín Fierro*, Nervo o Rubén. En esas lecturas de azar se apoyan muchas ideas peregrinas por ejemplo, la de nuestra exuberancia.

Véamos. José Ortega y Gasset, en artículo reciente, recomienda a los jóvenes argentinos «estrangular el énfasis», que él ve como una falta nacional. Meses atrás, Eugenio d'Ors, al despedirse de Madrid el ágil escritor y acrisolado poeta mexicano Alfonso Reyes, lo llamaba «el que le tuerce el cuello a la exuberancia». Después ha vuelto al tema, a propósito de escritores de Chile, América es, a los ojos de Europa —recuerda d'Ors— la tierra exuberante, y razonando de acuerdo con la usual teoría de que cada clima da a sus nativos rasgos espirituales característicos («el clima influye los ingenios», decía Tirso), se nos atribuyen caracteres de exuberancia en la literatura. Tales opiniones (las escojo sólo por muy recientes) nada tienen de insólitas; en boca de americanos se oyen también.

Y, sin embargo, yo no creo en la teoría de nuestra exuberancia. Extremando, hasta podría el ingenioso aventurar la tesis contraria; sobrarían escritores, desde el siglo XVI hasta el XX, para demostrarla. Mi negación no esconde ningún propósito defensivo. Al contrario, me atrevo a preguntar: se nos atribuye y nos atribuímos exuberancia y énfasis, o ignorancia y torpeza? La ignorancia, y todos los males que de ella se derivan, no son caracteres: son situaciones. Para juzgar de nuestra fisonomía espiritual conviene dejar aparte a los escritores que no saben revelarla en su esencia porque se lo impiden sus imperfecciones en cultura y en dominio de formas expresivas. ¿Que son muchos? Poco importa; no llegaremos nunca a trazar el plano de nuestras letras si no hacemos previo desmonte.

Si exuberancia es fecundidad, no somos exuberantes; no somos, los de América española, escritores fecundos. Nos falta «la vena», probablemente; y nos falta la urgencia profesional: la literatura no es profesión sino afición, entre nosotros; apenas en la

Argentina nace ahora la profesión literaria. Nuestros escritores fecundos son excepciones: y éstos solo alcanzan a producir tanto como los que en España representan el término medio de actividad; pero nunca tanto como Pérez Galdós o Emilia Pardo Bazán. Y no se hable del siglo XVII: Tirso y Calderón bastan para desconcertarnos; Lope produjo él sólo tanto como todos juntos los poetas dramáticos ingleses de la época isabelina. Si Alarcón escribió poco, no fue mera casualidad.

¿Exuberancia es verbosidad? El exceso de palabras no brota en todas partes de fuentes iguales; el inglés lo hallará en Ruskin, o en Landor o en Thomas de Quincey, o en cualquier otro de sus estilistas ornamentales del siglo XIX; el ruso en Andreyev: excesos distintos entre sí, y distintos del que para nosotros representan Castelar o Zorrilla. Y además, en cualquier literatura, el autor mediocre, de ideas pobres, de cultura escasa, tiende a verboso; en la española, tal vez más que en ninguna. En América volvemos a tropezar con la ignorancia; si abunda la palabrería es porque escasea la cultura, la disciplina, y no por exuberancia nuestra. *Le climat* —parodiando a Alceste— *ne fait rien a l'affaire.* Y en ocasiones nuestra verbosidad llama la atención, porque va acompañada de una preocupación estilística, buena en sí, que procura exaltar el poder de los vocablos, aunque le falte la densidad de pensamiento o la chispa de imaginación capaz de trocar en oro el oropel.

En fin, es exuberancia el énfasis. En las literaturas occidentales, al declinar el romanticismo, perdieron prestigio la *Inspiración*, la elocuencia, el énfasis, «primor de la scriptura», como le llamaba nuestra primera monja poetisa, doña Leonor de Ovando. Se puso de moda la sordina, y hasta el silencio. *Seul le silence est grand*, se proclamaba enfáticamente todavía! En América conservamos el respeto al énfasis mientras Europa nos lo prescribió; aún hoy nos quedan tres o cuatro poetas *vibrantes*, como decían los románticos. ¿No representarán simple retraso en la moda literaria? ¿No se atribuirá a influencia del trópico lo que es influencia de Víctor Hugo? ¿O Byron, o de Espronceda, o de Quintana? Cierto; la elección de maestros ya es indicio de inclinación nativa. Pero —dejando aparte cuanto reveló el carácter original— los modos enfáticos no eran los únicos; junto a Hugo estaba Lamartine; junto a Quintana estuvo Meléndez Valdés. Ni todos hemos sido enfáticos, ni

es éste nuestro mayor pecado actual. Hay países de América, como México y el Perú, donde la exaltación es excepcional. Hasta tenemos corrientes y escuelas de serenidad, de refinamiento, de sobriedad; del *modernismo* a nuestros días, tienden a predominar esas orientaciones sobre las contrarias.

AMÉRICA BUENA Y AMÉRICA MALA

Cada país o cada grupo de países —está dicho—, da en América matiz especial a su producción literaria: el lector asiduo lo reconoce. Pero existe la tendencia, particularmente en la argentina, a dividirlos en dos grupos únicos: la América mala y la buena, la tropical y la *otra*, los *petits pays chauds* y las naciones «bien organizadas». La distinción, real en el orden político y económico —salvo uno que otro punto crucial, difícil en extremo—, no resulta clara ni plausible en el orden artístico. Hay, para el observador, literatura de México, de la América Central, de las Antillas, de Venezuela, de Colombia, de la región peruana, de Chile, del Plata. Pero no hay una literatura de la América tropical, frondosa y enfática, y otra literatura de la América templada, toda serenidad y discreción. Y se explicaría —según la teoría climatológica en que se apoya parcialmente la escisión intentada— porque, contra la creencia vulgar, la mayor parte de la América española situada entre los trópicos no cabe dentro de la descripción usual de la zona tórrida. Cualquier manual de geografía nos lo recordará: la América intertropical se divide en tierras altas y tierras bajas: sólo las tierras bajas son legítimamente tórridas, mientras que las altas son de temperatura fresca, muchas veces fría. Y el Brasil ocupa la mayor parte de las tierras bajas entre los trópicos! Hay opulencia en el espontáneo y delicioso barroquismo de la arquitectura y las letras brasileñas. Pero el Brasil no es América española... En la que sí lo es, en México y a lo largo de los Andes, encontrará el viajero vastas altiplanicies que no le darán impresión de exuberancia, porque aquellas alturas son poco favorables a la fecundidad del suelo y abundan en las regiones áridas. No se conoce allí «el calor del trópico». Lejos de ser ciudades de perpetuo verano, Bogotá y México, Quito y Puebla, La Paz y Guatemala

merecerían llamarse ciudades de otoño perpetuo. Ni siquiera Lima o Caracas son tipos de ciudad tropical: hay que llegar, para encontrarlos, hasta La Habana (ejemplar admirable!), Santo Domingo, San Salvador. No es de esperar que la serenidad y las suaves temperaturas de las altiplanicies y de las vertientes favorezcan «temperamentos ardorosos» o «imaginaciones volcánicas». Así se ve que el carácter dominante en la literatura mexicana es de discreción, de melancolía, de tonalidad gris (recórrase la serie de los poetas desde el fraile Navarrete hasta González Martínez), y en ella nunca prosperó la tendencia a la exaltación, ni aún en las épocas de influencia de Hugo, sino en personajes aislados, como Díaz Mirón, hijo de la costa cálida, de la tierra baja. Así se ve que el carácter de las letras peruanas es también de discreción y mesura; pero en vez de la melancolía pone allí su sello particular la nota humorística, herencia de la Lima virreinal, desde las comedias de Pardo y Segura hasta la actual descendencia de Ricardo Palma, Chocano resulta la excepción.

La divergencia de las dos Américas, la *buena* y la *mala*, en la vida literaria, sí comienza a señalarse, y todo observador atento la habrá advertido en los años últimos; pero en nada depende de la división en zona templada y zona tórrida. La fuente está en la diversidad de cultura. Durante el siglo XIX, la rápida nivelación, la semejanza de situaciones que la independencia trajo a nuestra América, permitió la aparición de fuertes personalidades en cualquier país: si la Argentina producía a Sarmiento, el Ecuador a Montalvo; si México daba a Gutiérrez Nájera, Nicaragua a Rubén Darío. Pero las situaciones cambian: las *naciones serias* van dando forma y estabilidad a su cultura, y en ellas las letras se vuelven actividad normal; mientras tanto, en «las otras naciones», donde las instituciones de cultura, tanto elemental como superior, son víctimas de los vaivenes políticos y del desorden económico, la literatura ha comenzado a flaquear. Ejemplos: Chile, en el siglo XIX, no fue uno de los países hacia donde se volvían con mayor placer los ojos de los amantes de las letras: hoy sí lo es. Venezuela tuvo durante cien años, arrancando nada menos que de Bello, literatura valiosa, especialmente en la forma: abundaba el tipo del poeta y del escritor dueño del idioma, dotado de *facundia*. La serie de tiranías ignorantes que vienen afligiendo a Venezuela desde fines del Siglo XIX —al contrario de

aquellos curiosos «despotismos ilustrados» de antes, como el de Guzmán Blanco— han deshecho la tradición intelectual: ningún escritor de Venezuela menor de cincuenta años disfruta de reputación en América.

Todo hace prever que, a lo largo del siglo XX, la actividad literaria se concentrará, crecerá y fructificará en «la América buena»; en la otra —sean cuales fueren los países que al fin la constituyan—, las letras se adormecerán gradualmente hasta quedar aletargadas.

SÓCRATES NOLASCO
(1884-1980)

Narrador e historiador. Nació en Enriquillo el 20 de marzo de 1884 y murió en Santo Domingo el 2 de julio de 1980. Se distinguió como cuentista de prosa segura que busca las esencias de la dominicanidad en nuestra vida rural y en el folklore. Fue un intelectual de arraigado nacionalismo que enfrentó la primera ocupación norteamericana, repudiándola en una serie de artículos periodísticos que publicó en La Correspondencia, de Puerto Rico. Nadie mejor que Sócrates Nolasco para introducirnos con sus cuentos a la vida de la región sur. Él y su esposa doña Flérida constituyen un elevado ejemplo de colaboración mutua y compenetración intelectual.

OBRAS PUBLICADAS:

Cuentos del Sur (1939), *Viejas memorias* (1941), *Escritores de Puerto Rico* (antología, 1953), *El cuento en Santo Domingo* (antología, 2 volúmenes, 1957), *Cuentos cimarrones* (1958), *El diablo ronda en los guayacanes* (1967), *Viejas memorias* (Segunda serie, 1968), *Cuentos* (Obras Completas 1, Fundación Corripio, 1994), *Ensayos históricos* (Obras Completas 2, Fundación Corripio, 1994), *Ensayos literarios* (Obras Completas 1, Fundación Corripio, 1994).

EL DIABLO RONDA EN LOS GUAYACANES

—Dije que llegaríamo al romper el nombre —repitió el anciano, quitándose las soletas para saltar del bongo y ganar la orilla.

La superficie del lago se convirtió en temblorosa lámina de púrpura. Enrojecieron los mangles y pedregales vecinos, y el bongo de tablas toscas quedó envuelto en reverberaciones y parecía que iba a llamear. Desde el lejano Escobín hasta *Bucán-Sampié* la aurora derramó granates ardientes, cataratas de rubí, manchones escarlata. El rojo imponente se dilataba y enriquecía en matices. Un poderoso *góun* lanzado por el centinela de los flamencos alertó a los compañeros que alzaron vuelo, huyendo hasta desvanecerse como fantasmas de púrpura. Despertaron azorados las garzas y los cocos de pico de rosa y ámbar. Dos cucharetas de alas bermejas aparecieron volando en círculo, graznaron con orgullo y espantaron a los patos y a las gaviotas. Revivió el lago, y un rezo poderoso y hondo vino y se extendió con el terral, como hálito de la selva. Bandadas numerosas de palomas *coronita* comenzaron a pasar hacia el oriente encendido, y volando a ras de mangles y matorrales, estridentes enjambres de pericos, de agrias gargantas, ahogaron el rezo de la selva y el dulce rumor del lago.

—Don Abelardo, ¿de dónde salen tantas aves, y de que viven? —le pregunté al viejo Din.

—Te dije que llegaríamo al romper el nombre y, ya se ve, apena está amaneciendo —reafirmó sin dignarse darme respuesta—. ¡Jéee, Tiburón! ¡Qué perro tan pazguato! Quedrá que lo saquen del bongo como a un niñito de cuna.

—No, papá —observó el hijo—, es que usté no se convence de que usté pertenece al tiempo viejo y su perro es animal del porvenir, más que de ahora. Necesita un puente, un buen desembarcadero. No le gusta mojase. A lo mejor será familia de chivo.

—Será. Oye tú, Manuel: vuelve allá y solívialo y tíralo al agua —le ordenó al sobrino—. Y arrima el bongo al mangle gordo, no sea que venga fuerte la brisa. Barón —dijo, volviéndose al hijo—, cojan la sierra y los demá féfere y vayan andando en lo que dejo esta lata allí, rumbo a la colmena que sé cerquitica del bramadero. Ya los alcanzo en los cantizale.

El y su perro desaparecieron, y quince minutos después nos alcanzaron al final de la vereda, en donde el terreno se cubre de áspero y bravo cantizal. Principió a dar nuevas órdenes. Yo era el dueño, el director del trabajo, pero desde que salimos de Oviedo el viejo venía imponiendo su autoridad y disponiéndolo todo.

Pasó delante del hijo, enjuto y alto como él, y del rechoncho sobrino y a filo de machete comenzó a marcar la *sangría* que abriría después para sacar los trozos de los guayacanes que tanto había ponderado. En las veladas de la aldea hacía noches que le rodeábamos, oyéndole con entusiasmo, mientras él se envolvía en la humareda del tabaco de su cachimbo, feliz como un santo en el humo del incensario, y repetía:

—Son guayacane como los que había en el tiempo antiguo. Lo mejor se lo lleván antonce en los bergantine de Ingalaterra.

Ahondábamos en la selva, rumbo al noroeste. Lejos del lago los árboles tenían insospechado grosor y altura. Frente al intransitable mucaral pensé que estábamos extraviados, cuando al rodear un peñasco imponente nos detuvimos al borde de una hondonada fértil y húmeda, desde cuyo fondo los árboles alzaban sus copas acariciadas por el viento.

—Aquí está la mancha —dijo el anciano.

—Papá, ahí jozó un varraco hace muy poco... y mire: el bendito perro es tan inútil que ni se da por entendío.

No me interesaban el perro ni los cerdos cimarrones. Miraba, y miraba en vano, tratando de ver la ponderada mancha de guayacanes y disimulaba mi torpeza ante los otros. Al fin le pregunté al viejo:

—Ustede los de la ciudá en' entrando al monte tienen ojo, pero no ven, y si los dejan sólo jasta se pierden —respondió, mientras rellanaba de tabaco su cachimbo—. Mira, Barón —le dijo previsoramente al hijo—: hay que evitá no caigan en la rejoya, que pesan y sería lucha despué sacarlo.

Entonces fue cuando me di cuenta de que tres árboles de tallos cilíndricos, que mecían sus ramajes sobre las frondas de gigantescos almácigos, cayas y candelones, eran los guayacanes alabados como perfectos:

«Son liso, derecho, redondo, sin nudo... Cirio... Sí, son como un cirio; ya se verá.»

En el tronco cada uno tenía una A grabada rústicamente, marca de propiedad incomprensible para los profanos, que los hacía respetar entre monteros y trozadores de la comarca. Cerca se erguían otros de costra áspera, abrazados de copeyes y bejucos. El hijo y el sobrino miraron al sol ascendente, calcularon la hora, limpiaron troncos y empezaron a aserrar, mientras Don

Abelardo, espantando una mosca invisible, me ordenó que le siguiera para enseñarme otros dos que no me parecieron tan altos ni tan hermosos. Su papel terminaba ahí. Minutos después comenzó a picar abriendo la trilla, retrocediendo hacia el lago, y me fui tras él.

—Por aquí saldrán cómodamente. Si dejo que abra la sangría un mozo sin esperiencia, de seguro te se malogra un animal y pierdes en el negocio; que el Diablo ronda en los guayacane y dende que uno se descuida echa a perdé la cosa; como cuando fuñó al mozo capitaleño que se la vino dando de inteligente.

Mientras hablaba abría el sendero, distraídamente, como en función de arte que es gozo en vez de trabajo. Rato después se oyó un estruendo dilatado y multiplicado por vastas repercusiones.

—Oye..., ya cayó la primera mata. Si los muchacho no se aflojan y el Diablo no entra en la cosa acabaremo de cinco a cinco y media.

—Pero Don Abelardo, ¿es que usted se figura que el Diablo se anda metiendo en todos nuestros asuntos?

Se enderezó con el machete en alto, como si mi pregunta despertara y tentara peligrosas alimañas, y sus ojos habituados a escrutar la selva me miraban con la simpatía protectora con que se contempla a un niño. Se le suavizó la voz, vuelta confidencial:

—Mira —dijo—, yo no soy partidario d' El, creo en Jesucrito. Pero de que nos asecha... Anda por ahí y aproteje a los que son de mala índole.

—Pero Don Abelardo...

—Lo dice el Cura, muchacho —regañó—. Yo sé, y en siendo de mi tiempo sabe jasta el más inorante aonde mudó la pezuña una de las vece que cambió de forma. Hoy mesmo, cuando amanecía y el perro no quería salí del bongo y tú miraba como un lelo que no tiene hábito de alevantase temprano, pasó vuelto un raicongo y como remando con las dos' ala se fue a su islote; mesmamente aonde El hizo pacto con el joven capitaleño y se entretiene cuando está ucioso aruñando las' alma de los cacique, que tiene presa. Mira tú, ¿en toavía no te han llevao al islote?

—Sí que me llevaron, y en la otra banda vi las figuras, *Las Caritas* esculpidas en las peñas por los indios.

—No sea tan zonzo, muchacho —dijo cariñosamente—. ¡Los indio! Los indio no hicieron eso, que aunque hereje no eran tan

bruto. Piensa y comprende que naiden se diban a pintá tan horroroso. Fue cosa de Sataná.

—Pero Don Abelardo, habla usté como si lo conociera.

—Bueno..., como si lo conociera. Oye —dijo en tono de confidencia—: s' entiende con el boticario, qu' es más que brujo. El le enseña a machacá el menjurje que vende como si fuera medicamento y le va pegando ya su peste a azufre.

Pensé que el viejo se quería burlar de mí; pero era tan bondadoso y me parecía tan sincero que hubiese sido indignidad dudar de la rectitud de su palabra. Yo trataba de serle grato y le ayudaba apartando y echando hacia el monte las ramas que él iba cortando tan fácilmente, y acaso mi respetuosa familiaridad le desataba la lengua. Abría la trilla desechando las asperezas del terreno, cortando arbustos, apartando piedras y cuanto obstáculo pudiera estorbar a mis animales en el transporte de la madera. A la sombra de los árboles me parecía más alto, más seco, sobrio de gestos y más tostado por la intemperie. ¡Inolvidable ejemplar del Sur de Santo Domingo! Trascendía de sus sesenta y cinco o setenta años inequívoca simpatía y una inconfundible dignidad de animal de buena casta. A la edad en que merecía ser jubilado daba la impresión de que podría seguir trabajando, sin fatiga, indefinidamente.

—Don Abelardo, ¿usted quiere decirme de dónde viene este olor tan penetrante?

—¿Cuál? Son numeroso y no sé a cuál te refiere. Vuelan entremezclándose por la brisa, que ya comienza. Ahora viene uno salobre, del marisco del lago, y ahorita uno se unió con otro que parece que le ponen azúcara fina: que es el de *Pabellón de Rey*, que ahora florece. Hay uno que penetra y pica y a mí me gusta: el de la flor de la canelilla cimarrona. No es' olor d' eso que agradan a los' hombre afeminao. Mira: coge esa hoja...; no, de la rama ésa que te toca en el sombrero. Es malagueta de fina clase. La ordinaria güele más fuerte y me agrada meno. Pero el olor que más se siente ahora es el de la flor del *Cigua-Blanca*..., casi emborracha. Aquí hay olore de toas clase. Los hay como de novia y los hay indino, como de grajo: mesmamente el de la cáscara del cedro verde, cuando lo cortan. Y hay el de la chincha silvetre, el de la baya honda blanca que nombran María Acosta, que era una vieja gorda que no se bañaba nunca. Mira..., no era antipático el mocito capitaleño... No era llano como tú, pero a mí no me den-

tra en la cabeza que fuera malo, como decían. Algo filorio y como que ponía distancia entre su persona y los otro, como si él tuviera ya tanto dinero como desiaba. Vestía de prieto y tenía dos diente de oro, y dende que llegó al pueblo le gustó a las muchacha: jasta la maestra se enamoró d' él... *¡Y mira que la carne no estaba en el garabato por falta de gato!*

—Cuénteme, cuénteme, Don Abelardo —le pedí, comprendiendo que él no deseaba otra cosa.

—Te contaré porque mire lo que resulta de la gula de dinero y lo que deja la política. En un prencipio se metió, como tú, en el negocio de guayacán; pero... *palo da palo*. Cuando el balandro que compró diba repleto, vino una tormenta y se lo tragó la mar. No se salvó ni un marino ni una tabla. Animoso, antonce compró cuero de vaca y chivo, y cera, y café, que se vendían a buen precio. Pero lo bueno fue que cuando ya tenía un bojío lleno de tanta de la divina compra se desató un incendio y la cera se derritió volviéndose una porquería y de los cuero y el café quedó sólo un mal bajo. El barbero denunció que el otro comerciante del pueblo por pura envidia prendió el fuego; pero el envidioso y endemoniao se defendió propalando que sería castigo del cielo, porque dizqu'el capitaleño un día allá en la capital zurró a la mamá. Se arruinó el mozo y con el dinero perdió amistá y crédito. Andaba solo por camino y en verea; el flu prieto se le diba poniendo verde... y le ladraban los perro como a un vagamundo. Se apareció aquí, en Oviedo, y quiso dir a *Las Carita*. Qu' él escrebiría de aquello y lo pondría bien dexplicao en las gaceta. El día de Corpo cogió la yola de Mauricio —que fue el representante de su trabajo— y se fue solo al islote. A la semana se regó que él y Sataná firmán contrato pa mejorá la suerte comprometiendo el alma. Lo miraban ya con desconfianza, cuando vino nueva alarmante de revulución y él se fue casi volando y se le brindó al gobierno. Y como los gobierno son como lo cementerio, que coge lo bueno y lo malo sin diferencia, de allá arriba lo mandán a Barahona de consejero y secretario de un gobernador qu' era hombre facineroso, escandaloso, tramposo, borrachón, ladrón, sanguinario y dizque valiente. A poco en la cárcel no cabía tanto del divino preso, cuando el Diablo se le soltó a San Miguel, se presentó y reclamó su parte. El preso prencipal anocheció sano y amaneció muerto. Las mala lengua decían qu' el mandatario no era tan malo, sólo un débil que seguía el consejo

del secretario. Filfa y jablanchinería, muchacho. S' enteró el gobierno y antonces vino otro jefe: un mañoso, ladino, ladrón público, abusador, bocón y disoluto sin pizca de vergüenza. Al secretario se lo lleván; pero de diputao y diciendo qu' en cualquiera día le darían cargo más grande. Mientra tanto a la maestrica de aquí... *si te he visto no me acuerdo*: ni carta ni memoria. En la capital se echó otra novia de alto copete y tan zalamera que ante de sei mese se la pegó con el hijo de un minitro. Antonce le volvió la hora mala. Lo calunián y un buen día enel congreso *se armó la de Dios' es Cristo*. Cuando él se diba acomodando en su curula oyó que dizque se había descubierto que su elerción tenía no sé qué falla y se declararía nula, si él no renunciaba pronto y... *que patatín y que patatán*. S' enredán en perorata; y habló uno y habló otro sacando mucha razone, y si alguno tenía la razón *averígüelo Varga*. Uno muy ducho encontró en gaceta antigua una ley d' esa que aparecen siempre que los leguleyo del gobierno quieren fuñir a uno; y otro dándosela de gracioso pidió permiso, se paró y regó pimienta: sin decílo dijo qu' el joven andaba tocao de la mollera... y que lástima grande que por' eso no fuera ya necesario junto a tanto varón de sabiduría. El nuestro ni era flojo *ni se mordía la lengua y se defendía como gato boc' arriba*; y cuando la cosa andaba caliente y casi entraba en trifulca, un gordo que se regodiaba sentao aparte, entre un flaco y un calvo, frente a una mesa, sacudió una campanita. Como por ensalmo se acabó la bulla y el gordo se alevantó y fue y abrazó con cariño al mozo. ¡Jasta antonce naide sabía que le guardaba tanto cariño! Separándose con él le habló entremeclando reflercione con palabra de caramelo; y... que las mayoría quitan y ponen; y que la proterción del gobierno es mejor que una silla en el congresò; y que en vece lo sacan a uno de aquí y lo ponen allí, jasta de minitro; y que *má vale medio jeme del mandatario que cien legua de razón; y que patatín y que patatán*... El mozo no dijo esta boca es mía. Bajó la cabeza, cogió el sombrero y por una puerta ancha se fue a la calle. A medianoche la cabecera de su cama le dio consejo, reflercionó y dende luego se resolvió a rompé el concierto que tenía con el Diablo. Por eso yo, cuando me acuerdo de aquello me da la idea qu' él no le vendió el alma, según se dijo de público, sino que se la dejaría en hipoteca. Y tú, ¿qué piensa?

Al interrogarme descansó un instante y me miró atentamente para no perder palabra de mi respuesta.

—Bueno, Don Abelardo, de admitir el caso habría que llegar a la conclusión de que se trataba de una venta condicional, y que el que faltara a un requisito cualquiera, perdía en el trato. Me figuro que sería así.

—Sería... La cosa fue que volvió a nuestro pueblo y, *como Santo que pasó su día*, se le presentó a la novia jurándole ahora que se casarían pronto por lo civil y por la Iglesia, como es lo decente. Y una noche (no perdía la maldita maña de andá de noche por los camino) salió y amaneció aquí en Oviedo, montando un alazano de paso fino que relinchaba como la trompeta del juicio final y corría mejor qu' el viento. A la siguiente noche cogió la yola de mi primo Mauricio, que era el representante de su trabajo, y volvió al islote, a anulá el convenio, según parece, o a escribí pa las gaceta, según él dijo. A la lumbre de la luna vimo que bogaba afanoso. Lo vimo, lo vimo jasta que se borró en la sombra. Más tarde, tronaba y llovía. A los dos día, quera el de Corpo, seguía lloviendo. A medianoche se apareció en casa de Mauricio temblando de frío y de *calentura mala* y apretando en la mano derecha un cofrecito cerrao y lacriao. Le calentán el alimento que le guardaban, no quiso. Le dién leche, no quiso. Pero pidió un huevo y se lo tragó en aguardiente. Tronaba y llovía. Mauricio apagó el quinqué de su aposentro y se encerró dejando al hombre en una jamaca en la sala, y aguaitó por la cerradura. Caminaba de una puerta a otra y hablaba como deliriando:

—El Cabro ha muerto. ¡El Diablo soltó la pezuña y ha muerto!...

Contento hablaba así y decía cosas confusa, del alma limpia y recuperá, pura como la novia. Con los trueno y la lluvia no se oía claro. Pasó una hora larga. Afuera seguía lloviendo. Con desespero se puso el capote, llamó a Mauricio y le reclamó el caballo. Dende que se lo ensillán pisó etribo, picó espuela y su alazano y él se perdién en la tiniebla y el aguacero.

—Don Abelardo, ¿y qué tendría realmente en el cofrecito?

—¡Oh!... ¡Miren qué pregunta! No diba a ser' el corazón, sino la esencia, su alma. *Diablo no come corazón, come intención, dice un refrán*. Acuérdate y deduce.

—Pero Don Abelardo, si el alma es intención hay que admitir que es pensamiento, y el pensamiento es idea y la idea es cerebral, sale de la cabeza.

—Muchacho no se tan zonzo! —regañó mirándome con desconfianza, como a un aparecido sospechoso.

—No entiendo, Don Abelardo; ahora no entiendo.

—El alma —comenzó a explicar recobrando su habitual calma— vive en el corazón. Está en el corazón como un perfume en un tarro fino. Sólo que cuando se rompe el envase el perfume se desvanece y los pedazo del tarro güelen por mucho tiempo, y el corazón jiede cuando s' ensucia o se pierde el' alma.

—La explicación es convincente, bella y de buena ley. Ahora sí voy entendiendo.

Sonrisa dulce apuntó bajo su bigote blanco, y le iluminaba el rostro la satisfacción viril que se transparenta en el que acaba de salvar a un extraviado apartándolo de un precipicio.

—Mira: hay tantas' almas y tan diferente como perfume hay en la selva. Las hay que se familiarizan con la porquería y que en el corazón sucio viven cómodamente, sin repunancia. Y otras fina, que lloran en el viento de la medianoche, de gente que andan por ahí... sin dase cuenta de que hace tiempo que se perdién.

—Muy bien. Ahora entiendo mejor. Le suplico que continúe.

—El cielo amaneció claro. Mi primo Mauricio, qu' era curioso, me sonsacó diciéndome que lo acompañara y en la yola fuimo averiguando qué había hecho el sujeto ese en *Las Carita*. Llegamo a mediodía en punto. El sol achicharraba. En lo alto, en el centro del islote, un claro, y en el claro... ceniza en un fogón apagao. Junto al fogón, una caja de fóforo y otra de los cigarrillo que sin cesteo fumaba el capitaleño. Y en tóo el reciento un bajo petilencial de animal muerto. En la múcara, cerca de la poza de agua, una gusanera... Mosca, más mosca, y bajo el mosquero una pezuña del Cabro... Me presiné y alejaba tapándome la narice cuando, de repente, ví al Raicongo que aguaitaba aposao en la orilla. Antonce fue cuando me dí cuenta de que mi primo bebía en la poza y salté gritándole:

—¡Mauricio, no beba es' agua!

Regresamo, llegando a la oración. A Mauricio le atacó una calentura que jasta le tumbó el moño. Vinién dos curandero. Uno dentró rezando entre diente y pintando cruce de azul y sebo en la puerta y en las ventana, pá espantá al Malino, y quemando resina de almácigo y copey. El otro miró al primero y escupió con desprecio diciendo que con tontería no se cura el tifo, y que si en

la casa le seguían dando beligerancia a «ese inorante» a Mauricio no lo salvaría ni María Santísima. Así fué. A los siete día mi primo era ya difunto, y el primer curandero regó qu' el Diablo se lo llevó de ñapa.

Don Abelardo calló. Quedó un instante abstraído, y luego, observando el vuelo de un insecto para mí invisible, dijo:

—Una abeja cargando flore... Cerquita de aquí hay una colmena de rendimiento.

—¿Y qué fue del joven capitaleño? —pregunté.

—Bueno... Su caballo corría y corría a revienta cincha pa' la población, aonde esperaba la novia. Relinchaba, en vece, y detrá, sobre la ramazón del monte confundiéndose con los trueno corría otro relincho sinietro; y en el cruce del Arroyo-Salao, a la lumbre de un relámpago dizque se vido al Cabro Viejo que saltó de una a la otra orilla y siguió trotiando en su seguimiento. Ya amanecía y diban llegando a la población cuando, cerca del Campo Santo, el alazano s' espantó frente al Calvario, tumbó al jinete y dentró en el pueblo juyendo y con las rienda del freno rota. A poquito rato encontrán al mozo tendío y muerto. Ninguno se quería arrimá al cadable, jasta que el Juez-Alcalde fue y alevantó costancia. *En lo que se presina un Cura loco* de ahí lo pasán al cementerio y lo enterrán. Ya en la tarde, la novia pidió el cofrecito. Y pensando qu' encerraba prenda o papel de valimiento, no se lo dién. El Alcalde, ceremonioso, lo diba destapando en presencia de testigo, cuando, con espaviento, lo tiró al suelo, pidió aguardiente y se fregó las mano.

Y es qu' el que trata con Pezuña siempre pierde: en el fondo del cofrecito, bajo ceniza, cuentan que sólo apareció una gusanera.

* *
*

Nuestra *sangría* dominó un altozano y desembocó en el sendero antiguo. Repentina visión se extendía ante mis ojos maravillados. Iluminado por el sol y batido por el viento, el lago de Trujín había cambiado la púrpura matinal por un inmenso topacio, vívido, bullente y rizado de fragmentaria espuma. Un profundo bordoneo de bajos, de violas, de violoncelos terrestres o siderales, venía de los remotos confines. Y el lago y el bosque, hincha-

dos y estremecidos, respondieron con sinfonía potente y grave que mantenía suspenso el ánimo y parecía llenar el mundo.

El viejo Din, acercándose deshizo el embrujamiento.

—Jacemo liga, muchacho... Te gusta lo queme gusta —murmuró mirándome y sonriendo, agradecido como si el lago y el bosque fueran sus hermanos o le pertenecieran. Y ahora —agregó— volvamos' aonde el Barón y el Manuel y sabremo cómo se comportan.

MAX HENRÍQUEZ UREÑA
(1885-1968)

Narrador, ensayista, poeta, maestro, periodista, diplomático. Nació en Santo Domingo el 15 de noviembre de 1885 y murió en la misma ciudad el 23 de enero de 1968. Maximiliano Adolfo vivió muchos años en Cuba, México y Puerto Rico. Su vida pública fue intensa y prolongada. Además de su labor como catedrático en Cuba y Santo Domningo, fundó y dirigió numerosas instituciones académicas y culturales y fue un prominente funcionario y diplomático de Trujillo.

Don Max abarcó un amplio espectro literario, distinguiéndose como ensayista e investigador. Fue un gran estudioso de las letras hispanoamericanas, consagrando sus mejores años al análisis y explicación de la historia literaria de Cuba, la República Dominicana y otros países del continente.

Como narrador dejó cuatro obras en las que sigue las huellas de Benito Pérez Galdós. Los episodios de don Max fueron concebidos para reinterpretar y divulgar ciertos períodos y acontecimientos capitales de nuestro pasado. Su prosa narrativa es correcta y depurada, y la ficción queda siempre subordinada a la precisión histórica de los hechos.

Al final de su vida, don Max regresó a su patria, donde fue catedrático de la Universidad Autónoma de Santo Domingo y la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña. En el Listín Diario *mantuvo por algún tiempo, bajo el seudónimo de «Hatuey», su columna «Desde mi butaca».*

OBRAS PUBLICADAS:

Whistler y Rodin (1906), *Anforas* (1914), *Tres poetas de la música* (1915), *La combinación diplomática* (1916), *Rodó y Rubén Darío*

(1919), *El ocaso del dogmatismo literario* (1919), *Los Estados Unidos y la República Dominicana* (1919), *Páginas escogidas de Martí* (1921), *El intercambio de influencias literarias entre España y América durante los últimos cincuenta años 1875-1925* (1926), *Programa de gramática castellana* (1926), *Tablas cronológicas de la literatura cubana* (1929), *Historia abreviada de la literatura española* (1929), *Tratado elemental de música* (1929), *Los yanquis en Santo Domingo* (1929), *Antología cubana de las escuelas* (1929), *Fosforescencias* (1930), *El retorno de los galeones* (1930), *Los trofeos de J. M. Heredia* (1930 y 1950), *Reseña histórica de Santiago de Cuba* (1931), *Panorama de la República Dominicana* (1935), *La Liga de Naciones Americanas y la Conferencia de Buenos Aires* (1937), *Les influences françaises sur la poésie hispano-américaine* (1937; hay traducción al español, 1940), *La Independencia Efímera* (1938), *La conspiración de Los Alcarrizos* (1941), *El Arzobispo Valera* (1944), *Panorama histórico de la literatura dominicana* (1945; hay edición dominicana, en dos tomos, 1965 y 1966), *Cuentos insulares* (1949), *El ideal de los trinitarios* (1951), *Hermano y maestro* (1950 y 1957), *Breve historia del modernismo* (1954), *Homenaje a Sanín Cano* (1957), *Garra de luz* (1958), *Tránsito y poesía de Mariano Brull* (1958), *El continente de la esperanza* (1959), *De Rimbaud a Pasternak y Quasimodo* (1960), *Panorama histórico de la literatura cubana* (1963), *Episodios dominicanos* (1981).

LA INDEPENDENCIA EFÍMERA

I
EN CASA DEL JUEZ DE LETRAS

Finalizaba el año de 1818. En la ciudad vetusta y colonial de Santo Domingo de Guzmán comenzaban a encenderse las luces nocturnas. La campana mayor de la catedral daba el toque de oración. Por la calle de Las Mercedes, casi desierta, avanzaba un jinete que espoleaba con impaciencia a su caballo. Venía sin duda de extramuros, porque el cansancio de la bestia, cubierta de sudor y de polvo, acusaba larga jornada por tierra fragosa. Al llegar a la esquina del Tapado se orientó resueltamente por el callejón del Hospital San Nicolás de Bari. A poco andar se detuvo ante una casa de buen aspecto, hizo brincar al caballo sobre la

acera y con el mango de la fusta dio dos golpes en la recia madera del portón abierto de par en par.

—¡Va! —gritó un negro que avanzó desde el fondo del zaguán.— ¿Qué se le *ofrese*, mi amo?

—¿Está don José?

—Sí, señor.

—Pues dile que José Cruz Limardo desea verlo.

—¡Ajá! *Demóntese*, que voy a avisarle.

No había andado dos pasos el esclavo, cuando una voz enérgica ordenó desde el piso superior:

—Mamerto, dí al señor Limardo que suba.

Ya el jinete había descendido del caballo, que el esclavo tomó de la brica, mascullando:

—Voy a *yebarlo* al *trapatio*.

Con lento y fatigoso andar subió el recién llegado las escaleras. En lo alto lo esperaba un hombre de buena estatura, nariz recta y ojos oscuros y penetrantes. Sobre su ancha frente caía un lacio mechón de pelo negro. Su aspecto era altivo y autoritario, como cuadra a quien conoce la voluptuosidad del mando. De sus labios finos brotó una sonrisa acogedora.

—Adelante, Limardo. No esperaba verlo tan pronto. Siéntese.

—Gracias, don José, —contestó Limardo desplomándose casi sobre una amplia mecedora que con otras tres, una mesa de caoba y cuatro sillas, formaba el mobiliario de la antesala. La brisa que penetraba por la puerta del balcón que daba al patio le sirvió de refrescante alivio. Don José advirtió su cansancio.

—Necesita usted reponerse. Voy a llamar a Mamerto para que le traigan una copita de ron de Baní.

Dió al punto dos palmadas y apareció el esclavo, que con presteza ejecutó la orden.

—Ya sé a lo que viene usted, —prosiguió don José.— No valía la pena emprender por ese asunto un viaje desde Santiago de los Caballeros. He prestado al caso la atención que merece, y la causa iniciada contra los dos badulaques que usted acusa por haberlo injuriado y desafiado seguirá su curso normal, sin ninguna clase de contemplaciones.

—No sé como agradecerle...

—¡No me agradezca nada! ¿Para qué soy juez de letras sino para escarmiento de pícaros? Ya sé que en todo esto no hay más

que una intriga patrocinada por el general Manuel Aybar, que en buenas obras, por lo visto, emplea su valimiento como comandante militar del Cibao. ¡En qué mundo vivimos! Aparece allí un francesito charlatán que pretende hacer curas prodigiosas sin título alguno que lo ampare; y Aybar, en el empeño de desplazarlo a usted, que es bachiller en medicina de nuestra Universidad, se presta a favorecer una patraña a fin de que a usted le resulte imposible la vida en el Cibao. Por fortuna usted me escribió lo que se tramaba, y previno también al gobernador Kindelán y a su amigo Caminero.

—Ya usted vio que todo lo que le anuncié se cumplió al pie de la letra.

—Sí, ya sé. Querían provocar su ira y hacerlo cometer un dislate, pero su serenidad y su sangre fría desbarataron el plan. Soportó usted la provocación y la amenaza, y ahora el francesito y su cómplice son los acusados por injurias y desafío. Admiro a los hombres como usted, capaces de dominarse en situaciones semejantes. Yo en su caso habría cruzado la cara a esos villanos...

—Aunque usted no lo quiera, agradezco cuanto usted ha hecho. Necesito explicarle ahora que, en vista del cariz favorable que ha tomado el asunto, yo mismo me he constituido en fiador de cárcel segura para los acusados...

—Presenta usted la otra mejilla para que lo abofeteen. Es usted un perfecto cristiano.

—Ya ellos están arrepentidos y vienen a la capital para dar finiquito a la causa. Pagarán ellos las costas y yo retiraré la acusación.

—Usted desea terminar ese asunto y relegarlo al olvido... ¿No es así?

—Así es, doctor. Aparte de que ya nada hay que temer de esa gente, tengo mis motivos para tratar de que la atención pública no se fije en mí. Usted sabrá lo que me dijo, en forma de confidencia, Villanueva, el comandante militar de Puerto Plata.

—¡Que si lo sé! Como que el expediente enderezado contra usted como presunto espía de Bolívar fue remitido al Fiscal, que me lo mostró a guisa de argumento para amparar de algún modo a los tunantes que usted acusaba. ¿Y sabe usted lo que le dije a mi amigo el Fiscal? Que él no debía prestarse a tan bastarda villanía, así como suena, a tan bastarda villanía... Y que si usted era

espía de Bolívar en Santo Domingo, eso era harina de otro costal y podía ser objeto de una investigación aparte, pero que la causa iniciada por usted con tan sólido fundamento y abundantes pruebas no podía entorpecerse por consideraciones de orden político. Puede usted estar tranquilo.

—De todos modos, ese expediente...

—¡Qué expediente ni que ocho cuartos! Ese expediente irá a dormir en el archivo o yo no me llamo José Nuñez de Cáceres. Ya he hablado con el gobernador Kindelán, con cuyo aprecio cuenta usted, y él ha convenido conmigo en que el tal expediente no es más que la base de la maquinación que contra usted se tramaba, ya que por ser usted venezolano no era fácil atribuirle alguna connivencia con los revolucionarios del continente.

—Me devuelve usted la tranquilidad, doctor. Una vez más le doy las gracias. Y me voy, porque de la Puerta del Conde he venido hasta aquí sin detenerme ni avisar a nadie mi llegada, y en casa del doctor Pineda me esperan seguramente para cenar.

—¿Se hospedará usted allí?

—Sí, señor.

—Bueno. Dígale a Antonio que no deje de venir mañana a la tertulia.

Camino de la escalera, don José se detuvo e inquirió bruscamente, mirando con fijeza a su visitante.

—¿Sabe usted por donde anda Bolívar?

—¿Cómo he de saberlo?

—Limardo, juguemos a cartas vistas. No le está interrogando el juez de letras o el auditor de guerra, sino su amigo el doctor Núñez de Cáceres.

—Le digo la verdad, don José. Hace meses que nada sé del camino que sigue Bolívar. Recordará usted su victoria contra Morillo en el combate de Calabozo, a principios de año...

—Sí, señor, y también el desquite de las tropas españolas, poco después...

—Pues bien, las noticias posteriores son confusas. Parece que Bolívar se ha replegado hacia el Orinoco, pero tengo informes, que creo son fidedignos, de que su propósito es trasladarse a Nueva Granada para desarrollar desde allí un plan más vasto.

—Las noticias de usted coinciden con las mías. Y ahora, otra pregunta, a la cual me ha de contestar usted sin vacilar.

—Usted dirá.

—¿Tiene usted que cumplir algún encargo de Bolívar?

—¡Por Dios, don José! ¡Le juro que el expediente instruido contra mí es falso!

—No se trata del expediente, que ya le he dicho es letra muerta. Se trata de un informe personal y privado que solicito de usted.

—Doctor, le aseguro que no tengo relaciones de ningún género con la revolución suramericana.

—Pero si usted se lo propusiera ¿podría tenerlas?

—Claro que sí, doctor. Amigos, y aún familiares míos, militan en la revolución; pero, le repito, estoy enteramente desligado de ese negocio.

—Está bien, Limardo. Por hoy me basta.

Y don José estrechó con firmeza la diestra que Limardo le tendía.

FRANCISCO E. MOSCOSO PUELLO
(1885-1959)

Médico, narrador, científico. Francisco Eugenio Moscoso Puello nació en Santo Domingo el 26 de marzo de 1885 y murió en la misma ciudad el 20 de enero de 1959. Su trabajo intelectual tiene dos vertientes fundamentales: una de carácter científico en el campo de la biología y la medicina, y otra de carácter literario, específicamente narrativo. Desde muy joven mostró afición por la filosofía y la investigación, habiendo dejado numerosos trabajos en los que revela los resultados de sus pesquisas. Sus Cartas a Evelina, *artículos en la prensa diaria, compendian su visión del país y su gente.*

OBRAS PUBLICADAS:

Trabajos del laboratorio biológico de F. E. Moscoso (1906), *Discurso del cinematicismo. La forma específica* (1907), *Nueva función del sistema linfático* (1910), *Contribución al estudio de la raquianestesia* (1923), *Cañas y bueyes* (1936), *Cartas a Evelina* (1941), *Dos conferencias acerca del cáncer* (1942), *Los servicios de asistencia pública en la República Dominicana* (1944), *Navarijo* (1956).

CAÑAS Y BUEYES

V

La molienda se va desarrollando normalmente. Desde que comenzó el corte ningún incidente se ha producido en La Inocen-

cia. Don Marcial está seguro de que tal como le dice Chencho, no quedará una caña parada. No sobran elementos como en otras colonias, pero cuenta con los suficientes. Su personal es muy bueno y con el concurso de Abelardo, el número de carretas montadas le permitirá sostener el tiro *sin flojar*.

Diariamente se ven don Marcial y el Ajustero en la casa, en el chucho, o en el campo.

—Cómo va eso, Abelardo?

—Va de oro, don Marcial. Hoy tenemos un tiro teso. Si la cosa sigue como va, y hace verano, esta semana no me dan abasto los vagones.

Esa es también la preocupación de Chencho. Los vagones. Un disgusto tuvo con el maquinista de la No. 2. Sus carretas estuvieron casi toda una mañana cargadas, esperando vaciar y la máquina se apareció cerca de las doce del día. Indudablemente el tráfico no andaba bien. Siempre algún estorbo!

—Pida vagones con tiempo, —decía también él a don Marcial.— Esto es lo único que nos puede atrasar. Con el personal que tenemos no se puede fracasar.

Pero don Marcial no muestra la alegría de otras épocas. Trabajaba a empujones. Las dificultades que se le presentaban le cambiaron el humor. Oía estas advertencias con indiferencia. El azúcar estaba por el suelo, experimentó una baja considerable. Se trabajaba con mucha economía y la Administración era cada vez más exijente. Con la ayuda de Mr. Moore no se podía contar. Tenía presente sus última palabras:

—Yo saber usted no estar conforme. Mi no tieni el culpa, comprendi? Usted queja del cuenta también. Yo no puedi jacer mas. Ni dar más dinero, comprendi?

El personal de La Inocencia no es muy numeroso. Otras colonias cuentan con una peonada mayor y más variada. Sinembargo, en ella hay de todo. Hasta haitianos. Estos se ocupan del corte, de las limpiezas, y también realizan trabajos que por lo regular son hechos por dominicanos. Unicamente no saben ni les gusta carretear. Hay que hablar castellano para ser carretero. Los bueyes criollos no aprenden *patuá*. Los haitianos tampoco tumban monte. Esta es la ocupación favorita de los dominicanos. Son éstos las jentes del hacha, del machete y del clavo.

Un ir y venir de hombres en esta colonia, entre los cuales muchos se expresan en lenguas extrañas. Un montón de trabajado-

res a quienes el Mayordomo llama, con visible satisfacción, *su personal*.

Este Mayordomo es Eujenio Pérez (a) Chencho. Nació en San José de los Llanos y ahora está radicado en La Inocencia. Le echó la bendición el Cura de Hato Mayor y tiene dos hijos pequeños.

Un día, él mismo le hizo un resumen de su carrera a don Antonio. fue detrás del mostrador de la bodega, mientras se jugaba una mano de tablero entre éste y Abelardo.

Su vocación fue para la agricultura. Desde pequeño le tiraba la caña. Sus primos eran agricultores, tenían potreros y colonias, pero les gustaba la política. El sí no había tirado un sólo tiro en su vida. Cuando más cerca de la política estuvo, fue en una ocasión que lo acuartelaron en Los Llanos, con motivo de una revolución. Pasó varias noches en la Comandancia, armado de una carabina belga. Era un jovencito. Afortunadamente, la revolución entró sin tirar un tiro, porque el Comandante le entregó la plaza a los revolucionarios. Pasó muchos sustos. Una noche tocaron firme por unos *fogonazos* que se oyeron en La Palma. Se convenció entonces de que no servía para político. Si la jente entra esa noche no hubieran podido contar con él. Gracias a un tío, pudo *zafarse* de ese compromiso. Se fue al campo y allí comenzó su lucha. Trabajó en Quisqueya. fue Volteador, después encargado de un tiro. Pudo comprar algunos *bueyitos*, dos yuntas, y con esas se *corrió* para Las Pajas, donde ya tenía ocho años de permanencia. Su mujer, es de La Lima. Hija de José Maldonado. Allí le dieron aviso de que don Marcial buscaba un Mayordomo. Consiguió la colocación y hace tres años que le acompaña, ayudándolo a salir con bien en sus trabajos.

—No me puedo quejar de don Marcial, —le ha dicho más de una vez a Don Antonio.— Me trata bien. Tengo que defender sus intereses como si fueran míos. Y tratarle bien el personal.

Chencho estaba siempre sobre una mula baya. La cuidaba mucho. Llevaba la crin recortada y la cola a manera de brocha de pintar. Tunino era quien se la tuzaba. Desde el arranque de la cola le cortaba los pelos con unas tijeras hasta cerca del extremo en que formaba una especie de cono o copa invertida. En todo el batey no había otra parecida. Tenía muy buen paso y era muy viva. Don Marcial la compró a unos hombres de San Juan de la Maguana, que pasaron por La Inocencia. Se espantaba mucho, pero Chencho era un excelente jinete. La llamaba *Maruca*.

—Dicen que Maruca se resiste. Qué va! Es que es una mula muy fina, que no la puede montar todo el mundo.

A medio día un peón le daba de beber, mientras Chencho reposaba un rato. De vez en cuando le compraba una libra de azúcar prieta, porque a falta de melao, eso limpia y le pone brillante el pelo.

Rosendo decía a veces:

—A los haitianos y a *Maruca* le gusta lo dulce, vale. Por eso es tan mañosa como ellos.

Encontrábase satisfecho el Mayordomo. El sueldo no era muy bueno, pero le había ido bien a la familia. Su mujer engordó desde que estaba en la colonia. Y sus muchachitos no padecían de fiebres. Seguro estaba de que si a don Marcial le hubieran salido las cosas de otra manera, le pagaría mejor. Además tenía elementos.

Chencho lo dice con orgullo.

—Aquí en La Inocencia trabajo con gusto. Lo que es aquí me sobran elementos. Lo que es por falta de peones o bueyes no se queda una caña en los campos. Hay con qué trabajar.

Y don Marcial después de averiguar el precio del azúcar, sólo pensaba en los bueyes y en la peonada:

—Hay gente suficiente? —pregunta a Chencho.

—No me faltará personal, —responde el Mayordomo.— Descuídese, don Marcial! Mientras yo pueda contar con Fonso, Rosendo, Murciélago, Juan Tarana, Vicentico, Chévere, Priscilién, Telemaque... No se quedará una caña parada. Contamos con un buen personal.

Personal es Rosendo, Juan Tarana, Fonso, Murciélago, Vicentico, Chévere, Priscilién...

Durante la zafra el personal y los bueyes constituyen la preocupación de todos.

Hasta Juan Tarana, le dice a Fonso:

—Yo creo que a Chencho le va a faltar personal. Si no dentra más jente, lo veo mal. Va a fracasar.

Pero todos los días aparece una cara nueva en el batey. Ahora es Agapito que espera al Mayordomo sentado en el pértigo de una carreta. Una hamaca colgada a la espalda, pantalones de fuerte azul. Arrollados hasta la mitad de la pierna, sombrero de cana, en cuerpo de camisa, descalzo.

Llegó a La Inocencia al caer la tarde. Atravesó sabanas, pedazos de monte, trechos de camino real. Se bañó en el Azuí. Y entraba al batey recordando el gallo de pluma fina que alcanzó a ver desde el camino. Venía a la Finca, porque necesitaba dinero para un caballo y para otras cosas que ambicionaba.

—Dónde podrá topar al Mayordomo? —preguntó.

Murciélago lo puso en camino. Uno más! Los Mayordomos viven abrumados con estas jentes que acuden a todas horas y de todas partes en busca de trabajo.

Cuando el Mayordomo está en los campos distantes del batey, cuando transita por los carriles, en el corte, en la tumba, en las limpias, junto al molino, en las cuarterías, en la bodega y aún cuando está fuera de la colonia, en todas partes, siempre lo están aguardando.

La peonada no lo deja sestear. No lo deja comer. Lo llama, lo silva, lo *manguea*. Lo hace salir de la bodega, de su propia casa, lo interrumpe cuando conversa con el dueño de la colonia.

Se le ve en todas partes. Habla en todos los sitios. La Oficina del Mayordomo, es toda la colonia. En todos los campos ha dado órdenes, ha entregado vales, ha tomado notas, ha tratado y ha recibido trabajos.

Un día va por un carril sobre su mula, lo siguen uno, dos, cinco, un grupo, una cuadrilla. Va a realizar un trabajo, va a tratar una limpieza, va a la tumba para distribuir cuadros, o a hacer un habite, o a disponer una siembra.

Pero no siempre sucede así. Otro día va sobre la misma mula a visitar los bateyes y las secciones vecinas, y va dejando el aviso de que necesita personal en la colonia, y a sus amigos, a sus conocidos, les va pasando la palabra: «Necesito jente». «Estoy escaso de personal».

Prefiere y solicita a los conocidos que le han abandonado. «No has visto a Julián?» «Dónde estará ese hombre?» «Tan buen carretero!» Es que ahora carece de personal y su prestijio como Mayordomo está comprometido con don Marcial.

Con más frecuencia por los innumerables carriles que entran al batey, pasan y repasan los peones. Unos camino de sus casas o de otras colonias, otros en busca de trabajo. Llegan a la bodega, preguntan al pesador, a los otros peones, a sus amigos y enseguida se lanzan en persecución del Mayordomo. Lo asedian:

—Usted no tiene alguna *cosita* por ahí?

—Vale Chencho, consígame algo que toi aceitao. Eta mocha se me quié salir de las manos.

—Vamo a ver si hay alguna puntica que arreglar.

—He venío a ver si saco manque sea la jabichuela.

—Toi bruja, vale, jágase cargo de mi.

—Toi trozao, vale. Métame la mano.

Un día el Mayordomo dice:

—Por ahora no tengo nada. Me sobra jente!

Dice ésto con satisfacción, mientras arrienda la mula camino de la bodega o en dirección al corte. Chencho se enorgullece al decir que donde él trabaja no puede faltar personal.

—Tengo mi jente. Esos son míos y me siguen a todas partes. Tengo muy buenos tratos y muy buenas reglas.

Pero al otro día, ya no puede repetir esto:

—Hombre sí! Allí me dejaron un cuadro. Tengo un campo para limpiar. Y haciendo retroceder la mula se hace seguir del primero que encuentra por la boca de un carril o topa en un cruce, para ponerlo de una vez en posesión. Mientras otro que quiere *enganchar* al verlo pasar exclama:

—Ya ese pegó!

Agapito fue el afortunado. Al día siguiente, su nombre figuraba en la libreta del Mayordomo: Agapito de la Cruz. Y ahora tiende su hamaca en el barracón junto con Rosendo, Fonso y Murciélago. Se acerca al mostrador de la bodega, le da filo a su mocha en la gran piedra de amolar del batey. Ya forma parte del personal. Y por las tardes, a la salida del trabajo y en las primas noches, se le vé conversar a la puerta del barracón con otros peones, de mujeres, de trabajo, de gallos, de revoluciones o de su vida.

La peonada puebla la colonia, como si fueran hormigas. Llena los barracones, se desparrama por el batey, por los campos. Vive dentro de la caña.

Todos hacen de todo. Las labores son tan sencillas, que unos suplen a los otros. Solamente son indispensables conocimientos elementales: tumbar, chapear, carretear. Y eso lo saben todos los hombres del campo. Unicamente, se requiere juventud y fuerza. Ser un buen clavo, o ser buen desyerbador. Cuando son *largos* ya se han especializado.

Ellos mismos se elojian. Hacen valer sus méritos.

—Yo vale, dentro de un monte soy una tormenta.
—Con mi mocha en la mano, pocos me pisan delante.
—Cojiendo yo un clavo no hay bueyes mañosos.
No saben más nada. No aspiran a más nada.

De día caen sobre la tierra, con sus mochas, con sus picos. O abaten los montes con sus hachas. O cantan boleros sobre los pértigos de las carretas. Por las noches en la bodega, en el barracón, cuentan sus labores, se hacen confidencias, hacen música de acordeón o tocan sobre un cajón o sobre un balsié.

Muchos después de trabajar años en un sitio pierden sus apellidos. Rosendo, el de La Inocencia, Vicentico, el de La Esperanza. Otros se limitan a un remoquete: Pitón, el de las Taranas. Poldín, el de Livonao.

Han llegado aquí de todas partes. De los cuatro puntos cardinales de la República. Y de Haití. Y de las Islas de Barlovento. Es una población internacional. En la colonia se habla *patuá*, inglés y castellano. Son las lenguas más comunes.

El personal aumenta y disminuye. Se renueva. Y se conserva. Obedece a un ritmo. Durante la zafra crece súbitamente y en el *tiempo muerto* disminuye considerablemente. Pero hay personal estable, definitivo. Es el personal radicado en el batey. Peones antiguos que llegaron jóvenes y allí han envejecido. Su vida ha transcurrido junto a la caña, en medio del sol, embriagados con el verde de los campos y el azul del cielo. Gentes enamoradas de los espacios abiertos.

Pero también hay una población flotante que llega y sale a todas horas, que trabaja un día, una semana, una quincena, para cubrir una sola necesidad, un compromiso, o realizar una aspiración: para pagar un trabajo, comprar una muda de ropa, pagar una deuda, comprar un caballo, hacer un viaje de promesa. Después del pago se alzan y no se vuelven a ver más. Vinieron a hacer una plata que necesitaban con urjencia.

Por los mismos caminos que entraron abandonan un día el batey. Se van después de realizar su propósito. Contentos, satisfechos con sus motas en la vuelta de un nudo del pañuelo. Y se van también disgustados. Dejaron un trabajo porque el Mayordomo los engañó, o porque era pesado, por una infinidad de causas. Se dirijen a otras colonias y hoy se inclinan en un campo para hundir su mocha en torno a los retoños sucios, y mañana, alzan cañas

en un chucho distante, o se les vuelve a ver, semanas después, detrás de una bueyada, sobre una bestia, blandiendo el látigo.

—Y uté aquí, vale?

—Sí. Me costó dejar la colonia. Ese Mayordomo era muy sangrú.

O de este modo:

—Yo no lo vide en La Inocencia, vale?

—Me costó dejarla. No pagan bien.

Pero, afortunadamente, se cuenta con el personal permanente. El que sigue a Chencho. El de todos los tiempos, el de la zafra, el del *tiempo muerto*.

El personal no tiene nada. Unicamente cuenta con sus brazos, con su mocha, con su hacha, con su clavo. Lleva sí, casi siempre consigo una hamaca, dos o tres piezas de vestir. Cuenta únicamente, con su persona. Y anda generalmente a pié. Para él no hay caminos malos, ni distancias largas, y por eso siempre está expedito para ir de allá para acá, de día, de noche, a toda hora. Qué puede detenerlo?

—Dónde está Julián? —pregunta el Mayordomo a la puerta de un barracón:

—Yo creo que se fué. No veo la hamaca en parte.

Pitón pasea una mirada por el cuarto, donde se ven otras dos o tres hamacas recojidas y colgadas.

Como entran, salen. Ese es el personal que da más *brega* en la Finca. Por eso Chencho conserva el suyo, el que permanece siempre en el batey.

Agapito cambia un vale en la bodega. Bajo el brazo, sostiene su mocha con el borde filo reluciente. Lleva su sombrero de cana levantado sobre la frente. Fonso sostiene en la mano su vara. Ambos están descalzos.

Cruza por el batey el Agrimensor acompañado de Chencho, y al pasar junto a la bodega, satisfecho de ver dos de sus trabajadores sonríe:

—La suerte es que yo cuento con el mejor personal de la Finca.

Por eso, por mantener ese personal, es que don Marcial lo tolera con sus vicios.

Pero Chencho tiene sus dificultades. Todo el personal no es uniforme. Y unos deben ser tratados de un modo y otros de otro.

Los hay dificultosos y los hay dóciles. El Mayordomo tiene que ser político. La peonada lo puede hacer fracasar. Puede algunas veces quedar sin jente y su situación se hace difícil, frente a sus superiores, que en él tienen depositada su confianza.

A todos, sinembargo, hay que hacerles ver que se les atiende, que se les cuida, que se les proteje. Procurar que estén contentos. Vijilar de cerca a los avisados, porque pueden trastornar una organización. Si están enfermos hay que darle por lo menos un purgante de sal de Epson, y si se mueren, hay que enterrarlos.

—Allí hay un hombre muerto, —oye decir por el batey el Mayordomo y pregunta:

—Qué hombre es ese?

—Yo no sé. Dijién que en una cuartería.

Y Chencho arrienda la mula y se dirije a los barracones. Efectivamente, en medio de un cuarto, yace sobre el piso un moreno con un pantalón de fuerte azul, y camisa de listado. El sombrero de cana, se encuentra un poco retirado de la cabeza.

—Y quién es este hombre? —pregunta Eujenio a otro peón que se acercó a la puerta a curiosear.

—Este es un tal Candelario. Yo creo que trabajaba en el número 15.

Entonces arrienda otra vez la mula, en dirección de la bodega, haciéndose acompañar por el peón. Allí pide unas velas y se las entrega.

—Vaya donde Lupe. Que le prenda esas velas.

Durante la noche, los compañeros de cuarto no duermen allí. Uno o dos lo velan, a veces más. Se hacen dar un vale para comprar ron.

—Vale Chencho, dénos pa un romito. Mire que vamo a trasnochar.

Al día siguiente, se cumplen las disposiciones dadas por Chencho. Traen unas andas hechas con varas. Sobre ellas colocan al difunto y los peones designados por él, previo ofrecimiento de que se les pagará el día, cargan con el muerto, camino del Hoyón y allí lo depositan en un hoyo tal como lo llevaron, con la misma ropa que murió.

Así terminan en la colonia dos o tres en cada zafra.

—Hay que hacer humanidad, —dice Fonso, cuando vé pasar el cortejo por el carril.

Los que menos dificultades le ofrecen al Mayordomo, son los haitianos. Les tolera que hablen como cotorras, y les dispensa otros vicios por la ayuda que le prestan siempre.

Los haitianos llegan en tropas, una mañana, una tarde, diez, doce, con sus líos a la espalda, hablando *patuá*, vestidos de fuerte azul, en cuerpo de camisa, sudorosos, brillante la tez. Los pantalones con un doblez en el ruedo y recojidos a media pantorrilla, con un fleco de guano o un cordón. Descalzos.

La mocha en la mano o debajo del brazo. El cachimbo en la boca. Sobre la cabeza un sombrero típico. Copa alta y alas anchas. Parece un rebaño hosco y desconfiado.

A muchos apenas se les distinguen los ojos. Las conjuntivas también oscuras. Sólo tienen blanco en el rostro las dentaduras, fuertes, amenazadoras.

Entran por un carril a pasos largos, persiguiendo al Mayordomo. Cuando le han visto, le sonríen infantilmente, poniéndose a sus órdenes.

Hacen el viaje a veces en guaguas pintorescas. Verdes, amarillas, con dibujos extravagantes, en rojo o en azul. Al frente y a los lados puede leerse: *Tiburón, Limbé, Marmelade*. Semejan jaulas. Pero amenudo atraviesan las carreteras en camiones pesados. Cubren con sus mochilas casi todo el tonelaje del vehículo. Maravilla, la obra del progreso. Ahora despiden olor a andullo, sudor y gasolina.

Los haitianos desempeñan a Chencho más fácilmente que los dominicanos. Y son más obedientes. Por eso, cuando Telemaque no andaba detrás de Chencho, era Chencho el que buscaba a Telemaque.

—Ustedes no me han visto a Telemaque? —dice deteniendo la mula, frente a la puerta del barracón.

Cuando se encontraban, sostenían este diálogo:

—Bueno, Telemaque, dónde tú estabas?

—Yo? Andande.

—Y por qué no estabas en tu campo?

—Tú me tá engañá, Chenche.

—Yo? Y tú no ves que ese es el mejor campo, el que tiene menos yerba? Eso está bien pago. Tú sabes lo que son cinco pesos? No juegues tú! Tú no ves que te prefiero a otros. Como cuatro andan detrás de él.

—No juega tu Chenche. Tu siempre mi diga así. Y yo tá perdé. No sacá ná. Tú no ve mi pantalón ta rompío.

Y Telemaque, más desnudo que vestido, le muestra a Chencho sus carnes obscuras, por los dos agujeros del pantalón, a la altura de las rodillas. El saco que lleva, fue una antigua pieza de casimir ahora cubierta de rotos y remiendos.

—Bueno. Vuelve al trabajo. Te voy a aumentar cincuenta centavos. Tú necesitas algún vale?

Telemaque le pidió veinte centavos. Chencho lo obsequió, además con un cigarrillo diciéndole:

—Toma! Como ese sólo lo fumamos aquí Miste Mora y yo. El me los regaló.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de Telemaque.

En cuanto a Priscilién, ya era otra cosa.

—Te andaba buscando Priscilién. Dónde te metes? Yo quiero que tu me des una vuelta por ahí y me traigas algunos haitianos. Me falta gente en el corte.

—Dónde yo va a bucá jente?

—Por ahí. Vete por Lajas, por el número Dos.

—Pero tú mi va a pagá. Tú no mi va a jacé como la otra vé?

—Déjate de eso! La otra vez yo te pagué. Te dí un vale por veinticinco, después, te dí otro, no sé si fue de medio peso, o de setenta y cinco. No me acuerdo ahora!

—Embute. Tu mi dite quence plimelo, dipué, vente y no mi dite má.

—Piensa bien. Tú estás equivocado. Bueno! Dime si vas a ir o nó? Te voy a buscar un trabajo bueno.

—Tu siempre mi diga así.

—Pero vas a ir o nó?

Priscilién vacila. Y después de meditar un instante:

—Bueno. Yo vá, pelo tu mi paga?

—Cómo no te voy a pagar! Tú no sabes que tu lo consigues todo conmigo. Ve a la bodega y dile a don Antonio, que te dé un trago de *tafiá*, por mi cuenta. Toma! Llévale este papelito.

—Ah! Chenche! Tu sabi mucho!

Y Priscilién se va satisfecho, pensando en ir a conquistar por las otras colonias a sus paisanos.

Gracias a ese personal, Chencho, puede responder a don Marcial, de que no se quedará una mata de caña en pié. Qué va! Mucha experiencia tiene él en Finca.

Y para conservarlo, ha tenido que hacer don Marcial algunos sacrificios.

La Inocencia dispone de dos o tres hermosos barracones. Cada uno de ellos está dividido en diez cuartos de regular tamaño, en los que se pueden colgar hamacas. Estos barracones están ocupados por el personal soltero. Allí duermen los peones. Durante el día están vacíos. Por las noches, apenas se puede dar un paso dentro de ellos. Hasta en el piso duermen trabajadores. Cuando hace demasiado calor duermen desnudos. Al pasar frente a estos cuartos, se pueden ver, aún de día, casi en cueros. La mayoría, desde que tienen que permanecer en el barracón, se desprenden de sus camisas.

Estos barracones se distribuyen de acuerdo con la procedencia del personal. Los haitianos tienen el suyo. Y los dominicanos, también. En el batey, el personal está clasificado. Chencho tiene que tener mucho cuidado con esto. No quieren estar juntos.

—Mire Chencho, yo quiero que usted me saque ese haitiano de ahí. O me busca a mí otro puesto.

Los peones dominicanos, ven con ojeriza a los trabajadores exóticos. Piensan que les vienen a quitar el pan. Lo mismo ocurre a veces con los *cocolos*.

Y el Mayordomo le contesta:

—Bueno. Veré a ver donde te coloco. Te buscaré otro puesto.

Y arranca en la mula preocupado con este problema. Tiene que resolverlo, porque si no lo hace, se va a encontrar con dificultades que pueden adquirir alguna gravedad.

Los ingleses forman parte importante del personal. Muchos de ellos ya son dominicanos. Han nacido en el país. Sus padres están aquí desde hace tiempo. O proceden de hogares mixtos. Otros vienen todos los años y de éstos unos se quedan y otros vuelven a sus islas.

Llegan por el mar. Una mañana amanece un balandro en el puerto. Desde el muelle se alcanzan a ver como náufragos recojidos en el mar. Se baldea la cubierta sucia y hedionda. Es un espectáculo que hace pensar en los tiempos de la trata. Son estos barcos de ahora una miniatura de los galeones. Pero no tienen cepo, ni hay esposas, ni ningún instrumento de tortura. A bordo han hecho una travesía alegre, feliz, llena de satisfacción. Han pasado sus noches, contemplando el bello cielo del Caribe, sin

sentir el dolor de sus abuelos. Y ahora en el puerto, enseñan su dentadura blanca, como pulpa de coco, para mostrar alegría. Se oye un vocerío. Dos o tres yolas se acercan a la embarcación. Y después de pasar una o dos horas en el muelle, por delante de sus equipajes, cajas, canastas y macutos, abrazan y saludan a sus conocidos. Desembarcan al mismo tiempo, dos o tres cerdos. En ocasiones, un par de monos *tities*.

De allí al tren que les espera en el depósito. Las jentes los ven pasar con indiferencia. Suena la campana de la locomotora pidiendo vía libre por los extramuros de la ciudad. Los bateyes se los tragan. Se desbordan aquí y allí. Penetran por todas partes como las plagas de insectos.

Son menos dóciles que los haitianos. Amenudo hace Chencho *mala sangre* con Blakis, el maquinista de la No. 3. Este hombre es muy testarudo. Siempre quiere hacer lo que le da la gana. Le llama la atención sobre la manera de colocar los vagones en el chucho, le pide que no los deje tan lejos del cargadero.

Blakis sonríe maliciosamente. Le enseña los dientes como pulpa de cajuil y finje no entender. Ese es el recurso supremo de los *cocolos*.

—Mi no comprendi, Chencho!

Cuando dice esto es para hacer su voluntad. Para no obedecer. Cuando un *cocolo* termina por no entender lo que se le está diciendo, cuando olvida el español, hay que dejarlo.

—Mi no sabi, mi no intiendi!

Y todo ha terminado. No queda otro recurso que matarlo o dejarlo.

Dominicanos, haitianos e ingleses, viven por lo regular, separadamente. El batey es internacional. Y el Mayordomo tiene que tener una diplomacia exquisita.

Unos son bochinchosos, otros hablan mucho. Los haitianos no dejan dormir a los otros. Los ingleses y los haitianos, se exaltan por cualquier cosa y los dominicanos, son intolerables, por sus violencias.

Por eso dentro del batey se establecen barrios. *Puntafuera* para éstos, Cacarajícara para aquellos. La calle de los bohíos, para los otros. Ciertos personajes hay que colocarlos en los extremos del batey, lejos de la bodega y de los otros. Las familias ocupan otra calle y otras construcciones.

Pero apesar de todas estas precauciones, amenudo tiene que intervenir el Jefe de Orden. Hay sangre por cualquier cosa. Por unos centavos, por una mala palabra o por cualquier otro motivo baladí.

Pero en La Inocencia, Eujenio mantiene la mejor armonía. Hombre curtido en el oficio conoce los males y los remedios.

Los días de pago suele Chencho pasar horas desagradables. Entonces es cuando más *mala sangre* suele hacer. Las averiguaciones lo aturden. Cuatro o seis inconformes no lo dejan respirar. Lo abruman con reclamaciones. Se ha equivocado, no ha sacado bien la cuenta. Le piden el *completo*. Le devuelven el dinero. Y son inútiles a veces sus explicaciones.

—Fíjate bien. Ve a la bodega a que te enseñen los vales. Tú no sabes contar? Cómo te voy yo a robar tus chavos. Tú estás loco? Bueno, coje tu dinero que yo te arreglaré eso.

Pero otras veces, las cosas toman un mal *cariz*.

—Bueno, si lo quieres lo cojes, si no lo dejas. Y haga lo que quiera.

Y el Mayordomo clava la mula y desaparece por el primer carril.

Pero también siente esos días, apesar del atareo, momentos de satisfacción. Cuando se complace en echar una ojeada sobre su personal reunido frente a la bodega.

Y sucesivamente fija la vista en Fonso, Murciélago, Chévere, Pitón, Juan Tarana, Vicentico, Priscilién, Telemaque, Jacob, Tunino, Agapito...

Es un espectáculo pintoresco. Una colección de sombreros viejos rotos, sucios. Una riqueza de harapos, que apenas cubren el cuerpo. Un montón de hombres miserables, ignorantes, dejenerados, en los últimos peldaños de la escala humana.

Pero, gracias a ellos, puede el hombre civilizado tomar su té o su café todos los días, endulzado con el azúcar de cañas, en New York, en París, en Berlín, en todos los rincones del mundo.

RAMÓN EMILIO JIMÉNEZ
(1886-1970)

Poeta, prosista, educador. Nació en Santiago de los Caballeros el 18 de septiembre de 1886 y murió en Santo Domingo el 13 de noviembre de 1970. Su obra poética, de clara intención didáctica y edificante, oscila entre los cantos escolares que reunió en La patria en la canción, y los poemas dedicados a la vida campesina. Sus creaciones líricas se caracterizan por un regocijante optimismo y la exaltación de valores éticos constructivos. Como prosista dejó sugerentes artículos de costumbres, frutos de sus investigaciones folklóricas por todo el país.

OBRAS PUBLICADAS:

Lirios del trópico (1910), *El monólogo de un rey* (1915), *El patriotismo y la escuela* (1917), *Espumas en la roca* (1917), *Diana lírica* (1920), *Rey del cielo y de la tierra. Canto al amor* (1924), *Al amor del bohío* (1927 y 1929, tomos I y II; hay edición de 1975), *La patria en la canción* (1933), *El Ateneo de Santo Domingo a la memoria de Santos Chocano* (1935), *Espigas sueltas* (1938), *Del lenguaje dominicano* (1941), *Naturaleza y hombre* (1968).

AL AMOR DEL BOHÍO

LOS MATRIMONIOS EN EL CAMPO

Este amor en el campo es la felicidad en esencia. En el campo todo está diariamente invitando al amor. Cada hora, cada minu-

to, la naturaleza se nos ofrece como un desposorio. Vive el agricultor entre animales que hinchan los buches y arrullan, que hacen, «engrifados», «la rueda», y entre guerreros cornúpetos que se disputan el señorío de un hato...

Desde que el joven se siente enamorado, «le echa el ojo a un monte» que elige para conuco y sueña en la cosecha, que es el apoyo de su amor y el prólogo de su matrimonio. Un campo sembrado por él mismo es la mejor garantía de su declaración amorosa.

Y un día en que la oportunidad le sonríe, después de haberla desechado muchas veces porque la timidez le ató la lengua, se halla solo con la moza de sus sueños. Tal vez le da alcance una mañana a horcajadas sobre un potro que fue a bañar al río, mientras ella, sorprendida, corrige prontamente el descuido con que va sobre el paciente burro en que suele hacer provisión de agua para la casa.

Así vimos un día una pareja que nos servía de modelo para nuestra pintura. El, turbado, pero decidido, rizando con la callosa diestra la crin de un «moro avipao, de mucha vista», se atrevió a decirle: «Daría mi caballo de silla poi veite to lo día». Al decir esto se expresó como un perfecto campesino. Y valga una explicación. El hombre de campo, lo que más estima después de la familia, es el caballo de silla. Un campesino acomodado presta con más facilidad una «onza» que su caballo de montar. La mayor deferencia que puede hacerle a un amigo es prestarle el caballo. Cuando se llega a esta prueba se ha agotado el programa de las distinciones. El caso es por demás curioso, pues casi siempre al caballo le sobra lo que al dueño le falta. El peine del caballo es superior al de la mujer. Al dueño podrá faltarle un cepillo de cabeza o de ropa, pero a la crin del caballo, nunca.

Por eso el joven enamorado lo primero que hizo fue recabar la autorización del padre para «amarraise ei revoive» y comprar un caballo y una silla, hecho que constituye la más curiosa filosofía de nuestra gente de campo, según reza en esta copla muy típica:

«Ei que quiera sei un hombre
necesita poseei
buen caballo, su revoive,
una silla y su mujei ».

Y volvamos a la frase galante. Nuestro joven se ha expresado con elocuencia. Así lo entendió ella, limitándose sólo a responderle «Hombre que va», su desquite favorito. Y sigue el diálogo: «Como quiera que se sea, ha de sei mía». «Hombre que va», profiere ella, sin atreverse a mirarlo, atenta siempre a corregir con mano lista la temeridad de la falda, que sube con el roce de los aperos y el movimiento de arreo que hacen los desnudos pies recién lavados. «¿Puedo parai ei rancho?» Agrega en el calor de una acometividad progresiva mientras le acerca más la bestia, a lo que ella responde, con un dejo de huraña y un tonito de ambigüedad dulzona: «Va a sey»...

El diálogo se anima. El potro salta espoleado sin motivo, sin que el jinete lo quisiera. Una nueva frase acometedora hiere el oído de la bella. Se ha atrevido a pedirle la rosa que le incendia el cabello; pero la flor se ha triplicado. Al pedir una han aparecido dos más, una en cada mejilla, pendientes del tallo invisible del pudor. Y con un mohín de indiferencia que le enseñó el instinto, la moza se atrevió a decirle «Ello pa qué? Una que no vale na, y otra que no he pensao quereite», y diciendo esto gana la cuesta, a la vista del bohío, mientras él desaparece, mohino, turbado, por el primer callejón que se abrió, como válvula de escape, a su temeridad.

Otro día, la enamorada, despertando a altas horas de la noche, escucha. Es él, que le canta desde un callejón entre dos brazos de mayas lentejueladas de cocuyos. Y el viento se lleva esta tonada:

«Ere chiquita y bonita,
ere como yo te quiero,
que parece campanita
de la mano de un platero».

Ya es menos esquiva y se atreve a decirle al día siguiente: «Anoche te oí cantai». Ya acepta el paquete de dulce y lo espera, bien empolvada, todos los domingos, y él, al despedirse de ella se atreve a decirle por lo bajo:

«Conséivate pa mí».

Por fin ya se quieren. Reciprocan sobritas de café y cabos de tubano, y cuando van a la cerca a comer mangos la moza se aco-

moda sobre la hierba dejándole un resto de falda para que él se siente. Los padres de ella disimulan porque el joven «No tiene cola que le pisen» y los padres de éste, a su vez, consienten de buena gana, porque la muchacha «no tiene caca que le saquen» y «la mujei se buca, como la vaca, poi la raza».

En un transporte de júbilo el aventurado se lo ha dicho todo al papá, debajo de un árbol, los dos picando la corteza, insensiblemente, con los largos cuchillos. Los padrinos de bautismo son enterados con tiempo de la fecha en que se hará el compromiso, requisito del que no puede prescindirse en estos casos.

Un año de relaciones lleva la pareja enamorada. El bohío fue hecho con el dinero de la cosecha. Es de palma, raspada la del frente. El mueblaje lo componen «sillas serranas», varios taburetes de almácigo, una cama de caoba, la mesa de comer y una tinaja sobre un tronco de tres ganchos invertidos, encima del cual se destacan muchos bangaños y coquitos.

Los novios y la madre de uno de éstos han ido al pueblo a comprar el velo, la corona, los ajuares de cocina y de aposento y a mandar a hacer el traje de boda.

Se acerca el día del desposorio. La novia ha vuelto al pueblo a confesarse y a probarse el vestido y retornó preparada en espíritu para recibir el último de los mandamientos de la Iglesia.

En la iglesia del pueblo, después del evangelio, sus amigas oyeron de labios del cura la primera proclama. Ningunos de los novios es «hijo del mundo», si no «de bendición», frases con que se designan en el campo, respectivamente, los hijos naturales y los legítimos. Desde este día hasta el de la boda, la novia permanecerá encerrada sin atreverse a salir del aposento. Allí le sirven la comida. Sólo las personas más íntimas pueden verla en su prenupcial encerramiento por estarle vedado salir, en prenda de recato, antes el tiempo señalado por la costumbre.

El día de la boda ha llegado. El número de fogones fue reforzado desde la víspera, y todos los platos del vecindario están defendiendo, como guarnición de honor, la plaza culinaria. En el plato un peón descuartiza a golpe de hacha varios trozos de madera destinados a alimentar la roja actividad de los fogones. El puerco asado luce la salsa o «mojo» que le derraman encima con amatistas de cebollas y sangre de rebeldes ajíes, en espera de la hora del ataque decisivo.

A lo largo de la empalizada se enfilan los caballos. En el contorno no hay árbol en donde no haya uno amarrado. En cada cintura, la culebra de cápsulas hace evocar la risa descarnada de la muerte. Y el pesado «Colt», el fiero Smith & Wesson, y hasta el tosco «maimita», rancio de antigüedad, se insinúan debajo de los «sacos», dejando ver sobre la pierna izquierda del pantalón, el extremo de la canana amarilla.

Montan. A pocos pasos ya no se ven entre las nubes de polvo. Los caballos más andadores van delante, infladas las amazonas de las vírgenes. Cae aquí una espuela, rota la correíta ceñidora. La animación es grande. Por fin llegan al pueblo, se desmontan llenando varios patios de cabalgaduras. Novios, padrinos y testigos, vestidos en carácter, invaden la casa del oficial del Estado Civil. Los zapatos empiezan a molestar los pies y algunos se los quitan mientras dura la ceremonia. De aquí se dirigen al templo y reciben la bendición epitalámica, después de lo cual la novia guarda las prendas de la consagración del nuevo estar y monta como vino, al lado de su amante y entre las parejas que le sirven de guardia de honor por el camino.

Están próximos a la casa. Ha sonado un disparo. Como en la madrugada, detrás del primer gallo que canta rompen los demás, a clarinada limpia, el silencio augusto de la hora, al primer disparo, hecho al divisar la casa, sucede un tiroteo nutrido semejante al de un mayal ardiendo. La novia se desmonta. Los primeros besos son los de los padres y padrinos, no del último sacramento sino del primero. Y luego, la gran mesa, el desquite de las impaciencias, el pronunciamiento de todas las bocas, el triunfo de los convidados después de un sitio agudo al puerco asado que déja al fin en las fuentes inexhaustas, los huesos limpios como señales de honrosa capitulación.

Entre tanto, la novia, instalada en su hogar, se encierra de nuevo, avergonzada, durante nueve días y cuando el amor haya cumplido en ella su destino, no querrá dejarse ver de la madre, a manera de ciertos frutos que disimulan el hechizo de su fecundidad entre la verde discreción de las hojas.

El auto, la prohibición del porte de armas y la influencia de ciertos hábitos que nos vienen de fuera, han alterado, en sus líneas más pronunciadas esta original costumbre criolla.

FLÉRIDA DE NOLASCO
(1891-1976)

Ensayista, musicóloga, folklorista, catedrática. Flérida García de Nolasco nació en Santo Domingo el 27 de febrero de 1891 y murió en la misma ciudad el 12 de febrero de 1976. Estudió Filosofía en la Universidad de Santo Domingo, donde se doctoró en 1948. En la más vieja universidad de América fue profesora de Folklore, Literatura Dominicana e Historia de la Música. Su labor intelectual, fecunda y variada, constituye una sólida contribución a la cultura dominicana contemporánea. Su interés por la música universal, el folklore dominicano, la historia colonial, los místicos españoles, y la poesía, entre otros, evidencian su erudición y su interés humanístico. Con su esposo don Sócrates Nolasco formó una pareja de intelectuales consagrados al estudio y divulgación de nuestra cultura.

OBRAS PUBLICADAS:

Cultura musical (1927), *De música española* (1939), *La música en Santo Domingo y otros ensayos* (1939), *La poesía folklórica en Santo Domingo* (1946), *Cuadros del evangelio* (1947), *Vibraciones en el tiempo* (1948 y 1982), *Existencia y vicisitudes del Colegio de Gorjón* (1949), *Días de la colonia* (1952 y 1982), *Rutas de nuestra poesía* (1953), *Santo Domingo en el folklore universal* (1957), *Grandes momentos de la historia de la música* (1957), *Santa Teresa de Jesús a través de sus obras* (1959), *El primer santuario de América* (1961), *Pedro Henríquez Ureña: síntesis de su pensamiento* (1966), *Clamor de justicia en La Española 1502-1795* (1971), *Luminarias en Vela* (1972), *Mi testimonio* (1975).

DÍAS DE LA COLONIA

LOS DOMINICOS EN LA ESPAÑOLA

Evoco la ardiente caridad de los hijos de Santo Domingo de Guzmán a favor de los aborígenes y el sentido espiritual que en virtud de esa caridad tuvo su apostolado de prédica y enseñanza, ya que después de Cristo sólo por la caridad habrán de medirse las virtudes y la dignidad humanas. Sin el amor no valdrán ni las hazañas guerreras, ni los descubrimientos científicos, ni los adelantos materiales ni las sutilezas, ni las artes, ni las disciplinas; sin la caridad seremos objetos vacíos de contenido moral.

Los religiosos dominicos que se establecieron en la Española a raíz del descubrimiento, cumplieron heroicamente el divino mandato de amor; y si sus esfuerzos no consiguieron a cabalidad el bien de justicia que con ejemplar paciencia y con tan recta voluntad buscaban para los esclavizados indígenas, mejoraron las conciencias y contribuyeron a que se formularan las doctrinas jurídicas que expuso Fray Francisco de Vitoria en la Universidad de Salamanca, en las cuales se afirma que todos los pueblos, ya sean cristianos o gentiles, tienen derecho a ser libres, porque ningún hombre es esclavo por naturaleza. Su labor fue en todo momento labor de caridad, sin mezcla de conveniencias humanas o de interés personal. Olvidados de sí mismos, sólo perseguían un ideal de fraternidad y de amor. Cumplían así el mandato de Jesús, el precepto del amor recíproco del hombre por el hombre. Y el objeto de tan ardiente caridad era un pueblo de indefensas y paupérrimas criaturas, un pueblo que, aunque ignorante de toda ciencia, e ignorante del Dios verdadero, tenía almas que salvar, y la salvación de esas almas justificaba los innúmeros trabajos que por ellas habrían de pasar los hijos de Santo Domingo. Estos apóstoles de la Española no tardarían en saber cuántas cosas les convenía sufrir por la doctrina de Cristo.

De Fray Pedro de Córdoba, que vino a la Española de veinte y ocho años, nos dice Las Casas que era: «hombre lleno de virtudes, a quien Nuestro Señor dotó de muchos dones y gracias corporales y espirituales; de gente noble nacida; alto de cuerpo y de hermosa presencia; de excelente juicio; prudente y muy discreto, y de gran reposo. Por las penitencias grandes que hacía cobro

continuo dolor de cabeza, por lo que le fue forzado templarle mucho el estudio; pero lo que se moderó en el estudio, acrecentólo en rigor de austeridad y penitencia».

El y Fray Antón de Montesinos, «muy religioso y buen predicador», el de los famosos sermones contra la explotación de los indios, llevaron su cruzada de caridad hasta los pies del Trono. Su voz se había hecho oir, poderosa, en la Española, en la Isla lejana: voz como la que clamó en el desierto, para decirles a los engreídos amadores del mundo y de las riquezas, que estaban en pecado mortal, que en pecado vivían y en pecado morirían:

«¿Estos no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No estáis obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos?»

Al propio Las Casas le habían negado los dominicos la absolución en tanto que tuviera encomienda de indios. Y aquella alma como pocas ardiente, acabó de despertar a la verdad, a la sublime verdad de la pobreza y de la misericordia; y hubo de llorar hambriento de justicia, antes de enrolarse en el ejército de los piadosos, de los limpios de corazón.

Aquí, en el más glorioso Convento de la Española, en el Imperial de la Orden de Santo Domingo, tomó el hábito religioso el Padre Bartolomé de Las Casas, «el impetuoso e indomable Quijote de la fraternidad humana». La prédica incansable de los dominicos, su lucha sin tregua, en medio de toda clase de contradicciones y hasta de peligros y riesgos de muerte, su inmolación completa a favor de los oprimidos, fue un acontecimiento sin precedentes. Todavía nos asombramos de que los hijos de una nación conquistadora y poderosa, discutieran, impugnándolos con ardorosa caridad, los derechos de conquista. Posición señera y singular, única en la historia del mundo.

A Fray Domingo de Mendoza se debió la fundación de los dominicos en la Española. Era hermano del Cardenal Arzobispo de Sevilla, don García Loaysa, confesor del Emperador Carlos V. El 18 de febrero de 1512, en la Isla, pueblo y casa de Santo Domingo, escribe Fray Domingo de Mendoza al Cardenal Cisneros:

«No dejo de acordarme cómo Vtra. Rvma. Señoría, hablándome de esta tierra, me dijo que este negocio, en lo que toca al servicio de Dios, es una burla; burla, a mi ver, la más perniciosa y

cruel que se ha visto después que se comenzó el mundo; burla es que tantas gentes de España hayan comido y coman, matando los cuerpos y condenando las almas; burla que a tantos siervos de Dios tiene impedido que hagan fruto.

Por cierto, Señor, el mal es tan grande y tan incomparable e inaudito, que de verdad yo me embazo de pensar en él, ni creo que hay términos con que bien se explique su grandeza. Ver un mundo tan grande o mayor que el mundo en que nacimos, tan cercado y murado, que postigo ni agujero queda por donde Cristo pueda hacer mella en él... Han cercado la puerta y tapado el camino, para que la salud de Cristo no pueda pasar ni a la tierra firme, ni a las islas comarcanas.

Nunca acabaría de hablar sobre esta materia según la muchedumbre y grandeza de los males y muy gran dolor que mi corazón de ellos siente».

La colonización no fue para los dominicos, como lo expone con sagaz clarividencia el doctor José María Chacón y Calvo, sino un caso de conciencia. Un caso de conciencia frente a los conquistadores que encenagaban sus almas con el gravísimo pecado de profanar en las personas de los indios la imagen de Dios; un caso de conciencia frente al Rey, que no ponía freno a tales excesos; un caso de conciencia, porque consideraban de primordial obligación suya la de oponerse en toda forma y hasta la muerte, al pecado de idolatría de los indios, al pecado de los encomenderos, y al pecado del Rey; y sólo oponiéndose a él, y combatiéndolo hasta el heroísmo, creían cumplir con su propia alma.

Era tal su amor a la justicia, que no se conformarán con defender el derecho de los naturales ante los representantes de la autoridad real. Ni se contentarán tampoco con razones escritas al Monarca. Irán y volverán a la Metrópoli cada vez más hambrientos de justicia. En presencia del Rey reiterarán su súplica a favor de los oprimidos, y repetirán sus acusaciones en contra de los opresores. No temerán a los virreyes, no temerán al mismo Rey. Viven para la eternidad, y no temerán ser confundidos en el tiempo.

Y así habló el Padre Las Casas al Soberano:

«Yo soy de los más antiguos que a las Indias pasaron, y he visto todo lo que ha pasado en ellas: y uno de los que han excedido ha sido mi padre, que ya no es vivo. Y me moví por una lastimo-

sa compasión. Trabajo ahora de nuevo en lo mismo, y no faltan ministros del enemigo de toda virtud y bien, que mueren porque no se remedie».

Y denunciando el mal trato que sufrían estos pobrecillos, al mismo tiempo que obsequiaba al Monarca con el mayor bien que vasallo alguno podía hacer a su Señor, no lo hacía precisamente por servir al Rey como súbdito suyo que era, o para mejor merecer de él alguna recompensa (que en esto jamás supo lo que era el desear) sino pensando que con ello hacía a Dios un sacrificio en honor y gloria suya. Gloria, que «como es Dios tan celoso grangero de su honor», todos los pasos que el muy magnánimo Padre Las Casas emprendía por estas infortunadas criaturas, habrían sin duda de redundar en inestimables bienes para el Soberano y para las tierras que éste gobernaba.

Y Fray Pedro de Córdoba escribe al Rey, y le dice:

«Yo no leo ni hallo que nación alguna, aún de infieles, tantos males y crueldades hicieran contra sus enemigos por el estilo y manera que todos estos cristianos han hecho contra estas tristes gentes. Han destruido y desterrado de estas pobres gentes la natural generación, las cuales no engendran ni se multiplican, ni hay de ellos posteridad, que es cosa de gran dolor».

Y fue lástima grande que aún algunos Obispos y Prelados anduvieran ciegos en estas materias, «y así caían en mil barrancos los guiados y los guiadores».

En verdad no había por qué acatar, como con manifesta doblez arguyeron algunos opositores, las opiniones de Aristóteles respecto de la esclavitud. Los dominicos defendían con vehemencia el criterio cristiano de que todos los hombres nacen libres. En cuanto al filósofo pagano, ya se había detenido Las Casas en contar los miles de años que llevaba quemándose en el infierno.

Se expondrán a la miseria, al hambre, y a toda clase de padecimientos, por seguir el precepto evangélico de la caridad. Se acordarán en todo momento de la palabra de Jesús: «Un nuevo mandamiento os doy». Y de tal manera se granjearon el odio de los prudentes del siglo, y a tanta pobreza se vieron reducidos, que en 1544 escribía el Provincial en carta a la Real Majestad:

«Juro que cuanto estos pobres servidores poseen en esta casa no basta para ligeramente pasar la vida. Nunca he visto esta vuestra casa sin menos de mil castellanos de deuda, y es Dios

verdad (que me quiero estrechar más en mi juramento) que mucha parte del año estos vuestros servidores ni comen pan ni gustan vino, sino que nuestro mantenimiento es pan de raíces, mal pescado y agua salobre. E no miento en lo que digo, que ha acaecido muchas veces ir cuatro frailes a la ciudad, e venir a la noche con un real o real y medio cada par de frailes. En verdad, como están tan lastimados con la libertad de los indios, la cual dicen haberse negociado de nuestra parte, no solamente no nos dan limosna; pero a veces dicen que no nos la darán aunque nos vean morir».

Sin los religiosos, sin los Padres dominicos muy especialmente, la colonización hubiera sido un hecho de orden material y nada imperecedero le deberíamos a la nación progenitora. Por ellos le somos deudores de lo mejor de nuestras vidas: la civilización cristiana, la fe en Jesucristo y en su Iglesia, que ha sido para nosotros, los habitantes de esta tierra tan probada por los infortunios, la médula vital que nos mantuvo compactos, fuertemente unidos, frente a ingerencias extrañas, con un valor inverosímil, también heredado de aquellos santos varones.

La integridad de la fe se mantiene durante todo el período colonial en la totalidad de estos súbditos del católico Rey, y cuando éste comete la inconsecuencia de hacernos objetos de mercadería entregándonos en manos extranjeras, perdurarán intactas la fe católica y las costumbres españolas.

Con la dominación francesa se sufre el primer choque ideológico. La religión a la manera francesa de 1800 no se avenía con la educación de estos hijos de los españoles. Y en España, condenando el crimen de la Corona que así trastornaba el orden moral de este pueblo, se levantará la voz clamorosa de Fray Diego de Cádiz: «¿Quién hará las misiones en la isla de Santo Domingo, cedida a los franceses? ¿Quién predicará en aquella Catedral, Primada de las Américas? ¡Santo Dios! ¿Vuestra casa y pueblo dados a vuestros enemigos? ¡Levántate, Señor, ayúdanos, y líbranos por tu nombre!»

La guerra de la Reconquista no fue quizás en el fondo otra cosa que una guerra de ideas morales y de integridad religiosa frente a la desordenada libertad de los que pretendían conmover el dogma y la moral. Aspecto del problema que no está estudiado en detalles por nuestros historiadores.

Pasando a ser franceses, los hijos de la Española sintieron sus almas y sus mentes desplazadas a otro lugar del espacio, violentados en lo más íntimo de su ser individual y colectivo. ¿Quién olvida que nos sentimos tan extraños que por defender las seculares tradiciones surgieron inesperados héroes?

¿Dónde estaba la tradicional ideología, que comprende no sólo el idioma, sino la religión y la totalidad de las costumbres populares, todo lo que forma el concepto de una vida esencialmente nacional?

Esa preciosa cultura, esa hermosa manera de entender y valorar la vida, ha sobrevivido casi sin menoscabo; sólo accidentalmente sacudida por acontecimientos esporádicos, externos, y al fin pasajeros, y continúa siendo base de la fuerza espiritual de la sociedad a que pertenecemos.

El espíritu nacional se ha sentido falto de su centro de gravedad cuantas veces se le ha violentado conduciéndolo por caminos, por escuelas filosóficas, por apreciaciones de la vida y de la educación, en desacuerdo con su natural idiosincrasia. Las sociedades, como las familias, como los individuos, tienen un tipo de vida que forma su fisonomía y que los hace inconfundibles.

Con la Reconquista triunfó la idea conservadora en su más puro sentido. Reintegrados, no a la monarquía envilecida, sino a la nobleza de la raza, se pensó de inmediato... ¿En qué había de pensarse sino en restaurar el Cabildo Eclesiástico y la Universidad de Santo Tomás de Aquino, nervios de nuestra educación tradicional? De la apertura de la Universidad pensó la Real persona de Su Majestad, que no era necesidad perentoria reabrir una institución literaria. Pero, como sabemos, a despecho del criterio real, se restauró la histórica Universidad y, aunque integradas las cátedras por profesores en su mayoría naturales del país, quedó intacto el matiz hispánico que debía subsistir a pesar de tantas vicisitudes sufridas, y que aún subsiste; porque cuando los fundadores de la República crearon la independencia política, no rompieron con las tradiciones seculares.

Nosotros, con alma recia, hemos mantenido nuestro tipo social, y a eso le debemos el ser. Yo tiemblo por nuestra unidad cultural por nuestro carácter nacional, por nuestra individual fisonomía, cuando amenazan modos de vivir extraños; pero tengo fe en que seguiremos blasonando de descansar en la fuerza de la

tradición, cuyos pilares: lengua, religión y costumbres ancestrales, habrán de ser siempre los mismos.

Hemos recordado hoy con agradecimiento y con orgullo a los hijos de Santo Domingo que fecundaron nuestra tierra con su sabiduría. «Ellos, dijo el Arzobispo Valera, se han esmerado en enseñarnos, y de sus claustros ha salido una muchedumbre de literatos que, con sus luces, han honrado las togas, las mitras, y demás dignidades eclesiásticas».

La venerada memoria de los Padres dominicos me llena hoy de optimismo. Una vez más nos convencemos de que la carne no vale nada, que es el espíritu el que vivifica; e imploramos la asistencia cuando, ávidos de heroicidad cristiana, sentimos la nostalgia de la santidad.

(Discurso pronunciado en la Universidad de Santo Domingo el 28 de octubre de 1939).

MIGUEL ANGEL MONCLÚS
(1893-1967)

Ensayista, narrador, profesor. Nació en Monte Plata el 30 de octubre de 1893 y murió en Santo Domingo el 7 de julio de 1967. Estudió Derecho en la Universidad de Santo Domingo. Fue maestro de escuela, Inspector de Instrucción Pública, Secretario de la Liga Municipal Dominicana y Cónsul en Curazao y Haití. Como investigador de nuestro pasado, dejó una historia de su pueblo natal. Se distinguió por su interés en estudiar el fenómeno del caudillismo, siendo autor de un importante libro sobre ese tema. De sus experiencias consulares en Haití escribió un libro de apuntes que revela la agudeza de sus observaciones.

OBRAS PUBLICADAS:

Escenas criollas (1929), *Historia de Monte Plata* (1943), *Cachón* (1944 y 1958), *El caudillismo en la República Dominicana* (1946), *Apuntes de Haití* (1952).

APUNTES DE HAITÍ

II

No siempre fue el río Masacre o Dajabón, la guardarraya por el Norte con nuestros vecinos. A poco de establecidos los franceses en la isla, se condujeron como en casa propia, y a favor del vacío que encontraban y del abandono de las costas nortes y de las tierras aledañas, se corrieron con agilidad hasta venir a parar

a las orillas del río Guayubín, en los linderos entonces de Santiago de los Caballeros. Al Guayubín le llamaron los franceses río *Rebouc*, y a causa de las constantes bataholas durante cincuenta años o más, entre franceses y criollos dominicanos a orillas de ese río, el término *rebú* quedó en nuestro lenguaje vernáculo como sinónimo de *reperpero*.

Por arreglos de familia, propiciados por el Borbón reinante en Francia, Luis XIV, con su nieto, el reinante Borbón de España, Felipe V, se establecieron linderos de hecho entre las dos porciones de ambos soberanos en la antigua isla Española. A pesar suyo, puede decirse, los españoles conservaron la parte oriental de la isla «que más amó Colón». Por el Norte, la dirección por donde más habían avanzado los franceses, el convenio familiar los forzó a retroceder, abandonando una buena porción de sus adquisiciones y a situarse, del lado allá del Masacre, nombre que ellos mismos le dieron a ese río, en virtud de los sacrificios de reses que hacían a sus orillas, cuando los innumerables ganados cimarrones que poblaban los vastos predios noroestanos, en el período de las sequías, acudían allí a beber, tal como solía suceder hasta hace poco tiempo en los años muy secos. Hay reseñas escritas de cómo rabiaron los sucesores de filibusteros y bucaneros y demás canallas de La Tortuga, con aquel retroceso que los obligaba al «sacrificio» de tantas tierras. Después de todo, para nosotros fue gran suerte el arreglo de la familia gala, pues sin él, ahora, en los propios linderos de Santiago de los Caballeros tuviéramos a los vecinos y el río Guayubín fuera al presente la guardarraya entre los dos países y continuara llamándose *Rebouc*.

A poco de pasar frente a Dajabón, corriendo hacia el Este, el río Masacre inicia una recurva hacia el Norte. Años atrás, abandonó la dirección y en seguida enrumbó otra vez hacia el Este, y así, siguió su curso hasta verter las aguas en la bahía de Manzanillo, sin ofrecer ordinariamente otras novedades, que las súbitas avenidas por tierras haitianas en las que suele barrer cercados, ranchos y siembras, ahogando ganado y a uno que otro compatriota de Toussaint. En cierta ocasión el pícaro río, en una de sus avenidas, desvió definitivamente el curso y nos jugó una mala partida. Es el caso que después de un trecho largo, volvió por allá abajo al antiguo cauce y en la revuelta, comprendió un importante sector de terreno. Por ese terreno de aquel pícaro desvío

del Masacre, tuvimos a pique de llegar a las manos dominicanos y haitianos en 1901. En esa ocasión, los fogosos voluntarios de toda la República se dirigieron apresuradamente a Dajabón; los de Puerto Plata llegaron con guitarra y todo cantando:

«De Puerto Plata salimos
Con pura y ardiente fé,
Y a la frontera corrimos
A derrocar al "mañé".»

No obstante, el río ha seguido ese mañoso curso y en el espacio de un kilómetro, a orillas de Juana Méndez, abre a ambos lados del volumen de sus aguas, dos remansos con playas de arenas finas y blanquísimas o de cascajales formados por menudas piedras, pulidas y brillosas.

El haitiano es muy sensible a las temperaturas altas o bajas. En invierno o en las húmedas tardes de lluvia, no sale de casa, en donde se acurruca hecho un ovillo en los asientos o en el suelo y si puede, con los pies encaramados en alto. En épocas de calor, a las horas meridianas, en donde hay agua se les encuentra chapoteando. Con un baño largo de pies a cabeza, pretenden curarse la mayoría de las dolencias.

Para llegar a las orillas del río desde Juana Méndez, se sigue cualquiera de una serie de trillas que se deslizan por entre un follaje oscuro, siempre verde, siempre lujurioso y siempre testigo de encendidas escenas. En ninguna parte que yo sepa, se lleva a la práctica con mayor tesón y facilidad que en Haití, aquel precepto cristiano de «creced y multiplicaos».

Los bañistas, aguateros, presidiarios y sus custodias; los desocupados y los curiosos; muchachos, jóvenes y viejos de todos los aspectos y en todos los trajes, en grupos apretados o dispersos, van y vienen, excepto en las mañanas temprano o en las tardecitas frías. En las playas en donde las piedras sueltas pavimentan el suelo, las lavanderas tienden al sol la ropa mejor lavada y más blanca que puede verse, y siguiendo el curso de las aguas, por donde la arena es menuda y brillante, los bañistas se entregan, saltan y chapotean en una desvergonzada promiscuidad.

He oído hablar de venus blancas y de venus de ébano y de venus negras. Yo he visto varias playas en mi país y fuera de él; por

eso, podría retar a los más exigentes a que encontraran modelos semejantes a las perfecciones que se ven en los baños haitianos del Massacre; modelos inigualables en todas las carnales proporciones. Es verdad que a ratos, viejos y viejas enflaquecidos discrepan odiosamente, exhibiendo piltrafas colgantes y afrentosas; pero, no importa, porque se llevan los ojos, náyades oscuras que llegan a la orilla, se despojan rápidamente de las ropas, arquean los brazos, ensanchan libremente maravillosos encantos y se lanzan al agua, en el mismo sitio en que un aguatero llena sus peroles para beber y para las otras necesidades en el pueblo; y más abajo y más arriba o ahí mismo también, se lavan los mondongos y corren las heces del matadero próximo, y los talabarteros maceran las pieles; se bañan los animales y se lavan los trapos de los enfermos y de los difuntos y también se defecan y se hacen otras necesidades... No importa; las ágiles linfas del río arrastrarán hacia abajo, con las imágenes de los bañistas, los rezumos de los animales y de los cuatro mil habitantes de Juana Méndez y los unirán, para casi espesarse, con los detritos de los otros millares que pueblan los ribazos de los dos *Maribarú*, y seguirán arrastrándose hacia adelante, fertilizando las tierras ribereñas de aquel prodigioso valle del Norte, hasta llegar al mar.

CAMILA HENRÍQUEZ UREÑA
(1894-1973)

Educadora, ensayista. Nació en Santo Domingo el 9 de abril de 1894 y murió en la misma ciudad el 12 de septiembre de 1973. Vivió en Cuba la mayor parte de su vida, a partir de 1904. Allí realizó sus estudios de bachillerato y universitarios. Dedicó muchos años a la docencia en diversos países. En los Estados Unidos fue catedrática en la Universidad de Minnesota y en el exclusivo Vassar College, donde pasó diecisiete años. Su actividad intelectual fue intensa, sobre todo como conferencista y creadora de organizaciones culturales como la sociedad femenina Lyceum en La Habana, y la institución Hispano-Cubana de Cultura. Siempre se mostró reticente a publicar sus ensayos, razón por la que gran parte de su obra permanece aún inédita, y sólo póstumamente han visto la luz algunos textos sobre temas literarios y culturales. Dejó un importante estudio acerca de las ideas pedagógicas de Hostos.

OBRAS PUBLICADAS:

Estudios y conferencias (1982), *Feminismo y otros temas sobre la mujer en la sociedad* (1985), *Invitación a la lectura* (notas sobre apreciación literaria) (1985), *Las ideas pedagógicas de Hostos y otros escritos* (1994).

FEMINISMO Y OTROS TEMAS SOBRE LA MUJER EN LA SOCIEDAD

LA MUJER Y LA CULTURA

Hace pocos días sostenía yo conversación con un ilustre educador cubano. La nuestra, como casi toda conversación en esta época, tocó en un momento dado los problemas de la mujer, y mi distinguido interlocutor expresó una idea que al llegar a mi mente sirvió de punto de partida a una serie de reflexiones que hoy traigo ante vosotros, en un intento de síntesis:

> Antes de que la mujer cubana [dijo] pisara con frecuencia habitual las aulas universitarias, subiera a las cátedras y desempeñara los más altos ministerios en todos los órdenes profesionales, Cuba produjo varias extraordinarias capacidades femeninas, como —por no citar más que dos— Gertrudis Gómez de Avellaneda en el campo de las letras y María Luisa Dolz en el campo del magisterio. Realizaron esas mujeres, por sí solas, obra sólida, de valor permanente. Hoy, las mujeres cubanas en general, sin diferencia de clases sociales, estudian, se preparan para el oficio o la carrera, forman asociaciones culturales, intervienen en los problemas políticos, tratan de influir en todos los órdenes de la cultura. Pero ¿dónde están, entre ellas, las personalidades extraordinarias? ¿Cuál está realizando la concienzuda, la fuerte labor literaria que pueda alcanzar un alto renombre, extensivo a todos los países de habla castellana, como la Avellaneda? ¿Cuál se entrega a la obra educacional con la consagración creadora, con la devoción exaltada de María Luisa Dolz? La obra cultural de nuestras mujeres se ha atomizado al extenderse, ha descendido en nivel. Es preciso que algunas de ustedes, mujeres jóvenes o en plena madurez, se consagren a una labor de verdadera trascendencia en un campo determinado, se esfuercen por alcanzar la excelencia individual en una actividad señalada. A la labor de animación e impulso general hay que sobreponer una labor de especialización cultural. Necesitamos un Lyceum de especialistas.

Esta opinión, cargada de graves reparos, fue como un doble centro en torno al cual giró en espiral mi pensamiento. Doble, a causa de su aspecto positivo y de su aspecto negativo. ¿Por qué —me pregunté en primer término— la cultura femenina en Cuba da a este hombre sabio la impresión de haberse hecho cuantitativa en lugar de cualitativa, al evolucionar del siglo XIX acá? ¿Seremos capaces, las mujeres, de alcanzar un nivel medio de cultura, pero incapaces de llevar a ésta una contribución nueva: invención, descubrimiento, creación artística de valor imperecedero, labor sólida de investigación erudita, fecunda gesta de magisterio ejemplar? ¿Tantos afanes nos conducirán, apenas a reforzar pobremente, con fútiles imitaciones, el trabajo que los hombres pueden realizar por sí solos con suficiente perfección? ¿Los prejuicios contra la capacidad intelectual femenina se comprobará que descansan sobre una sólida base? Salvo alguna rarísima excepción, de rasgos mentales vigorosamente masculinos («¡es mucho hombre esta mujer!»), la mitad femenina del mundo ¿no tiene ningún elemento esencial que aportar a la cultura universal? Aun en ese caso, ¿por qué esos tipos de excepción desaparecen —según mi interlocutor— (al menos en nuestro país), para ceder el puesto a una masa femenina más o menos culta y activa, pero en la que no se destacan ejemplos de suprema capacidad intelectual? ¿Será que hoy se producen con mayor frecuencia tipos femeninos superiores, y constituyen por lo tanto excepciones menos raras, como sucede entre los varones?

Estas y otras muchas interrogaciones empezaron a girar en mi mente, e impulsándome a buscarles respuesta, me indujeron a entrar en terreno oscuro y resbaladizo, donde apenas se traza camino que no se borre enseguida, como en la superficie del mar; en ese campo de constante controversia entre la mujer y el hombre, que no han logrado aún (¿lo conseguirán algún día?) establecer sobre bases de comprensión sus relaciones espirituales.

Si estamos de acuerdo en que *cultura* es el esfuerzo consciente mediante el cual la naturaleza moral e intelectual del ser humano se refina e ilustra con un propósito de mejoramiento colectivo, no es posible decir que existiera antes de fines del siglo XIX una *cultura femenina*. Lo que se cultivaba en la mujer por medio de las *artes de adorno* y de las faenas caseras, y sobre todo, por el cuidadoso desarrollo en ella del espíritu de sumisión, era un ser

cuya existencia se concebía sólo en función correlativa cuyo término era el varón o era el hijo. No importa cuál fuese la situación de la mujer —obrera obligada a ganarse el pan, dama (exquisita flor parasitaria), honesta ama de casa burguesa, monja, criatura caída en el deshonor y por ello privada del derecho a la luz del sol de acuerdo con leyes injustas y costumbres absurdas—, ella no podía desarrollar su propia personalidad. Era hija, esposa, madre, hermana, esposa del Señor recluida en un convento que representaba a veces, relativamente, una liberación; pero no podía ser ella misma, una individualidad humana. Su condición era análoga a la del esclavo, que existe sólo en función de un amo. Se la esclavizaba en nombre de su misión biológica. Quien estaba en la obligación de dar anualmente al mundo un nuevo ser y, al mismo tiempo, de realizar una complicada labor casera, no tenía posibilidades para mucho más. Era preciso que se dejara alimentar y cobijar como útil bestia doméstica. Y las que, a través del mundo, el demonio y la carne, se liberaban de esas cargas, tenían la de servir de instrumento de placer venal, pues no poseían ni preparación para otra actividad ni campo en que desenvolverse. Por eso el convento era una liberación relativa. Valga el recuerdo de Sor Juana Inés: al menos llevar a la celda sus libros, su ciencia y su poesía, por un tiempo, antes de que, aun allí, la organización social la persiguiera hasta arrancarle la vida.

Como esa situación, modificándose muy lentamente, se prolongó hasta los albores de nuestro siglo, era de esperar que hasta ese momento sólo mujeres de capacidad intelectual extraordinaria y de carácter sumamente vigoroso pudieran destacarse. En tiempos de mis abuelas, en el seno de la sociedad hispanoamericana a que pertenecieron, todavía se enseñaba a las señoritas a leer, pero no a escribir, para que no produjeran cartas peligrosas. (A menos que no se las escribiera el Señor Cura, como en Campoamor.) En tiempos de mi madre, cuando ésta fundó la primera escuela secundaria para mujeres en su país, en colaboración con el sabio maestro Eugenio María de Hostos, fue duramente censurada por querer «sacar a la mujer del seno protector del hogar»... y de la ignorancia que le era impuesta como una virtud inherente a su sexo.

Gertrudis Gómez de Avellaneda fue una gran rebelde, emancipada de muchos prejuicios, una de las primeras feministas del

mundo en el orden del tiempo. María Luisa Dolz, que llegó más tarde y encontró la ruta más abierta, consagró la vida a su obra, suprimiendo de la suya ciertos aspectos de la existencia femenina para hacer total esa consagración. Otras mujeres, en Cuba y en el resto de la América Española, podríamos citar como representantes de un gigantesco esfuerzo individual hacia la cultura; pero seguiría siendo imposible hablar de *cultura femenina* porque se pudieran citar una o dos docenas de nombres de excepción, por regla general, nombres de damas de posición económica desahogada.

El verdadero movimiento cultural femenino empieza cuando las excepciones dejan de parecerlo. En los últimos cincuenta años la cultura femenina ha realizado un enorme progreso, que corre parejas con el de la liberación económica, la de ciertos trabajos domésticos, y de las cargas excesivas adscritas a la misión biológica de la mujer. El progreso científico ha hecho que las labores domésticas se reduzcan notablemente, aun en las clases más pobres; de ese modo, la mujer ha podido salir a la vida pública a realizar trabajos que el hombre desempeñaba antes exclusivamente. Esos trabajos, retribuidos, le han dado, le están dando, progresivamente, la independencia económica. El mismo proceso económico la obliga a reducir en número la familia que es preciso mantener, y el avance científico que le permite lograr ese equilibrio le da la seguridad, que antes no tenía, de que la mayoría de sus hijos vivirá. A medida que va consiguiendo la liberación económica, la mujer va adquiriendo la libertad moral e intelectual que consiste esencialmente en la posibilidad de realizar su personalidad, su ser individual, con existencia posible independientemente del varón y del hijo. El ser *humano femenino* empieza a existir ahora.

Al llegar aquí, el problema se me escinde en dos partes. La primera no se refiere al grado de capacidad intelectual que pueda tener la mujer, ni a si traerá o no una contribución original a la cultura mundial. Se refiere al hecho en sí de que *la mujer llega a la cultura*: ése es el hecho esencial. La mujer es, como el esclavo que llegó a hombre libre, como el plebeyo que obtuvo la igualdad social y política, un ser que ha reclamado y está obteniendo sus derechos naturales. La mujer llega a la cultura cuando empieza a ser un *hombre* (no digo varón); cuando puede repetir las

palabras de Terencio: «Hombre soy, y nada humano puede ser ajeno a mí.» La llegada de la mujer, de la mitad de la humanidad, a la libertad y a la cultura es una de las mayores revoluciones de nuestra época de revoluciones. Y es un hecho histórico indiscutible e indes-tructible.

Las mujeres de excepción de los pasados siglos representaron, aisladamente, un progreso en sentido vertical. Fueron precursoras; a veces, sembraron ejemplo fructífero. Pero un movimiento cultural importante es siempre de conjunto, y necesita propagarse en sentido horizontal. La mujer necesita desarrollar su carácter, en el aspecto colectivo, para llevar a término una lucha que está ahora en sus comienzos. Necesita hacer labor de propagación de la cultura que ha podido alcanzar para seguir progresando. Y siempre que la cultura tiene que extenderse, da la impresión de bajar de nivel. Se trata de una ilusión óptica. Igual impresión se tuvo cuando empezó a aplicarse a la educación la teoría democrática. Porque aprendían los más y el mayor número siempre es mediocre, hubo quien tuvo la impresión de que el nivel cultural del mundo descendía. Impresión falsa. ¿Quién podría comparar al hombre bestia que tiraba del carro del Faraón, bajo el látigo, capaz de sufrir sólo físicamente, con el obrero europeo hoy, que reclama derechos a ciencia y conciencia? ¿Quién podría comparar a la mujer medieval, golpeada, encerrada, y con frecuencia asesinada por su padre o por su dueño, vendida al burdel o entregada como oblata al convento sin que ella ni otro osaran levantar una protesta que, por otra parte, nadie hubiera escuchado, con la joven de hoy que conoce y discute los problemas de su vida, les hace frente para resolverlos y se da cuenta de todo el camino que le queda por recorrer? Pero aquello no ha impedido que el siglo nuestro produjera a Einstein, a Picasso, a Claudel. Esto no impide que entre las mujeres de hoy existan una Virginia Woolf, una Irene Joliet-Curie, una Gabriela Mistral.

Hoy es esencial seguir propagando la cultura femenina, y la mujer cubana, que en esa obra marcha a la vanguardia de las mujeres hispanoamericanas, tiene en ello una misión grave que cumplir. La mujer tiene todavía grandes luchas que librar para lograr la paridad con el hombre ante la ley y ante la vida. Es preciso llegar, como lo ha expresado enérgicamente una escritora cubana, «a una equilibrada concepción del sentido de la respon-

sabilidad social que eleve los valores esenciales de la feminidad a categoría superior». Quizás las mujeres cubanas, por dedicarse con tanto entusiasmo a esa labor de propagación, no tengan ahora tiempo para la de concentración en el aislamiento que implica la creación de una gran obra personal en el arte o en la ciencia; pero están realizando una obra colectiva de inmensa trascendencia, en la que se suman sus esfuerzos a los de todas las mujeres americanas, como los esfuerzos de arquitectos, escultores y pintores sin nombre ni número conocido se sumaban en la magnífica realización de la catedral gótica, expresión viva de una época del espíritu humano. Esa labor de la mujer cubana será perdurable y su radio de influencia sobrepasará los límites del país. Si más de una capacidad personal superior palidece o queda escondida en el esfuerzo de conjunto, no lo lamentemos demasiado, porque nos ha tocado establecer los cimientos de un edificio indestructible.

En su carácter de grupo humano recién admitido a la libertad, la mujer tiene aún necesidad imperiosa de reclamar derechos imprescindibles, de romper definitivamente trabas absurdas que mantiene la costumbre, de llevar a las compañeras de campos y aldeas los beneficios de la ciencia moderna, de hacer comprender a todas y cada una de las mujeres lo que significa su dignidad como seres humanos, de capacitarlas, dentro de sus posibilidades, para la apreciación de la belleza. Pero tiene la mujer otras razones urgentes para trabajar por la cultura. No se trata ya de terminar con la situación de esclavitud que le es particular, sino de hacer frente a los problemas generales que se presentan hoy al hombre. Vivimos una crisis, en la que fuerzas agresivas amenazan con destruir los valores sustanciales de la cultura, con el afán de detener la evolución natural de la sociedad. En un momento de crisis no es fácil determinar la ruta de la verdad; pero a la mujer corresponde aceptar en esta lucha su responsabilidad. A quien siempre ha correspondido la misión de proteger y guardar, le tocará llevar a cabo un gran esfuerzo por la defensa de los valores culturales.

Y el problema se me presenta, al decir esto, en su segundo aspecto. Aceptado ya el hecho incontestable del acceso de la mujer a la cultura, es lícito preguntarnos: ¿cuál será el aporte específicamente femenino que la cultura ha de recibir? Es demasiado

pronto para que la mujer pueda determinar la esencia de su misión espiritual; pero en nuestra época que, como dice Jung, «padece de insuficiencia de nutrición psicológica», creemos cierto que la mujer tiene ante sí una formidable tarea cultural, que tal vez signifique, espiritualmente, el comienzo de una nueva época. La mujer busca una conciencia más alta, un sentido y designación de su fin, una clara determinación de la relación anímica entre los sexos. No sólo ha de hacer entrar en la cultura el sentido maternal de la existencia, que es ya su contribución visible. Ahora que ha abandonado la actitud de animosidad contra el varón (y de imitación de éste, a la vez), que pasajeramente adoptó en los inicios de la lucha, podrá llevar a sus realizaciones y a sus creaciones el sello de su espiritualidad, no menos fuerte que la masculina, sino de intensidad revestida de serenidad y profundamente vinculada a la vida. La mujer es mucho más psicológica que el varón. Su psicología es más inmediata y más rica. Se mueve fácilmente, con clara visión, en el mundo de la intuición, en que el varón se extravía. Tiene un sentido vital de las relaciones anímicas, de donde está surgiendo un nuevo mundo psicológico, y puede crearse mañana, por un último conocimiento de las leyes del espíritu, la base de una nueva moral.

Será cuando hayan resuelto una gran parte de tan complejos problemas —seguía yo pensando— cuando se conviertan las mujeres en grandes especialistas; será entonces cuando, espontáneamente, lleguen con mayor frecuencia al genio creador. No antes. En el seno de la esclavitud no se produjeron hombres de genio, salvo un fenómeno aislado como Epicteto, y aun ese varón excepcional sólo consiguió dar a la luz una filosofía de prisionero valeroso, que predica la conformidad con lo inevitable.

La inferioridad mental de la mujer ha sido principalmente falta de libertad. Y la libertad no se conquista de pronto; es obra prolongada, conquista cotidiana. Y pasarán siglos antes de que el goce de la libertad moral y del trabajo gustoso y el desarrollo del hábito de la labor mental seria, creen el clima dentro del cual pueda producirse, en la mitad femenina del mundo, un genio universal: Shakespeare, Goethe o Dante, Leonardo, Beethoven o Martí.

Pero ese día no llegará nunca sin esta preparación penosa, sin este afán nuestro, sin nuestra inconmovible decisión de que lle-

gue. Y creo que en esta lucha en que hoy parecen dispersarse nuestras fuerzas, estamos haciendo verdadera obra de concentración, de creación, que dará mañana cosecha cuya magnitud no puede medirse.

La acción colectiva es, hoy por hoy, la mayor necesidad que sienten los humanos. Las mujeres cubanas convocan ahora a un congreso específicamente femenino, conscientes de los muchos problemas que tiene que resolver la mujer, yo no diría únicamente como sexo, yo diría como clase social. Somos, hemos sido, una forma de proletariado. Ese congreso abogará —entre los numerosos asuntos que ha de abarcar— por el abaratamiento de los medios de enseñanza, por el planteo y resolución de los problemas que confrontan en su trabajo la mujer profesional y la artista; y sobre todo, por la popularización de la cultura en Cuba.

Las mujeres conscientes saben que en el momento en que los hombres vuelven a ser con violencia inusitada los feroces guerreros, brazo de la destrucción, la misión más grave de las mujeres tiene que ser tratar de la salvación de la cultura para los hombres del futuro. Para ello, necesitan unirse.

Y lo necesitan también como grupo social. Su no-existencia, su nulidad como seres humanos las había hecho hasta ahora poco desconocerse y odiarse. La mujer era siempre para la otra mujer la rival en esencia o en potencia, puesto que ella sólo existía como correlativa del varón. Pero hoy cada mujer está llegando a ser para las otras, con exclusión de su papel en las relaciones entre los sexos, una hermana en sufrimiento, en propósito, en deber; un miembro de la humanidad con análogos problemas vitales.

La mujer que adquiere conciencia de la responsabilidad colectiva, sabe que la unión es necesaria para lograr altos fines de interés humano. Por eso resulta particularmente doloroso que pueda haber aquí entre las cubanas —que tan conscientemente están contribuyendo a la liberación progresiva del espíritu y a la unificación de la voluntad de las mujeres— algunas que, aduciendo como razón sus creencias religiosas, se presten a mantenerse fuera de esta reunión en que el elemento femenino se organiza para luchar por causas justas. Esas mujeres no comprenden que no son los sentimientos religiosos los que las desunen de sus compañeras; porque la religiosidad tiene su morada inviolable en el recinto de la conciencia personal; sino que las apartan fuerzas de

reacción que, al servicio de propósitos políticos, se empeñan en mantener aquel antiguo régimen, agonizante hoy, bajo el cual la mujer se hallaba en estado de paridad con el siervo cuando no con el esclavo.

Esas mujeres son ejemplo del elemento que se aferra a la servidumbre tradicional por ignorancia. Pero también padecen ignorancia de la esencia misma del movimiento de liberación femenina esas otras mujeres que, creyéndose nuevas y avanzadas, se complacen en ser míseras remedadoras del vicio masculino, y al abusar del deporte, de la bebida, del tabaco y del sexo, creen que se han libertado de una esclavitud porque han caído en otra, o se juzgan profundas en experiencia porque han trasladado a otro campo la frivolidad. La primera prueba de capacidad cultural que puede dar una mujer es la seriedad en el trabajo y ante la vida. Y yo no doy a esa palabra, *seriedad*, ningún sentido anticuado.

Para instruir a esas que ignoran necesitamos la difusión de la cultura, para difundirla necesitamos que la escuela y la cátedra y la tribuna, y las exposiciones, y la prensa y la radio y el teatro y el cine, nos sirvan para fines más ennoblecedores que facilitar la aprobación de algunos exámenes o corromper definitivamente el gusto literario y artístico. Se impone una campaña de propagación cultural cuidadosamente organizada con un criterio de selección. Cuando decimos que es indispensable propagar la cultura, no debemos dejar que el verbo nos haga olvidar el complemento sustantivo. Es *la cultura* lo que tenemos que propagar. Y la cultura es cosa fuerte y profunda. Si lo olvidamos, corremos riesgo de agitarnos en vano, cuando no perjudicialmente.

El Congreso Femenino planteará para resolución estos y otros graves problemas de la mujer en relación con la cultura. No pretende agotarlos, pues son, por su esencia, inagotables; pero esperamos todas que las ponencias que se presenten arrojarán luz en el camino y nos permitirán avanzar con mayor seguridad. La mujer cubana que sabe cuál es su deber, acudirá a cumplirlo.(*)

(*Revista Lyceum*, La Habana, vol. IV, no. 13, pp. 27-35, enero-marzo de 1939).

---

* Leído en la Sociedad Lyceum [La Habana, Cuba] en el acto de propaganda por el Congreso Nacional Femenino, el 9 de marzo de 1939.

ABIGAÍL MEJÍA
(1895-1941)

Nació en Santo Domingo, el 15 de abril de 1895 y murió en la misma ciudad, el 15 de marzo de 1941. Narradora, educadora, historiadora de la literatura y crítica literaria, se graduó de Maestra Normal de Segunda Enseñanza en Barcelona, España, en 1912. En 1925 regresó al país, donde desarrolló una importante labor como profesora, escritora y activista del feminismo, al tiempo que colaboraba con una serie de revistas locales y desarrollaba su trabajo creativo.

Vivió en una época difícil para la mujer dominicana, en especial para la mujer creadora o pensante; un período de fuerte impronta patriarcal en el que se sucedieron, con breves respiros democráticos, la dictadura lilisista, las insurrecciones, la ocupación extranjera y el totalitarismo trujillista, pero ella tuvo el privilegio de educarse en el exterior y establecer contacto con el medio intelectual y literario barcelonés, lleno de estímulos para alguien de su sensibilidad y su talento. También tuvo el coraje, una vez en su patria, de desarrollar una encomiable labor de investigación y publicaciones, así como en defensa de los derechos de la mujer.

Con sólo leer los títulos de sus libros, advertimos que abarcó numerosos aspectos de la literatura, pero al leerlos sabemos que a veces no pudo profundizar en ciertos temas que abordó. Muchas de sus obras, reunidas por la Secretaría de Educación en el centenario de su nacimiento, revelan la vivacidad de sus ideas, su inquietud existencial y su permanente interés en poner de relieve la contribución de la mujer a la cultura nacional.

OBRAS PUBLICADAS:

Por entre frivolidades (1922), *Sueña Pilarín* (1925), *Brotes de raza* (1926), *Historia de la literatura castellana* (1929), *Biografía de Meriño* (1933), *Ideario feminista* (1933), *Historia de la literatura dominicana* (1936), *Vida de Máximo Gómez en Santo Domingo* (1936), *Obras escogidas* (2 tomos, 1995).

SUEÑA PILARÍN

PILARÍN EN LIBERTAD

I
LA BODA INTERRUMPIDA

> *"Dos cosas serían capaces de entretenerme eternamente: ver correr el agua y ver jugar a un niño".*
>
> *José de Selgas*

Lo más importante no era casarse, sino casarse bien y de ello se trataba. Preparado todo para el fausto acontecimiento, se notaba en la novia, sin embargo, carencia absoluta de azahares sobre sus ricitos negros, pero en cambio, ¡oh desdicha! tenía el vestido lastimosamente estropeado. Junto a ella el novio lucía orgulloso a guisa de levita una americana larguísima que llegaba a acariciarle los talones. —¡Extraña boda! —exclamará a este punto el inquieto lector sin dejarme continuar, y le ocurrirá preguntarme. —¿Ocurre eso quizás más allá de Senegambia o en algún pueblucho atrasado en el camino de la civilización y olvidado del mapa? La respuesta eclipsará sus dudas: eso sucede en Cataluña, nada menos y en un risueño vallecito entre montañas de verdes pinares a sólo dos horas y media de la ciudad condal.

La rara indumentaria de los futuros cónyuges débese atribuir a su escasa experiencia y natural ignorancia de los usos sociales, pues el noviecito, —diez años apenas— quizás no sepa que cuando se carece de una levita presentable, no es lícito ni decente usurpar a sus mayores una chaqueta vieja y sucia,

prenda enteramente digna de la tienda de un *drapaire*, la cual llega casi a cubrir las también veteranas alpargatas con que abriga sus menudos pies. La novia es aún más joven que el futuro y acaso también ignore la impropiedad de llevar en tan solemnes momentos un delantal blanco por encima de la cabeza, atado bajo la barbilla; mas para la maravillosa imaginación de los niños, aquello es un velo de finísimo tul. El lugar del suceso es una plazoleta junto a la carretera y ante un banco de piedra los novios se arrodillan: es el altar. (El sacerdote debe ser un personaje invisible porque hasta ahora no se ha dejado ver ni creo que se deje...)

Va a dar principio la ceremonia, pero... ¡ay!... la noviecita se levanta de improviso furiosa y cogiendo un platito de bajo del altar y en el cual había dos o tres anises (los confites de boda) los muestra con gesto trágico, da un pellizco al azorado futuro marido y presa de justa indignación

—¡Grandísimo pillo! —exclama—. ¡Ya te has comido otros dos anises!

—¡No, no! —protesta sofocado el presunto ladrón— Desde el último que me comí quedaron cuatro.

—¡Toma! Pues por esos, *lladre*. Dos... y dos que me robaste... —contando con los dedos— son cuatro, justo. —Deja en el suelo el platillo después de tan brillante prueba de sus conocimientos matemáticos, y rompe a llorar—. ¡No me caso más contigo, vaya, no me caso! ¡No juego más!

—Sí, mujer, cásate ¡serás tonta! Mira: los volveré a dejar. Aún los tenía en el bolsillo. ¡Tómalos!

—¿A ver?... El inocente los enseña y ella, la pícara, cógelos, ávidamente y los hace desaparecer en su boquita.

—Si ¿eh? ¿Esas tenemos? Pues yo me comeré los otros —dijo el niño apoderándose del plato y su contenido.

—¡Que no! ¡Que no! ¡Que me pongo mala! ¡Que me voy a moriiiir... ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

El chiquillo tenía en la mano ya el plato de los confites de boda y según parece, hallábase en buenas disposiciones de practicar en ellos una nueva sustracción que los dejaría reducidos a cero, pero al ver la actitud alarmante de la niña, dispuesta a enfermar de la emoción, acude a ella, apuradísimo:

—¿Es de veras? Di qué te pasa, Pilarín ¡por Dios!

—Mira, chico... —responde la muy taimada llevándose una mano a su inteligente cabecita y buscando apoyo la otra en el hombro de su ex-novio—. Un dolor de cabeza me ha dado muy gaande, muy gaande... Pero... —aquí habló con zalamería de mujer que conoce el corazón masculino y sus debilidades— Si me das un confite más ¡uno solo! se me pasa. Será como una pastilla de *pimpirina*, de esas que quitan el dolor.

—Toma, vaya —otorgó el niño con la condescendencia inherente al varón superior metiendo un confite en el hociquito que se le tendía ansioso y como quien excusa la propia debilidad agregaba: ¡Siempre te has de salir con la tuya!

—¡Es tan bueno este Miguel, tan bueno! Por eso te quiero mucho y me casaré contigo... todas las veces. ¡Qué bueno eres, *noy*, qué bueno!

—¡Hum!

—De veras, créelo.

—Lo que creo es que deseas el otro confite ¿eh? —interrogó, ya escamado, el niño, dando pruebas de profunda penetración—. Pues te lo pintas ¡andas!.. ¡Este para mí! —Y se lo zampó bonitamente, sin hacer caso de la sirena que pensaba engatusarle segunda vez.

Llena de estupefacción, contempla la llamada Pilarín tal atrevimiento y hubiera continuado asombrándose aun largo tiempo si no acierta a aparecer en escena un pitillo. ¿De donde y cómo? Extraída de los profundos bolsillos que en su gran chaqueta tenía Miguel, salió una cajita cuya tapa rezaba: Medicación ferruginosa, regeneradora del organismo. El título de la medicina estaba semi borrado sobre la presunta tabaquera y el poseedor de ella sacó de su seno un cigarrillo o algo que tal parecía, colocándolo muy ufano en la boca; registró sus bolsillos, depósito de porquerías, entre otras muchas, de una colección de cromitos representando la guerra ruso-japonesa; varias tapaderas de cajas de fósforos, un trompo, varios cordones encarnados y dos botones... Al fin encontró cerillas y pudo encender el pitillo, en medio del más profundo silencio, pues los novios estaban disgustados; pero seguidas tales maniobras por las curiosas miradas de Pilarín, ante quien se plantó el descaradote echando humo por narices y boca, las manos en la cintura, y toda la actitud de preguntar: —¿Eh? ¿Qué tal? ¿Tengo o no la facha de un hombre?

Aproximóse a él la niña, emocionada, y echó mano, con gran decisión, al cigarrillo, mientras pedía en humilde tono:

—¿Me dejas dar dos chupadas?

—¡Suelta, mala, suelta! Te daré otro que tengo guardado. —De la consabida pitillera extrajo otro y lo puso en la boca de la niña.

—¡Chico! —Estaba confusa de admiración la niña— ¿Quién te los ha dado?

—¡Yo! yo mismo los hice. Me enseñó el *Forner*. Con hojas secas de la viña... sale la picadura y al padre le quito los papelitos. Así fumo cuanto quiero. —Levanta la cabeza, orgulloso de su habilidad y cual si desafiase al mundo entero a hacer otro tanto. Pilarín quiso encenderlo en el suyo y juntaron los dos cigarrillos, en sus boquitas respectivas, acercando las caras como en un beso ideal, entre humo... A la chica se le aguaron los ojos... Echaba cada chupetazo capaz de consumir medio pitillo en una vez. Acabó por toser.

—¡Ejem... Ejem!... eso me da tos. Es demasiado fuerte para mí.

—Pues déjalo. Tonta eres. Aprende de mí. —El rapazuelo paseábase de un lado a otro, con las manos en los bolsillos, orgulloso, pero lagrimeando tanto o más que su discípula. En tan *emocionadísima* situación sorprendióles un automóvil, cuya bocina llenaba al aire de estrépito, por la carretera, a la que acudieron nuestros chicos, curiosos, Miguel en equilibrio para que el cigarrito no le cayera al suelo, y la niña lo arrojó de bonísima gana, disimuladamente, echando un suspiro como persona libre al fin de pesado compromiso y se enjugó los ojos, húmedos por el humo de la porquería aquella. Repitióse:

—Es demasiado fuerte para mí.

Avanzaba en tanto el auto y paró en la plaza. Como por ensalmo, empezaron a salir gentes de aquí y de allá. Eran los habitantes del pueblo que acudían a conocer el artefacto llamado automóvil y pues podían ver de cerca eso tan precedido de fama, no desperdiciaban la ocasión. Se conocerían mucho en Barcelona desde su invento; pero las gentes del villorrio aquel no habían visto más que dos o tres pasar volando y metiendo ruido, entre el polvo de la carretera en dirección a otros pueblos de mayor importancia donde hubiesen señores que se permitiesen el lujo de poseerlos o alquilarlos. Principiaban entonces a propagarse los lujosos vehículos de la rapidez. Del detenido en la plaza echó

pie a tierra su conductor, abrió la portezuela preguntando algo a una señora que dentro debía estar y luego se dirigió a quien primero halló delante.

—Dios le guarde, amigo. ¿Sabe si por aquí vive una señora llamada Pilar Noé y Camps de Blat?

—Pilar Noé pero sin Camps de Blat —saltó Pilarín a este punto—. Para servir a usté y a Dios.

—¡Me... caso con el demonio —soltó el hombre una blasfemiota ¿eres tú? ¡Valiente mico!

Enfadada la niña por tales frases, acompañadas de risas, mandó al mecánico más allá de la porra y le manifestó que si no era ella sería su mamá, y que si no lo creía se fuese a freír espárragos. Y le volvió la espalda.

—Anda, reinita, no te indignes. No hay para tanto. ¡Si precisamente a verte a ti o a tu madre ha venido la señora marquesa: Anda, hermosa, entra y dile donde vives. —Sin miramientos empujaba a la niña hacia la portezuela ya abierta, en la cual, asomada una señora vestida de negro inició una sonrisa divisando a Pilarín, mas la sonrisa no llegó a dilatar mucho tiempo su boca, pues enseguida como por impulso ajeno a su voluntad se puso seria, mirándola fijamente con algo de dureza.

—Es la hija de esa señora Pilar que Ud. procura. Y si la señora marquesa lo desea nos enseñará su casa ¿verdad *maca*? —preguntó cariñoso tocando las mejillas sonrosadas de la niña con los dedos enguantados.

—Bueno. Quédese usté aquí —ordenó la señora, a quien hemos visto tratar de marquesa, cortando las expansiones entabladas entre el conductor y la chiquilla y hablando pausadamente, como los naturales de América—. ¿Quieres llevarme a tu casa? —dijo a Pilarín, la cual, algo cohibida ante aquella dama tan rígida y perfumada... a colonia, que hablaba suavemente sin embargo de la severidad de su rostro, acariciando las palabras, pensaba en su mamaíta; ella pronunciaba también así, diferente de todo el mundo catalán. Tal pensamiento la entretenía mientras la contemplaba; pero un invencible respeto paralizaba sus actos y su lengua. No, no era así su mamá: el perfume de la dama, la pluma enorme de su sombrero, imponíanle grande respeto, y no osando dejar expedita la lengua, se atrevió únicamente a balbucir:

—Allí. —Su dedito a la manera de las estatuas de Colón señalaba una casona bastante próxima. Comprendió la señora aquel laconismo y se encaminó en la dirección indicada convenciéndose de que la niña prefería a ir en su compañía quedarse en la más agradable del mecánico, el niño de la larguísima chaqueta y tantas otras gentes que husmeaban por allí.

Ciertamente, inmensa era la curiosidad de todos por ver de cerca el coche provisto de ruedas y sin caballos que andaba solo.

Rodeábanle, observando unos con atención las ruedas de goma, otros bajábanse a estudiar el cabalístico HP. grabado atrás, ignorando qué demontres podía significar, y hasta alguien más osado, llegó a posar la mano en la bocina y la retiró de prisa y con susto al sentir el desagradable *foom*... que se escapó de allí. En torno de aquel armatoste negro y alargado, la gente hacía el efecto de hormigas, al llevarse un enorme escarabajo, creído muerto en un principio y que de pronto da señales de vida capaces de atemorizar a los espantadizos insectos. Desde lo alto de su superioridad contemplábalos el joven mecánico, con sonrisa llena de desdén. ¡Vaya unos seres ignorantes y atrasados!

Nuestro conocido Miguel andaba entre los grupos y también hacía su poquito de examen, con las manos cruzadas atrás y la atención de un hombre que ya fuma cigarrillos y se inquieta ante un problema de difícil explicación.

—¿Verda usté —interrogó Pilarín— que eso es un automóvil?

—Anda mujer ¿no lo ves? —la respondió Miguel.

—¿No habías visto ninguno? —sonriente, preguntó el conductor.

—En los santos de un periódico, sí. Pero escuche ¿y cómo anda eso sin caballos?

—¡Tonta! Llevará un caballo dentro como el tren —intervino de nuevo el niño satisfecho de su penetración.

—¡Justito y cabal! Ahí dentro lo tengo bien atado...

—¡Y es usté el *chuflero*! —(Fue Pilarín quien lanzó la palabreja. Había oído campanas, como vulgarmente se dice, sin saber donde sonaban).

—¡*Chuflero*! ¡*Chuflero*! —repitió el aludido sin ningunas ganas de reír sino completamente indignado por la palabra que parecía un mote —*Choffer* se dice y a mucha honra lo soy. Pero es claro —continúo— vosotros no sabéis francés.

—Y usté ¿lo sabe? —la niña preguntó sinceramente sin pizca de mala intención.

Ahora sí que no contesta el hombre: tan sólo expresa con un gesto su disgusto por ciertas preguntas importunas; y con aire digno comienza a pasear de un lado a otro, sus largas piernas dentro de las botas altas, nuevecitas y deslumbradoras.

VIRGILIO DÍAZ ORDÓÑEZ
(LIGIO VIZARDI)
(1895-1968)

Poeta, orador, escritor y diplomático, Virgilio Díaz Ordóñez nació en San Pedro de Macorís, el 5 de mayo de 1895 y murió en Washington, D. C., Estados Unidos de América, el 30 de abril de 1968.

Firmó gran parte de su producción literaria con el seudónimo de Ligio Vizardi (anagrama de su nombre Virgilio Díaz), que es el más popular de los seudónimos en la literatura dominicana contemporánea.

Díaz Ordóñez tuvo una larga vida pública, ejerciendo diversos cargos en la judicatura y llegando a ser Secretario de Justicia. Ocupó también las Secretarías de Educación y de Relaciones Exteriores. Representó como diplomático a su país en La Habana, Lima, las Naciones Unidas y la OEA. Fue rector de la Universidad de Santo Domingo en dos ocasiones y Presidente del Ateneo Dominicano, miembro de número de la Academia Dominicana de la Lengua y de la Academia Dominicana de la Historia, Miembro de Honor del Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid, y miembro correspondiente de la Real Academia Española. Ejerció durante muchos años el magisterio y, a la hora de su muerte, era profesor de literatura española de la Universidad de Georgetown, de Washington, D. C., Estados Unidos.

OBRAS PUBLICADAS:

Los nocturnos del olvido (1925), *La sombra iluminada* (1923), *Figuras de barro* (1930), *El más antiguo y grave problema antillano* (1938), *Poemario* (1947), *Archipiélago* (1947), *Rubaiyat de Omar Kahaym* (traducción en verso, 1952), *Política exterior dominicana* (1955), *Jerónimo* (1969), *Sonetos* (recopilación póstuma, 1971), *Poesías com-*

(obra póstuma, 1980), *El Siglo de Oro español* (introducción a un curso de literatura española, póstuma, 1985), *Poesías* (Fundación Corripio, 2000), *Novelas y cuentos* (Fundación Corripio, 2000).

ARCHIPIÉLAGO. UNA NOVELA DEL CARIBE.

IX
ROMANCE

La Isabela regresó a su puerto a los catorce días de ausencia.

Diciembre había desatado sus ráfagas de frescura sobre las calles y plazuelas de Santa Cruz del Mar. La brisa norteña jugaba con las banderas, escamoteaba sombreros y, con traviesa intención, ceñía las faldas a los muslos de las muchachas. A veces se atrevía a más, pero dos manecitas escandalizadas se posaban con rapidez sobre las rodillas apretadas de sustos y los bordes de la saya quedaban obligados a mantener oculto lo que la pícara brisa hubiera querido descubrir. Y esta lucha inocente entre el pudor y la curiosidad se repetía en todas las esquinas.

Milito, al caminar en tierra, se movía de derecha a izquierda, exactamente como si bajo sus pies sintiera la movible cubierta de su barco. Hubiérase dicho que seguía en busca de un equilibrio que había encontrado ya. Pero en aquella mañana buscaba, además, otra cosa que le faltaba hallar. Siguió la calle principal del pueblo, deteniéndose ante el escaparate de algunas tiendas, llenos en aquellos días de esa colección completa de cosas inútiles en que las gentes de pocos recursos de Santa Cruz del Mar invierte sus flacas reservas acumuladas durante meses. Cuando Milito descubría algún objeto que le interesaba, lo miraba con ojos de comprador, leía su precio, calculaba la equivalencia en días, semanas y meses de jornal o sueldo, se llevaba instintivamente la mano al bolsillo donde guardaba sus economías, suspiraba... y se dedicaba a iniciar, frente a otro objeto, un nuevo examen que concluía en un idéntico suspiro. Hasta que en ese juego entre los deseos y las posibilidades tropezó con algo ante lo cual se sintió sin fuerzas para luchar. Era un velerito de juguete, de casco esmaltado en blanco, rojo desde la quilla de plomo hasta la

línea de flotación, cubierta barnizada en amarillo y vela triangular blanquísima como espuma de mar. Concibió escribir a ambos lados de la proa y en la minúscula popa, con letras negras, la palabra Isabela. Y casi sin darse cuenta se encontró con tres pesos menos en el bolsillo y un bulto aplastado debajo del brazo. Consumada la adquisición, su rostro adquirió ese aire perdonador y cesáreo que los peatones humildes ven pasar, fugazmente, prendido a las caras de los dueños de automóviles que empuñan personalmente el volante el día en que estrenan el vehículo.

La euforia de la compra se le nubló un poco cuando pensó que más le habría convenido gastar tres pesos en un par de zapatos o en una camisa; y le molestaba imaginar las bromas que le dedicarían sus compañeros cuando le vieran presentarse con un juguete de niño a todo un hombre de veintidós años. Ni siquiera podía excusarse en el pretexto de que lo compró para un hijo o un sobrino. ¡Un hijo! Pensó en esto y apresuró el paso con deseos de escaparse de aquel pedazo de calle donde chicuelos desarrapados se detenían frente a los juguetes exhibidos, con ojos agrandados por el deseo y empañados por la desesperanza. Casi se sentía culpable con aquel paquete debajo del brazo. Torció por la primera esquina y buscó un barrio alejado. Silbó de una manera especial frente a una casita humilde, y en el marco de una ventana apareció el busto de una muchacha risueña. Arreglábase ella apresuradamente el pelo desordenado y, al levantar los brazos para fijarse la peineta, se insinuaron como promesas desafiantes las pomas macizas de unos senos juveniles. La mirada de Milito pudo trabajosamente desprenderse de las dos tentaciones insinuantes, que se movían apenas, como dos palomas aprisionadas por manos invisibles; de posó lentamente en la sombra esfumada de vellosidades nacientes sobre las axilas mal cubiertas; se detuvo, de paso, en los dientes blancos y parejos y se clavó, finalmente, con fatiga de delicias, en los ojos más bellos que para él existían en el mundo, sobre la tierra y sobre el mar.

Después de un par de horas, cuando Milito salió de aquella casita, llevaba el pecho más levantado y el paso más firme. Apretó su paquete bajo el brazo y volvió pensar: ¡un hijo!

Por su parte, Johansen también buscó pagar tributo a la cálida rebeldía de sus sentidos, aguzados a sol, viento, yodo, sal, pesca-

do y abstinencia. Nacido en las islas inglesas barloventinas y de madre curazoleña, hablaba papiamento, inglés y español. Salió de su islita cuando era casi un muchacho y su cuerpo acabó de espigarse trabajando como cortador de cañas en uno de los ingenios azucareros aledaños a Santa Cruz del Mar. Fuerte como un madero oscuro, su alma era ligera y blanca, como el bagazo exprimido hasta la sequedad, que tantas noches y tantos días vio mascado por las masas giratorias e insaciables de los trapiches. De aquellos tiempos le quedaron recuerdos que ahora eran como espinas reblandecidas por los años. De todos modos, derivó de sus experiencias una buena lección: el trapiche divide en dos el destino de la caña. Una parte azúcar. De otra parte bagazo. Que era como decir: una parte, beneficios dulces; otra parte, salarios amargos. Y así, entre capataces brutales y mayorales ásperos, entre amaneceres sin café y atardeceres sin pan, pagó, sin darse cuenta, ese cuantioso tributo que sus congéneres, año tras año, aportan para bienestar y regodeo de inversionistas felices, rubios, afortunados y lejanos. Poco a poco, con ese rencor sonámbulo y miedoso que los animales de carga llegan a sentir por el látigo, comenzó a ver con indeciso encono las altas chimeneas, los cañaverales inmensos y los largos barracones de piso de tierra donde, una vez a la semana, se oían tambores, castañeteaban los dados, se bebía ron y, a veces, se recogían puñaladas. Y encontró las aguas del mar menos salobres que el jugo de la caña.

Después fue estibador en los muelles y almacenes de Santa Cruz del Mar. Como si el azúcar no lo hubiera perdonado todavía, estuvo obligado a cargar sobre los hombros aquellos pesados sacos de trescientas veinte libras que lo oprimían contra el suelo, como empeñados en sepultarlo vivo. Luego, se aficionó a las cosas de la marinería y al fin descubrió que aunque el mar es más extenso que los cañaverales, sobre su movible superficie azul los seres conservan intacta su estatura humana, que se empequeñece y destiñe hasta el aniquilamiento entre el verdor sin esperanzas de los campos de caña. Era como cambiar un mar verde donde irremisiblemente naufragaban vidas, por un mar azul donde problemáticamente podrían naufragar barcos; como cambiar chimeneas que teñían el cielo de humo agorero, por mástiles limpios a cuyo costado, como alas nacidas del viento, se colgaba la nitidez errante de los velámenes.

Pero en aquel día saturado de promesas navideñas, Johansen no se sintió indiferente al reclamo de las fragancias selváticas, surgidas de una moza de labios densos, de carnes abundantes y oscuras, coronada por una pequeña cabeza cuyos rizos retorcidos se almizclaban sensualmente en aceite de coco mezclado con perfumes baratos.

MANUEL ANTONIO AMIAMA
(1899-1991)

Narrador, abogado, periodista. Nació en Santo Domingo el 9 de marzo de 1899 y murió en la misma ciudad el 15 de octubre de 1991. Don Cundo Amiama vivió muchos años en San Pedro de Macorís por lo que se pensó que era oriundo de allí. Aparte de sus estudios e investigaciones sobre periodismo y Derecho, produjo una breve pero importante obra narrativa, especialmente cuentos. Dejó una novela inconclusa, titulada Siete destinos, que aún permanece inédita.

OBRAS PUBLICADAS:

El periodismo en la República Dominicana (1933), *El viaje* (1940), *Prontuario de Legislación Administrativa Dominicana* (1954), *Notas sobre Derecho Constitucional* (1954), *El terrateniente* (1960; hay varias ediciones posteriores), *Tío Juan y otros cuentos* (1964).

EL TERRATENIENTE

Capítulo I
HACIA EL ESTE

Genaro Guitiérrez entró con su lento paso característico en el bufete del abogado de don Eugenio Delmonte, y, después de algunas palabras de cortesía y halago, le expuso su caso.

El abogado lo oyó con paciencia y confianza en sí mismo. Luego le dijo:

—Su asunto es complejo, amigo mío, pero no tiene que apurarse. Creo que puedo sacarlo a flote. Los abogados de verdad no son los que ganan los pleitos buenos. Esos, los gana cualquiera. Lo que tiene mérito es ganar los pleitos malos.

Genaro Gutiérrez se molestó por estas palabras.

—Pero Licenciado, mi pleito es bueno. Esas tierras eran realmente de mi padre, que era dueño de casi todo el Este. Eso lo sabe todo el mundo. Los tribunales tienen que darme la razón.

—No digo que las tierras no sean suyas. Pero sus documentos están oscuros y además son muy antiguos. La gente hace mal en no preocuparse por aclarar a tiempo sus derechos. Toda familia debe tener su abogado, lo mismo que tiene su médico de confianza para los menores quebrantos. ¿Usted, tiene algún dinero para las primeras diligencias?

—Eso es lo malo, que no tengo dinero. Pero como mis derechos son firmes, creo que usted puede hacer los primeros gastos. Por eso lo he elegido a usted, Licenciado, porque usted es hombre acomodado.

—¿Acomodado? Bien, aceptemos eso. Pero yo, como usted, lo que tengo son terrenos y algunas casas. Muy valiosos, pero que de momento no me están produciendo nada en efectivo. Ya veremos. Déjeme los documentos para estudiarlos con más cuidado. ¿Usted vive siempre en la General Luperón?

—No. Ahora vivo con mis hermanas, en Santa Bárbara.

—Entendido. Lo llamaré dentro de algunos días. Ahora mismo tengo que salir para la Casa Ricciolo. Asuntos de los ingenios.

Gutiérrez se retiró de la oficina del abogado Delmonte entre caviloso y esperanzado. Era un hombre de unos treinta y dos años, pero la situación económica en que se encontraba hacía tiempo lo tenía enflaquecido y cabizbajo, por lo que aparentaba una edad mayor. Delgado, vestido siempre de un dril amarillo barato, la gente lo reconocía fácilmente por la calle, con su andar lento, dificultado por algún defecto en los pies, con el sombrero siempre en la mano, por lo que se podía ver su cabeza con el pelo cortado casi al rape, su nariz aguileña, sus cejas muy negras, pobladas y entrejuntas, y sus ojos pequeños y brillantes, que miraban a sus interlocutores con una mirada fija, que llegaba a molestar.

Tal como él lo decía, su padre, un prohombre del Este, había sido dueño de muchas tierras. Pero, como había muerto victima-

do por la política cuando Genaro era pequeño, lo mismo que sus hermanas, los documentos que comprobaban la propiedad de esas tierras estaban desperdigados y hasta se habían perdido algunos. Las dificultades que siguieron a la muerte de su padre impidieron la aclaración de esas cosas. Genaro creía que nada tenía que hacer para la intangibilidad de esos derechos. Sólo cuando fue grande pensó en ello, o se llevó de los amigos que le aconsejaban ocuparse de sus bienes.

Hasta hacía poco había vivido en una casa grande de la calle General Luperón sin pagar alquiler, creyendo que la casa era propia. Pero un día, hacía algunos meses, una familia cuyo padre había muerto, le reclamó la casa para vivirla.

—¿Pero esta casa no es nuestra? —preguntó a las hermanas.

—No, Genaro, era como nuestra, porque pertenecía a un gran amigo de papá que nunca quiso cobrarnos alquiler. Pero ese gran amigo ha muerto. La casa le queda a su familia. Es justo que la desalojemos.

—¿No podemos quedarnos como inquilinos?

—La quieren para vivirla. Realmente es muy grande para nosotros. Hemos conseguido una de alquiler muy módico en Santa Bárbara. Allí nos mudaremos.

* *
*

Algunos días después, las hermanas de Genaro le dijeron que el licenciado Delmonte quería verlo y allí se encaminó Genaro, tardando bastante en recorrer la distancia, por el defecto de sus pies.

—Era lo que yo le decía —le expresó el licenciado Delmonte—. Sus documentos son muy antiguos. Tienen cerca de cuarenta años. Además, están incompletos y son vagos. No le digo que no puede hacerse nada con ellos, pero tiene que buscarse un abogado más joven y de pocos pleitos, que pueda consagrarse a su asunto. Yo le aconsejaría que se fuera a Macorís y desde allí inicie sus actuaciones.

—¿Puede recomendarme algún abogado de Macorís?

—Eso es cuestión muy delicada, mi amigo. Lo mejor sería que usted fuera primero allí, que se orientara, que estudiara el terreno, y entonces podría escoger un abogado que le conviniera. Allí

se gana mucho dinero y lo probable es que encuentre quien adelante los gastos.

Cuando Genaro regresó a su casa de Santa Bárbara, las hermanas se dividieron en sus opiniones. Una apoyaba la idea del viaje. Otra se opuso. Genaro optó por el viaje y salió a ver si conseguía algún dinero y a hacer los preparativos necesarios.

Al salir Genaro, las hermanas comentaron la situación.

—¿Por qué te opones al viaje de Genaro? —dijo Amantina.

—Porque no tengo fe en esas diligencias —replicó la mayor. Pero no es por eso principalmente, sino porque Genaro no es hombre para estas luchas. Tú sabes cómo se ha criado Genaro. No tiene experiencia. No sabe lidiar con la gente de mala fe. Cree en todo el mundo y por eso lo engañan a cada rato. Además, las cosas de tierras en el Este están muy confusas.

—Entonces nos quedaremos por siempre en la pobreza.

—Tal vez puedan resolverse las cosas de otro modo. Nosotras podemos trabajar y echar adelante. En la capital nos estiman mucho. Yo prefiero estar pobre a que maten a Genaro por una cuestión de tierras, como está ocurriendo a cada rato.

—Eres trágica y pesimista, Eulalia.

Mejor quiero ser así que no imprudente y ambiciosa como tú.

—Tú siempre con tus groserías. Genaro no es tan flojo como tú crees. Ya ves, está dispuesto al viaje. Algo puede resultar.

* *
*

Una de las causas de que Genaro nunca hubiera ido al Este para tratar de aclarar el estado de los bienes que le había dejado su padre, era su miedo al mar. Este miedo era tan grande, que hasta rehuía acercarse por el malecón, porque la sola vista de las olas lo mareaba. En materia de navegación, su única hazaña había sido cruzar el río Ozama en una yola para ir a Villa Duarte a cobrar el precio de unos floreros que había vendido en un día de apuro. Arregló pues sus asuntos para irse por tierra hasta Macorís, por la vía férrea del San Luis y la del Cristóbal Colón. Un amigo, que era tenedor de libros del primero de esos ingenios, le hizo el plan del viaje y mediante su influencia, consiguió que lo transportaran desde la capital hasta las cercanías de Macorís en esa forma.

El viaje no dejó de tener algunos incidentes desagradables. La autovía de San Luis en que hizo la primera parte de la travesía, tuvo que devolverse varias veces para no chocar con locomotoras que venían hacia el central. Hubo de cabalgar, a lomo de mula, un buen trecho de terreno para alcanzar la autovía del Cristóbal Colón. En el sitio del cambio, al llegar Genaro había acabado de ocurrir un lance entre varios campesinos, armados de machetes. Uno de los combatientes, de quien dijeron que se llamaba Campuzano, había resultado muerto de catorce machetazos. Su cadáver, con la cabeza abierta y sangrante, yacía allí. Había caído sobre la osamenta de una vaca, muerta desde hacía mucho tiempo. La rojez de la sangre contrastaba con aquellos huesos blancos y melancólicos. El muerto tenía todavía en la mano, un pedazo de hierro que evidentemente había separado, para defenderse, de una máquina abandonada y llena de herrumbre, que estaba cerca.

Al llegar cerca del Cristóbal Colón, se encontró con un guardacampestre y algunos auxiliares que, armados de revólveres, se dirigían al sitio de la tragedia para hacer averiguaciones. Interrogaron a Genaro y éste dio algunas informaciones.

—Entonces venga con nosotros.

—No, yo tengo que seguir de una vez para Macorís.

—¿Usted es empleado de algún ingenio?

—Soy terrateniente. Dueño de tierras del Este.

—Pero usted presenció el hecho y tiene que servir de testigo.

—Cuando el hecho ocurrió yo no estaba presente. Lo que pasó sucedió antes de yo llegar.

—¿Pero no dice que vio al muerto tendido en el suelo?

—Sí lo vi, pero ya tenía allí algún tiempo. Los demás estaban desperdigados.

—Está bien, váyase, pero díganos su nombre y su dirección por si la justicia lo necesita.

Al oír mencionar la justicia, Genaro pensó que aquella gente tenía derecho a su ayuda cuando se necesitara. Hizo lo que se le pedía, ya de buena gana.

En el Higuamo, tuvo que esperar un buen rato para que la barca lo trasladara, porque estaba en medio del río, tirando hacia el otro lado, cargada con un camión tan pesado que ladeaba la embarcación.

Cuando llegó a Macorís, era ya casi de noche. La ciudad estaba conmovida porque, según le dijeron a Genaro, los americanos habían ocupado la ciudad al mediodía, en medio de un fuerte tiroteo.

A un sujeto que encontró en el Hotel Inglaterra, Genaro le preguntó cómo había sido el tiroteo.

—¿Fue que hubo resistencia?

—Resistencia propiamente no. Lo que pasó fue que un dominicano que estaba en el muelle al desembarcar los americanos le disparó a un oficial y el oficial murió. Entonces los marinos abrieron fuego con las ametralladoras sobre todo el puerto y estuvieron tirando así como media hora.

—¿Mataron al hombre, entonces?

—Ni lo mataron ni lo cogieron. El hombre se tiró al agua, nadó zambullido y se escapó. Están registrando las casas creyendo que está escondido. Pero todo el mundo opina que se fue al monte y que dará mucho trabajo capturarlo, si la gente de los ingenios no lo denuncia.

ÁNGEL RAFAEL LAMARCHE
(1899-1962)

Narrador, poeta, periodista. Nació en Santo Domingo el 27 de noviembre de 1899 y murió en la misma ciudad el 16 de mayo de 1962. Fue editorialista del Listín Diario, *periódico en el que también aparecieron sus «Panoramas Internacionales», crónicas y comentarios de viajes que revelan su capacidad para el periodismo literario. Sus cuentos nos ponen en contacto con un narrador que prefigura las nuevas corrientes de la ficción en Santo Domningo.*

OBRAS PUBLICADAS:

Siempre. El libro de la madre muerta (1938), *Los cuentos que Nueva York no sabe* (1949).

PERO ÉL ERA ASÍ

Rupert Lowell hacía rato que había regresado a la casa, y aún Catharine, su mujer, no se había atrevido a preguntar.

Cuando Rupert llegó estaba anocheciendo, y ella, que lo estuvo esperando con ansiedad, precisamente por eso, todo el día, se dijo: «Aguardaré a que pase la cena». La cena había terminado, y Catharine tuvo tiempo de ponerlo otra vez todo en orden, sin que de sus labios brotara la pregunta.

Ahora, sentados en la sala, frente a frente, por más de una ocasión lo intentó, pero apenas lo pensaba se arrepentía. Al fin logró decidirse:

—Rupert... ¿traerán hoy el retrato de Sim?

El hombre, redoblando las chupadas a su pipa, habló sin mirarla:

—Esta noche... Eustace Addison me lo enviará con un mensajero.

Tosió y tras de golpear la pipa en el viejo cenicero de peltre y atacarla nuevamente de tabaco rubio, continuó:

—Tienen mucho trabajo...

Hizo otra pausa para encender un fósforo. Con uno no le fue suficiente. Encendían mal. Y antes de proseguir, se cercioró de que estaban bien apagados los que tiró en el cenicero.

—Trabajan también de noche...

Había levantado los ojos grises de un azul acerado, como si realmente le interesaban las volutas de humo que arrojaba con alarde por la boca, y concluyó con voz indiferente en apariencia:

—Me ha prometido que la ampliación quedará muy bien... Quiso que lo comprobara... pero yo no *podía detenerme*, y preferí que tú y yo lo viéramos aquí juntos.

Catharine Lowell no pronunció una sola palabra. Se puso en pie, aparentemente para rectificar un pliegue indebido en el tapete de una mesa, y después salió de la sala.

Rupert se volvió para verla salir. No ignoraba adonde se dirigía, y movió la cabeza con ese movimiento del que ve confirmada sus previsiones. Murmuró:

—Va a ser imposible...

Como su marido lo había sospechado, ella avanzó por el pasillo hasta el cuarto de Sim. Tuvo que luchar con la cerradura porque la puerta estaba cerrada y por allí no se veía bien. Pero cuando abrió, la ventana de la habitación que caía a la calle amplia y llena de ruido, libre del obstáculo de las cortinas, dejaba penetrar la claridad de un farol próximo. Se acercó. Por esta ventana había visto regresar más de una vez a Sim, o algunos años antes lo vio jugar en la calle con sus compañeros. Levantando el brazo, buscó la bombilla e hizo luz. Todo se hallaba igual que cuando él se fue. La cama con su colcha de raso a franjas blancas y azules. Los cromos de lindas muchachas y el banderín triangular del equipo náutico de su escuela. En un rincón se recostaban, como si esperaran el término de aquellas prolongadas vacaciones, el bastón de *esquiar* y los puntiagudos *esquís*. Los libros vueltos de

lomo en el pequeño estante, fingían abultarse más para que volviese a tomarlos una mano conocida. Abrió un cajón de la cómoda. Ahí estaban los «pull-overs» de bandas caprichosas, las botas de hule con que chapoteaba por los ríos y los pantanos en las partidas de pesca, los calcetines y mitones de grueso estambre para los deportes de invierno... Todo se hallaba como él lo dejó la última noche que pasó aquí... Sí, Catharine lo sabía bien. Rupert y ella lo habían guardado cuidadosamente... Pero esta noche en que iba a ver la ampliación de la última fotografía que Sim se hiciera en Nueva York, sintió como nunca el deseo de visitar este cuarto. Aquella misma mañana lo había hecho. Lo efectuaba diariamente. Con frecuencia, muchas veces al día. Pero se le había ocurrido que de visitarlo ahora, vería mejor el retrato de Sim, como si realmente necesitara revivir sus recuerdos. Y, sin embargo, no había olvidado la menor cosa... Ni aún era posible olvidar la afición de Sim por el pan de pasas y la sopa verde de guisantes... ¡Oh, no!... No era eso... Simón Lowell fue desde temprano un muchacho estoico. Si sus travesuras le proporcionaban un descalabro, lo ocultaba sin una queja. Ni Catharine ni Rupert tuvieron jamás que sufrir a causa de aquel hijo único... El hijo único. Esto lo *medía* todo. Actualmente le parecía muy raro que este hijo fuese sólo un hijo *muerto*. Muerto, y no un hijo como son y se quieren los hijos, para repasarse la ropa y verle todas las mañanas tomando el desayuno, con el libro al lado y metiéndose los dedos en los cabellos, o tocarle la puerta del cuarto de baño y advertirle, entre el estrépito de la ducha y la algazara de una canción: «¡Eh, Sim, que se te va la hora!»... No; aunque le pareciese increíble, ni siquiera Rupert y ella, por las noches desde la cama, le oirían entrar lo mismo que antes, diciéndose el uno al otro, como si fuera posible que pudieran tener dudas respecto de quien entraba: «Es Sim»...

Miró el retrato de la muchacha que estaba en la mesita de noche. Era Louise. Los grandes ojos negros sonreían con extraña expresión de incertidumbre, y sobre el pecho una letra cuadrada, esquinándose, había escrito: «Para que no dejes de pensar en mí constantemente, *darling*». Catharine se reprochó casi con encono: «Fue una estupidez que no se casaran antes de que él se fuera»... Pero inmediatamente se arrepintió; debía ser justa: Louise era sólo una muchacha y únicamente hubiera conseguido crearse una

serie de complicaciones, en tanto que hoy le quedaría como una pena dulce el recuerdo de Sim, y no tardaría en casarse con otro. Pensó que Louise vendría a ver también, dentro de un momento, la ampliación, pero «*Sim se hallaba muerto*». Muerto: una sola palabra y, no obstante, qué resultados tan enormes... Desde que uno nace empieza a oír por dondequiera: la muerte...la muerte. Se dice la muerte, y todos, con los ojos en blanco, creen que comprenden su significación. En la actualidad, Catharine *sí sabía* lo que era la muerte. Pero su aturdimiento se renovó. La desconcertaba aceptar que Louise no tendría en lo adelante para ella *el interés que tuvo* anteriormente, y que cuando la propia Louise tuviese novio o se fuera a casar, sus consultas y su confianza *serían* para la madre de otro hombre.

Y con lo fácil que había resultado todo aquello... Catharine estaba convencida de que las cosas más grandes suceden así, de un segundo a otro, con la mayor sencillez... Aun creía mirar a Sim aquel día: «Estamos en guerra», dijo, y bajó los ojos, pero los volvió a levantar y sonreír... Sonriendo de *esa forma se fue*... Entonces vinieron las cartas: «No creo que se preocupen por mí; me molestaría; me siento sano y alegre... Ustedes saben bien que me gustaron siempre las empresas más peligrosas y las aventuras... Además, la guerra vista a distancia es muy distinta a como se ve entre sus "mismas conmociones"...» Era un tono idéntico al que empleaba cada vez que Rupert o ella parecían flaquear ante las inevitables cuestiones de la vida: «¡Eh, padre, no olvides que me siento orgulloso de tu valor!»; o con cara muy seria, pero besándola con inocultable ternura, le decía a Catharine: «¡Hum, madre, recuerda que me gustan las *mujeres fuertes*!». Por navidad escribió: «Me parece advertir que ustedes quieren saber cómo me va con la nieve. Pero ¡si nací y me crié entre ella!... Bueno, en realidad, ha sido mucha, pero no ignoran cómo me satisface. De modo que en vez de aumentar su abundancia, la he agradecido. Tocándola día y noche a campo raso me convertí un poquito en el héroe de todos los sueños que desde la infancia me despertó y no pude vivir allá, sino por momentos y como un muchacho enfadosamente "civilizado". En "Christmas eve" fue mucho mejor. Me sirvió para celebrarla. Cubría con su blancura todo el terreno, y como abundan los pinos, y esa noche estaba el cielo muy azul, y la propia noche tenía una especie de oscuridad azulada, yo mis-

mo llegué a creerme una de esas figuritas que aparecen en el paisaje de las lindas tarjetas de "Christmas". Detrás de mí, mis camaradas, a la sordina, hacían música; yo había avanzado unos pasos, tanto como me lo permitieron el reglamento y la precaución; levanté la vista y parecían recién estrenadas las estrellas, y se me antojó que eran todas las estrellas de los árboles de las "Christmas" que pasé en compañía de ustedes... ¡Oh! Los recordé, cómo los recordé... Y aunque los estuve viendo, de la misma manera me pareció ver a Louise... Y como el viento aullaba con fuerza, imaginé todavía más: que estaba oyendo los *hurras* de toda la "banda": de Bob, de Molly, de Sam, de Letty; o que oían cantar a Gail Walker, aquella muchacha de ojos verdiazules que me llamaba "Simón el pendenciero" y fue vecina nuestra y cantaba en Broadway, a quien si la encuentran por ahí, les ruego la saluden de mi parte. Y aún cuando "mother" lo dude, entonces, mirando a las estrellas, canté también, con alegría, mi canción... ¿El peligro? Bah... No me importa, ni creo tampoco mucho en el peligro. Ya volveré. Y cuando vuelva, *volviese como volviere*, ni ustedes ni yo, ¿verdad? derramaremos una sola lágrima».

Pero no volvió. Un día, ese día que no se parece a ningún otro, porque no es sino ese, vino el aviso intransformable. Desde luego, en eso no había dudas, el informe lo precisaba con claridad: «Murió como un valiente». Pero no había vuelto... No; Catharine estaba segura que cuando Rupert viera la ampliación no podría resistir e iba a suceder lo que precisamente ni su marido ni ella, sin decírselo, querían que sucediera...

Al regresar Catharine a la sala, Rupert pareció no apartar la atención del periódico que leía. Pero la observaba de reojo y no se le escapó que se sentaba lentamente como si en verdad la rindiese la fatiga.

Fue un largo timbrazo, uno sólo. Catharine, que se había llegado a incorporar, volvió a sentarse como avergonzada de su desconcierto. Rupert lanzó el periódico y echó a andar precipitadamente, como si temiera no llegar nunca; pero al fijarse en su mujer, caminó paso entre paso. El mensajero se cercioró:

—¿El señor Rupert Lowell?

Era un muchacho quizá un poco más alto y delgado que Simón. Rupert tuvo la certeza de que cuando Catharine lo viese pensaría lo propio que él había pensado: «Tiene la misma edad

de Sim». Con mano segura firmó el recibo y, ayudado por el mensajero, llevó el bulto hasta ponerlo sobre la inútil chimenea de la sala, en dirección de la puerta.

Al entrar allí, el muchacho saludó:

—Buenas noches, señora.

Los ojos de Catharine, al verlo, brillaron de modo especial, pero permaneció muda. El mensajero bajó los ojos y se devolvió por el pasillo. Rupert lo había seguido y no se limitó en la propina.

—Gracias, señor —dijo confuso el muchacho.

Lowell sonrió; aparecía perfectamente en calma, pero se olvidó de cerrar la puerta.

Cuando volvió, Catharine no se había movido aún y miraba como fascinada el bulto. Era de tamaño considerable y estaba cuidadosamente protegido por un papel castaño fuerte. Rupert, sin vacilar, empezó a romper la envoltura. Fue en ese momento cuando Catharine se aproximó. El papel estallaba como quejándose y resistiéndose. El retrato apareció; no comprendía mucho más del busto; Rupert retrocedió unos pasos. Era Sim, sin objeción el mismo Sim, un Sim vivo y alegre: el cabello casi rubio partido escrupulosamente a un lado; los ojos, de una transparencia infantil, diríase que tras de mirar a los dos, se levantaban un tanto para no perder un solo detalle de lo que ocurriese en la puerta; los labios, al sonreír, se entreabrían como si acabaran de hablar o por el contrario se impacientaran por hacerlo; se veía aún el principio de la chaqueta color de arena a grandes cuadros de un gris azulado; en la solapa rojeaba un tulipán... Catharine y Rupert, inmóviles, parecían impasibles, pero se clavaban fuertemente los dedos contraídos en la palma de la mano. Sí, era la imagen de Sim, de un auténtico Sim; la boca entreabierta quería, sin duda, comunicarles algo; pero tal vez el mejor mensaje se encontraba en ese soplo de vigilancia que sentían Rupert y Catharine bullir entre los dos, y apoyarse igual que una mano cariñosa en el hombro del uno y de la otra, y que luego de escudriñarles ansiosamente la cara, ya más tranquilo, sonreía con enternecimiento al mirarles el corazón...

Nervioso, Rupert se acercó y enderezó el cuadro un poco más. Catharine le observó con inquietud, y en su mirada apareció visiblemente el miedo, sí, un indecible miedo y gritó:

—¡Es que no lo vas a dejar tranquilo!

Rupert se volvió estupefacto, pero al mirarla no tardó en responder con agresividad:

—No sabes decir más que estupideces.

Ella estalló nuevamente:

—Es preferible a ser un completo idiota.

Las voces se alzaban y las injurias se enardecían. Alguien acabó de empujar la puerta. Era Louise. Deslumbrada al descubrir el retrato de Sim, la sacudió un estremecimiento. Y se detuvo. Estaba escuchando. Tapándose los oídos, retrocedió. Con los ojos húmedos, creía imposible que hubiesen esperado para conducirse de esa manera a que estuviese delante el propio Sim...

Tan engolfados se hallaban en la disputa que no parecieron darse cuenta de la presencia de la muchacha. Al fin, Catharine vociferó:

—¿Piensas pasar así toda la noche, imbécil?

Rupert contestó con rabia:

—Me voy a acostar... pero en el sofá... No puedo dormir junto a una infame de tu clase...

Ella recalcó con agrio desdén:

—Eso era lo que deseaba, mal hombre.

Sin embargo, al separarse en opuestos rumbos, Rupert acertó a volverse en el momento que Catharine no lo veía y en sus ojos relampagueó como una pícara ternura; quizá por coincidencia, y en otro instante semejante, a ella le pasó igual. En veinte años de matrimonio era ésta su primera disputa y la primera vez que no dormirían uno al lado del otro. Todo esto era extraño. ¿Sim, que los había unido tanto siempre, terminaba ahora por separarlos? No; hoy se sabían más unidos que nunca y Sim era el broche de esa unión. Pero mañana *sería* otra cosa... Ambos suspiraron con ese suspiro de los que acaban de pasar victoriosamente, no importa el sacrificio, por una gran prueba. Experimentaban orgullo, inmenso orgullo... Ahí *estaba* Sim, y que lo dijese él: no habían derramado ni «una sola lágrima».

JULIO VEGA BATLLE
(1899-1973)

Narrador, dramaturgo, articulista, Julio Vega Batlle nació en Santiago de los Caballeros el 6 de mayo de 1899 y falleció en Santo Domingo el 23 de abril de 1973.

Se graduó de Licenciado en Derecho en la Universidad de Santo Domingo y desempeñó varios cargos en la Judicatura, como Juez de Primera Instancia y Juez de la Suprema Corte de Justicia. Fue un diplomático activo durante muchos años, habiendo encabezado las misiones diplomáticas de nuestro país en Londres, La Habana, Río de Janeiro.

Como escritor se distinguió desde su juventud por sus obras teatrales: comedias y sainetes que fueron representados en el país y que aún permanecen inéditos, y por sus cuentos, algunos de los cuales han sido muy antologados. Poco después de su muerte fue publicada Anadel, la novela de la gastrosofía, *que sorprende por la erudición del autor en materia gastronómica.*

OBRAS PUBLICADAS:
Anadel: la novela de la gastrosofía (1976), *Los imbeles: novela poemática* (s/f).

EL TREN NO EXPRESO

Yo experimentaba la sensación de que la mañana olía a alcoba de enfermo y que estaba invadida por esa inexplicable tristeza, que no tiene causa, hecha de incertidumbres, pero sostenida por

hondos presentimientos. Era el presentimiento de que estaba cerca de algo insólito, que latía en el ambiente, que venía hecho cosa tangible. A poco me dí cuenta de que, en realidad, no se trataba de un presentimiento, sino más bien, de un sentimiento. Sí, de un sentimiento de calor y ruido.

Y comprendí que estaba cerca de una locomotora.

Hice un ligero esfuerzo de reconcentración sobre mí mismo, recapacité un tanto, y así pude reconstruir los últimos acontecimientos.

Yo había llegado de Santiago; estaba en Moca; iba para Santos, y debía hacer el viaje en «ferrocarril». Pero, mientras tanto, ¿qué hacía yo en aquel andén, solo, completamente solo?

Bastóme otro ligero esfuerzo mental: yo esperaba que llegara la hora de partida. Sí, así era. Y comprendí que había llegado demasiado temprano.

Cuando regresé de la anterior reconcentración, me dí con que frente a mí estaba la locomotora, y a mi lado, de pie y silenciosas, me miraban varias personas desconocidas. Comprendí que eran viajeros, igual que yo, y me llevó a tal acierto el hecho, comprobado a priori, de que todos llevaban maletas.

No había errado en mis cálculos; los ví subir al carro de pasajeros. A poco subí yo, el último, como debía corresponder a mi humildad. Nos sentamos.

Desde la ventanilla, me puse a mirar a la mañana. En efecto, tenía el aspecto de cuarto de enfermo. Hasta podría decirse que olía a desinfectante, a ese desinfectante que echan a los cuartos de los enfermos y que flota en el aire como si fuera un cartelón: —«¡Peligro de contagio!»— y que el enfermo finge no sentir pero que sabe que le ha de matar.

Así, abstraído, iba a continuar tan mayúsculas filosofías, cuando un afilado estilete perforó mi cabeza, de oído a oído: era el silbato del tren que mataba mis ideas para indicarme que había llegado la hora de no esperar más. Entonces se oyó una voz que dijo: —¡Los pasajeros, que hagan el favor de subir!

Nadie se movió en el andén. Hacía, acaso, milenios que ya todos habíamos hecho el favor de subir.

Yo continuaba asomado al ventanillo, mirando a la mañana, que ahora se había vestido con el humo blanco del silbato. Talvés hubo algún empeño de parte del humo para entrar en mis

ojos, porque tengo la convicción de que dejé de mirar a la mañana. Inspeccioné el carro. Era grande, como para treinta pasajeros, pero sólo íbamos seis: un matrimonio joven, con una niña de brazos, que siempre chupaba objetos; un oficial de policía; una señora carente de detalles y yo.

El convoy se componía de la locomotora, negra, pequeña, aguda y femenina, como llena de precoz desaliento del que se sabe inútil. Su aspecto era enfermizo; daba la impresión de que sufría un gravísimo complejo de inferioridad: entonces comprendí que ella, y sólo ella, pudo trasmitir a la mañana ese ambiente de pesadumbre que llevaba dentro. Después, diez y ocho vagones para la carga, gruzos, hondos, largos, pero vacíos, y, por último, el carro de pasajeros, con sus sillones pareados, adulterados por el tiempo y su riente water-closed, como de tienda de juguetería.

Hacía muchos, muchos años que rendía servicio. Tantos, que podía echarse el lujo de hacer juegos de palabras, y decir, por ejemplo, «décadas», en lugar de «años». Su nombre oficial era «Ferrocarril de Santana a Santiago». Sin embargo, era notorio que nunca pudo salir de Santana ni llegar a Santiago. Su servicio se limitaba a ir y venir de Moca a Santos, dos estaciones intermedias entre Santana y Santiago, distante setenticuatro millas. En ese pequeño trayecto había diez y nueve diminutas estaciones, y en cada una de ellas el tren debía hacer una parada. Una parada, solamente; vale decir: detenerse pitar, esperar... pitar, esperar, esperar de nuevo el transcurso del tiempo: ese tiempo que siempre está atrasado, con ese fuerte empeño de atrasarse que tiene el tiempo en todas las estaciones de ferrocarril; luego pitar, seguir adelante, un poco, apenas un poco, pero siempre adelante, hasta llegar a la próxima estación, a la próxima solamente, nunca a la última, porque nunca arribaba a la última...

Algo me indicó que el tren se estaba poniendo en marcha. Sí: un leve resoplido salió de lo hondo de la locomotora; un pitido largo, como de viejo detective; más tarde, una campanada; después, el chirriar de todo el convoy. Observé que avanzaba diez metros; luego desanduvo quince; otros diez de avance; treinta de retroceso y, por fin, la marcha definitiva hacia Santos, la meta del viaje.

Los primeros pasos fueron leves, tranquilos, acordes. Después, poco a poco, el carro fue tomando un movimiento ondula-

torio y desarticulado, de arriba hacia abajo; a los cinco minutos de marcha, ya aquel raro movimiento había alcanzado las proporciones de un trote fuerte como de mula embravecida. Y se detuvo en seco.

Todos los pasajeros caímos al suelo. Todos... ¡ay!... menos el oficial de policía. Se había atado fuertemente al pasamanos del sillón. ¡Hombre precavido aquel! Habrá ascendido en los grados de su cuerpo de seguridad pública?...

Nos levantamos, ilesos, aunque llenos de profunda vergüenza. Puedo asegurar que la señora sin detalles recibió una pequeña herida en el parietal izquierdo; yo ví su sangre, que ella disimuló rápidamente. El esposo, que fue el primero en reponerse, quiso reir, pero sólo un vago gemido salió de su boca: un pequeño gemido, casi microscópico. ¡Pobrecillo! No sabía él las terribles pruebas que el destino le reservaba...

Me avergüenza contar cuál fue mi actitud; pero debo hacerlo. Tan pronto comprendí que estaba de bruces en el suelo, calculé lo incorrecto de mi posición, y tomé prisa en levantarme. Un abundantísimo rubor debía cubrir mi rostro. Quise sonreir, y cuando comprendí que me era imposible, me puse a mirar hacia afuera, por el ventanillo. Horror! Allí estaba la mañana, fija en mí, con la bravura del enfermo que se siente perturbado en su anhelada y nunca satisfecha soledad; y sus olores, que se me fueron cuerpo adentro, hasta agarrotarme la garganta. Escupí, a través de la ventana. Parece que el choque había hecho caer el cristal del ventanillo, porque ví aquella pequeña y decente secreción de mis glándulas salivales rodar, lentamente, cristal abajo, hasta perderse en el doble tabique del vagón. Ninguna importancia hubiera tenido aquel fracaso, a no ser que porque oí cinco sonrisas a mi alrededor... Cinco sonrisas que patinaban por toda mi epidermis. Entonces comprendí que mi alma lloraba, avergonzada.

Habíamos llegado a la primera estación. Bajé. Contemplé de nuevo a la mañana, que ya aparecía más adulta, y fuí a sentarme en un banco del solitario andencillo, junto a un señor que parecía dormir. Al sentirme, como que quiso despertar. Por fin abrió los ojos y musitó:

—¿Pasajero?

—Sí. ¿Y usted?

—Soy el conductor-maquinista.

Le miré, arrobado. Era flaco y pequeñito. Tenía un copioso bigote de mandarín. En la punta de cada pelo bailaba, arremolinada, la gota de carbón escapada de la túnida de humo de la chimenea. Y sentí por él un gran cariño, una respetuosa admiración. Conversamos. Luego nos dijimos cosas íntimas.

—Soy padre de familia y tengo cincuenta años. Toda mi vida fuí maestro de escuela. Hace algunos meses clausuraron el plantel, por falta de alumnos. La miseria amenazaba a mi familia, y decidí aceptar este puesto de maquinista.

—Pero... ¿tenía usted prácticas anteriores?

—No. En dos días aprendí, y... ya ve usted: no vamos tan mal.

Saqué el reloj y le advertí la marcha del tiempo. Mas él, apoyándose de nuevo en el respaldo del banco, pleno de un viejo y profundo cansancio, me dijo:

—¿Qué importa una hora más o menos? Nadie lleva prisa.

Después de una pausa, agregó, casi a mi oído:

—Me es usted simpático y voy a hacerle una confidencia. Es un secreto del oficio, pero sé que sabrá guardarlo. Oiga: las estadísticas de la empresa demuestran que la resistencia física y moral del maquinista apenas alcanza para un año de servicio. Si es cierto que hubo uno que estableció un record de once meses, también es cierto que otro apenas duro ochenta días, al cabo de los cuales tuvo que ser recluído en una casa de salud, acosado por una fuerte y persistente manía persecutoria. Y no es para menos, señor. ¿Ve usted esta casi imperceptible torcedura que llevo en el cuello? Es algo terrible que me arrastrará a la tumba. Su causa obedece a que, mientras el tren marcha, necesito imprimirle a mi cabeza un movimiento semigiratorio, de modo que pueda ir mirando la vía, por delante, para evitar choques con las vacas y otros animales que siempre la obstruyen, y al mismo tiempo ir viendo hacia atrás, para llevar la certeza de que el último carro, el de pasajeros, sigue unido al convoy.

—Pero... ¿suele desprenderse? —inquirí, atónito.

—Con más frecuencia de la que usted puede imaginar. Hubo un maquinista que se vino a percatar de ello al llegar a Santos, después de diez y siete horas de viaje.

Hoy, mi mente es incapaz de reconstruir la magnitud de mi asombro.

El viaje se reanudó. Esta vez me dí cuenta de que llevábamos mayor velocidad y más acopio de ruidos inéditos. Un pitido violento, seguido de otra brusca parada, y, como es lógico, todos vinimos al suelo. Media hora de inútil espera... y vuelta a la consabida escena, ahora con una ligera variante: cuando, al incorporarnos por tercera vez levanté la cabeza, ví como la señora sin detalles, que ahora parecía un monumento, de piés ya, los brazos al cielo, los ojos desorbitados, levantarse las ropas hasta más arriba del vientre, rugir como una fiera acosada, dar un salto trascendental, y lanzarse por la ventanilla. Había perdido la razón.

Luego, según puede hoy colegir mi vacilante memoria, el tren siguió haciendo breves recorridos interrumpidos por largas paradas. En una de ellas, la más larga, bajé de nuevo al andén. Ya la mañana no estaba allí. Se había quedado atrás. Debí presumir que caminábamos a gran velocidad. Tal vez... en cambio, había llegado la tarde, sana de cuerpo, como una rapaza de la montaña, llenos los vellos de sus piernas con los cadillos y las zarzas de las estrellas y de las nebulosas que eran como un presagio de la noche que venía para poner a la tarde bajo el embozo de la sombra. La noche, sí, con los botones de las estrellas en los ojales de las nebulosas...

Al cabo de centurias de minutos, me lancé a preguntar a mi amigo la causa de espera tan larga. Le encontré bajo un árbol, en el límite del bosque. Lloraba. Pregúntele la causa de su pena:

—Señor, díjome, se ha agotado el carbón. El tren no puede caminar.

Vinieron lágrimas a mis ojos. Las columbraba, entre los hilos de mis pestañas, saltar, como pequeñas olas de un mar disperso. Cuando pude hablar le dije:

—¿Y no es posible idearse algo para que camine?

—¡Sólo un milagro... amigo mío!

—Si lo empujáramos... no cree usted... —me aventuré a insinuar.

—Imposible. Pesa demasiado.

Entonces fue cuando sentí, en la oscuridad de mi cerebro, como que encendían el fósforo del genio, que sólo una vez es genio, y grité:

—¿Y si desarmamos uno de los furgones de carga y lo utilizamos como combustible?

Sentí el garfio del nervio que no tiene control en el entusiasmo súbito: eran las manos de mi amigo el maquinista que estrechaban las manos de su amigo el viajero. ¡Pobre alma buena!

Le ví correr hacia la víctima... hacia la víctima, que era el carro número catorce.

El tren caminó. Ya habían traído el paraguas de negro terciopelo de la noche. Eran las nueve.

Entonces puede observar un cintillo negro en el brazo izquierdo del joven esposo. Era, por ventura, un jirón de la noche? A mi pregunta respondió:

—Es por la niña. La enterramos en la estación anterior.

Fue en ese mismo momento cuando observé, lleno de pavor, que el carro se deslizaba como en el aire; que luego le entraba un extraño melindre afectado, cual si le hubieran dado un pinchazo: eran las espuelas de la muerte que se clavaban en los ijares del convoy...

Me percaté que íbamos en vilo, por los elementos. Percibí un cambio radicalísimo en los ruidos. Luego un silencio atroz, que duró un instante. En mi cabeza entró el vacío... y perdí el conocimiento.

Cuando volví a la razón, estaba en Santos, la dulce y bella pequeña villa, en la honda axila de la bahía...

Allí lo supe todo. Yo era el único superviviente. El tren había llegado a Santos sin locomotora ni maquinista. La empresa explicó el hecho diciendo que ambos se fueron por un puente, desapareciendo en el fango, y que el resto del convoy, con el impulso y desnivel, siguió corriendo hasta llegar a Santos. El pueblo, sin embargo tuvo distintas maneras de interpretar aquello...

Mas yo creo, francamente, que la máquina abandonó el carril y se fue por la jungla, desesperada, llena de remordimientos, plana de pensamientos suicidas, por la antropofagia cometida con el vagón de carga, que engulló en su vientre de llamas. Talvez podría vérsela, corriendo, desaforada y sin rumbo, por bosques y montañas, en noches óquedas y tempestuosas, como un terrible fantasma de hierro y fuego, violador de mañanas enfermizas.

DELIA WEBER
(1900-1982)

Poetisa, narradora, pintora. Nació el 23 de octubre de 1900 y murió el 28 de diciembre de 1982. Tuvo una participación muy activa en la vida cultural del país. Perteneció a la directiva de la Acción Feminista Dominicana, siendo una pionera en la lucha por los derechos de la mujer. Cultivó el poema en prosa y el poema dramático. Su obra, en la que se advierten influencias de Tagore y Maeterlinck, abarca también la narrativa. Dejó un libro de cuentos en el que hallamos un conjunto de personajes femeninos que, inconformes con su situación vital, desearían escapar de los constreñimientos que les impone su medio. Sus cuentos, lejos del realismo que prevalece en nuestras letras, incursionan en mundos imaginarios o en los conflictos psicológicos del ser humano.

OBRAS PUBLICADAS:

Ascuas vivas (1939), *Encuentro* (1939), *Los viajeros* (1944), *Apuntes* (1949), *Los bellos designios* (1949), *Lo eterno* (1949), *Dora y otros cuentos* (1952), *Espigas al sol* (1959), *Estancia* (1972), *La India: Renacimiento en Bengala. Personalidad de Rabindranath Tagore* (1985), *Pensamiento inédito* (1987).

DORA Y OTROS CUENTOS

DORA

Con la rubia cabeza entre las manos, sin moverse, como una estampa, había pasado Dora la noche. Entraba el sol, y el olor de

la mañana y la vida nueva se difundían, inútiles, en su estancia, como mensajes de reconciliación. Temerosos tal vez, no se atrevían a llamarla.

Libia —su madre— pasaba las horas levantando las ramas caídas de los árboles plantados a la puerta; y espiaba, secretamente, la quietud de su hija, que seguía despertando las imágenes de sus ideas.

El sol envolvía ya todo el cuarto. Dora se levantó.

— ...No comprendo, madre, no comprendo. El amor que siento es extraño: me abraza como ondas, juega, ríe, se burla desaparece... Cuando estoy con Lúcilo, mi amor se torna en diamante de múltiples facetas: ¡brillar, apagarse, morir al gesto de sus intenciones!... Mi vida es como barquilla abandonada en alto océano. Pero no ha de luchar así mucho tiempo el amor. Ya el encanto de la aparición se desmaya en su vida; cuando más rica es la mía. Yo, que sé nacer de mis encantos nuevos y dedico mi vida a descubrirlos, y me pierdo tejiendo una guirnalda de cuidados en torno de mi nuevo nacimiento, he de ser eterna como el sol, como la lluvia, que juegan a esconderse y surgen más radiantes.

Libia seguía sus palabras, atenta. Ella continuaba:

—Mi presencia ante Lúcilo me roba su amor y mis encantos le son ya demasiado naturales. ¿Te sorprende? ¿Por qué inclinas la cabeza?...

Y volviéndose, silenciosa, se alejó por las habitaciones de Lúcilo.

II

Dora, hija única, como regalo precioso que va a ofrecerse perfeccionaba sus gracias naturales en la actitud de quien sorprende y adivina; y su dulzura y fragancia eran de jardines.

El alma exquisita de las cosas se había enamorado del alma de Dora, y en la soledad hacía temblar las alas vírgenes de su imaginación. Y sentía el amoroso rumor del viento; y sus labios, en la espera, se abrían como rosas. Imaginaba que alguien la hacía diosa, o recibía mensajes de una vida extraña. Debía acudir a la soledad, cerca de la fuente. Y apresuraba sus afanes para estar allí, sentada en el banquillo árabe enredado de campánulas, espiando la fuga luminosa del día, agitado su corazón al aproximarse la hora maravillosa de la luna.

Se iba creando la sorpresa. Los ojos de Dora se tornaban vagos y su imagen divina: quería ser madre de su vida y que su vida fuera un poema, que no acabara...

III

La noche profunda parecía detenida. Las estrellas llenaban la inmensidad como polvo de oro derramado sobre una princesa de pié en el linde de la tierra, como polvo de oro que por no tocarla se hubiera suspendido en torno suyo a manera de infinita mirada luminosa...

El jardín movía resplandores extraños entre las sombras inquietas, y las flores daban todo su perfume.

Dora, en esta espléndida noche, parecía acariciar, largamente, la locura de su vida en lo oscuro del silencio, mientras su madre leía absorta en un rincón de la estancia. A poco, levantó los ojos llenos de luz, y arrancando la deslumbrante certidumbre del fondo de su intenso pensamiento, miró a su madre, sorprendida; y la miraba como si no la hubiese visto nunca... Tal vez quería llenarle el seno de ternuras como un alma que se da en un reguero de estrellas!...

Pero su pensamiento se quedó suspendido. La noche se volvía densamente perfumada, llena de misteriosos cantos de lejanía...

Dora empezó a temblar: creía sentir la forma de la media noche acercarse de puntillas, levantar el velo que esconde el rostro e inclinarse vigilante, sobre el sueño unánime del alma. ¿Robaría la noche el secreto de Dora, con sus ojos que desnudan el pensamiento?

Libia había salido en silencio, y la estancia vacía se extendía sola... Eran las dos. La belleza de la noche dilataba el corazón de Dora, la hacía sentirse pequeña y fugaz. De repente, empezó a sollozar...

IV

—¿Por qué lloras de esta manera? Vendrá Lúcilo y no habrá explicación. Como si sucediera algo irremediable, tu llanto no cesa. ¿Requieres alguna cosa que no pueda crearse?

Y así diciendo Libia, sus palabras eran un canto que arrulla.

V

Pasó algún tiempo. El secreto de Dora se agigantaba cada vez, inquietando sus horas de sueño y de paz, volviendo su vida frágil y pálida, dejando en su corazón una larga melancolía. Su aspecto lánguido, como la visión de un sueño que se torna vago, renacía en el encanto misterioso de las horas calladas, de los gestos involuntarios que animan un estado sobrenatural.

VI

Una noche de estrellas y voces lejanas, Dora pensó angustiosamente en descubrir a Lúcilo su corazón, estremecido como una paloma pequeña que ensaya a volar... Y sus mejillas se tiñeron, ligeramente, de rosas. Aquella noche extraña de lúgubre silencio tembloroso debía suceder un acontecimiento decisivo. Las lámparas languidecían porque el viento ligero jugaba con sus llamas, y el corazón de Dora palpitaba por una felicidad que reía unas veces en radiante horizonte y otras lloraba entre brumas exquisitas, suaves, de un infinito gris...

Se sintió ruido de pasos en el jardín... Dora palideció como un lirio bañado de sol:

—¡Lúcilo!...

¿Qué puerta abriría primeramente su corazón para que el secreto naciera en la hora feliz y propicia?

(El secreto, en el fondo de su alma, esperaba la hora de nacer... Esperaba la hora en que enciende sus lámparas y va a mostrar la maravilla que no puede regocijar sólo a sus ojos...)

VII

Después de besarla, Lúcilo se sentó a su lado y empezó a hablar de esta suerte:

—¿Has visto la delicada orla blanca del traje de María? ¡Qué esbelta aparece y encantada, Dora! Me figuro que es como tu hermana a quien yo besara en tu presencia. I como eres tú extraordinaria, me parecería encontrarte abrazándola. ¡Oh, Dora! No sé

qué fascinadora orden sigue mi alma cuando tengo las manos llenas de flores que he cortado para traerte y me encuentro con María. Las riego a sus pies y le digo: Dora te las ha enviado...

Los ojos de Lúcilo seguían vagos.

La noche arcana estremecía la tierra bajo los pies de Dora, y el seno del vacío espacio recibía la palabra que tiembla y se apaga sin nacer...

Dora se acercó como si su cuerpo fuera todo una vaga sonrisa, y, abrazando a Lúcilo, dijo:

—¡Qué bien te sé amar esta noche! Es mi alma que se desliza en torno tuyo... He visto cómo me adoras y te estoy agradecida... Desde hoy cortaré siempre las flores que llevas a María... ¡Lúcilo, qué noche más espléndida esta noche!

Y acercándose más, exhalaba un perfume extraño. La habitación palpitaba de temores... Se había decidido algo.

Ella siguió como desvariando:

—El mar en la oscuridad... ¡Ah!... Enciende una luz Lúcilo. ¿Por qué tan oscuro? Ven a la ventana: aquí las estrellas fulguran y el mar canta a lo lejos entre luces...

¿Estás triste esta noche? ¡Por qué te veo pálido?

Lúcilo llegó a sorprenderse del extraño aspecto de Dora y la miró a los ojos largamente; pero a su alma le aconteció lo que a un lago después de la lluvia...

—Siéntate en mis rodillas, dijo él. Eres intensa y radiante como la blanca *Flor de Noche*, y delicada como sus pétalos ebrios del propio perfume. Así es también la *Flor de Loto* que maravilla a los orientales. Háblame de tí como de esas flores, Dora... (Entras en mi alma con la expresión clara...) pero permaneces callada, como las mismas flores, irradiando los matices de tu blanca vida ¿Adónde vas?

Dora contestó, volviéndose serena:

—Voy a buscarte las flores que te he prometido...

VIII

—Y se fue al jardín en busca de flores.

IX

En vano el sol apareció de nuevo cada mañana y vanamente Lúcilo esperaba el regreso de Dora...

Pasó un año. Otra noche, semejante a aquella noche de cantos y de estrellas, Lúcilo pensó temerosamente en Dora, y como impulsado por una fuerza extraña, siguió nueva vez sus últimas huellas.

Absorto iba en el recuerdo. Y llegó al jardín con paso ligero, como si le llamara una voz del fondo tembloroso de la oscuridad; y sus ojos no se atrevían a mirar abiertamente.

Las flores empezaron a moverse; y una lluvia de pétalos caía, perfumando el sendero que apareció blanco, tal una ráfaga luminosa separadora de las sombras... La noche había prestado a las flores una corola eterna que eternamente se deshojara... Lúcilo pisó en su asombrado azoramiento, aquellos pétalos que le llenaron de caricias mientras su corazón golpeaba por salirse del pecho.

El sendero le condujo al mar.

¡Oh maravilla!... Era casi media noche cuando llegó a las riberas del mar. Las olas jugaban con la luz, y sus rumores despertaban formas y alucinaciones a manera de extraño sueño.

Un viento frío se esparció helando la sangre de Lúcilo: las estrellas brillaron centelleantes y un ruido confuso nació sordamente entre las olas que expiraron... Lúcilo, que se había sentado en unas rocas se levantó al punto lleno de asombro: creyó percibir una forma blanca que se separaba del mar de igual modo que una nube hubiese descendido o se hubiera formado de espumas.

La forma blanca se acercaba más y más, con la actitud de quien hace un ofrecimiento o dice una bendición.

La noche se abría serena. I en la milagrosa hora en que el sol alcanza el meridiano del lado opuesto de la tierra, se levantaron las olas rodeando aquella forma extraña que, con los brazos tendidos y una sonrisa suplicante, ascendía al seno infinito e infinitamente estrellado...

Lúcilo lanzó un grito:

—¡Dora!...

En el instante mismo las olas crecieron hacia la forma que ascendía y en un canto se precipitaron sobre las rocas.

El canto se apagó.

El cuerpo de Lúcilo recibió una lluvia de flores.

—¡Dora!... repitió su voz entre flores. I nuevamente el mar floreció.

—¡Dora!..., una tercera vez. Y las olas crecientes sepultaron su cuerpo con una lluvia infinita de flores.

No hubo más.

El silencio eterno siguió al milagro. Y tal vez todos los años, en aquella hora, el mar florecía silenciosamente...

X

El hombre es el vértigo de lo desconocido. La rosa que alcanza tu mano es tu rosa: pero el deseo tuyo está en aquella que levantando el brazo no alcanzas.

MANUEL ARTURO PEÑA BATLLE
(1902-1954)

Historiador, ensayista, abogado, catedrático, político, periodista, diplomático. Nació en Santo Domingo el 26 de febrero de 1902 y murió en la misma ciudad el 15 de abril de 1954. Se graduó de Licenciado en Derecho en la Universidad de Santo Domingo donde ejerció la cátedra de Derecho Internacional Público. En su juventud fue un ardiente nacionalista que enfrentó con su pluma la ocupación militar norteamericana y a fines de los años veinte presidió la Comisión Delimitadora de nuestra frontera con Haití.

Después de muchos años de ejercicio profesional independiente, en los que se había mantenido reticente a trabajar para el dictador Trujillo, pasó a colaborar con éste, llegando a ser no sólo uno de sus más eficientes funcionarios, sino también su más importante teórico durante algunos años. Fue ministro de las carteras de lo Interior y Policía, Trabajo, y Relaciones Exteriores, así como Embajador en Haití y Legislador. Perteneció a la Academia Dominicana de la Historia, el Instituto de Cultura Hispánica, y muchas otras organizaciones históricas y culturales, siendo condecorado en múltiples oportunidades.

Como intelectual se distinguió por el rigor de sus investigaciones históricas, la profundidad y riqueza de su pensamiento humanístico —que mostró en ensayos y artículos—, la corrección de su prosa y la brillantez como polemista, tanto en el periodismo de combate como en el ensayo. Fue un decidido hispanista, defensor de las tradiciones católicas, y un enérgico antihaitianista.

OBRAS PUBLICADAS:

Por las piedras ilustres (1925), *Historia de la deuda pública dominicana* (1926 y 1954), *Antecedentes históricos y sociológicos de la Anexión a España* (1929), *El descubrimiento de América y sus vinculaciones con la política internacional de la época* (1931), *Enriquillo o el germen de la teoría moderna del Derecho de Gentes* (1937), *Las devastaciones de 1606 y 1608* (1938), *Transformaciones del pensamiento político* (1942), *Contribución a una campaña* (1942), *El sentido de una política* (1943), *Historia de la cuestión fronteriza domínico-haitiana* (1946), *La rebelión del Bahoruco* (1948 y 1970), *La patria nueva* (1948), *La Isla de La Tortuga* (1951), *El Tratado de Basilea y la desnacionalización del Santo Domingo español* (1952), *Orígenes del Estado haitiano* (1954), *Obras escogidas* (tomo I, 1968), *Ensayos históricos* (Obras I, 1989), *Manuel Arturo Peña Batlle previo a la dictadura* (Obras II, 1991).

ENSAYOS HISTÓRICOS

POR LAS PIEDRAS ILUSTRES
I

Ayer cayeron al golpe formidable de la piqueta inconsciente e ignara, las piedras legendarias y simbólicas de San Nicolás: una mano infame, un cerebro microscópico, rubricaron la caída injustificada de aquellas columnas y frisos insustituibles...

La acción vituperable de entonces, no tuvo sanción sino en la popular e instintiva recriminación anónima; el sacrilegio se consumó y la afrenta, una vez más, empañó el brillo de nuestro pasado esplendoroso.

Hoy, las piedras que escucharon la prédica evangélica del Apóstol, las piedras que conservan en sus entrañas el estremecimiento con que nueve hombres dominicanos, aún en medio de la abyección de entonces, pusieron su firma al pie de un juramento formidable, han caído también al golpe calibanesco de necesidades sin fe en la virtualidad de las piedras ilustres, y sin respeto a la memoria de momentos y de hombres ilustres.

Han caído aquellos monumentos de estupenda y férrea resistencia ejemplificadora, sin que una voz siquiera denunciara a la

pública consideración, el crimen y la vergüenza de su caída; se han abatido aquellos gloriosos recuerdos de un pasado que siempre FUE MEJOR, sin que un solo grito de indignación y de protesta haya salvado el concepto de las generaciones que en estos tiempos se manchan y se escarnecen, oscureciendo el prestigio y el valor de hombres y tiempos ya idos...

Los pueblos tienen un pasado que respetar, cuando se han forjado en el yunque del heroísmo y del sacrificio. No hay verdadera grandeza nacional sin un abolengo ilustre, no hay orgullo de hombres libres, sin una limpia estirpe de gestas famosas, no hay, no puede haber, apego a una tierra que no haya engendrado en sus entrañas si libres, pródigas, el envidiable venero de un pasado heroico. Por eso, los pueblos libres sobre la faz de la tierra, quieren y aman y veneran los monumentos que son testigos mudos y eternos de su pasado glorioso y enseñanza inimitable con que tiempos y hombres pasados alertan y estimulan de continuo hombres y tiempos venideros. Dichosos los pueblos que pueden vincular la enseñanza abstracta y subjetiva de una historia honrosa en la objetiva y material expresión de ruinas y monumentos.

Ninguna generación dominicana tiene derecho para destruir ruinas y recordaciones de otros tiempos, si son vínculo material de algún hecho glorioso; ningún gobierno dominicano, puede permanecer indiferente ante la caída inconsciente y estúpida de la tradición material del pueblo que gobierna; hay hechos de omisión que crean responsabilidades tan activas como si fueran hechos de comisión.

El espíritu excelso de Duarte, maestro magno de amor y sacrificio, habrá de revolverse airado, abandonando el descanso luminoso en que se halla, para apostrofar el hecho vergonzoso y la caída infame. Y habrá de decir: mueren el templo heroico y la discreción de mi pueblo; no hay resistencia moral ni grandeza de acción en donde no hay respeto ni comedimiento, ni estímulo, ni emulación; el pueblo que en el preciso instante en que da la espalda al sacrificio espartano, escarnece sus pasadas ejecutorias; el pueblo que destruye la enseñanzas que le da el pasado, cuando lo está ahogando un presente de oprobio, es un pueblo que lo ha perdido todo, es preciso desesperar!

II

En la dirección de los destinos públicos han de tener tanta preponderancia los asuntos de orden espiritual y altruista, como los de orden práctico o de índole económica. Las medidas que tome un gobierno en interés de conservar y aumentar la tradición gloriosa de un pueblo, prestigian y dignifican tanto a ese gobierno como aquellas medidas que oriente en el sentido de mejorar materialmente y de presente, las condiciones de vida de aquel pueblo. Tanto vale la grandeza moral de un pueblo como su grandeza y su adelanto material.

Por eso creemos que la indiferencia con que el gobierno ha visto destruir la casa en que se reunían y deliberaban los trinitarios, la casa gloriosa, en que se fundó la República, constituye un acto vituperable de omisión que crea responsabilidades y deslustra la consideración y el concepto con que nuestro gobierno mira esos inmortales y edificantes recuerdos históricos.

Una vez el hecho consumado, sin que la acción oficial se haya manifestado en actitud reprobatoria de semejante monstruosidad, es preciso que la iniciativa particular y la advertencia oportuna de quienes tienen mejor en estima nuestro patrimonio espiritual que la expresión de un progreso material y enervante, se imponga y aún contrariando el derecho que puedan invocar propietarios inconscientes y ajenos a toda manifestación del espíritu, determinen las consecuencias de hechos de tal naturaleza.

La casa en que se fundó «La Trinitaria», la casa en que nació Duarte, la casa en que nació Sánchez, no son la propiedad particular de determinada persona, sino la colectiva e imprescriptible propiedad espiritual del pueblo dominicano, del presente y del futuro, de hoy y de mañana, que no pueden ser destruidas sin que se injurie y se menosprecie y se postergue el alto sentimiento y la devoción insigne con que toda generación dominicana debe considerar la memoria gloriosa de generaciones pasadas, y el conocimiento y la discreción con que deben verse las generaciones futuras, cuyas ejecutorias y actividades deberán sobrepasar y emular el acopio de grandezas y la expresión de altura moral que le ofrezcan hombres y entidades del presente.

La casita típica y sugerente que acaba de ser destruida por la ignorancia y la inconsciencia de un dueño sin apego y sin amor

a las cosas del pasado, y en la que Duarte muchas veces alentó y estimuló su ideal separatista, fue así, sencilla y pobre y anacrónica la casa en que nació la República, fue la cuna en que se meció nuestra libertad, lo único que quedaba, capaz de hablarnos con lengua universal e imperecedera de las grandes cosas, de aquellos días aciagos y gloriosos en que el verbo que inspiró y guió una conspiración excelsa no pudo ser aniquilado por la maldad y la infamia de una dictadura insólita, simiesca, macabra...

Destruir esa casa, echar a rodar aquellas piedras, levantar en aquel sitio, una construcción moderna, inexpresiva, incolora, insignificante, es lo mismo que derribar y echar a rodar la inspiración magnífica y la decisión con que aquellos hombres afrontaron la empresa temeraria de separarnos de Haití, para siempre, para nosotros y para los que sigan con nosotros; respetar los recuerdos de aquel momento, venerar la memoria de aquellos hombres, es lo único que podemos ofrecer en descargo de no tener la satisfacción dulcísima de haber sido compañeros de aquellos hombres y actores en aquel momento.

Las casas en que nacieron Washington y Bolívar son conservadas y veneradas como reliquias históricas, de inapreciable valor, sus pueblos han erigido a aquellos hombres monumentos cuantiosos, su memoria es querida y respetada como cosas inestimables; nosotros, no sólo no erigimos monumentos a nuestros libertadores, no sólo no perpetuamos su memoria, sino que destruimos y abatimos lo único que las circunstancias nos han deparado para conservar honestamente el recuerdo de nuestros hombres y hechos gloriosos.

Duarte y Sánchez son dueños de un ideal tan alto como el que alentaron Bolívar y Washington; la grandeza del ideal la encarna el ideal mismo y no el ambiente en que se genera; tan dignos de estimación y respeto son nuestros prohombres como aquellos, la circunstancia de que la providencia les depara a los unos un ambiente pobre y un escenario reducido no ha de oscurecer el mérito y el valimiento intrínsecos de una concepción grandiosa, noble y esforzada; obreros incansables, devotos esforzadísimos de la causa de la libertad, lo mismo da que consumieran sus energías en bien de la liberación de un pueblo pequeño y oscurecido, cuando ese fuera su pueblo, que en favor de un pueblo o un pueblo grande.

La tradición, la historia, los hechos famosos de un pueblo, sus arraigos en el heroismo, todo el acervo de su pasado, es lo que hace estimable y respetable; cuando comienza él mismo por escarnecer y denigrar aquello, es preciso convenir en que ha comenzado el proceso de su desintegración. Una nación, dice Renán, «es una alma, un principio espiritual. Un pasado heroico, grandes honores y gloria son las bases sobre que se asienta una nación. Hacer grandes cosas juntos, y querer hacer otras aún; eso es ser un pueblo».

«Haber sufrido, osado, esperado juntos, vale algo más que las aduanas para indicar una nación. Sobre todo haber sufrido. Los dolores valen más que los triunfos, porque los duelos imponen deberes y los deberes obligan al esfuerzo común».

Amar, respetar, considerar las cosas del pasado, las cosas grandes que nos han precedido, y que se han cumplido en bien de nosotros y para bien de quienes nos sigan en el curso de las generaciones humanas, es propio de grandes pueblos; hacer amar y hacer respetar y considerar las cosas del pasado, promover su conservación, asegurar la no profanación de esas cosas, hacer de ellas permanentes lecciones de civismo, todo eso es propio de grandes gobiernos.

Denigrar un pasado ilustre, es denigrar y profanar y oscurecer nuestra propia razón de ser como nación, denigrar y profanar y oscurecer la esencia misma de la nación que nos cubre y nos protege; la patria ES UN ALMA; UN PRINCIPIO ESPIRITUAL, UN PASADO HEROICO. Nada hacemos con ser ricos, con vivir en medio del progreso material y del bienestar infecundo y pasajero, nada hacemos con tener aduanas productivas, carreteras numerosas y calles adoquinadas, si no tenemos historia, si no hay génesis heroicas y razón fecunda en nuestro desenvolvimiento material. No puede haber verdadera grandeza material en donde no hay grandeza moral, los pueblos como los hombres, cuando no viven del espíritu y para el espíritu, mueren para siempre. Fenicia y Cartago desaparecieron sin dejar rastro ninguno. Grecia y Roma son inmortales.

Defender y proteger nuestra historia, amarla y respetarla, es lo mismo que defender y proteger la nación, es lo mismo que amar y respetar la patria.

El pasado y el futuro están pendientes de nosotros, los huesos sacrosantos de cien varones ilustres, descansan sobre nuestra

discreción y cordura, el voto magnánimo o la recriminación aterradora de cien generaciones venideras están pendientes de nuestros hechos.

Seamos cuerdos y discretos, amemos el pasado y respetemos el porvenir, vivamos para el espíritu, y no permitamos que el carro grosero de un progreso sin consecuencia mate la simiente de una historia honrosa y de una tradición respetable. Comprendamos que nuestra misión, al vivir una patria que no creamos es transitoria y se reduce a engrandecer y aumentar lo que recibimos del pasado. No incurramos en el error de destruir lo que sólo nos es dado conservar, amar y respetar.

Conservemos la tradición, engrandezcamos la historia.

LIBERTAD Y OPRESION EN LA ISLA DE SANTO DOMINGO*

Al ser inaugurado el pabellón de los Estados Unidos en la Feria de Port-au-Prince el 12 [febrero 1950] de los corrientes, pronunció un discurso el Honorable Edward G. Miller, Secretario de Estado Auxiliar de su país, hoy huésped prominente del gobierno y pueblo dominicano. El texto de ese discurso ha sido publicado por la prensa de esta capital y, desde luego, dada la influyente posición del señor Miller, está siendo motivo de interesada atención y de numerosos comentarios.

Es difícil hablar sobre Haití sin tocar de cerca la sensibilidad de los dominicanos, sobre todo si, como lo ha hecho el distinguido funcionario norteamericano, se destina el discurso a interpretar en tono subjetivo la historia de aquel país y la actividad pública de algunos de sus prohombres más conocidos y más discutidos. Por ser profundamente sincero el pueblo dominicano es profundamente sensible también. No le escuecen, desde luego, el elogio y la exaltación de las virtudes ajenas, porque consciente de sus méritos y orgulloso de su historia ha aprendido a amar y respetar los méritos y la historia de los demás, pero mucho

* Acerca de un discurso del Secretario de Estado Auxiliar de los Estados Unidos de América, E. G. Miller, publicado en *El Caribe*, Ciudad Trujillo, 15 de febrero de 1950.

perdería en su propia estimación si por inadvertencia o descuido se dejara conducir hacia planos de inadecuada interpretación histórica.

Para apreciar con riguroso valor objetivo el proceso de la formación social que hoy existe en la antigua Española es necesario contemplar simultáneamente, con un solo golpe de vista, la dualidad histórica existente en aquel proceso de formación desde la postrimerías del siglo XVII, de la cual hemos recibido los dominicanos nuestros más inmerecidos infortunios y nuestras desgracias más acerbas.

No podemos aceptar nosotros sin estremecernos el concepto de que «La Historia de Haití, especialmente en los dos últimos siglos, es una epopeya de la libertad humana, y sus temas fundamentales son el valor y la fe». Esos dos siglos los ha vivido el pueblo dominicano bajo la opresiva amenaza de la esclavitud y en constante y cruenta lucha por conservar los más elementales atributos de la dignidad humana. La libertad política haitiana ha constituido un permanente y angustioso instrumento de opresión para los habitantes de la parte española de la isla.

La independencia de Haití no fue resultado de la evolución del sentimiento nacional, como sucedió en los países de la América hispánica y de la inglesa del norte, sino efecto catastrófico de una situación social de tipo primario en la que no había surgido ideal ninguno de autonomía política que pudiera servir de base a la organización de un Estado democrático. Se rebelaron los esclavos de origen africano contra los sistemas infames y degradantes de explotación a que estaban sujetos y tan pronto como se vieron libres se dedicaron a asesinar a los amos blancos que casi un siglo los habían martirizado y expoliado.

Sobre este sentimiento simplista y negativo se levantó todo el armazón político e institucional de la independencia haitiana. Cuando Boisrond-Tonnerre se disponía a escribir el Acta de la independencia firmada en Gonaives el primero de enero de 1804, le dijo a Dessalines estas palabras inolvidables: «Para escribir el Acta de independencia es necesaria la piel de un blanco por pergamino, su cráneo por escritorio, su sangre por tinta y por pluma una bayoneta». El General en Jefe aprobó entusiasmado la peyorativa expresión de su colega y lo autorizó sin reservas a redactar el documento sobre aquel sentimiento de inconcebible odio racial.

La Constitución que luego se promulgó para organizar el Imperio se basó también en la negativa de toda posibilidad de convivencia entre negros y blancos. Se le cerraron las puertas al extranjero y el país se convirtió en coto de los antiguos esclavos (artículos 12 y 14 de la Constitución Imperial del 20 de mayo de 1805).

Las circunstancias que promovieron esta situación constitucional, que nosotros, desde luego, no juzgamos, ahora, no tuvieron semejanza en América. La Constitución haitiana fue por mucho tiempo una isla en la conciencia política del continente. Ni tuvo antecedentes ni produjo consecuencias más allá de los límites de Santo Domingo. Para desventura de los dominicanos sólo nosotros sufrimos los efectos de aquella situación especialísima.

El sentido de la recién proclamada independencia no podía conciliarse con la dualidad colonial creada en Santo Domingo por España y Francia. El Imperio haitiano, impulsado por la dinámica expresión de sus objetivos raciales, nació para el dominio completo de la isla. El artículo primero de la Constitución estableció la indivisibilidad política de la isla bajo el señorío de Haití. Eso significaba la supresión incondicionada de toda posibilidad de libertad e independencia en la parte del este. Aquí comenzó el martirologio de los dominicanos. Importa aclarar, sin embargo, que antes de la de Dessalines la influencia de Louverture, desde 1801, había tratado de plasmar en los sinsabores de dos invasiones sucesivas el ideal unitario de los habitantes insurrectos contra Francia.

La primera gestión del Emperador, después de proclamar el Imperio y antes de promulgar su Constitución, fue la de invadir la parte española a fin de someterla al dominio del nuevo pacto haitiano. El intento se inició el 16 de febrero de 1805. Largos meses de zozobra, inquietudes y derramamientos de sangre nos impuso el inflexible designio sojuzgante de Dessalines. Con la ayuda de franceses e ingleses logramos alejarlo de nuestras puertas después de sufrir, en su retirada, horrores dantescos.

Las circunstancias que se produjeron en Haití a seguidas de la muerte de Dessalines con la escisión del Imperio y la rivalidad entre Cristóbal y Petión, que dio origen al surgimiento del poderoso partido de los mulatos, contuvo por algún tiempo el propósito de la unificación. En este interregno el genio político de don

Juan Sánchez Ramírez, milagro de previsión y sensatez, obtuvo la reincorporación a España de su antigua colonia de Santo Domingo. Pero en 1821 nos separamos de la madre patria sin medir debidamente el programa haitiano de la ocupación total y le abrimos las puertas nuevamente, sin quererlo, a los invasores. Boyer nos gobernó por veintidós años interminables, con sujeción a los peor intencionados propósitos de desnacionalización que puedan concebirse.

En 1844 logramos la separación de Haití para iniciar de inmediato una larga guerra de independencia que duró hasta 1856. Los gobiernos de Port-au-Prince se sucedían unos a otros sin variar en lo más mínimo sus propósitos de reconquistar lo que ellos llamaban las provincias del este. Contra la sañuda obstinación que con este fin mantuvo Soulouque fue necesaria la mediación de Estados Unidos, Francia e Inglaterra, desde 1850, sin la cual tal vez no hubiéramos logrado mantener nuestro deseo de ser libres. La angustia del retorno al dominio imperialista de los haitianos nos mantuvo desconcertados hasta que en 1861, como resultado de la profunda situación de incertidumbre que produjo en la política mundial la Guerra de Secesión en los Estados Unidos, nos entregamos nuevamente a España.

Desde el 1801, fecha de la primera invasión depredatoria de Toussaint hasta el 1861, transcurrieron sesenta años cabales en los que sólo al conjuro de la amenaza haitiana lográbamos movernos los dominicanos. La historia de estos sesenta años nos llenó de espanto y nos entristeció el alma para siempre. Nunca alcanzaremos librarnos de los complejos que sembró en nuestro temperamento colectivo el fenómeno social de la libertad haitiana.

Pero no pararon ahí los efectos de aquel fenómeno. Los resultados finales de la guerra civil americana determinaron sin duda el fracaso de la influencia europea en el nuevo mundo. Con el triunfo de Lincoln cobró su más sincera etapa de aplicación la doctrina de Monroe. España deshizo su aventura de Santo Domingo y Francia la de México. Nuestra guerra de la restauración terminó felizmente con el restablecimiento de la República, pero como sigue la sombra al cuerpo, con la soberanía retornó también el enigma de nuestras relaciones con Haití. En 1865 se fueron las tropas españolas y desde entonces volvimos la cara al oeste apremiados por las voces de una frontera que no se encon-

traba a sí misma y que asumía la proteica movilidad de un fantasma. Después de continuados esfuerzos diplomáticos conseguimos verter en el Tratado del 9 de noviembre del 1874 el contenido de los problemas que inquietaban las relaciones de los dos países.

Allí, en ese instrumento malhadado volvieron a concretarse nuestros males. Desde 1874 hasta 1929, lo que vale decir cincuenta y cinco años nuevos de infortunio, estuvimos pendientes de aquella singular política de absorción moral y física que crearon Toussaint, Dessalines, Cristóbal, Petión, Boyer, Soulouque, y el mismos Geffrard, jerarcas de la grandeza haitiana, pero al propio tiempo, causantes de nuestras miserias y enemigos de nuestra felicidad. No nos dolemos de eso ahora para embebernos en un pasado lastimoso, sino para recordar que de las hazañas y de los resplandores de aquellos hombres y de aquellos tiempos están prendidos el dolor y los sufrimientos que por espacio de un siglo torturaron el alma dominicana.

La historia no es el presente. Los que ahora vivimos los beneficios de una cultura y de un sistema definido de la civilización llevamos hacia adelante, para transmitirlas, a nuestra vez, a los generaciones venideras, las iniciativas sociales y los progresos espirituales que recibimos de nuestros mayores. El hombre es el instrumento de su propio afinamiento cultural, pero lo es en razón de la aceptación social de sus iniciativas y de sus sentimientos personales. Los dominicanos de hoy y sus maneras colectivas son el producto de una elaboración social pasada que es necesario tener muy en cuenta cuando se emite juicio sobre este país. Uno de los factores importantes de nuestra formación social es el que se refiere a la convivencia en una misma isla de dos nacionalidades incompatibles. La característica de esa convivencia se encuentra en la objetiva actitud de un grupo que se expande sobre la isla a costa de los derechos del otro. De un grupo activo, dinámico, primario, que se lanza sobre el otro sin ninguna consideración de tipo superior, y que trata, por todos los medios sensibles, de someterlo a su imperio. De esos dos grupos el primero es el haitiano y el segundo es el dominicano. En ello radica el drama social de la isla de Santo Domingo: opresión y libertad; agresión y resistencia uti-posidetis (o dominio directo del hecho) y régimen superior de una organización jurídica anterior

al hecho. Ese drama, de naturaleza biológica tanto como social, descansa igualmente en la geografía y en la historia. Del mismo no somos responsables ni haitianos ni dominicanos; obedece a las leyes profundas e intelectuales.

Ahora se explicará el Honorable señor Miller por qué lo que él encomia como un drama de libertad en Haití lo deploramos los dominicanos como interminable drama de opresión y de esclavitud en nuestro país, y por qué no pueden coincidir los historiadores dominicanos con los haitianos cuando, en símil no muy feliz, personifican en Toussaint-Louverture a la libertad, en Dessalines a la igualdad y en Petión a la fraternidad. Si el pueblo dominicano vive hoy al amparo de un régimen institucional democrático y libre se lo debe antes que a ninguna otra cosa al fracaso de los propósitos discriminatorios y esclavizantes de aquellos personajes haitianos. Su influencia entre nosotros nunca fue de libertad, ni de igualdad ni de fraternidad.

Las consideraciones que anteceden no están destinadas, desde luego, a reanimar los resortes del drama histórico a que nos hemos referido. Todo lo contrario. Estamos tratando solamente de reafirmar conceptos y situaciones de tipo general, sin menoscabo de las buenas relaciones que deben regir la convivencia de estos dos países en interés del orden continental y de la armonía que supone el régimen jurídico a que están sujetas las naciones todas del Continente americano.

JUAN ISIDRO JIMENES GRULLÓN
(1903-1983)

Médico, ensayista, filósofo, sociólogo, historiador, político, periodista, catedrático. Nació en Santo Domingo en 1903 y murió en la misma ciudad el 10 de agosto de 1983. A los veinte años obtuvo el título de médico en la Universidad de París. A su regreso a Santo Domingo, en 1930 tomó parte en numerosas actividades culturales en Santiago de los Caballeros. Pronto entró en conflicto con la dictadura, siendo encarcelado en 1934. Pasó un año en prisión y se exilió en 1935.

Vivió en Puerto Rico, Estados Unidos, Cuba y Venezuela. Cuando se constituyó, en 1941, el Partido Revolucionario Dominicano en La Habana, fue nombrado Secretario General de la organización. En Venezuela fundó la Unión Patriótica Dominicana para combatir la dictadura de Trujillo. Tomó parte en la organización de la expedición de Constanza, Maimón y Estero Hondo en 1959. A la caída de Trujillo, regresó a la República Dominicana, participando activamente en política. Creó la Alianza Social Demócrata, siendo candidato a la Presidencia de la República en las elecciones de 1962.

Después de su desafortunado apoyo al golpe de Estado de 1963, abandonó su orientación política populista y adoptó el marxismo, corriente teórica que produjo en él una conmoción que le llevó a replantearse todo cuanto había hecho en el campo del ensayo.

Ha sido uno de nuestros intelectuales más controversiales y polémicos de este siglo. Trabajador incansable, no conoció la fatiga en su afán de esclarecer lo que consideraba puntos oscuros de nuestra sociología y salirle al paso a lo que juzgaba como mitos consagrados por la historiografía tradicional. Fue maestro de varias generaciones de sociólogos dominicanos.

OBRAS PUBLICADAS:

Aguas de remanso (1936), *Luchemos por nuestra América* (1936), *Ideas y doctrinas políticas contemporáneas* (1939), *La República Dominicana. Análisis de su pasado y presente* (1941), *Una Gestapo en América* (1946), *Seis poetas cubanos* (1955), *Al margen de Ortega y Gasset* (Tres volúmenes: 1. Crítica a «El tema de nuestro tiempo», 1957; 2. Crítica a «En torno a Galileo», 1959; 3. Crítica a «La rebelión de las masas», 1959), *La filosofía de José Martí* (1960), *Medicina y cultura* (1961), *La República Dominicana: una ficción* (1965), *Biología dialéctica* (1968), *Anti Sábato* (1968), *Pedro Henríquez Ureña: Realidad y mito, y otro ensayo* (1969), *La problemática universitaria latinoamericana* (1970), *El mito de los Padres de la Patria* (1971), *La América Latina y la revolución socialista* (sólo se publicó el tomo I, 1971), *Sociología política dominicana* (Tres tomos, 1974, 1975 y 1980), *John Bartlow Martin, un procónsul del imperio yanqui* (1977), *Nuestra falsa izquierda* (1978).

REPÚBLICA DOMINICANA: UNA FICCIÓN

Capítulo Primero

A pesar de que la historia ofrece constantemente saltos, nunca hay una total solución de continuidad: el pasado supervive parcialmente en el presente. Y es en éste donde el futuro, que acusa casi siempre nuevas esencias y formas, afinca sus raíces.

El caso dominicano es un exponente vivo de esa ausencia de solución de continuidad. Se produjeron saltos. Pero por lo común, tocaron exclusivamente lo externo, lo formal. En razón de ello, el hoy es una prolongación del ayer.

El origen de ese ayer contradice un concepto marxista y reafirma otro. Para el marxismo, las instituciones políticas son superestructuras que tienen su base en la economía. Pues bien: lo acontecido en La Española durante el inicio de la Colonización desmiente esa tesis. Es obvio que la Colonización perseguía un propósito económico; pero el desarrollo de este propósito tuvo que ajustarse a instituciones político-jurídicas traídas por el conquistador y el colonizador, que expresaban un costado de la cosmovisión teológico-feudal imperante en la España de entonces.

Estas instituciones tuvieron, en consecuencia, un *carácter primario*: en vez de ser superestructuras fueron bases. Bases que dieron naturaleza legal a la división clasista, acentuada por la existencia de la esclavitud. Hubo, naturalmente, lucha de clases. El concepto marxista sobre la realidad de esta lucha en las sociedades históricas aparece, pues, confirmado. Pero fue frecuente que ella no asomara a la superficie: lo impedía la atadura al costado religioso de la cosmovisión referida. En el fondo, este costado aparecía consubstanciado con el político. La España de esa época era casi una teocracia: la dominaba un gobierno confesional. Y se desenvolvió dentro de la dualidad que delatan el afán de riquezas para beneficio de la clase privilegiada, y la función de abanderado del dogma católico.

Esta función fue, para dicho gobierno, cosa primordial. La lucha contra la idolatría y la herejía era, para él, un deber insoslayable. Y el cumplimiento de este deber justificaba todos los crímenes. La labor de catequización se desarrolló, por tanto, paralelamente a la de la explotación económica; y fue creando en las clases sometidas una mentalidad *sui generis* que a la vez que acusaba religiosidad, impulsaba a considerar las instituciones políticas y las estructuras económico-sociales como realidades *naturales* y *perennes*.

¿Qué rasgos acusó, dentro de esa perspectiva, el fenómeno político? Quedó *circunscrito al poder y sus implicaciones*. Este poder era ejercido, fundamentalmente, por el gobernador, con la cooperación de la Real Audiencia. Una pléyade de funcionarios civiles, nombrados por la Corona, cubrían el campo administrativo, mientras los funcionarios militares velaban por el orden público y la defensa insular. Sobre todos ellos —cabezas y brazos del poder— se proyectaba la sombra del clero. A menudo éste se responsabilizó, directamente, con cargos administrativos o ejecutivos. Era una institución colocada en la cúspide de la burguesía; y desde allí influía sobre la marcha de la cosa pública. Asomaba, en suma, como la fuerza rectora. Cosa harto explicable, dado el carácter confesional del régimen metropolitano.

Todo el institucionalismo de este régimen pasó a la isla, así como al resto de la América Hispánica. Con el conquistador y el inmigrante vinieron, pues, las normas jurídico-políticas peninsulares, que entrañaban una sumisión total a la Corona, parcialmen-

te compensada por el desarrollo de la autonomía municipal, representada por los cabildos. A través de éstos, los hombres libres lograban a veces manifestar sus aspiraciones y quejas. Eran, por consiguiente, organismos que, pese a su dependencia del poder metropolitano, actuaban frecuentemente como portavoces de una oposición por fuerza tímida y circunscrita casi siempre al plano económico. Tan pronto una ciudad nacía, se constituía su cabildo. Y éste era el instrumento canalizador de los afanes de vida «para sí» del inmigrante o del criollo o mestizo.

Sábese que este tipo de afanes cobró en América mayor fuerza que en la Metrópoli. El hecho es explicable. El Papa, que en esa época se creía con derecho a disponer del mundo, había concedido al Rey la posesión, en calidad de *propiedad*, de las tierras descubiertas o por descubrir, y la Corona no tardó en ver en éstas un filón de enriquecimiento. Desde los comienzos, tomó las medidas legales para que la explotación fuera en su beneficio. Esta finalidad aparece en las capitulaciones concertadas con el Descubridor así como en el establecimiento de la Casa de Contratación y la política monopolística desarrollada por ésta. La empresa colombina tuvo el carácter de una *factoría*. Se trataba de un negocio en gran escala, cuyas ganancias debían ser repartidas entre la Corona y Colón.

La factoría se puso en marcha... Naturalmente, se vio obligada a incorporar un equipo de empleados que, al encontrarse frente a fabulosas posibilidades de enriquecimiento personal y sin una autoridad vigorosa que mantuviera a raya su codicia, iban a estimar que era a ellos —y no a los otros— a quienes correspondía usufructuar los beneficios de sus trabajos. Así aconteció... La primera rebelión contra el sistema la produjo Francisco Roldán. Pero precisemos: no se rebeló éste contra el Rey, sino contra la factoría.

La Corona liquidó esta última. Tuvo que inclinarse, por lo menos parcialmente, ante los afanes de vida «para sí» de sus súbditos insulares. El hecho acusó una enorme importancia. Desde entonces, el desenvolvimiento de la Colonia iba a girar alrededor de la lucha entre esos afanes y los opuestos: los de vida «para ellos». Ahora bien: ¿quiénes eran «ellos»? Al principio, los conquistadores y el Rey. Luego lo fueron también los descendientes de los conquistadores, el clero, los altos funcionarios y todos aquellos a quienes la Corona hubo de conceder privilegios. Due-

ños del poder insular, lo utilizaban, amparados o no en la ley, para acaparar, dándole su parte a la Corona, las ganancias proporcionadas por la explotación. Con ellos se fue constituyendo la pseudo-aristocracia agraria o *burguesía atípica*, a la cual se fueron incorporando los inmigrantes y los criollos y mestizos pobres que, en lucha contra aquella realidad, lograban enriquecerse.

La clase media surgió de los otros, de los que alentaban, sin resultados visibles, los afanes de vida «para sí». No fue una clase combativa. Nace con la rebelión de Roldán; pero no siguió las huellas de éste. Dedicada al pequeño comercio, harto precario, la agricultura de subsistencia, la artesanía y demás trabajos manuales —indignos para aquella burguesía atípica, como lo eran en Europa para la aristocracia— llevó durante siglos vida oscura. A veces, muchos de sus miembros se rebelaban ante su propio drama y buscaban en actividades ilegales, la fortuna que no podían encontrar bajo la ley. Recurrían sobre todo al contrabando. Pero tenían que obrar con gran cautela, ya que parte de la burguesía también era contrabandista y pretendió siempre el monopolio de esta actividad.

¿Cabe atribuir a la mencionada pugna entre el «para sí» y el «para ellos» naturaleza política? No. Tratábase —lo repetimos— de una lucha económica, que no tocaba a la autoridad real ni a la organización político-social existente. Los miembros de la clase media se sentían —al igual que los de la burguesía— súbditos leales de la realeza, y veían con respeto y hasta con fervor, cuanto ésta representaba. De ahí su sumisión ante el clero. En suma: más que un conformismo político, existía en esta clase, lo mismo que en la burguesa, una amplia solidaridad con el poder metropolitano, nacida de la subordinación a la cosmovisión existente, dentro de la cual aparecía enraizada la cultura hispánica de la época.

Es obvio que la pugna referida no era algo ajeno a esta cultura, puesto que revelaba algunos de sus rasgos o su substancia. Traducía, por un lado, la unidad derivada de la aceptación del dogma católico y de la creencia en que el deber fundamental del reino era extender este dogma; y por el otro, el afán de justicia de una clase social preterida frente al materialismo grosero de la clase dominadora, lo que forzosamente recordaba el dualismo que el inmortal Cervantes encarnó en don Quijote y Sancho. Había en todo eso, indudablemente, una viva contradicción. Y es in-

negable que esa pugna fue el exponente máximo de la lucha de clases. El esclavo, no obstante su tragedia, permaneció ajeno a esta lucha. Salvo en determinados momentos, acusó una total sumisión. Vivió bajo el yugo y se acostumbró a éste. Perdió la capacidad para la protesta. El dolor le aplastó el espíritu.

Lo más sorprendente del caso es que tanto la burguesía como la clase media veían en la esclavitud un *hecho natural*. Algunas órdenes del clero se opusieron a la esclavización del indígena; pero aceptaron la del africano. Actitud incomprensible. La aceptación envolvía, a las claras, una traición al principio cristiano de la fraternidad y la igualdad humanas. Pero Tomás de Aquino pesaba en el ánimo de la clerecía de entonces más que Cristo. Y el primero había convalidado la esclavitud y el exterminio de los herejes. Existiendo estos antecedentes, la postura se explica. Como también se explica el que los Reyes Católicos consideraran de justicia esclavizar al infiel empecinado, como lo hicieron en la Península con muchos moros en los precisos momentos en que comenzaba a difundirse en América el dogma católico. Habiendo obrado así ¿cómo alarmarnos ante el hecho de la monopolización, por parte de la cristianísima Corona, de la trata de esclavos con destino al nuevo Continente?

Todo lo dicho reafirma una de nuestras aseveraciones iniciales: la actividad política quedó circunscrita a la clase dominadora. La política se hacía desde el poder. Era, pues, un menester de los altos funcionarios y del clero, especialmente. El comerciante de relieve o el hacendado rico aparecía, por razones obvias, solidarizado con ambos. A menudo, además, el clérigo era hacendado; y éste, a su vez, comerciante. Circunscrita la referida actividad a aquella clase, se desarrollaba en armonía con la Corona y el orden jurídico existente. El esclavo —claro está— mostraba apoliticidad. Lo mismo que la clase media.

Este estado de cosas duró muchas décadas. Fue a fines del siglo XVI cuando comenzó a variar. Desde entonces, la isla se convirtió en campo de lucha de los expansionismos nacionales. Los *filibusteros* franceses se establecieron en la zona oeste, que fue luego cedida por España a Francia. Sin embargo, desde antes de producirse este establecimiento fenómeno gradual que cubrió varias décadas del siglo XVII gran parte de la comunidad, abandonada por la Corona, se había dedicado al contrabando en gran

escala. Y cobró tal relieve esta actividad, que el Rey decidió la destrucción de unos cuantos puertos desde donde el contrabandista insular se ponía en contacto con los filibusteros o piratas. La decisión puso de manifiesto la gravedad del problema. Reveló el alto nivel que había alcanzado la lucha entre la vida «para sí» y la vida «para ellos».

Cosa importante: el desinterés que la Corona mostraba por la isla provocó una escisión entre los sectores comercial y agrario de la burguesía, y los demás sectores de esta clase, especialmente el de los funcionarios. Estos últimos, representantes de la autoridad, se oponían al contrabando. También hacía oposición, pero de modo suave, el clero. El alto comercio y los hacendados, en cambio, lo defendían, al igual que la clase media. Era lógico que estos últimos procedieran así. Pues se vivía dentro de una *economía casi cerrada*, y sólo el contrabando permitía a los terratenientes, comerciantes y miembros de la clase media, hacer o acrecentar fortunas. La condición de los altos funcionarios y del clero era otra: gozaban de buenos sueldos o de privilegios e inmunidades. Y sabían utilizar las ventajas que da el poder para enriquecerse.

A la postre, la autoridad se impuso mediante el terror. Los puertos fueron destruídos, y sus habitantes obligados a tomar nuevos rumbos. Pero hubo resistencia. Y la respuesta fue el patíbulo.

Esto último es de interés para el sociólogo. Reveló dos cosas: la proyección de la pugna económica hacia lo político y el desacuerdo entre los sectores de la burguesía respecto a los alcances del poder. Como en el pasado, no se trataba de un desconocimiento del Rey y de una ruptura con la cosmovisión dominante; pero sí —y ello era nuevo— de una *continuada* protesta contra leyes e instituciones que impedían el desarrollo libre de la actividad económica. Antes, esta protesta era esporádica y se limitaba a quejas y reclamos. Ahora, por el contrario, estuvo al borde de producir una rebelión. Evidentemente: aún cuando la motivación era económica, el fenómeno tenía ya naturaleza política. Dominado, volvióse a las normas de vida de antes.

¿Cómo explicar este retorno? Lo explica, por encima de todo, la consubstanciación con la cosmovisión existente y, de modo especial, con su costado religioso. Bastaba que el clero levantara la voz reclamando total obediencia ante las decisiones reales, para que los revoltosos se inclinaran ante el reclamo. Pero eso no fue

todo... Había la necesidad de defenderse contra el enemigo foráneo. Y esta necesidad provocó la unidad de la burguesía y la aglutinación de la clase media alrededor de ella. Significó, en consecuencia, la consolidación del poder político. A ésta contribuyeron no sólo los peninsulares, sino también los criollos y los mestizos. *Lo político se confundió así con lo patriótico*. Y como lo patriótico aparecía identificado con lo católico, defender el dominio español de la isla no implicaba solamente la defensa de las instituciones políticas y jurídicas, las estructuras económico-sociales y las glorias de la *raza*, sino también la del dogma católico, que era la substancia espiritual de aquel dominio. Claro está: motivaciones materiales se añadían. Estimábase que si el enemigo lograba desalojar a España del territorio, la burguesía perdería sus riquezas, y la clase media sus posibilidades de vida.

Durante toda esa época, la política fue una disciplina o actividad social muy alejada de lo que es hoy en los países desarrollados. Careció, en consecuencia, de finalidad ética. El poder no fue el instrumento de que la colectividad se sirve para su desarrollo armónico, sino una superestructura opresiva, cuyo dominio absoluto gravitaba sobre las grandes mayorías. Es cierto que así lo era también en los demás regímenes coloniales. Es más: si se comparan los establecidos por España con los que establecieron Inglaterra y Francia, forzoso es concluir que en los primeros hubo cierto aliento humanitario, que no ofrecieron los otros. El fracaso colonial de España nace de la contradicción que latía en su seno: la misión de cristianización que se había arrogado y el afán desorbitado de riquezas. El auténtico cristianismo obliga a la fraternidad y el desinterés, virtudes en pugna con este afán, que desde temprano prevaleció sobre lo otro. Casi todo el clero católico se entregó a él. Para la gran mayoría de los clérigos, no era el imperio de los principios éticos cristianos sino el nacimiento de la fe en Cristo y la obediencia a los ritos, lo importante en el plano espiritual. Se interesaban más en esto y en fortalecer sus órdenes que en propiciar, con el poder de que gozaban, la vigencia de la justicia. Fue, pues, una institución que, salvo un grupo ínfimo de miembros identificados con el Evangelio, traicionó a la doctrina que pregonaba. Asoma esta traición tanto en su frenesí de riquezas como en el apoyo a aquel sistema político-económico plasmado en un conjunto institucional y estructural abomina-

ble. El carácter confesional del Estado delata incontrovertiblemente la responsabilidad de dicha institución en la creación y el mantenimiento de este orden de cosas.

No es difícil señalar las características esenciales de aquel régimen político y definirlo. Si nos leváramos del criterio marxista, diríamos que fue un régimen *esclavista*, en el cual lo político apareció subordinado a las condiciones específicas de las relaciones de producción. No cabe duda que lo primero es correcto. Pero lo segundo no. Fue un régimen esclavista; mas —tal como lo expresamos— las relaciones de producción se fundamentaron en lo jurídico e institucional. Pero no basta eso para definirlo. Es preciso adentrarnos en otros campos y expresar que pese a la subordinación al Rey, dicho régimen tuvo más bien un carácter oligárquico, y que dentro de tal oligarquía, los altos cuadros del clero ejercían una función preponderante. Naturalmente, toda oligarquía entraña autocracia; y riñe, por tanto, con el principio del Bien colectivo. Es más: obra frecuentemente en forma tiránica. Todo esto ofrece los elementos para la definición, que sería la siguiente: dicho régimen fue *una oligarquía esclavista en la cual las normas autocráticas culminaron a menudo en la tiranía*.

TOMÁS HERNÁNDEZ FRANCO
(1904-1952)

Poeta, narrador, ensayista, diplomático y funcionario público. Nació en Peña (Tamboril) el 29 de abril de 1904; murió en Ciudad Trujillo el 1º de septiembre de 1952. Vivió en Europa durante los años veinte. En Francia, siendo todavía un adolescente, publicó uno de sus primeros libros. El contacto con las vanguardias dejaría una visible huella en su creación poética. Fue un activo periodista, un prominente diplomático y funcionario del régimen de Trujillo. Su obra fundamental el poema Yelidá, *constituye una de las cumbres de la literatura dominicana contemporánea. Como narrador y ensayista escribió varios textos que lo definen como un intelectual familiarizado con teorías y procedimientos de gran actualidad en su época, y como un cuentista lleno de imaginación, pero profundamente enraizado en su tierra.*

OBRAS PUBLICADAS:

Capitulario (1921), *Rezos bohemios* (1921), *De amor, inquietud y cansancio* (1923), *La poesía en la República Dominicana* (edición en francés, 1923), *El hombre que había perdido su eje* (1926), *La más bella revolución de América* (1930), *La fuerza espiritual de un pequeño país* (1931), *Canciones del litoral alegre* (1936), *Apuntes sobre poesía popular y poesía negra en las Antillas* (1942), *Yelidá* (1942), *Cibao* (1951), *Poemas de mi otro yo* (1960), *Obras literarias completas* (Estudio, notas y compilación de José Enrique García) (2000).

ANSELMA Y MALENA

Después de haber dejado pasar tantos años sin referirme jamás a la historia de Anselma y de Malena, ahora me digo que es tiempo de contarla, aun cuando tengo la seguridad de que en esto trato de engañarme, pues todos saben que nadie puede contar bien una historia que no ha terminado todavía y que, tal como están las cosas, parece que no terminará nunca.

La verdad es que, hace tiempo, estuve pensando en que algún día tendría que escribir sobre Anselma y Malena. Esa vaga seguridad del principio se me fue convirtiendo con los días en una convicción cada vez más arraigada. Pero, cometí el error de no buscar, durante todo el tiempo que tuve disponible, las palabras que iban a servir definitivamente para este asunto y ahora me encuentro con que todas estas de que hago un uso tan banal cada día, no son, precisamente, las que hacen falta, ni las que pueden dar a todo esto el sereno ambiente de silencio que, ahora, es imprescindible. He dicho silencio, solamente, pero afirmo que el verdadero ambiente sería una mezcla de silencio y decoro. Ahora ya he dicho silencio y decoro y creo que esas dos palabras bastarían y pudieran sobrar para explicar toda la historia: es decir, la historia desde que comenzó hasta como está hoy en día, en su lento, pesado, eterno desarrollo.

Es realmente difícil escribir con un argumento como este de Anselma y de Malena, que ha acaparado casi un siglo en el tiempo y que no ha tenido ni un solo momento verdaderamente culminante: argumento sin diálogo y sin grandes pasiones y que, además, ofrece la dificultad de que uno de sus principales actores, el marido, murió muy al principio de todo esto. Aun cuando él fue el indiscutido organizador de este asunto, hace años que el único recuerdo concreto que se tiene de su existencia es un largo, ancho y encorvado sable de coronel de dragones, amarrado a un alto clavo negro que hay en la pared cada año más blanca de cal y de aire. Si ese hombre estuviera vivo todavía la historia fuera fácil de escribir o, a lo mejor, no hubiera historia y yo no tuviera esta dificultad de no saberla contar.

Es cierto que Juana existe y que, a todas luces, ya está también en el camino de hacerse eterna y esta realidad me ofrece la cooperación de cuatro personajes, contando al muerto natural-

mente, pero aún así es un material insuficiente, porque si el marido jugó un papel tan importante al principio, él mismo no quiso jamás darse por enterado de la situación, cuando eso le era posible, y es bien sabido que después de su muerte ni siquiera su nombre ha sido pronunciado en aquella casa. Juana pudiera estar en condiciones de aportar algunos datos muy valiosos, pero ella misma tuvo conciencia del drama mucho tiempo después del drama comenzado, o quien sabe si nunca ha tenido la conciencia de él y todavía esto puede que no sea cierto completamente, porque Juana no tenía para qué darse cuenta de nada ya que ella era, sin proponérselo, el drama mismo, o su mayor parte o el punto de convergencia de todos los elementos de esta historia.

Lo mejor es, pues, ordenar claramente mis cuatro personajes. En primer lugar está el difunto, coronel de dragones, del cual queda una segura prueba de su existencia en aquel sable largo, ancho y encorvado, que pende de un clavo negro en una pared blanca y que es, también, una prueba de lo que debió ser el carácter de aquel hombre: seco, duro, taciturno, inflexible. Después está Malena, la viuda, con sus ciento cinco años de edad, viuda desde hace setenta, absolutamente lúcida y muda por propia determinación, empotrada en un alto sillón de paralítica, escueta y nítida como un filo. Frente a ella, también en otro sillón de paralítica, está Anselma, con ciento dos años de edad solamente y cuarenta de estar allí, frente a Malena, pronunciando cada mucho tiempo alguna palabra casi dicha en secreto, lúcida también con su lucidez analfabeta de siempre, resignada a que no llegue la muerte, agrietada a trechos como una corteza de roble, inmóvil como si fuera la sombra humilde de Malena. Por entre las dos vaga, frecuente y callada, la silueta encorvada de Juana, con su apellido que no se dice y con sus ochenta años.

Y esa es toda la historia. Ahora es cuando, justamente, me hacen falta las palabras que no conozco y que debieran dar esa eterna sensación de silencio y decoro. Sensación de algo pétreo, tangible, casi hosco; tacto a distancia de lo inconmovible y huraño que debe ser el alma de la roca. Inverosímil certeza de que en el fondo de esto hay una gran lápida dura humedecida de lágrimas nocturnas... Pero, yo escribiré la historia hasta el final, hasta el final de mi propia posibilidad y me alegraría encontrarla otra vez

escrita por alguien que la sepa escribir o por alguien que pueda saber cómo termina si es que puede terminar algún día.

La aldea nunca tuvo más de una calle y esa calle bastó siempre para todas las divisiones del amor, del odio y del dinero. Un domingo, en un gran galopar de caballos, tiros al aire y derroches de aguardiente barato, Malena y el coronel «unieron sus destinos» —así se decía entonces— allá en la ciudad. Cuando la cabalgata, ya de regreso, atronó la polvorienta calle, el único que miró con alguna inquietud hacia la puerta de Anselma, fue el recién desposado coronel. Anselma no estaba a la puerta. Lloraba en algún sitio del patio, sin grandes penas, sin grandes rencores. Lloraba porque le parecía justo llorar en una ocasión así.

En aquel tiempo no era agradable la vida de los coroneles de dragones y quizá ese era el motivo de que ellos mismos no fueran tampoco muy agradables. Malena, que no podía hacer otra cosa, hija ella misma de otro coronel de dragones, se metió en la vida matrimonial con ese alarde tan común a las mujeres de entonces y que las hacía, el día siguiente al de las bodas, aparecer ya con veinte años más encima. Esa vejez milagrosa, lograda en una simple noche, por ser caso tan repetido, no asombraba ni siquiera a los propios maridos, quienes, desde el primer día de la vida conyugal veían, mustias y un poco derrengadas, transitar por sus casas las sombras cansadas de las mujeres que habían creído conocer. Diríase que la juventud de las abuelas residía únicamente en la hosca virginidad que guardaron para la bendición nupcial y que el abrazo un poco ebrio de los novios las dejaba ajadas para siempre. En el fondo, había otra cosa también: la súbita vejez era consecuencia de una deliberada forma de la voluntad, feroz secreto sin palabras trasmitido de madre a hija por generaciones, como única forma de la dignidad de la mujer casada. La eterna fidelidad al marido debía demostrarse con la eterna imposibilidad de gustar a otro hombre. Además de esa obligación obvia, los deberes y derechos de una mujer casada no variaban mucho de los de una buena ama de llaves de confianza.

Ante la indiferencia del coronel, Malena, envejecida de la noche a la mañana, nunca se enteró de que, a pocos metros de distancia, proseguían los amores de su marido y Anselma. La aldea no había hecho ni un guiño de malicia porque aquello no tenía importancia.

Así nació Juana.

Una noche cualquiera, sin preámbulos innecesarios, el coronel la trajo a la casa envuelta en unos trapos y se la obsequió a Malena:

—Cuídala como a tu hija... porque es hija mía.

Malena no preguntó —su deber no era preguntar— por la madre de la criatura. Para gran satisfacción del coronel su único movimiento de rebeldía consistió en hacer, desde esa noche, cama aparte y en redoblar su meticulosa actividad en los cuidados de la casa.

Las relaciones de Anselma y el coronel habían sido el producto de una larga paciencia. Desde muy niña, la muchacha había quedado huérfana y sin más amparo que el que le ofrecía una tía borracha. Cuando Anselma estaba por los catorce años, sin que ella se enterara y sin grandes regateos, el coronel la había comprado. Con libre entrada a la choza desde aquel día, su único trabajo fue esperar, con saboreada espera, que aquella muchacha un poco salvaje, estuviera «a punto» como se decía a sí mismo. Ningún otro hombre pretendió jamás ponerse en el camino de Anselma, porque de todos era sabido que pertenecía, por derecho de compra, al coronel.

Anselma había estado «a punto» pocos días antes del matrimonio de Malena. Se entregó como tenía que entregarse, como se lo había aconsejado la tía durante tanto tiempo, con mucho respeto por aquel hombre y con un poquito de asco también. Muerta su tía, consideró como algo muy lógico que su hija fuera a parar a la casa de la Doña, por quien sentía, sin conocerla, una profunda veneración.

Al coronel lo trajeron, de la gallera, bien macheteado y bien muerto un domingo cualquiera. Malena se vistió de negro para toda la vida y para toda la vida, también, cerró las puertas de la casa. No obstante, todo parecía muy alegre, por el exceso de limpieza, por el manso cloquear de las gallinas, los grandes ramos de rosas del Perú y el incesante juego de la chiquilla en el patio. El envejecimiento de Anselma, precipitado por la soledad y la miseria, fue tan rápido como el de Malena y para vivir recurrió a la caridad aldeana, siempre despectiva, ofensiva y hostil.

Juana tenía treinta años cuando supo que su verdadera madre era Anselma la mendiga. Apergaminada, envejecida y fea, sin re-

cordar cómo había sido su padre, la noticia no la emocionó demasiado y hasta le parecía bastante lógica como complemento de su vida vacía. Un día que quiso preguntar demasiado, Malena le contestó un simple:

—Puede ser...

Y hasta muchos años después no se volvió a hablar una sola palabra de este asunto. Sintiéndose hija de Malena, Juana socorría, desde lejos, a Anselma, hasta que la escasez de recursos y la invalidez de ambas fueron haciendo casi imposible aquel trabajo para ella que no sabía cómo repartirse entre ambos deberes. Un día, planteó clara la cuestión:

—Si Anselma es mi madre la debo traer aquí...

—Como es su madre, usted puede hacer lo que quiera... sin consultarme.

Malena pestañeó, mirando el viejo sable encorvado. Aquel día unos hombres trajeron a Anselma y la dejaron en su silla frente a Malena:

—Buenas tardes, doña Malena...

—Buenas tardes... Señora.

Sobre el silencio definitivo se han ido amontonando los años. Los días no han podido traer ninguna variación. Algunas mañanas, cuando Juana se acerca a Anselma, ésta le dice en un soplo:

—Me parece que la Doña está enferma y que pasó la noche mal.

Otras veces es Malena la que indica:

—Debe abrigar a la Señora, tosió mucho anoche...

Ni Anselma ni Malena se han atrevido jamás a tocar su alimento antes de que las dos hayan sido servidas. Una vez que Malena rodó del sillón y quedó como muerta en el suelo, en los ojillos grises de Anselma brotaron dos lágrimas y estuvo rezando largo tiempo:

—¡La pobrecita se ha salvado de milagro!

Juana tiene ochenta años. Las dos viejecitas están ahí todavía, dormitando en el ancho rayo de sol que entra por la ventana, cada vez más pequeñas y más flacas, cada vez más silenciosas. En el patio siguen floreciendo los rosales del Perú y cloquean las gallinas. En el crepúsculo, el viejo sable del coronel parece una gran cruz torcida.

EMILIO RODRÍGUEZ DEMORIZI
(1906-1986)

Historiador, ensayista, abogado, lingüista, educador, bibliófilo, diplomático. Nació en Sánchez el 14 de abril de 1906 y murió en Santo Domingo el 26 de junio de 1986. Se graduó de Licenciado en Derecho en la Universidad de Santo Domingo, en 1933. Dirigió varias instituciones culturales, como la Academia Dominicana de la Historia y el Archivo General de la Nación. Perteneció a la Academia Dominicana de la Lengua, el Instituto Duartiano, y en 1970 fundó y presidió la Sociedad Dominicana de Geografía.

Dedicó su vida a la investigación histórica, caracterizándose por su entrega, su constancia, su rigor, y, sobre todo por la extensión de su obra, que alcanza proporciones colosales. Hasta ahora nadie le aventaja en el número de libros publicados —más de un centenar—, que cubren una gran variedad de temas de las ciencias sociales y las humanidades.

Se distinguió también como diplomático y funcionario eficiente durante el régimen de Trujillo. En este sentido, dirigió varias secretarías de Estado, y fue rector de la Universidad de Santo Domingo.

Su obra posee una asombrosa precisión y coherencia teórica. Defendió con valentía sus enfoques y puntos de vista, aún cuando estuviese contra la opinión generalizada, como ocurrió con su estudio del general Pedro Santana. Escribía en una prosa correcta, diáfana, y, a pesar de la aridez de algunos temas por él tratados, muy amena. En La tertulia de los solterones, *galardonada con el Premio Anual Pedro Henríquez Ureña en 1974, muestra su vasta erudición.*

OBRAS PUBLICADAS:

Juan Isidro Pérez, el ilustre loco (1938), *Poesía popular dominicana* (1938), *Discursos de Bobadilla* (1938), *Camino de Hostos* (1939), *El Padre Billini y Eugenio María de Hostos* (1941), *Escritos de Luperón* (1941), *Relaciones históricas de Santo Domingo* (3 volúmenes, 1942, 1945, 1957), *Colón en La Española, itinerario y bibliografía* (1942, 1974 y 1984), *Romancero dominicano* (1943), *El Acta de la Separación Dominicana y el Acta de la Independencia de los Estados Unidos de América* (1943), *Vicisitudes de la lengua española en Santo Domingo* (1944), *Documentos para la historia de la República Dominicana* (3 volúmenes, 1944, 1947 y 1959), *Gastón F. Deligne: Páginas olvidadas* (1944), *Maceo en Santo Domingo* (1945), *Samaná, pasado y porvenir* (1945), *San Cristóbal de antaño* (1946), *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña* (1946), *Discursos históricos y literarios* (1947), *Ruben Darío y sus amigos dominicanos* (1948), *Papeles del general Santana* (1952), *Martí y Máximo Gómez en la poesía dominicana* (1953), *Papeles dominicanos de Máximo Gómez* (1954), *Relaciones dominico-españolas* (1844-1859) (1955), *Cronología de la Real Pontificia Universidad de Santo Domingo, 1538-1970* (1955, 1970 y 1987). *Invasiones haitianas de 1801, 1805 y 1822* (1955), *La Era de Francia en Santo Domingo* (1955), *La dificultad de gobernar* (1955), *Antecedentes de la Anexión a España* (1955), *Seudónimos dominicanos* (1956), *Correspondencia del cónsul de Francia en Santo Domingo, 1844-1846* (2 volúmenes, 1956), *Refranero dominicano* (1956), *Política domínico-americana* (1957), *Apuntes y documentos* (1957), *La Marina de Guerra Dominicana, 1844-1861,* (1958), *Cesión de Santo Domingo a Francia* (1958), *Familias hispanoamericanas* (Vol. I, 1959), *Enciclopedia dominicana del caballo* (1960), *Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas* (1960), *Informe de la Comisión Investigadora de los Estados Unidos de América en Santo Domingo, 1871* (1960), *El Gobierno Dominicano y el clero de Venezuela* (1960), *Cancionero de Lilís* (1962), *Cancionero de la Restauración* (en colaboración con Fabio A. Mota, 1963), *Papeles de Espaillat* (1963), *Cuentos de política criolla* (1963 y 1977), *Elogio del Gobierno de la Restauración* (1963), *Centenario de la Restauración de la República* (1963), *Actos y Doctrinas del Gobierno de la Restauración* (1963), *Próceres de la Restauración. Noticias biográficas* (1963), *Proyecto de Incorporación de Santo Domingo a Norte-América* (1964), *Papeles de Pedro Francisco Bonó. Para el estudio de las ideas políticas en Santo Domingo* (1964), *Baní y la novela de Billini* (1964), *Homena-*

je a Mella (1964), *Poetas contra Bolívar* (1966), *España y los comienzos de la pintura y la escultura en América* (1966), *Hojas de Servicio del Ejército Dominicano, 1844-1865* (1968), *Duarte romántico* (1969), *Tradiciones y cuentos dominicanos* (1969), *Papeles de Rubén Darío* (1969), *Papeles de Buenaventura Báez* (1969), *Relaciones geográficas de Santo Domingo* (Vol. I, 1970), *En elogio de la geografía* (1970), *Cartas al Padre de la Patria* (1970), *Música y baile en Santo Domingo* (1971), *Santo Domingo y la Gran Colombia* (1971), *Los dominicos y las encomiendas. Indios de la isla Española* (1971), *Pintura y escultura en Santo Domingo* (1972), *La tertulia de los solterones* (1974), *Fundación de Baní* (1974), *Sociedades, cofradías, gremios y otras corporaciones dominicanas* (1975), *Nueva fundación de Puerto Plata* (1975), *Nuevas noticias de Puerto Plata* (1975), *Derrotero de la isla de Santo Domingo* (1975), *Lengua y folklore en Santo Domingo* (1975), *Acerca de Francisco del Rosario Sánchez* (1976), *Necrología del Padre de la Patria* (1976), *Ulises F. Espaillat y Benjamín Franklin* (1976), *Caricatura y dibujo en Santo Domingo* (1977), *El pleito Ovando-Tapia. Comienzos de la vida urbana en América* (1978), *Milicias de Santo Domingo, 1786-1821* (1978), *Mapas y planos de Santo Domingo* (1979), *Viajeros de Francia en Santo Domingo* (1979), *La Constitución de San Cristóbal 1844-1854* (1980), *Frases dominicanas* (1980), *Breve panegírico de Pedro Henríquez Ureña* (1981), *Artes dominicanas* (1982), *Elogio del Ayuntamiento de Santo Domingo* (1982), *Del vocabulario dominicano* (1983), *La muerte de Lilís, versos y documentos* (1983), *Mención de las ciencias en Santo Domingo* (1984).

LA TERTULIA DE LOS SOLTERONES

—Tendréis que contenerme, como a caballo desbridado —agregó don Antonio—, porque es mucho lo que hay que decir de la solteronía, cosas graves y cosas divertidas. Hablar de tema tan vasto es asomarse al misterio, a lo infinito, a cosas nuestras que nosotros mismos apenas conocemos o que ignoramos con profunda ignorancia. El destino es el culpable de nuestra soltería, pero el destino somos nosotros mismos. No sabemos a ciencia cierta por qué causas somos solterones, si por esto, si por aquello. Es como las enfermedades, que pocos saben cómo las contrajeron. Muchos que nunca pensaron en terminar como solterones, llegaron

a ese estado de manera inconsciente, por obra de las circunstancias; y así el del soltero es un caso continuo, que no tiene término, que se repite todos los días y cada vez con sus propias maneras, con su propio estilo. Se es solterón por tal o cual causa, pero en algunos concurre más de una. Una causa se mezcla con otra o con muchas otras, porque hay casos en que todo conspira en el individuo contra el matrimonio. Se puede, pues, clasificar a los solterones como Linneo clasificaba las plantas, por especies. Como pobre herbolario, al menos puedo deciros, sin que ninguno de vosotros se sienta aludido, de algunas de las infinitas causas de la solteronía...

Entre las principales yo pondría el amor al estudio, a las letras, a las ciencias, que absorben todo el tiempo del estudioso, para quien las horas son siempre breves y fugaces y que por lo mismo considera a la mujer un estorbo. El hombre de ciencia convierte el campo de investigación en su único mundo, y cuando viene a despertar de sus abstracciones ya es la tarde, es un solterón. Todo don Juan tiene que consagrar gran parte de su tiempo a la donjuanería: sin ello no hay don Juan. Conquistar una mujer es a veces tarea bien larga, que requiere muchos desvelos y muchas prendas, que no se ganó Zamora en una hora. Como el amor es cosa que pide dedicación y tiempo, el estudioso no suele pasar de los placeres ínfimos, de las mujeres volanderas. La excesiva pasión por el estudio anula así la vocación para la vida amorosa, como decía Tirso:

Entre el amor y el desdén,
mal la ciencia se conserva,
porque Venus y Minerva
jamás se llevaron bien.

Quizá si el mayor número de solterones se debe al viejo y grave mal de la timidez, que es, como se ha dicho, un estado de inferioridad, bien complicado por los tantos y variados complejos que de ella se derivan, de un sentimiento insuperable de pudor, de moralidad, de incapacidad, de miedo. Puede uno ser excesivamente sexual y, sin embargo, ser tímido en materia de amor. Puede estar dotado de la mayor atracción viril y, no obstante, ser apocado ante la mujer, que necesita siempre de los efluvios del

hombre, como la arena, que no se dora ni resplandece si no la cubre a diario el oleaje. Hay el tímido por morboso exceso de prudencia o de vergüenza, o por creerse incapaz para el amor. Hay también el tímido que lo es tan solo durante la adolescencia, y que luego se convierte en un cínico, en un don Juan.

Otra especie de solterón, digna de señalarse, es la del enamorado de sí mismo, que vive mirándose en el espejo de sí mismo, como una bella mujer, como el Narciso de la fábula. Y es caso bien curioso que son pocos los solterones en que no haya su algo de Narciso.

Como la del narcisismo, otras solteronías hay consagradas por algún mito o por algún suceso de la remota antigüedad. Al llamado complejo de Edipo se le atribuye una de las más comunes causas de la solteronía: la pasión de la madre, a veces demasiado pura, a veces bien morbosa. El famoso complejo parte del excesivo amor del hijo a la madre y de desamor al padre. De ahí que el hijo mimado o el supermimado, por no darle a la madre el dolor de su separación, sacrifica su vida a la soltería, se queda sin hijos y al fin se hunde en la soledad. Es el solterón que, ya bien maduro, todavía es hijo de su mamá, como se dice. Es el hijo dócil y amoroso que se inclina ante la madre autoritaria. No me caso, dice, porque no encuentro ninguna mujer como mi madre. No se casa por desmedida adhesión a la madre y, sin embargo, es, en muchos casos, poco menos que un don Juan cuyas conquistas celebra la madre como cosa propia, pero no más que como lances intrascendentes. La madre, pues, que extrema su amor maternal, condena al hijo a la solteronía, crea en él el complejo de Edipo, le convierte en el solterón que no halla mujer para casarse por falta de las inigualables calidades de su madre. Es el solterón apegado a la falda materna, que busca mujer al gusto de su madre, y es por demás difícil o casi imposible que la encuentre.

Al aquejado del complejo de Edipo se asemeja el solterón que ha venido a serlo por causa de sus hermanas, por mimado por ellas o porque teniendo una hermana mayor solterona no quiso desampararla y envejeció a su lado. Donde es uno solo el varón y varias las hermanas, lo corriente es que lo hagan solterón, según decía un médico que sabía mucho de estas cosas. Todo el que se ha criado entre faldas, si no posee una recia estructura viril, cae, bajo la influencia femenina, en la solteronía. El hombre se

hace apto para las mujeres no entre ellas, sino entre los hombres; el asno se convierte en garañón no criándose entre las yeguas, sino creciendo entre los caballos.

Otra especie de solterones, de nombre antiguo, es la de los hermafroditas, los que huyen de la mujer, como huyó Hermafrodito de la ninfa Salmacis. Lo que no significa, de manera absoluta, que los afeminados y los hermafroditas sean todos célibes, pues los hay, solterones o no, y de ilustre abolengo, como Sócrates, Platón, Epaminondas, Shakespeare, Leonardo, Miguel Ángel, César. Cosas de antaño condenadas en la Biblia, en el Levítico, con horrenda sanción: «Si uno se acuesta con otro como se hace con una mujer, ambos hacen cosa abominable y serán castigados con la muerte; caiga sobre ellos su sangre.»

También en los viejos tiempos se hablaba de los solterones amantes de los placeres solitarios, del onanismo, del placer de Onán, y del sadismo, aunque no todos los sádicos son solterones, que ni aun lo fue el famoso marqués de Sade.

En fin, infinitas son las causas de la solteronía e infinitos sus misterios. Pero algún día habrá alguna ciencia que la estudie, que ahonde en las cosas del amor, que penetre en las vidas; alguna ciencia que analice las almas y descifre sus enigmas. Pero ya esa no será cosa de nosotros, que todavía sentimos soplar sobre nuestras cabezas las ráfagas del romanticismo.

—Solterones hay, y muchos —dijo don Ramón— por motivos bien altos. Por amor a una fecunda soledad, por algún idealismo extraterreno, por una desmedida espiritualidad, por la búsqueda larga e inútil de la mujer ideal, la de sus sueños, de la sus gustos, la mujer imposible de demasiadas virtudes, la mujer bíblica. Son los que, como ante un piélago, perdidos en las divagaciones de lo ideal, que nunca llega, se quedaron esperando la barca que les trajera, entre las borrascas de la vida, la inasequible mujer perfecta, la suspirada por el enamorado Caballero de la Triste Figura.

Y los hay también por mil y mil diversas causas, más malas que buenas: por exceso de escepticismo, por apocados, por descuidados, por ineptos, por neurasténicos, por cretinos, por carentes de conciencia amatoria, de capacidad de amar, por la escasa salud, por ser de naturaleza escasamente enérgica, por contagio o por herencia, que la soltería se contagia y hereda, como se ve por algunas familias en que abundan los célibes de manera abru-

madora; los hay por demasiado entregados a sus profesiones, a sus negocios; por encontrarse indignos de la mujer amada, por su rango, su cultura o su riqueza, a pesar de que tanto abundan los matrimonios desiguales; porque, frustrado cazador de fortuna, no halló propicia la moza adinerada y no quiso ir al matrimonio con mujer pobre; por fidelidad a la palabra dada en una despedida; por hastío de la mujer, como se hastió Tannhäuser de los placeres; por avaro —el avaro que recuerda el tapiz de la casa real que representa al amor repelido por la avaricia—, el avaro que solo tiene amor para su oro.

—Decía Cervantes —dijo don Antonio— que «si todas las bellezas enamorasen y rindiesen sería un andar de voluntades confusas y descaminadas sin saber en cuál había de parar...». Y ahí está implícitamente definido un tipo de solterón, el que se enamora de todas sin saber en cuál ha de parar, pero que irremediablemente para en lo que menos espera, en la solteronía, que es cosa bien confusa, por más que se diga que solo hay dos clases de solterones: por exceso de gusto por las Evas o por desabrimiento, por aversión a las mujeres. Pero la verdad es que hay tantas clases de solterones como solteros hay, que cada uno es uno: el solterón empedernido, empecinado, el rico, el avinagrado, el calavera, el vicioso, el libertino, el pisaverde, el viejo verde, el pisaflor, el muy corrido, el de por vida, el agrio, el jovial, el tacaño, el generoso, el libidinoso, el gustador de la fruta prohibida, el Tartufo —para quien no es pecar pecar calladamente—, el que se cree un Adonis, el alabancioso, el andariego —pájaro que no halla rama en qué posarse— el amigo de casquivanas y de rameras, el hinchado por la vanidad, que no halla mujer digna de él para sacrificar en el matrimonio su adoración de sí mismo, el que todo lo deja para mañana, el cobarde, el pusilánime, el irresponsable, que le teme al matrimonio como el diablo a la cruz; por esta o por aquella razón, entre otras, porque el matrimonio es, si bien se mira, un acto heroico; por fatalista, que nació con la aprensión de que no hallará la felicidad en el matrimonio y permaneció abrazado a su negativo fatalismo; el egoísta —y el egoísmo es uno de los principales cimientos de la solteronía—, que aduce como razón el gusto de vivir solo, que no se consagra a una sola mujer pero que se complace en que más de una se consagre a él, que cultiva su propio egoísmo en su estrecho predio,

donde nunca habrá un bosque, sino un árbol solitario y una sombra escasa. Y también los *viejeros*, amantes de las musas otoñales, de las Venus tardías, que tienen más maduro sabor, como fruta que está al caer de la rama, que son más sabias, más expertas y sensibles en las cosas del amor. Por algo decía Ovidio que ciertos hondos placeres no se disfrutan sino después de los siete lustros. Que los impacientes beban vino nuevo; a mí me sabe bien un ánfora —decía— llena de ha largo tiempo... ¿Pero no dijo Ovidio que también hay la mujer madura aficionada a los jovenzuelos?

Hay, pues, solterones buenos y malos, podría decirse. Pero a mi ver el peor de ellos es el escéptico, el pesimista, que no se casa porque no cree en nada ni en nadie, porque considera que la vida no vale la pena vivirla ni menos multiplicarla.

JOAQUÍN BALAGUER
(1906)

Ensayista, crítico literario, narrador, poeta, abogado, orador, educador, político, estadista. Nació en Navarrete el 1° de septiembre de 1906. Su dilatada vida pública abarca casi siete decenios, lapso en el que ha desempeñado innumerables cargos. Durante el régimen de Trujillo —de quien fue ideólogo y estrecho colaborador—, fue Secretario de Estado y Embajador en distintas oportunidades, llegando a desempeñar entre 1957 y 1962 la Vicepresidencia y la Presidencia de la República.

Es un político inteligente, sagaz, enigmático, conocedor como pocos de la psicología y la mentalidad de los dominicanos, y un estadista que ha sabido mantenerse en el poder contra viento y marea. La caída de Trujillo le obligó a exiliarse a principios de 1962, para retornar al país en los conflictivos meses de la insurrección de abril de 1965. Al año siguiente resultó electo Presidente de la República, para gobernar el país en tres períodos consecutivos (1966-1978). Derrotado por el Partido Revolucionario Dominicano se mantuvo en la oposición ocho años, para regresar triunfante en 1986. Desde entonces, no obstante su ceguera y sus limitaciones físicas, ha gobernado exitosamente, enfrentando cada día los altibajos de la situación nacional.

Como escritor ha dado una admirable demostración de constancia en la práctica de su oficio, desde la publicación de su primer libro en 1922. Lo mejor de su producción literaria está, sin duda, en sus enjundiosos ensayos, sus semblanzas y biografías noveladas, y sus discursos políticos. Es un escritor cuya prosa, con el paso de los años, ha ganado en fluidez y transparencia y en eficacia comunicativa. En 1990 obtuvo, junto a Juan Bosch, el Premio Nacional de Literatura.

OBRAS PUBLICADAS:

Psalmos paganos (1922), *Claro de luna* (1922), *Tebaida lírica* (1924), *Nociones de métrica castellana* (1930), *Azul en los charcos* (1941), *La realidad dominicana* (1941), *El Tratado Trujillo-Hull y la liberación financiera de la República Dominicana* (1941), *La política internacional de Trujillo* (1941), *Guía emocional de la ciudad romántica* (1944), *Letras dominicanas* (1944), *Heredia, verbo de la libertad* (1945), *Palabras con dos acentos rítmicos* (1946), *Realidad dominicana. Semblanza de un país y un régimen* (1947), *Los próceres escritores* (1947), *Semblanzas literarias* (1948), *En torno de un pretendido vicio prosódico de los poetas hispanoamericanos* (1949), *Literatura dominicana* (1950), *El Cristo de la libertad* (1950), *Federico García Godoy* (antología, 1951), *El principio de alternabilidad en la historia dominicana* (1952), *Juan Antonio Alix: Décimas* (prólogo y recopilación, 1953), *Consideración acerca de la producción e inversión de nuestros impuestos* (1953), *Apuntes para una historia prosódica de la métrica castellana* (1954), *El pensamiento vivo de Trujillo* (1955), *Historia de la literatura dominicana* (1956), *Discursos, panegíricos, política y educación política internacional* (1957), *Colón, precursor literario* (1958), *El centinela de la frontera. Vida y hazañas de Antonio Duvergé* (1962), *El reformismo: Filosofía política de la revolución sin sangre* (1966), *Misión de los intelectuales* (Discurso, 1967), *Con Dios, con la patria y con la libertad* (Discurso, 1971), *Conjura develada* (Discurso, 1971), *Ante la tumba de mi padre* (1972), *Temas educativos y actividades diplomáticas* (1973), *La marcha hacia el Capitolio* (1973), *Discursos. Temas históricos y literarios* (1973), *Temas educativos y actividades diplomáticas* (1974), *Cruces iluminadas* (1974), *La palabra encadenada* (1975), *Martí, crítica e interpretación* (1975), *La cruz de cristal* (1976), *Discursos escogidos* (1977), *Discurso en el develamiento de la estatua del poeta Fabio Fiallo* (1977), *Juan Antonio Alix, crítica e interpretación* (1977), *Pedestales. Discursos históricos* (1979), *Huerto sellado. Versos de juventud* (1980), *Mensajes al pueblo dominicano* (1983), *Entre la sangre del 30 de mayo y la del 24 de abril* (1983), *La isla al revés* (1983), *Galería heroica* (1984), *Los carpinteros* (1984), *La venda transparente* (1987), *Memorias de un cortesano de la «Era de Trujillo»* (1988), *Romance del caminante sin destino* (Enrique Blanco) (1990), *Voz silente* (1992), *De vuelta al Capitolio 1986-1992* (1993), *Yo y mis condiscípulos* (1996), *España infinita* (1997), *Grecia eterna* (1999), *La raza inglesa* (2000), *Primeros escritos de Joaquín Balaguer* (Compilados por Julio Jaime Julia, 2000).

LA PALABRA ENCADENADA

TRUJILLO
EL HOMBRE

La vida militar de Trujillo está llena de episodios asombrosos. Los testimonios de valor personal abundan en ella desde que se inicia, como Segundo Teniente, hasta que escala gradualmente las más altas posiciones de la carrera castrense. El sentimiento del deber, el férreo y absorbente concepto de la disciplina, es el rasgo que más impresionantemente define la personalidad del soldado.

En él es innato el don de mando. Desde que ingresó al Ejército, se distinguió por su disposición para actuar como jefe y para hacerse obedecer casi espontáneamente. El paso infalible, la pulcritud en el vestido, el imperio natural que irradia de su mirada aquilina como un nimbo metálico, lo predestinaban a la carrera que eligió por impulso de una vocación irresistible.

Jamás pasó inadvertido. En el cuartel, en el salón, en la calle, en las grandes asambleas o en los consejos de gobierno, atrae hacia sí todas las miradas y se destaca, casi sin proponérselo, como un ser extraño, como una individualidad extraordinaria. Una vez, investido con el rango de Embajador de la República, entró sin que nadie lo anunciara al salón en que las Naciones Unidas celebraban una de las ruidosas reuniones convocadas a raíz de la aprobación de la Carta de San Francisco, y su fuerte personalidad atrajo la atención de todo el público allí congregado, en el cual figuraban algunos de los más grandes parlamentarios y de los primeros estadistas del mundo. Siempre, en medio de la multitud, entre la vasta marea democrática de las movilizaciones populares, o en el ambiente solitario y austero del gabinete de trabajo, de la fisonomía del hombre superior emanó una irradiación magnética que se asemejaba a la de las grandes montañas o a la de los astros en la lejanía del firmamento estrellado.

Lo extraordinario en Trujillo no fue sólo, sin embargo, la fascinación personal, el aura romana que lo envolvió en una especie de dignidad majestuosa, sino el respeto que inspiró a sus subalternos en la vida del cuartel o en las actividades en que intervino como combatiente civil y como hombre de Estado. El senti-

miento que inspiraba no era sólo de temor reverente, de sumisión absoluta, sino también de cálida simpatía, especie de flor de tempestad que nacía espontáneamente sobre la aridez de las relaciones puramente oficiales. Mitrídates conocía, según sus biógrafos, el nombre de cada uno de sus soldados. Trujillo llevaba también estampada en la memoria la fisonomía de todos sus servidores. Gracias a su retentiva prodigiosa, le era dable pasar revista, desde su mesa de trabajo, a todo su ejército, y sentir las pulsaciones del país entero al través de todo el territorio dominicano.

EL NACIONALISTA

Otro rasgo del carácter de Trujillo fue el de su fina sensibilidad patriótica. El país no ha tenido otro gobernante más celoso que él de las prerrogativas que el primer magistrado de la nación tiene el deber de preservar por mandato de la propia Constitución del Estado. Ese sentimiento fue una de las fuerzas modeladoras de su fibra moral desde que ingresó a la carrera de las armas. La primera manifestación pública de ese patriotismo acrisolado, siempre despierto como una cuerda vibrante, ocurrió en el Seybo, cuando enarboló con honores en la Gobernación de esa ciudad, en plena intervención militar, la bandera dominicana. Luego, como primer dignatario de la República, defendió siempre intransigentemente los fueros nacionales. No hay un solo caso durante su rectoría política en que el país haya abdicado, en su vida de relación con gobiernos extranjeros, de los atributos inherentes a su soberanía, o a su derecho a discutir de par a par con los demás Estados.

En las postrimerías del gobierno del general Horacio Vásquez, hacia fines de 1928, se establecieron por iniciativa de Trujillo, a la sazón Jefe del Ejército Nacional con el grado de Brigadier, varios puestos avanzados en la línea fronteriza. La medida tendía a evitar el tráfico clandestino y las violaciones sistemáticas del territorio dominicano que habían dado origen, desde el pacto de Aranjuez, a frecuentes disgustos y fricciones entre los gobiernos de los dos países. Pero el hecho provocó en Haití un estado de alarma, y la cancillería de esa nación puso en movimiento las mismas argucias que durante un siglo le habían servido para lo-

grar que las fronteras permanecieran abiertas, para el trasiego constante de merodeadores y de inmigrantes indeseables hacia el territorio dominicano. La Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores, víctima del recelo que durante largas décadas inspiró a nuestros hombres de gobierno la diplomacia haitiana, solicitó la intervención del Presidente Vásquez para que las nuevas guardias fronterizas fueran inmediatamente clausuradas. Se adujo que el mantenimiento de esa providencia podía causar un conflicto entre los dos Estados. Trujillo objetó el criterio de la cancillería y mantuvo su decisión contra las protestas de los grandes jerarcas del gobierno. Así empezó lo que debía desembocar después en una política sin precedentes para hacer respetar en las fronteras la soberanía dominicana. En ese simple incidente asomaba ya de cuerpo entero el dominicano incorruptible que durante toda su carrera militar mantuvo en alto, ante los ojos del mundo, el concepto de nuestro patriotismo integral y de nuestra libertad sin restricciones.

EL GOBERNANTE

El pensamiento de Trujillo como hombre de Estado, oscila, como un péndulo, entre dos criterios opuestos: el liberalismo y la autocracia. Nadie ha utilizado con más habilidad y energía los instrumentos del poder para crear en el país una sociedad verdaderamente igualitaria. De su intervención en la esfera oficial, arranca la eliminación de todos los prejuicios aristocráticos que habían sobrevivido como un residuo de la era colonial en la vida dominicana. La democratización de la sociedad, indispensable en un país en que la división de la población en clases no se hallaría justificada ni por diferencias notables en el nivel económico ni por motivos de alcurnia o de raza, se logra después de 1930, como consecuencia de la desaparición de las camarillas políticas y de las oligarquías sociales. La concentración del mando en un solo hombre, barrió con los caciques, y la fuerte personalidad del nuevo capitán pesó sobre todos los prestigios locales como una cuchilla niveladora. El cargo público, las grandes posiciones de la jerarquía oficial, se hicieron a su vez accesibles a todos los ciudadanos. La única credencial para servir al Estado, la constitu-

yeron en lo sucesivo la aptitud y la habilidad personales. Muchos advenedizos han surgido para señorear, sin título para ello, las más altas dignidades de la vida pública; pero la incapacidad, escudada en el prestigio artificial del apellido, ha sido en cambio desplazada por el coraje del carácter o por la supremacía de la inteligencia. Esa es, después de todo, la falla característica de la democracia: en el río revuelto que ella desata para romper a su alrededor todas las barreras sociales, triunfan los más aptos, pero también los más audaces o los más inescrupulosos.

Con la democratización de la vida nacional coincidió, bajo la Era de Trujillo, el establecimiento de un régimen totalmente cesáreo. Características de esa autocracia casi absoluta, son la unidad en el mando y la gravitación del pensamiento oficial sobre la conciencia y sobre la vida de cada dominicano. El Estado, o quien lo personifica, lo encauza todo: desde la acción administrativa hasta las reivindicaciones de la masa trabajadora. Pero las normas protocolarias, la pompa exterior, las reglas que pertenecen más bien a la forma que a la esencia del régimen representativo, son religiosamente observadas. La fisonomía del gobierno es estrictamente civil, con sus poderes autónomos, su Constitución democrática, sus garantías individuales y su seguridad social, como en las instituciones clásicas de procedencia inglesa. Esa dualidad, aparentemente artifical, refleja con escueta fidelidad el pensamiento íntimo de Trujillo: hombre sinceramente adicto al protocolo, respetuoso de las buenas maneras, a las que concede una importancia de primer orden, lo mismo en la vida social que en la gobernación del país, es al propio tiempo un convencido de la inutilidad de las teorías para educar a los hombres y para dirigir el Estado.

Cuando en 1930 salió de los cuarteles para encabezar el movimiento cívico contra la corrupción oficial y el desastre administrativo, fue invitado a celebrar una entrevista en las fronteras con el Coronel Coqs, uno de los comandantes de las fuerzas norteamericanas que ocupaban el territorio de Haití. El encuentro fue sugerido por el Departamento de Estado, con el propósito disimulado de utilizar el ascendiente amistoso del oficial norteamericano para impedir que Trujillo aceptara su postulación como Presidente de la República por las mayorías que aspiraban a un cambio de rumbo en la vida dominicana.

El diálogo entre los dos altos oficiales fue breve, pero decisivo para el soldado que iba a iniciar su carrera como hombre civil y como estadista predestinado para una vida hazañosa. El Coronel Coqs, ponderó las responsabilidades de la carrera castrense e insinuó veladamente el deseo de que el antiguo jefe del Ejército Nacional se sustrajera a la política para seguir dirigiendo desde el cuartel la evolución hacia el orden de las instituciones nacionales. El oficial dominicano dijo a su vez que no se apartaría de la línea trazada por los acontecimientos y que no se inclinaría sino ante la voluntad popular. Su candidatura respondía al deseo de sus conciudadanos de confiar sus destinos a un hombre nuevo y capaz, que careciera de compromisos con el pasado. El oficial norteamericano, conocedor de la poca simpatía con que Sumner Welles y otros dirigentes del Departamento de Estado veían el ascenso al poder de un hombre enigmático a quien sólo conocían por su eficiencia y su rectitud como soldado, se interesó entonces por el porvenir político de su antiguo compañero de armas. Tomando en sus manos la ametralladora de uno de los ayudantes que habían acompañado a Trujillo hasta la fortaleza de Elías Piña, sitio en que se celebró la entrevista, inquirió con acento reflexivo:

—¿Tienes muchas como ésta?

—Sí, las suficientes, contestó Trujillo con firmeza.

—Pues no confíes más que en ellas.

El oficial de la marina americana que participó en esta entrevista histórica, no supo probablemente que las palabras con que cerró sentenciosamente la cita de Elías Piñas reflejaban con impresionante fidelidad una de las facetas más peculiares del carácter de Trujillo. Temperamento realista, analiza con frialdad el fenómeno político y sólo confía en sus armas, en sus recursos propios, en el imperio que ejerce sobre sí mismo y en los medios que tiene a su alcance para doblegar o para someter a su capricho los acontecimientos humanos. Siendo, como era, capaz de todas las ternuras, no vacilaba ante nada cuando tenía que obedecer a esta deidad inexorable: la razón de Estado. La historia ofrece algunos ejemplos rarísimos pero elocuentes, de esa clase de hombres nacidos para las funciones de gobierno: el Cardenal Richelieu, sordo al ruego, impermeable a la piedad, superior a su propia investidura religiosa, cuando envió a Marillac al cadalso para sal-

var a Francia de la anarquía, y como el gran paraguayo Carlos Antonio López, impasible ante el sacrificio del Sargento Duré o ante el infortunio de Mariano Antonio Molas, para impedir que su obra de reconstrucción nacional fuera interrumpida por los falsos principios liberales que empezaban a llegar a Asunción al través del Paraná y desde las orillas del Plata.

Pero como el viejo Cardenal al Vicario que administró los últimos sacramentos, Trujillo pudo decir al término de su carrera, la más larga y la más versátil que haya cumplido un gobernante dominicano: «No he tenido más enemigos que los del Estado.»

EL JEFE

Trujillo se formó militarmente en los moldes de la infantería norteamericana. Instruido por oficiales del Ejército de ocupación en la Academia de Haina, adquirió en esa escuela no sólo la disciplina personal sino también los hábitos del soldado de los Estados Unidos.

El aseo personal, visible en la limpieza irreprochable del uniforme, rayaba en él en la exageración. El cuartel desarrolló en él el amor a la pulcritud y al orden. Le molestaba sobremanera un mueble sucio o un escritorio lleno de papeles. Era puntual en sus citas. Metódico en las comidas. Sometía a un horario inflexible aun los actos más nimios de la vida ordinaria. Cuando llegó al Gobierno y se improvisó como estadista, mantuvo esas normas con rigidez en las actividades oficiales.

Su primer acto, al llegar cada mañana al Palacio de Gobierno, consistía en hacer un recorrido por la planta del edificio en que se hallaban instaladas las oficinas. Lo ojeaba todo con rapidez y departía por breves momentos con sus colaboradores más cercanos. Luego se entregaba, durante cuatro o cinco horas consecutivas, a enterarse de la correspondencia recibida y a despachar los expedientes gubernamentales que requerían su intervención personal. Mientras realizaba esta labor, asistido generalmente por su ayudante militar, recibía visitas de funcionarios o de particulares a quienes había previamente citado. A las doce en punto subía al comedor del Palacio con algunos de sus allegados. Aprovechaba estas comidas, para cambiar impresiones con sus

íntimos. Oía a muchos de ellos, en tales ocasiones, relatar episodios históricos o pequeños chismes de familia. Era extraordinariamente afecto a las intrigas de salón y a los enredos sociales. Le encantaba oír, de labios de sus contertulios habituales, la relación de una infidelidad conyugal o de algún descalabro sufrido en su honor o en su hacienda por algunas de las principales familias dominicanas. En estas particularidades se revelaban el matiz femenino que había en la complejidad de su carácter y el resentimiento social que albergó siempre en su pecho. Se levantaba apenas comía el último bocado, y se dirigía entonces a *Estancia Ramfis*, sede en los últimos años de la Cancillería dominicana. En los jardines de esa suntuosa residencia, reconstruida por él a orillas del mar, se paseaba a pie durante media hora. Luego se retiraba a su hogar, en donde permanecía en compañía de su familia hasta la hora de reintegrarse a sus oficinas en el Palacio de Gobierno. Durante la tarde, se repetían en su Despacho y en los corredores del Palacio los mismos actos que le hemos visto realizar en la mañana. Trabajaba intensamente hasta pasadas las siete de la noche. Antes de retirarse nuevamente a su residencia particular, solía reunirse a charlar con los colaboradores y amigos de su preferencia en uno de los salones inmediatos a su Despacho. En los últimos años no faltaba nunca a esos momentos de expansión el Jefe de su servicio de Seguridad, Coronel Johnny Abbes García.

Cenaba frugalmente en «Estancia Radhamés», el nuevo palacete que se hizo levantar en la calle «César Nicolás Penson», sobre una extensa faja urbana cuyos jardines colindaban con los de la Embajada de los Estados Unidos. Eran estas probablemente sus únicas horas verdaderamente íntimas, después de un largo día dedicado a agobiantes tareas oficiales. La compañía de sus nietos, vástagos de su hijo mayor, Rafael Trujillo Martínez, le proporcionaba al atardecer de cada día estos ratos de verdadera felicidad. El único afecto real de su vida lo constituían estos niños, nacidos cuando ya sus fuerzas declinaban y cuando ya su propio imperio político había empezado a perder la fortaleza de otros tiempos.

Una corta visita a su madre, residente en una suntuosa mansión cercana a «Estancia Radhamés», cerraba habitualmente este breve paréntesis de intimidad familiar. Entonces se dirigía, seguido de

una numerosa comitiva de amigos y de militares de alto rango, a la Avenida «George Washington», hermoso paseo lleno del rumor del mar y abanicado por palmeras y por fuertes aromas tropicales. Rodeado de contertulios obsequiosos, permanecía allí hasta la hora de retirarse a descansar. Esta costumbre la mantuvo hasta el día mismo de su muerte. Ni las inclemencias del tiempo ni las borrascas políticas que tan frecuentes fueron en los tres últimos años de su existencia tormentosa, le impidieron asistir cada noche a esa cita con sus favoritos de turno, algunos de los cuales participaron en la trama que le costó la vida a pocos pasos del sitio que durante años enteros sirvió de escenario a estas reuniones.

LA SEMANA DE TRUJILLO

Trujillo no sólo fue un gobernante de halcón en el puño, exageradamente desconfiado y celoso de sus prerrogativas, sino también un hombre de empresa. Dedicó siempre una parte importante de su tiempo a sus negocios particulares. No hay duda de que sus aptitudes como empresario no fueron menos sobresalientes que sus aptitudes como caporal político y como hombre de Estado. Creó en el país un sinnúmero de industrias nuevas y consagró al desarrollo de las mismas una parte considerable de la tremenda energía que desplegó en treinta años de dominio sobre el pueblo dominicano.

Todas sus empresas tuvieron evidentemente un aspecto odioso, porque las transformó en monopolios y redujo con cada una de ellas enormemente el campo de la iniciativa privada. Cuando invadía un sector cualquiera de la economía nacional, quedaba erigido en dueño absoluto de ese terreno, vedado a todo intento competitivo. Pero es lo cierto que impulsó el desarrollo económico del país y que enseñó al empresario nativo a lanzarse sin temor a la conquista de nuevos horizontes industriales. La poderosa máquina de su ambición allanaba todos los obstáculos y se sobreponía a menudo al pesimismo y al espíritu rutinario propios de un pueblo sin aptitudes para las aventuras y para las empresas arriesgadas.

El éxito de sus iniciativas en el campo económico, se debe en gran parte al hecho de que puso sin el menor escrúpulo al servi-

cio de su hacienda privada los recursos técnicos y mecánicos de la Administración Pública. Así, la mayor parte de los oficios subalternos en su finca «Fundación», convertida en el primer establecimiento ganadero de la República, eran desempeñados por empleados pertenecientes a la Secretaría de Agricultura y a la de Obras Públicas. Otras labores, como la de vigilancia y todas las que no exigían conocimientos especiales, eran ejercidas por clases y rasos de las Fuerzas Armadas. El imperio azucarero que levantó en cinco años, realizando en ese lapso una tarea que hubiera exigido décadas enteras para otra clase de empresario, surgió y creció desde el principio como una obra del Estado. La mayor parte del material humano que se utilizó en el Central Río Haina, el cual pretendió convertir en el ingenio más extenso del mundo, procedía de la Administración Pública y siguió siendo pagado con fondos oficiales. Los préstamos obtenidos con bancos extranjeros para el financiamiento de las operaciones de instalación y de expansión de ese feudo cañero, fueron garantizados con las propias divisas y las reservas de oro del Banco Central de la República. Pero si se descartan esos abusos, fruto de la confusión que se operó en su mente de dictador omnímodo entre lo que era suyo y lo que correspondía al Estado, y si se resta de la cuenta de sus éxitos la porción leonina que hay que atribuir a la coacción y al privilegio, no puede desconocerse que Trujillo poseyó una voluntad de acero, dotada de energías casi sobrehumanas. La cantidad de asuntos y la complejidad de funciones que requerían a diario su atención, hacían pensar en un hombre que estuviera hecho de hierro desde los pies a la cabeza.

El secreto de su enorme capacidad de trabajo residió en la severa disciplina que aplicaba a su esfuerzo al través de una vida militarmente sistematizada. dio siempre a sus subordinados el ejemplo, trabajando como un titán desde las cinco de la mañana. Pero supo al propio tiempo reponer cada semana sus energías con un largo descanso en sus posesiones privadas. No permitía que nadie, entre cuantos laboraban bajo sus órdenes, disfrutara de un día de reposo. Pero él mismo, con un egoísmo diabólico y a veces refinado, sabía proporcionarse el asueto necesario para mantener intactas sus fuerzas físicas y sus energías intelectuales. Así, la semana de Trujillo estaba sabiamente repartida entre un trabajo agotador y un período de solaz, durante el cual renovaba

las energías agotadas por cuatro o cinco días de labor asidua. Después de trabajar sin tregua desde el domingo en la mañana hasta el miércoles en la noche, se retiraba a su hacienda «Fundación», en donde permanecía habitualmente hasta el sábado de cada semana, entregado a los placeres del campo, en contacto íntimo con la naturaleza, o haciendo largas excursiones a caballo dentro de sus posesiones rurales. No era raro que compartiera con sus peones, durante sus vacaciones semanales, tareas tan rudas como la del ordeño de sus vacas «Holstein» o la domadura de un potro de raza escogida. Las noches pasadas en su mansión de «Las Caobas», construida con maderas de la mejor clase en una colina situada en medio de un valle primoroso, solía dedicarlas a expansiones íntimas con personas de su mayor confianza. Amigos obsequiosos, cuya ocupación principal consistía en coleccionar mujeres para el harén del César, llevaban con frecuencia a esas veladas a aquellas que habían sido escogidas por él, entre las muchas que aspiraban a su protección o que deseaban acercarse al personaje todopoderoso en busca de algún favor para sí o para alguno de sus familiares. El día antes de su partida para *Fundación*, solían desfilar por el Despacho de Trujillo una gran cantidad de aspirantes, por lo general bellezas núbiles destinadas a alegrar la senectud melancólica de este don Juan marchito. Las candidatas eran traídas desde diversos lugares de la República y pertenecían a todas las categorías sociales. Estas escenas, presenciadas desde lejos por la empleomanía del Palacio, constituían uno de los signos más desalentadores de la descomposición moral que en los últimos tiempos de la tiranía empezaba a minar la sociedad dominicana.

Cuando alguna joven de buenos sentimientos no cedía a los caprichos de Trujillo, los cortesanos que medraban gracias al celestinaje palaciego, se encargaban de vencer su resistencia con las artimañas y las coacciones más viles. Primero, se utilizaban los halagos para tentar la vanidad de la víctima con el deslumbramiento del poder y de la riqueza; luego, el cerco tendido a los familiares más influyentes para incitarlos, con un empleo o con una dádiva, a participar en la persecución desatada contra la virtud o contra la inocencia, y, finalmente, la amenaza hecha drásticamente a toda la familia, expuesta entonces a recibir todo el peso de las cóleras egregias. Cuando en el seno de una familia pun-

tillosa en cuestiones de honor, se levantaba una joven dotada de grandes atractivos físicos, el primer cuidado de sus padres consistía en sustraerla a las miradas del César, enviándola fuera del país, si sus medios económicos se lo permitían, o alejándola de los salones frecuentados por el mundo oficial en los días de acontecimientos sociales. A pesar de sus setenta años, ya en sus horas crepusculares, Trujillo siguió viviendo en una permanente combustión de los sentidos, ávido siempre de las bellezas tropicales que el fuego de nuestra tierra produce con la misma espontaneidad con que produce los claveles.

MANUEL DEL CABRAL
(1907-1999)

Poeta, narrador, dramaturgo, pintor, diplomático. Nació en Santiago de los Caballeros el 7 de marzo de 1907 y murió en Santo Domingo el 14 de mayo de 1999. En su juventud desempeñó cargos diplomáticos que le permitieron viajar mucho. Residió en Madrid y Buenos Aires, dos de las grandes capitales del mundo editorial de habla hispana, donde entró en contacto con ilustres figuras del ámbito literario europeo y americano. Precisamente en España y Argentina aparecieron sus antologías poéticas, convirtiéndose de inmediato en el poeta dominicano más conocido en el extranjero.

Su obra poética constituye una de las más elevadas expresiones de la literatura dominicana contemporánea, por su excelencia y universalidad. El autor posee un espíritu inquieto y curioso y es un incansable buceador que se ha pasado la vida buscando nuevas vías de creación, siempre audaces y originales. Esta es la clave de su eterna juventud y del extraordinario dinamismo de su obra. Estamos en presencia de un poeta telúrico, con fuerte arraigo en su Cibao natal y enorme vuelo para ascender de la poesía épico-lírica de sabor popular y folklórico a múltiples manifestaciones temático-formales. Si con su Trópico negro se distinguió como un gran exponente de la poesía negra en las Antillas, con su legendario Compadre Mon *—paradigma del héroe popular de tierra adentro— alcanzó la cima de su obra.*

Como narrador ha escrito cuentos y novelas en los que pone de manifiesto su condición de poeta, mostrando sus indudables cualidades de hacedor de ficciones, espontáneo e imaginativo, que nos introduce a un

universo onírico muy personal. En 1992 la Fundación Corripio y la Secretaría de Estado de Educación y Bellas Artes le otorgaron el Premio Nacional de Literatura.

OBRAS PUBLICADAS:

Pilón, cantos del terruño y otros poemas (1931), *Color de agua* (1932), *Doce poemas negros* (1935), *Poemas* (1936), *Ocho gritos* (1937), *Biografía de un silencio* (1941), *Trópico negro* (1941), *Sangre mayor* (1942), *Compadre Mon* (1943), *Chinchina busca el tiempo* (1945), *De este lado del mar* (1949), *Antología tierra 1930-1949* (1949), *Veinte cuentos* (1951), *Sexo y alma* (1956), *Treinta parábolas* (1956), *Dos cantos continentales y unos temas eternos* (1956), *Antología clave 1930-1956* (1957), *Pedrada planetaria* (1958), *Carta para un fósforo no usado y otras cartas* (1958), *Catorce mudos de amor* (1962), *Historia de mi voz* (1964), *La isla ofendida* (1965), *Los relámpagos lentos* (1966), *Los antitiempos* (1967), *El escupido* (1970), *El presidente negro* (1973), *Poemas de amor y sexo* (1974), *Obra poética completa* (1976), *La carabina piensa* (1976), *Cuentos* (1976), *Palabra* (1977), *El jefe y otros cuentos* (1979), *Diez poetas dominicanos: tres poetas vivos y siete desenterrados* (1980), *Cuentos cortos con pantalones largos* (1981), *Cédula del mar* (1982), *Antología tres* (1987), *La espada metafísica* (1990).

CUENTOS CORTOS CON PANTALONES LARGOS

GALO

Galo se levantó sensiblemente sorprendido, pues, a pesar de que su temperamento no era ni exaltado ni predispuesto al temor, no pudo contener la repentina manifestación de asombro que, desde los ojos, le bajó por el pulso a todo el cuerpo y, temblando, comenzó a monologar, a interrogarse a sí mismo: ¿Por qué amanecí con las manos ensangrentadas? ¿Cómo y cuándo se mancharon mis dedos de vena si ellos no están heridos y ni siquiera me duelen? Además, si he dormido toda la noche, si nadie ha perturbado mi profundo sueño, ¿en qué raíz de sombra se esconde el secreto de este hecho sorprendente?

Así se interrogaba Galo, la mañana en que amaneció con las manos pintadas de tragedia. Sin embargo, porque un orgullo de hombre constantemente le cosquillea en el cuerpo y en la palabra, y, además, para no crear dudas de mala fe, Galo decide valientemente enterrar aquello en un puro silencio, exclamando: «Después de todo, esto se lava con agua»; y pocos segundos más tarde sus manos estaban perfectas de limpieza.

Pero... ¿Y el instinto de Galo? Su olfato se arrastraba como el de los perros en busca de algo... No obstante, llevaba su vida física siempre normal, ni el más común de sus actos exteriorizaba su oculto huracán, y ni el amigo más agudo advertía en él su brusco cambio interno. El era el mismo para todos, porque su orgullo y fuerza moral se sostenían sobre una sólida base: su espíritu.

Pero otra mañana, Galo amanece con las manos perfumadas, cuya fragancia trascendía a un fuerte recuerdo de cuello de mujer violada. Este segundo hecho le sorprendió más, porque le produjo una terca y corrosiva sospecha, la que a cada instante le devoraba todo aquello que pertenece a la sensibilidad y al pensamiento. Y volvió casi sombrío, a sus antiguas autointerrogaciones. Pero, también, esta vez, en esa tierra pura del silencio enterró su oloroso secreto.

No transcurrió mucho tiempo, cuando de nuevo, otra mañana, las manos de Galo amanecieron cargadas de llaves extrañas... Los ojos de Galo se abrieron lo mismo que dos gritos sin fronteras. El asombro le corría por su cuerpo igual que un río de agujas. Si él vivía y dormía completamente solo, ¿cómo contenía su asombro? ¿Cómo podía detener ya su temor? La horrible sospecha seguía penetrando su voluntad con insistencia de manía. Especulaba con su propia sombra. Pero hizo un esfuerzo, juntó las llaves, que entre sus dedos tenían un sonido a delito, luego las envolvió en un oscuro trapo, y en un profundo hoyo del patio de su casa las enterró cuidadosamente. Sin embargo, no estaba tranquilo.

¿Qué actitud podía tomar ahora? ¿Hacia qué refugio iría a buscar lumbre? ¿Qué camino lo salvaba? Galo estaba perfectamente seguro de su inocencia; pero, ¿cómo probaba ésta si tenía todo el cuerpo del delito? Además, ignoraba el origen, la fuerza que movía todo aquello...

El silencio era su tragedia.

No obstante, Galo decide escribir sus memorias. Y no vacila en expresar sus profundas flaquezas; y habla de un fluido extraño que rodea su cuerpo y gobierna ciertas cosas de su vida, provocando en su fuerte temperamento una incorregible timidez y una constante superstición. No puede comprender por qué ha llegado a tener temor de su propia persona, y la idea que más acaricia es poder huir de su yo; desea repartirse; busca no sentir su propia voz, quiere no encontrarse con sus raíces...

Pero el tiempo y su orgullo se van comiendo a Galo, y éste no comprende que su extraña enfermedad consiste en que se le desprenden sus manos cuando duerme. Sólo Simón, el hindú, espera precisamente la hora exacta en que Galo comienza a dormir, y en ese instante, se apodera de ellas. Mucho tiempo tiene Simón aprovechando las manos de Galo; y ha tiempo que el pueblo no descubre ciertos robos, violaciones y crímenes perfectos. Pero Simón sigue enriqueciéndose a pasos gigantes, sólo él sabe que sus dedos están ensangrentados, y de una sangre tan invisible para los extraños, que, únicamente las autoras del hecho... —las inocentes manos de Galo— conocen esta sangre.

Sin embargo, crecen los días, y una noche, el mago tiene una grave enfermedad y en su delirio hace brotar culebras de los sombreros de los doctores; y de súbito, de todos los rincones de la casa de Simón comienzan a salir más y más serpientes; llega un momento en que, por el estado febril que le aumenta, sus dedos mágicos ya no pueden contener su rastrera y diabólica creación, y el misterioso brote de reptiles, con un impulso inevitable, devora todo lo que encuentra en la casa del hindú.

Pero dan las doce de la noche, precisamente la hora en que Simón gobierna ciertos dedos sonámbulos; y en ese instante, como obedeciendo a la raíz de una voz, llegan las manos de Galo, y es el momento en que las serpientes —ya enloquecidas y abundantes— ahogan y envenenan a su amo; los dedos de Galo arrancan las culebras de la garganta de Simón; pero ya era tarde...

Esta vez Galo despertó sin sus manos... Las encontraron sobre el cadáver de Simón.

HISTORIA DE MI VOZ

Capítulo sexto

LA MECEDORA

Tataranietos juegos de fantasma hacían las cortinas con las fugas de aire que iban de una ventana a otra de la casa materna.

—Cochino —dice el viejo—, ¿por qué no te lavaste la cara?

—¿Y crees tú que es la cara lo que hay que lavar? —le respondí.

—Por lo menos, ahora —dijo el viejo.

Mientras tanto, comencé a limpiar los soldaditos blancos que hay en mi boca; los preparaba para el desayuno, y para que las palabras salgan también aromadas después que las apriete el beso...

—Manuel —dijo Cacán—, ya está listo el desayuno; ven con tu prima. Si la vaca supiera que no hemos siquiera hervido su fuga blanca... Dicen que si no hierve no se le queman los ángeles que la transitan.

—¿Y tú crees que existen? —dice la prima.

—Por lo menos hay niños que hasta los ven.

—Yo no me atrevo a decir tanto.

—¿Por qué?

—Porque no lo puedo comprobar.

—Cuando el viento te toca, ¿puedes decir que lo ves?

—No, pero existe.

—Entonces me comprendes. ¿No es así?

—¿Qué hora es? Dime la del reloj..., no la de nuestro júbilo.

—Las ocho.

—Al paladar le ha gustado mucho el campo.

—¿De qué me estás hablando?

—Pues, de la leche, el café, la mermelada, el pan, etcétera.

—Nunca pensé que tuvieses tanta imaginación.

—¿Es que crees que sólo la tengo para no trabajar?

—No he pensado tanto.

—Ayer en la playa me encontré con un rosado caracol. Pensé mucho en tus orejas cuando tenía la dura y sonora rosa en la mano; creí que, pareciéndose al sitio donde tú prendes tus aretes, era uno de tus oídos que por descuido se te había quedado en la

arena. Me tendí entonces sobre la playa pensando que allí estaba tu cuerpo, quería protegerlo del viento y del mar; mi cuerpo era tu ropa, no vi nunca tan desnuda la playa.

—¿Es que tú crees que quiero oírte a todas horas?

—Yo sé que no tienes tiempo.

—No. No es eso.

—Entonces no quiero que me expliques. Caminemos por el jardín.

—Mira, un lagarto.

—No te asustes. Juega con él. Mira cómo cabe en mi mano la prehistoria; hace millones de años el hombre para ver este lagarto tenía que subirse a un alto pino, tal era su estatura de diez pisos modernos; para este saurio ahora mi mano es un corral gigante, y con algo más grave: inteligente.

—¿Es que tu mano sabe lo que hace?

—Lo sabe a ratos...

—¿Cuándo?

—Cuando estoy contigo.

—¿Estás seguro?

—Si no yo... por lo menos mi mano.

Un airecito fresco le trae a nuestra piel un telegrama: dentro de poco, lluvia.

—¿Entramos?

—Si no hay otra salida...

Mientras tanto, en el fondo de la casa la tía se mecía sobre cien años de atraso; su mecedora tenía un crujido tan maternal para nosotros que en cuanto se meciera un poco más, comenzábamos todos a dormirnos; pues aquel ruidoso y marinero mueble era más cuna que mecedora; todos los nietos mojamos de oro tibio esta madre de madera y mimbre, este trozo de tiempo que lucha contra el tiempo. Este esqueleto de ola vegetal que meció tantos gritos, que puso a navegar tantos sueños novatos...

DOMITILA LA COCINERA

Color de noche inofensiva, su piel se me tendía como un mantel para que yo comiera sobre el luto alegre de su cuerpo triste. Hablo casi en pañales... Hablo de aquella negra que nos guardaba los años en un beso. ¡Su única alcancía! Pero aún a los ochenta, con su ruidosa risa de fantasma concreto y bonachón, Domitila atraviesa los relojes y la tengo de súbito a mi lado.

—No, ya no te cuido —me dice—; lo que no quiero es que te descuides.

Salgo entonces a la calle y a los pocos minutos traigo para su «bemba» parlanchina un fragante y gran cigarro. El enrollado vegetal la puso tan alegre que escuchaba su sangre a carcajadas.

Mientras tanto, me desnudo de civilización: me quito los guantes, el sombrero, los zapatos, pero no mi nombre; Manuel oye andar a la tarde, mas no a Domitila que tarda. Y de repente, por la cerradura y por debajo de la puerta de la cocina, se escapaba un humo espeso. Abrí la puerta y vi que Domitila, con el cigarro caído sobre su falda, se había quedado dormida y comenzaba a quemársele la ropa. Apresuradamente le eché agua, y despertó. Pocos años después, me dijo: «Cuando ya esté en el ataúd tu cocinera, cómprame un cigarro como el de aquel día, pónmelo de equipaje, creo que allá arriba me dejarán fumar, pero te aseguro que si no me dejan..., emborracho a San Pedro, le robo mi regreso. Vuelvo al mundo hasta sin carne».

Hace algunos días que visité los dos metros de tierra en donde sepultaron a Domitila. Unas florecillas habían crecido sobre su sepulcro. Eran quizá las que usaba detrás de la oreja. Ya que no regresó... me las regalaba como agradecimiento.

Debe de estar muy contenta fumando entre los ángeles abstemios su gran tabaco terrestre.

Sin embargo, mi perro aúlla a ciertas horas de la noche, las que usaba Domitila para el trajín de la casa. Si es verdad que los perros no se callan cuando ven difuntos, entonces, o se le terminó el cigarro a Domitila y viene a pedirme otro, o vuelve por algo más grave...; quizá allá arriba ella comprobó que lo que está aquí abajo no es la tierra...

Ahora lo comprendo. La casa se me llena de horizontes cuando mi perro aúlla a las oscuridades.

CUCHARA

Haragana en mi mano cuando tienes remedios... Pequeñita madre anónima, sin horario, sin sueño, sin teatro, sin desperdicios, siempre con la misma cara desde las gotas boticarias hasta cuando me pones a crecer. Ya sé que eres un poco de mi metro animal; pero eso sí, no estás en el Manuel que está sin censo... A pesar de los ángeles sin permiso en tu trago, tú también repentino Pitágoras doméstico; pedacito social, metal político, censado y con partido, casi amuleto de sabor con luto.

Una vez, sobre mi mesa de trabajo, puse mi cigarrillo en el hueco de tu seno, me olvidé que allí estaba mi vicio; la noche se quitaba las canas de la luna, cabellos de nubes comenzaron a despeinarse sobre la ciudad, los hoyitos de las estrellas se convirtieron de pronto en agujeros de agua del gran paraguas cósmico; mi habitación iba tomando un alarmante aspecto de buque a pique. Sin embargo, me decidí a acostarme, pero acostado era un náufrago, luchaba con las aguas de mi sangre. No. No podía dormirme. Mi pequeña habitación estaba en tinieblas como la ciudad. Noto entonces que allá, sobre mi escritorio, casi respirando, al paso de una corriente de aire, algo se cerraba y se abría como una brasa animal. Tomé mis anteojos, me acerqué al sitio, y entonces comprendí que mi cigarro no quería dormirse entre tu párpado, tu párpado que nunca se ha cerrado, y menos esa noche que tenía el ojo ardiendo, vigilando quizá la tempestad, pero no la de afuera..., sino la que en mi cráneo golpeaba como si quisiera dejar su abismo...

A la mañana siguiente no despertó tu ojo, ya era ceniza, la que puse a viajar por la ventana. De nuevo a mi lado, cuchara y cenicero, te escribí:

Pegajosa de niño que descuida dulzuras...
y te dejas limpiar por las hormigas...
Inofensiva tú, mas no entre celos...,
comunista metal, pantera pobre,
lengua suelta quizá, pero no hablando...
entre lunes con sopas y boticas,
entre risas dormidas en un frasco
la tempestad en gotas esperando...

Espejito pulido por el hambre,
espejito soñando con mis dientes,
canoso ya, mas de bicarbonato,
rubio también... de abejas derretidas,
inesperado pero presentido
relámpago de boca alborotada.

Qué hacer contigo, entonces, servidora,
servidora tan dulce,
tan amarga...
Secreto endurecido de mis besos.
Celestina sin sueldo de mi casa.
Cómplice de mis dientes, tú de amante,
con mi lengua sin novia, en su guarida.

Qué hacer contigo, entonces,
analfabeta, alimentando a Hugo.
Tú que estás en el hombre desde que tuvo hambre,
cuando la mano aún era cuchara.
Tú de palo, también,
del mismo honrado vegetal, comida.

Qué hacer contigo, entonces,
tan tristemente limpia, tan honrada,
tan juez siempre de sí,
lujo de pobre...
Cuando niño, oh cuchara, te veía de plata,
goteabas luna cuando te mojabas,
te me reías derretida en río;
pero ahora...,
oh lengua que me dueles, lengua ya de mi cuerpo.

Ya no me puedes dar
aquellos golpecitos de acompasada tía
con que dormías todos mis instintos.

Después de haber escrito este poema, tomé un poco de aire no doméstico, jugué con una seda, ni diplomática ni de lujo: la cola de mi gato. Entonces comprendí que ya estaba tranquilo, que ya

estaba pagada mi deuda... Porque aquel utensilio, casi gente, lo llevaba derretido en el pulso y a cada segundo me daba golpecitos de pantera de agua enfurecida, o ya se me salía por la herida, porque cuando sangramos, salen siempre recuerdos; una herida se parece al río, pero cuando está crecido que se trae de los campos y ciudades las cosas más extrañas, raíces de miserias de pueblos y de bosques.

Comprendo ahora por qué desde mi infancia me emborrachaba de hondura el huracán, y por qué siempre canto bajo la tempestad, bajo su manicomio de tambores celestes y chispas de salvaje afilador.

Es que por cada herida de relámpago, la noche se desangra en mañana, pone a pensar la furia..., pone a pensar tinieblas... Le da un poco de conciencia al abismo.

Ahora estoy un poco más tranquilo, pero con más espacio. He sangrado. Cuando sangro me ensancho...

PARÁBOLA DEL ABUELO Y DEL NIÑO

Mientras tanto, no muy lejos de casa, igual que un pajarito inesperado que se nos posa en la ventana y la llena de graves lejanías, me llenó de distancia este pasaje:

—Abuelo —dijo el niño—, le tengo miedo al tiempo. Tú me dijiste que en su barba se enredan todas las cosas. ¿No será una trampa?

—No. La trampa es el hombre —respondió el anciano.

—¿Y a qué se parece, entonces, el tiempo?

—Míralo —dice el abuelo—, es un ojo grandote encadenado a números. Sin embargo, tiene dos patitas con las que camina el mundo y no se cansa...

—¿Pero eso es el tiempo? —contestó el niño.

—No. El está más adentro... Los hombres no lo comprenden. Por eso, él los usa como las monedas hasta gastarle su precio...

Repentinamente el abuelo se ha quedado dormido. El niño, mientras tanto, curioso y celoso de su cajita, no mira otra cosa..., se va al patio y corre. Luego se para y piensa... No piensa, se lleva el reloj al oído, lo escucha, lo aleja, lo agita, hasta que al fin con un martillo lo raja, lo destroza y no encuentra, no ve lo que

él quería... Huye entonces gritando: «Mamá, he roto el tiempo..., he roto el tiempo...»

Luego la madre y el hijo lloraban juntos por el mismo motivo: el niño porque el tiempo ya no estaba en sus manos, y la madre porque el abuelo dormía ya sin tiempo...

ÍNDICE

Prólogo a la Antología Mayor de la Literatura Dominicana.
Siglos XIX y XX. Prosa.
José Alcántara Almánzar 7

Dos siglos de prosa dominicana (siglos XIX y XX)
José Alcántara Almánzar 13

FRANCISCO JAVIER ANGULO GURIDI (1816-1884) 45
La ciguapa. 46

ALEJANDRO ANGULO GURIDI (1823-1906) 55
Temas políticos:
Sufragio y soberanía popular 55

ULISES FRANCISCO ESPAILLAT (1823-1878) 61
Santo Domingo y España 61

PEDRO FRANCISCO BONÓ (1828-1906). 67
El montero (Capítulo III) 67

MANUEL DE JESÚS GALVÁN (1834-1906). 79
Enriquillo:
III. Presentación 80
VII. La sospecha. 84

MÁXIMO GÓMEZ (1836-1905) 89
Revoluciones... Cuba y hogar:
Notas autobiográficas del general Máximo Gómez (1894). . . 89

EUGENIO MARÍA DE HOSTOS (1839-1903) 99
América: La lucha por la libertad: Luperón (I-II) 100

GREGORIO LUPERÓN (1839-1897) 109
Notas autobiográficas y apuntes históricos
sobre la República Dominicana desde la Restauración
a nuestros días: Pedro Francisco Bonó 110

FRANCISCO GREGORIO BILLINI (1844-1898) 115
Baní o Engracia y Antoñita (Cap. II) 115

FEDERICO HENRÍQUEZ Y CARVAJAL (1848-1952) 121
Ramón Mella 122

CÉSAR NICOLÁS PENSON (1855-1901) 129
Cosas añejas:
El santo y la colmena 129

FEDERICO GARCÍA GODOY (1857-1924) 135
Guanuma:
Camino de Guanuma 136
En el campamento 139

GASTÓN F. DELIGNE (1861-1913) 145
Páginas olvidadas:
Evolución religiosa 146

EUGENIO DESCHAMPS (1861-1919) 151
Contra Roosevelt 152

RAFAEL A. DELIGNE (1863-1902) 159
Seña Altagracia 159

FABIO FIALLO (1866-1942) 163
Cuentos frágiles y Las manzanas de Mefisto:
Esquiva 164

JOSÉ RAMÓN LÓPEZ (1866-1922) 171
Cuentos puertoplateños:
La revelación de la tumba 172
Ensayos y artículos:
El medio ambiente 174

VIGINIA ELENA ORTEA (1866-1903) 177
Risas y lágrimas:
Estrellas y flores 177

ULISES HEUREAUX HIJO (1870-1938) 183
En la copa del árbol:
En pleno París 183

AMÉRICO LUGO (1870-1952) 187
Debemos defender nuestra Patria (I - II - III) 188

TULIO M. CESTERO (1877-1955) 197
La sangre (XII) 198

VIGIL DÍAZ (1880-1961) 207
Orégano. Cuentos criollos:
Saramagullón 208

RAFAEL DAMIRÓN (1882-1956) 213
La cacica (Capítulo I) 214

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA (1884-1946) 223
Patria de la justicia 224
Caminos de nuestra historia literaria 228

SÓCRATES NOLASCO (1884-1980) 239
El diablo ronda en los guayacanes 239

MAX HENRÍQUEZ UREÑA (1885-1968) 251
La Independencia Efímera:
En casa del Juez de Letras 252

FRANCISCO E. MOSCOSO PUELLO (1885-1959) 257
Cañas y bueyes (V) 257

RAMÓN EMILIO JIMÉNEZ (1886-1970) 271
Al amor del bohío:
Los matrimonios en el campo 271

FLÉRIDA DE NOLASCO (1891-1976) 277
Días de la Colonia:
Los dominicos en La Española 278

MIGUEL ÁNGEL MONCLÚS (1893-1967) 285
Apuntes de Haití (II) 285

CAMILA HENRÍQUEZ UREÑA (1894-1973) 289
Feminismo y otros temas sobre la mujer en la sociedad:
La mujer y la cultura 290

ABIGAÍL MEJÍA (1895-1942) 299
Sueña Pilarín:
Pilarín en libertad 300

LIGIO VIZARDI (1895-1968) 307
Archipiélago:
Romance 308

MANUEL ANTONIO AMIAMA (1899-1991) 313
El terrateniente:
Hacia el Este (Capítulo I) 313

ÁNGEL RAFAEL LAMARCHE (1899-1962) 319
Pero él era así 319

JULIO VEGA BATLLE (1899-1973) 327
El tren no expreso 327

DELIA WEBER (1900-1982) 335
Dora y otros cuentos:
Dora 335

MANUEL ARTURO PEÑA BATLLE (1902-1954) 343
Ensayos históricos:
Por las piedras ilustres (I - II) 344
Libertad y opresión en la Isla de Santo Domingo 349

JUAN ISIDRO JIMENES GRULLÓN (1903-1983) 355
República Dominicana: una ficción (Capítulo primero) 356

TOMÁS HERNÁNDEZ FRANCO (1904-1952) 365
Anselma y Malena 366

EMILIO RODRÍGUEZ DEMORIZI (1906-1986) 371
La tertulia de los solterones 373

JOAQUÍN BALAGUER (1906) 379
La palabra encadenada:
Trujillo 381

MANUEL DEL CABRAL (1907-1999) 393
Cuentos cortos con pantalones largos:
Galo 394
Historia de mi voz:
La mecedora 397
Domitila la cocinera 399
Cuchara 400
Parábola del abuelo y del niño 402

COLECCIÓN PRISMA

VOLÚMENES PUBLICADOS.

Vol. I.- Antología Mayor de la Literatura Dominicana
(Siglos XIX y XX)
Poesía (I)

Vol. II.- Antología Mayor de la Literatura Dominicana
(Siglos XIX y XX)
Poesía (II)

Vol. III.- Antología Mayor de la Literatura Dominicana
(Siglos XIX y XX)
Prosa (I)

DE PRÓXIMA APARICIÓN

Vol. IV.- Antología Mayor de la Literatura Dominicana
(Siglos XIX y XX)
Prosa (II)

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de julio de 2006,
en los Talleres Gráficos de Editora Corripio, C. por A.,
Santo Domingo, Rep. Dominicana
DT - 27190

La *Antología mayor de la literatura dominicana (siglos XIX-XX)*, dos tomos de poesía y dos de prosa, constituye un esfuerzo editorial sin precedentes. Sus autores, Manuel Rueda y José Alcántara Almánzar, han realizado un trabajo de investigación que puede catalogarse de definitivo, ya que ofrece selecciones completas y bien cuidadas de nuestros mejores escritores. De esta manera la Colección Prisma abre sus publicaciones acogiéndose a su propio principio, que es el de ofrecer una variedad de géneros y de autores que completen el panorama actual de nuestra literatura.

Dedicamos este esfuerzo a las nuevas generaciones de estudiantes a quienes se les dificulta la localización de nuestros textos fundamentales.

